

rara avis



Frances Hodgson Burnett

La formación de
una marquesa

TRADUCCIÓN DE
AMADO DIÉGUEZ

Lectulandia

Esta singular novela de Frances Hodgson Burnett, una de las favoritas de Nancy Mirford, empieza como La Cenicienta y termina como Rebeca. Emily Fox-Seton, que se gana la vida haciendo encargos para las damas de la alta sociedad y vive –a sus treinta y cuatro años– en una pensión de tercera categoría, cautiva contra todo pronóstico a uno de los mejores partidos de toda Inglaterra, el marqués de Walderhurst.

El marqués no es un hombre romántico: «No tengo disposición al matrimonio –le dice– pero tengo que casarme, y usted me gusta más que cualquier mujer que haya conocido». Una vez instalados en la gran mansión de Palstrey Manor, Emily tendrá ocasión de conocer la otra cara del final feliz: no contaba con que se ha interpuesto en los planes de unos siniestros parientes de su marido venidos de la India, que esperaban heredar.

Lectulandia

Frances Hodgson Burnett

La formación de una marquesa

ePUB v1.0

Alfmorsaez 04.07.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Emily Fox-Seton*.
Frances Hodgson Burnett, 1902.
Traducción: Amado Diéguez
Diseño/retoque portada: Alfmorsaez

Editor original: Alfmorsaez (v1.0)
ePub base v2.0

PRIMERA PARTE

La formación de una marquesa

Capítulo I

Cuando el autobús de dos peniques se detuvo, la señorita Fox-Seton, que estaba acostumbrada a subir y bajar de los autobuses de dos peniques y a abrirse paso por las embarradas calles de Londres, recogió su elegante falda a medida con pulcritud y decoro y se bajó. Una mujer cuya falda a medida tiene que durar dos o tres años aprende pronto a resguardarla de las salpicaduras y se esfuerza en que conserve la frescura de sus pliegues. En su largo y cansado paseo aquella mañana lluviosa, Emily Fox-Seton había sido muy cuidadosa y regresaba a Mortimer Street tan impecable como se había marchado. Había reflexionado mucho sobre su atuendo, y en particular sobre aquel tan fiel que ya llevaba luciendo doce meses. Las faldas habían experimentado otro de sus espantosos cambios. Al pasar por Regent Street y Bond Street, se había parado delante de los escaparates de una de esas tiendas donde puede leerse «Sastrería de señoras y confección de hábitos» y había observado los maniqués de tersa vestimenta y delgadez sobrenatural, y en sus grandes y bonitos ojos color avellana había aparecido una mirada de angustia. Se había esforzado entonces en descubrir *dónde* había que colocar las costuras y, en caso de que hicieran falta, *cómo* ocultar los fruncidos. O tal vez hubiera que prescindir por completo de costuras y aceptar sin más un estilo sin concesiones que vedara a las mujeres honradas pero de escasos medios toda posibilidad de hacerle unos arreglos a la falda de la pasada temporada.

«Como es un marrón bastante corriente –se había dicho entre murmullos–, *podría* comprar un metro de tela de color parecido y, para que no se note, unir la nesga cerca de las tablas por la parte de atrás.» Le habían brillado los ojos al hallar tan feliz solución. Era una mujer sencilla y normal, y poco bastaba para que se iluminase su visión de la vida y se esbozase su infantil y agradable sonrisa. Un gesto amable de cualquiera, una pequeña satisfacción o un breve consuelo, y resplandecía con cordial fruición.

Al bajar del autobús y recoger su falda marrón oscuro dispuesta a cruzar con brío el lodo de Mortimer Street hasta la casa donde vivía, tenía un aspecto radiante. No sólo era de niña su sonrisa, también lo era su semblante para su edad y tamaño. Había cumplido los treinta y cuatro y era de complexión fuerte: ancha de hombros, larga y esbelta cintura, y generosas caderas. Era grande pero no torpe, y, habiendo resuelto gracias a una energía y diligencia milagrosas el dilema de conseguir un buen conjunto al año, lo lucía tan bien, y arreglaba con tanta habilidad los que se habían pasado de moda, que siempre conseguía vestir con elegancia. Sus mejillas eran redondeadas, frescas y bonitas, y sus ojos, bonitos también y de mirada franca. Tenía una abundante melena castaña y lacia y la nariz recta y pequeña. Era distinguida y llamaba la atención, y el generoso y cordial interés que manifestaba por todo el

mundo y el placer que extraía de todas las cosas de las que se puede extraer algún placer daban a sus ojos una mirada tan lozana que más parecía una muchacha demasiado crecida que una mujer madura cuya vida consistía en una batalla continua contra la más exigua de las fortunas exiguas.

Era de buena cuna y, dentro de los límites impuestos a las mujeres en sus mismas circunstancias, había recibido una buena educación. Tenía pocos parientes y ninguno con intención de echarse a las espaldas la carga de su escasez. Eran de excelente familia, pero bastante tenían con mantener a sus hijos en el ejército y la marina, y con encontrar marido para sus hijas. Cuando falleció su madre y con ella desapareció su pequeña asignación, ninguno quiso ocuparse de aquella niña alta y huesuda, si bien le explicaron la situación con toda claridad. A los dieciocho encontró trabajo de maestra en una pequeña escuela y al año siguiente de institutriz. Más tarde fue dama de lectura de una desagradable anciana de Northumberland que vivía en el campo y tenía unos parientes que la rondaban como buitres en espera de su muerte. Su casa era lo bastante lúgubre y horripilante para arrastrar a la locura de la melancolía a cualquier muchacha que no tuviera el más sano y pragmático de los temperamentos. Emily Fox-Seton, sin embargo, la soportó con infalible buen ánimo hasta que, transcurrido un tiempo, alumbró en el pecho de su señora un rayo de sentimiento. Cuando la señora Maytham murió por fin y ella se vio obligada a salir al mundo, Emily descubrió que le había legado unos cientos de libras y una carta en la que figuraban, concisamente expresados y en letra débil y abigarrada, ciertos consejos prácticos:

Vuelve a Londres. No eres lo bastante lista y no te ganarás la vida con nada importante, pero tienes tan buen carácter que resultarás útil a muchas criaturas indefensas que te pagarán una miseria por ocuparte de ellas y de asuntos que, por pereza o estupidez, son incapaces de resolver. Podrías ponerte en contacto con uno de esos periódicos de moda de segunda clase y responder a preguntas ridículas sobre pecas, papeles pintados y tareas domésticas. Ya sabes de qué hablo. Puedes redactar notas, llevar las cuentas y encargarte de las compras de esas holgazanas. Eres una criatura honrada y práctica, y tienes buenos modales. Muchas veces he pensado que posees las cualidades comunes y corrientes que tantas personas comunes y corrientes esperan del servicio. Es muy probable que una antigua criada mía que vive en Mortimer Street pueda ofrecerte un alojamiento decente y barato, y, por mí, te tratará bien. Tiene motivos para estarme agradecida. Dile que vas de mi parte y que te alquile una habitación por diez chelines a la semana.

Emily lloró de gratitud y a partir de aquel día colocó a la anciana señora Maytham en un altar por ser una benefactora tan principesca y tan santa, aunque con la inversión de lo que le había dejado en herencia sólo obtuviera veinte libras al año.

–Fue *tan* amable... –solía decir con sincera humildad de espíritu–. Ni siquiera *soñaba* que pudiera ser tan generosa. Porque yo no tenía ni la *sombra* de un derecho, ni la *sombra*.

Era su énfasis al expresar emociones sinceras lo que, por así decirlo, escribía en cursiva sus manifestaciones de alegría o aprecio.

Regresó a Londres y se presentó en casa de la antigua criada. La señora Cupp tenía en efecto motivos para recordar a su ama con gratitud. En cierta ocasión en que la juventud y un indiscreto afecto la traicionaron con resultados desastrosos, la señora Maytham la salvó de una desgracia sin paliativos y se ocupó de ella. La dama, que por aquel entonces era una mujer madura llena de vigor y muy tajante, había obligado al soldado-amante a casarse con su desesperado amor y, cuando al poco el soldado se emborrachó hasta caer muerto, instaló a la viuda en una casa de huéspedes cuya prosperidad impulsó y que permitía que tanto ella como su hija salieran adelante decentemente.

En la segunda planta de su deslucida pero respetable casa, la señora Cupp tenía una pequeña habitación que se molestó en amueblar para la amiga de su difunta señora. La convirtió en dormitorio-cuarto de estar con la ayuda de un catre que la propia Emily compró y que de día disfrazaba decorosamente de sofá cubriéndolo, a modo de colcha, con una alfombra de Como roja y azul. La única ventana daba a un patio interior pequeño y oscuro con un muro negro de hollín sobre el que gatos huesudos reptaban con sigilo o se sentaban con la mirada perdida en su triste destino. Las alfombras de Como desempeñaban una función importante en la decoración del cuarto. Sujeta a la puerta con una cinta, otra colgaba a modo de portezuela y una tercera tapaba un rincón, convirtiéndolo en el único armario de la señorita Fox-Seton. Cuando empezó a tener trabajo, la animada y ambiciosa muchacha se regaló una alfombra cuadrada Kensington de un rojo tan vivo que casi violentaba las leyes de ese estilo. Tapizó las sillas de algodón de un rojo turco también muy intenso y las adornó con volantes. Sobre los económicos visillos (ocho con once el par en Robson's) colgó cortinas también rojas. Encontró un cojín a buen precio en las rebajas de Liberty's y, con varias piecitas de porcelana que le costaron entre medio y dos peniques, decoró la estrecha repisa de la chimenea. Una bandeja lacada y un juego de té compuesto por taza, platillo y tetera casi le parecían suntuosos. Al cabo de una jornada de fatigoso caminar bajo la lluvia y el frío, de hacer compras para algunas clientas y de buscar modistas y criadas para otras, Emily pensaba en su dormitorio-cuarto de estar con gozosa expectación. La señora Cupp siempre tenía un buen fuego preparado en el coqueto hogar y, a la señorita Fox-Seton, cansada como

estaba y ligeramente empapada de lluvia, cuando encendía la lámpara japonesa de pantalla carmesí que ella misma había confeccionado, su viva luz y el ulular de su pequeña pero oronda tetera negra se le antojaban un lujo absoluto.

La señora Cupp y Jane Cupp eran muy amables y atentas con ella. Nadie que viviera bajo su mismo techo podía dejar de apreciarla. Daba tan pocos problemas, y recibía cualquier atención con tan expresiva gratitud, que las Cupp, con quienes a veces eran tan groseros los «profesionales» que generalmente ocupaban las demás habitaciones, habían llegado a sentir gran afecto por ella. A veces, aquellos «profesionales», damas y caballeros extraordinariamente inteligentes que hacían «turnos» en los salones o interpretaban pequeños papeles en los teatros, pagaban irregularmente o se marchaban sin haber liquidado sus deudas, pero la señorita Fox-Seton abonaba el alquiler todos los sábados por la noche sin excepción, y, de hecho, las veces que la suerte le era esquiva prefería pasar hambre toda la semana antes que comprar comida en un salón de té para señoras con el dinero del alquiler.

En la honrada cabeza de las Cupp, Emily se había convertido en una especie de posesión de la que estaban orgullosas. Parecía llevar a su mustia casa de huéspedes un poco de sabor del gran mundo, ése cuyos habitantes vivían en Mayfair y poseían casas de campo donde organizaban fiestas y partidas de caza, y donde había doncellas y gobernantas que, en frías mañanas de primavera, estremecidas y rodeadas de plumas de avestruz y nubes de tul, seda y satén, esperaban en su carruaje varias horas antes de entrar en el Palacio de Buckingham y ser admitidas en la sala de audiencias. La señora Cupp sabía que la señorita Fox-Seton tenía «buenos contactos», y sabía también que tenía una tía con título, que, sin embargo, no se trataba con su sobrina. Jane Cupp compraba *Modern Society* y de vez en cuando tenía el placer de leerle en voz alta a su joven prometido pequeños incidentes en palacios y mansiones que lady Malfry, la tía de la señorita Fox-Seton, compartía con condes y favoritos muy afectos del príncipe de Gales. Jane sabía también que a veces la señorita Fox-Seton enviaba cartas dirigidas «A la recta y honorable condesa de tal y de cual» y que recibía respuestas lacradas con corona nobiliaria. En cierta ocasión llegó una adornada con unas hojas de fresa, acontecimiento que Jane y la señora Cupp comentaron con vivo interés al calor de un té y unas tostadas con mantequilla.

Emily Fox-Seton, sin embargo, distaba mucho de hacer profesión de grandeza. Con el tiempo había cogido cariño a las Cupp y era muy sincera con ellas al hablarles de sus contactos con personas de importancia. Una condesa había sabido por una amiga que era ella quien le había encontrado una excelente gobernanta, y le había encargado que le buscara una costurera fiable y especializada en prendas para damas jóvenes. También había sido secretaria en una organización benéfica de la cual una duquesa era mecenas. En realidad, aquellas personas sólo la tenían por una mujer de noble cuna que, por una modesta remuneración, se hacía extraordinariamente útil en

incontables asuntos prácticos. Sabía más de ellas que ellas de ella y, dentro de su afectuosa admiración por quienes la trataban con humana bondad, a veces las ensalzaba al hablar con Jane o la señora Cupp y destacaba su belleza o caridad con hermosa candidez. Como es natural, algunas de esas señoras también le cogieron cariño a ella y, como era una mujer joven, guapa y de exquisitos modales, le concedían pequeñas recompensas y la invitaban al almuerzo o al té, o se la llevaban al teatro.

Gozaba de estas distracciones con tanta franqueza y gratitud que las Cupp las contaban entre sus propios placeres. Jane Cupp –que algo sabía de costura– recibía como un premio el encargo de remozar un vestido viejo o de colaborar en la confección de uno nuevo para algún festejo. A las Cupp, su alta y robusta huésped les parecía una belleza y, cuando la ayudaban a vestirse para salir de noche desnudando sus fuertes brazos y su fino cuello blanco y adornando sus gruesas trenzas con algún ornamento tembloroso y brillante, tras dejarla en un coche de caballos volvían a la cocina y hablaban de ella y se preguntaban cuándo llegaría el día en que algún caballero en busca de una mujer atractiva y elegante que sentar a la cabecera de su mesa se pusiera y pusiera su fortuna a los pies de la señorita Fox-Seton.

–En los establecimientos de fotografía de Regent Street se ven muchas damas con corona de condesa que no son ni la mitad de guapas que ella –señalaba la señora Cupp con frecuencia–. Tiene un cutis precioso y una magnífica mata de pelo, y, si quieres saber *mi* opinión, un par de ojos claros tan bonitos como los de cualquier dama. Y fíjate en su figura: ¡qué talle! ¡Qué cuello! Qué hermoso luciría un buen collar de perlas o de diamantes en un cuello tan recio y tan esbelto. Y, ahí donde la ves, con esa manera de ser tan cordial y tan sencilla, es dama por nacimiento. Y dulce como no hay otra. En amabilidad y buen corazón no he conocido a otra igual.

La señorita Fox-Seton tenía clientas nobles y de clase media; en realidad, estas últimas eran mucho más numerosas que las primeras, lo cual le había permitido hacer más de un favor muy provechoso para la casa de las Cupp. Había conseguido encargos de costura en Maida Vale y Bloomsbury para Jane Cupp en muchas ocasiones, y el comedor de la señora Cupp había sido ocupado durante años por un joven recomendado por ella. Apreciaba tanto los favores que estaba impaciente por hacérselos a los demás. Nunca perdía la oportunidad de ayudar a nadie en cuanto podía.

En realidad, aquella mañana cruzaba el barro tan radiante a causa del gesto amable de una de las clientas que más la apreciaba. Le gustaba el campo casi desmesuradamente y, habiendo padecido lo que llamaba «un mal invierno», aun bien entrado ya el verano no se le había presentado ninguna oportunidad de salir de la ciudad. La temperatura era desacostumbradamente elevada y en su pequeña habitación roja, que tan acogedora resultaba en los meses más fríos, no entraba, el

alto muro lo impedía, ni una pizca de aire. De cuando en cuando se echaba en el catre y respiraba con dificultad y tenía la sensación de que, si todos los ómnibus particulares se marchaban cargados de criados y baúles, petardeando y depositando su carga en las estaciones de la ciudad, la urbe se quedaría desierta. Todas las personas a quienes conocía se habrían marchado. En agosto, Mortimer Street se volvía muy melancólica.

Pero lo cierto era que lady Maria la había invitado a Mallowe. Cuánta suerte la suya, ¡qué amabilidad tan extraordinaria la de la gran dama!

No sabía por qué lady Maria pensaba que podría entretenerla, ni qué podía apreciar en ella una mujer tan mayor, perspicaz y con tanta experiencia. Lady Maria Bayne era la anciana más inteligente, astuta y mordaz de Londres. Conocía a todo el mundo y había tenido todo tipo de experiencias (en su juventud, algunas que la sociedad no consideraba precisamente apropiadas). Cierta duque real la encontró encantadora, y corrieron habladurías muy feas. Pero lady Maria no se dejó amilanar. También ella sabía replicar con comentarios desagradables y, como los sazónaba con ingenio, la gente solía escucharlos y luego contarlos.

La primera tarea de Emily Fox-Seton consistió en redactar notas durante una hora todas las mañanas. Cursaba, declinaba y aceptaba invitaciones, y rechazaba actos benéficos y a personas aburridas. Escribía con letra elegante y suelta, y tenía una comprensión y un conocimiento de las cosas muy pragmáticos. Lady Maria empezó a depender de ella y comprobó que podía encargarle recados. La dependencia se amplió a otras muchas facetas. En consecuencia, Emily acudía a South Audley Street con frecuencia. En cierta ocasión lady Maria enfermó de pronto y se asustó terriblemente. Emily era para ella un consuelo tan grande que la conservó a su lado tres semanas.

—Es una criatura tan animada y tan completamente libre de vicios que es todo un alivio —comentaría después la señora a su sobrino—. Demasiadas mujeres parecen gatitas afectadas. Ella sale de compras y trae un frasco de pastillas o un emplaste para los poros, pero, al mismo tiempo, tiene la simplicidad y la falta de resentimiento y envidia naturales en una princesa.

Así, de vez en cuando, Emily se ponía su mejor vestido y su más elaborado sombrero e iba a South Audley Street a tomar el té (en ocasiones se dirigía previamente en autobús a un remoto rincón de la City para comprar algún té especial del que se empezaba a hablar). Conocía a personas muy inteligentes y, rara vez, a algunas estúpidas. Lady Maria se había envuelto en una franca y perfecta armadura de egoísmo jovial que había sido capaz de quemar el aburrimiento en la hoguera.

—No pienso recibir a ninguna persona aburrida —decía—. Para aburrida, yo misma.

Cuando Emily Fox-Seton se dirigió a su casa la mañana que comienza esta historia, la encontró consultando su libro de visitas y escribiendo listas.

—Estoy preparando grupos para Mallowe —dijo. Estaba enfadada—. ¡Qué fatiga!

Quieres juntar a determinadas personas, y siempre tienen compromisos en la otra punta del planeta. Y luego se descubren ciertos asuntos de alguna gente y no la puedes invitar hasta que no caen en el olvido. ¡Esos ridículos Dexter! Eran la pareja más encantadora del mundo: guapos los dos y preparados para coquetear con cualquiera, pero... Supongo que coquetearon demasiado. ¡Dios mío! Si no puedes con un escándalo sin que se sepa, pues huye de los escándalos. Ven a ayudarme, Emily.

Emily se sentó a su lado.

–Verás, es mi fiesta de primeros de agosto –dijo la señora, rascando su delicada, pequeña y vieja nariz con el lápiz– y va a venir Walderhurst. Siempre me divierte que venga. En cuanto entra por la puerta un hombre como él, las mujeres empiezan a retozar y a dar vueltas, y palidecen. Y luego están las que intentan sacar algún tema de conversación interesante para captar su atención. Todas creen que se va a casar con ellas. Si fuera mormón, tendríamos marquesas de Walderhurst de todas las formas y tamaños.

–Supongo –intervino Emily– que estaba muy enamorado de su primera mujer y no se volverá a casar.

–No estaba más enamorado de ella que de su sirvienta. Era consciente de que debía casarse y le parecía un engorro. Yo creo que ahora, como la chica murió, cree que volver a contraer matrimonio es un deber. Pero odia la idea. Es un aburrido y no soporta que las mujeres quieran que las corteje y revoloteen a su alrededor.

Hojearon el libro de visitas y, con la mayor seriedad, se ocuparon de las fechas y las personas. Antes de que Emily se marchara, la lista de invitados estaba completa y las invitaciones, redactadas. Cuando ya se había levantado y se estaba abrochando el abrigo, lady Maria hizo su proposición.

–Emily –le dijo–, me gustaría que vinieras a Mallowe el día 2. Quiero que me ayudes con todos y no quiero que me aburran ni se aburran. Aunque que se aburran no me preocupa tanto como que me aburran a mí. Deseo retirarme cuando me plazca y echarme la siesta a la hora que me apetezca. No pienso ser la *diversión* de nadie. Tú, en cambio, puedes llevártelos a comprar cositas y a visitar campanarios. Espero que vengas.

Emily Fox-Seton se sonrojó ligeramente y abrió mucho sus chispeantes ojos.

–Oh, lady Maria, qué *buena* es usted –dijo–. Ya sabe que me encantaría ir. He oído hablar tanto de Mallowe. Todos dicen que es precioso y que no hay en Inglaterra unos jardines más bonitos.

–Son bonitos, sí. A mi marido le volvían loco las rosas. El tren que más te conviene es el que sale a las dos y media de Paddington. Llegarás a la casa justo a tiempo para tomar el té en el jardín.

Emily habría dado un beso a lady Maria si la relación que existía entre ellas

hubiera dado pie a demostraciones de cariño. Y también habría besado a Bibsworth, el mayordomo, cuando en la cena se colocó a su lado para, inclinándose con elegancia, ofrecerle vino.

—¿Jerez u oporto, señorita?

Pero Bibsworth no se habría quedado menos atónito que lady Maria y, sin duda, habría muerto allí mismo de repugnancia y horror.

Se sentía tan feliz cuando paró con un ademán el autobús de dos peniques, que al subir su semblante resplandecía con esa dicha que añade frescura y atractivo a todas las mujeres. ¡Y pensar que ella era el objeto de tan buena suerte! ¡Y pensar que saldría de su pequeño cuarto para visitar como invitada una de las mansiones más bellas de Inglaterra! ¡Qué delicioso sería vivir unos días y de manera tan natural la vida que las personas afortunadas vivían año tras año, formar parte de aquel hermoso orden y de su encanto y dignidad! ¡Dormir en una habitación maravillosa, que por las mañanas la despertase una doncella perfecta, tomar el té de la mañana en una taza de porcelana y escuchar, mientras lo bebía, el trino de los pájaros en los árboles del jardín! Apreciaba con sinceridad los placeres materiales más sencillos, así que pensar en lucir todos los días sus prendas más bonitas y en cambiarse para la cena le parecía delicioso. Disfrutaba de la vida mucho más que otras personas, pero no era consciente de ello.

Abrió la puerta de la casa de Mortimer Street, que siempre estaba cerrada con llave, y subió. Casi no sentía el calor, que era húmedo y sofocante. En las escaleras se cruzó con Jane, que bajaba, y le dirigió una alegre sonrisa.

—Jane —le dijo—, si no estás ocupada, me gustaría hablar contigo un momento. ¿Puedes subir a mi habitación?

—Sí, señorita —respondió Jane con la actitud respetuosa de siempre, la de una criada con su señora. Su mayor ambición era convertirse algún día en doncella de una gran dama y estaba secretamente convencida de que nada podía prepararla mejor que su relación con la señorita Fox-Seton. Cuando ésta salía, le pedía que le dejara ayudarla a vestirse, y «hacerle» el peinado era un gran privilegio.

Ayudó a Emily a quitarse el vestido de calle y dobló con cuidado el velo y los guantes. Se arrodilló delante de ella en cuanto vio que se sentaba y le quitó las botas embarradas.

—Oh, *gracias*, Jane —dijo Emily, marcando sus palabras con la habitual *cursiva*—. Eres *muy* amable. Estoy *cansada*, muy cansada. Pero me ha pasado algo muy bonito. He recibido una bonita invitación para la primera semana de agosto.

—Estoy segura de que va a disfrutar mucho, señorita —comentó Jane—. En agosto hace tanto calor...

—Lady Maria Bayne ha tenido la amabilidad de invitarme a Mallowe Court —explicó Emily, y sonrió al mirar la zapatilla barata que Jane colocaba en su largo y

bien formado pie. Era una mujer a gran escala, y, aunque bien formado, su pie no era como el de Cenicienta precisamente.

–¡Oh, señorita! –exclamó Jane–. ¡Qué alegría! El otro día hablaban de Mallowe en *Modern Society* y decían que es precioso, y que las fiestas que ofrece la condesa son elegantes y maravillosas. Era un párrafo dedicado al marqués de Walderhurst.

–Es primo de lady Maria –aclaró Emily–. Coincidiré con él en Mallowe.

Era una mujer sociable, pero llevaba una vida tan aislada y privada de compañía que sus sencillas y breves conversaciones con Jane y la señora Cupp le agradaban enormemente. Las Cupp no eran ni chismosas ni entrometidas. De hecho, las tenía por amigas. Recordó que en cierta ocasión estuvo una semana seguida enferma y de pronto se dio cuenta de que no tenía ninguna amiga íntima, ningún pariente de confianza, y de que, si moría, los de la señora Cupp y Jane serían los últimos rostros que vería. Aquella noche derramó unas lágrimas, pero luego se dijo que ideas tan lúgubres sólo podían ser producto de la fiebre y la debilidad.

–Por eso quería hablar contigo, Jane, a propósito de esa invitación –explicó–. Verás, vamos a tener que inventarnos algunos vestidos.

–Desde luego, señorita. Es una suerte que podamos aprovechar las rebajas de verano, ¿verdad? Ayer vi unas prendas de lino de varios colores preciosas. Son muy baratas, y elegantes para el campo. Y tiene usted el Tussore nuevo de cuello azul y banda en la cintura, que tanto le favorece.

–He de decir que un Tussore siempre parece recién estrenado –comentó Emily–. Y he visto un gorrito de paja muy suave y precioso por tres con once. Con una gasa azul y el ala que le añadamos, quedará *muy bien*.

Era sumamente hábil y obtenía resultados excelentes con un ala y un trozo de gasa, o con unos metros de lino o muselina y algún retal de seda comprado en las rebajas. Pasó con Jane una tarde feliz de atenta y congraciada contemplación de los recursos de su limitado guardarropa. Descubrieron que la falda *podía* arreglarse, y que, con la adición de cuello, *solapas* y un *volante* de seda coloreada, parecería nueva. Un vestido de noche negro, que una de sus clientas había tenido la amabilidad de regalarle el año anterior, se podía reformar y modificar fácilmente. A su lozano rostro y a sus hombros anchos y blancos les sentaba particularmente bien el negro. Tenía un vestido blanco que podía mandar limpiar y uno viejo rosa demasiado ancho con el que, combinado con encaje, podría hacer maravillas.

–De hecho, creo que voy bien servida de trajes de noche –comentó Emily–. Nadie espera que me cambie todos los días. Todo el mundo sabrá... Si se fijan.

No se daba cuenta de que era humilde y angelical y se contentaba con poco. En realidad, no le interesaba la contemplación de sus propias virtudes, sino admirar las cualidades de los demás. Había que proporcionar a Emily Fox-Seton comida y alojamiento, y guardarropa suficiente para que diera buena imagen ante sus conocidas

de mayor fortuna. Había trabajado mucho para alcanzar tan modestos objetivos y estaba muy satisfecha. Encontró en las tiendas con rebajas de verano dos vestidos de algodón que, gracias a su estatura y a su larga y fina cintura, podía lucir con cierta elegancia. Un sombrero marinero con una cinta y una pluma colocadas con buen gusto, fruslerías para colgarse al cuello, un lazo, un pañuelo de seda de atrevido nudo y un par de guantes nuevos, y se sintió suficientemente equipada.

En su última expedición a las rebajas se topó con un bonito traje de chaqueta de tafetán blanco que consiguió comprar para Jane. Tuvo que contar lo que llevaba en el monedero muy cuidadosamente y posponer la adquisición de un paraguas que le había gustado, pero lo hizo con gusto. Si hubiera sido rica, habría comprado regalos para todos sus conocidos y, en realidad, era un lujo para ella poder hacer algo por las Cupp, porque tenía la sensación de que siempre recibía de ellas más de lo que en justicia le correspondía por lo que les estaba pagando. El cuidado con que se ocupaban de su pequeño cuarto, el té recién hecho que siempre tenían preparado cuando llegaba, el puñado de narcisos que a veces colocaban en su mesita, gestos amables que agradecía enormemente.

—Estoy en deuda contigo, Jane —le dijo al subir al coche de caballos de la decisiva jornada en que partió rumbo a Mallowe—. No sé qué habría hecho sin ti. Me siento muy elegante con este vestido ahora que lo has arreglado. Si la doncella de lady Maria la deja alguna vez, estoy segura de que puedo recomendarte para que ocupes su puesto.

Capítulo II

Otras dos invitadas a Mallowe Court viajaban en el tren que salía de Paddington a las dos y media, pero eran mucho más finas que la señorita Fox-Seton, así que un mozo con casaca larga y escarapela las condujo a un vagón de primera clase. Emily, que se acomodó en un vagón de tercera junto a unos trabajadores con fardos, las vio pasar por la ventanilla, y, de no haberse encontrado de tan boyante ánimo, muy posiblemente habría exhalado un leve suspiro. Se había puesto su resucitada falda de color marrón y una blusa de lino blanca con lunares marrones. Al cuello de la blusa, que era nuevo, llevaba anudado un lazo de seda marrón claro. Además, se había puesto un sombrero marinero recién comprado. Sus guantes eran marrones también, como el parasol. La ropa le sentaba bien, y estaba nueva y bien planchada, pero se veía que era barata. Las personas asiduas de las rebajas que compraban artículos de tres con once, o de cuatro con tres el metro, habrían podido hacer la suma y extraer el total. Pero en Mallowe no habría nadie capaz de tales cálculos. Ni siquiera, probablemente, los criados, que no podían saber más de precios que aquella invitada en particular. Las viajeras a quienes el mozo de casaca larga acompañó al coche de primera clase eran madre e hija. La madre tenía el rostro pequeño y de rasgos simétricos, y habría sido guapa de no haber estado tan rellenita. Llevaba un vestido de viaje extraordinariamente elegante y un guardapolvo de seda muy fina y color pálido. No era una persona distinguida pero su ropa sí lo era, e indulgente con su exceso de peso. Su hija era bonita, de cintura delgada –con un vaivén al andar– y mejillas tersas y sonrosadas; y hacía un mohín con los labios. Llevaba una gran pamelita azul cielo con lazo de gasa y rosas aplastadas de estilo quizá exageradamente parisino.

«Demasiado llamativa –pensó Emily–, pero ¡qué encantadora está! Supongo que le favorecía tanto que no pudo evitar comprarla. Estoy segura de que es de Virot.»

Mientras observaba a la muchacha con admiración, pasó un hombre junto a su ventana. Era alto y de rasgos marcados. Al llegar a su altura, traspasó a Emily con la mirada como si fuera transparente o invisible. Subió al vagón de fumadores, que era el siguiente.

Cuando el tren llegó a la estación de Mallowe fue una de las primeras personas en bajar. Dos criados de lady Maria aguardaban en el andén. Emily los reconoció por la librea. Uno se acercó al hombre alto y lo saludó tocándose el sombrero. Lo acompañó a un coche alto a cuyas varas iba enganchada una espléndida yegua gris acero que estaba nerviosa y bailoteaba. El recién llegado se sentó en el pescante, con el lacayo detrás, y la yegua salió al trote. La señorita Fox-Seton siguió al otro criado y a la madre y a la hija hasta un landó que esperaba a la puerta de la estación. El criado se adelantó tras saludar a Emily tocándose también el sombrero, consciente de que era

perfectamente capaz de cuidar de sí misma.

Emily reaccionó de inmediato y echó un vistazo a su baúl, que viajaba a buen recaudo en el ómnibus de Mallowe. Cuando llegó al landó, las otras dos invitadas se encontraban ya en él. Subió y, con gran satisfacción, se sentó de espaldas a los caballos.

Por unos minutos madre e hija dieron muestras de incomodidad. Eran, evidentemente, personas sociables, pero no sabían cómo entablar conversación con una dama que nadie les había presentado e iba a alojarse en la misma casa de campo a la que ellas también habían sido invitadas.

Emily resolvió el dilema recurriendo al lugar común con sonrisa tímida y cordial.

—¿No les parece un paisaje precioso? —dijo.

—Es perfecto —respondió la madre—. Nunca había estado en Europa, pero la campiña inglesa me parece deliciosa. Tenemos una casa de verano en América, pero este paisaje es completamente distinto.

Parecía bondadosa y con disposición a conversar, así que, con la amable ayuda de Emily Fox-Seton, la charla fluyó sin mayores contratiempos. Antes de llegar a la mitad del camino, Emily sabía ya que madre e hija procedían de Cincinnati y que después de pasar el invierno en París, y dedicarlo mayormente a visitar Paquin, Doucet y Viro, habían alquilado una casa en Mayfair para pasar la temporada. Se apellidaban Brooke. Emily creyó recordar que alguien le había comentado que eran aficionadas a gastar mucho dinero y que frecuentaban las fiestas, siempre con un vestido nuevo y favorecedor. El embajador americano había presentado en sociedad a la muchacha, que había obtenido cierto éxito porque vestía y bailaba de forma exquisita. Era una de esas chicas americanas que acababan casándose con un título. Su mirada era chispeante y tenía la nariz respingona y delicada. Pero hasta Emily se daba cuenta de que era una personita muy astuta.

—¿Conoce usted Mallowe Court? —preguntó esa personita.

—No, pero tengo *muchas* ganas de conocerlo. Tiene que ser precioso.

—¿Es usted amiga de lady Maria?

—Hace tres años que la conozco. Ha sido muy buena conmigo.

—Pues yo no la tengo por una persona particularmente buena. Es demasiado mordaz.

Emily sonrió con cordialidad.

—Es muy inteligente —señaló.

—¿Conoce al marqués de Walderhurst? —preguntó la señora Brooke.

—No —respondió la señorita Fox-Seton. No desempeñaba papel alguno en esa parte de la vida de lady Maria que estaba adornada con primos marqueses. Lord Walderhurst no iba nunca a tomar el té. Se reservaba para cenas y ocasiones especiales.

–¿Se ha fijado en el caballero que iba en el coche alto? –prosiguió la señora Brooke con vivo interés–. Cora cree que es el marqués. El criado que lo recibió llevaba la misma librea que el nuestro –dijo, indicando el pescante con un movimiento de cabeza.

–Era uno de los criados de lady Maria –aseguró Emily–. Lo conozco de South Audley Street. Lord Walderhurst también pasará unos días en Mallowe. Lady Maria lo ha invitado. Se lo oí decir.

–¿Lo ves, madre? –exclamó Cora.

–Si también él está invitado, todo será más interesante –respondió la señora Brooke con vaga pero inconfundible sensación de alivio. Emily se preguntó si ella habría querido ir a alguna otra parte y su hija había insistido en dirigirse a Mallowe–. A lo largo de la temporada hemos oído hablar mucho de él en Londres.

La señorita Cora Brooke se echó a reír.

–Hemos oído que hay por lo menos media docena de mujeres resueltas a casarse con él –señaló con menosprecio–. Yo creo que tiene que gustarle conocer a una chica a quien le sea indiferente.

–Ojalá no te sea demasiado indiferente, Cora –dijo su madre con cándida indiscreción.

Fue una torpeza mínima y tonta, pero a la señorita Brooke le brillaron los ojos. Si Emily Fox-Seton hubiera sido una mujer avispada, se habría percatado de que, si el *rôle* de jovencita indiferente y lista podía resultar peligroso para lord Walderhurst, lo sería precisamente durante aquella visita. El marqués corría peligro ante la belleza de Cincinnati y su indiscreta madre, aunque, bien mirado, el caballero podría aprovechar, aunque fuera inconscientemente, la indiscreción de la señora Brooke como escudo de protección.

Emily se limitó a reír amablemente, como ante un comentario gracioso. Estaba predispuesta a aceptar casi todo con humor.

–Lo cierto es que *sería* un gran partido para cualquiera –dijo–. Es rico, ¿saben? Muy rico.

Llegaron a Mallowe y las condujeron al jardín. El té estaba servido en un prado bajo árboles frondosos. Encontraron a un grupo de invitados comiendo pastelitos calientes con una taza de té en la mano. Había varias mujeres jóvenes. Emily se fijó en una de ellas, alta, muy guapa, de ojos muy grandes y azules como nomeolvides, con vestido largo azul del mismo tono y una graciosa cojera; había sido una de las bellezas de la temporada. Se trataba de lady Agatha Slade. Emily empezó a admirarla en cuanto la vio. Le pareció una especie de suerte inesperada que un destino amable le concedía. Era tan delicioso que esa mujer estuviera en aquella fiesta y en aquella casa, una criatura tan encantadora a quien hasta ese momento sólo conocía por las ilustraciones de las revistas femeninas. Si quería convertirse en la marquesa de

Walderhurst, ¿qué podría impedir la consumación de sus deseos? Sin duda, no el propio lord Walderhurst, si era humano. Lady Agatha se apoyaba suavemente en una encina. A su lado había un borzoi blanco como la nieve que apoyaba su larga y delicada cabeza en el vestido de la dama pidiendo las caricias de su hermosa mano. En tan atractiva pose se encontraba cuando lady Maria se volvió para decir:

–Ahí está Walderhurst.

El caballero que había llegado de la estación manejando las riendas de su carruaje cruzaba el césped en dirección a ellas. Había superado la mitad de la vida y parecía un hombre sencillo, llano, pero era de buena estatura y se daba ciertos aires. A decir verdad, se daba aires de saber lo que quería.

Emily Fox-Seton, que para entonces estaba confortablemente sentada en una silla de mimbre con cojín y tomaba el té, le concedió el beneficio de la duda y se preguntó si en realidad no sería tan distinguido y aristocrático. Porque, ciertamente, no era ninguna de ambas cosas, sino más bien fornido y, por supuesto, bien vestido, y tenía los ojos castaños y agrisados, casi del color de su cabello. Entre aquellas personas tan amablemente mundanas a quienes en modo alguno movía un impulso altruista, Emily no tenía mayor capital que no esperar que nadie le prestase atención. No era consciente, sin embargo, de que ése era su capital, porque tal actitud estaba tan intrínsecamente ligada al sencillo conformismo de su naturaleza que ni siquiera reparaba en ella. Para entretenerse le bastaba con formar parte del público, con ser espectadora.

No se le ocurrió pensar que, cuando le iban presentando a las invitadas, lord Walderhurst apenas se fijaba en ellas. Hacía una reverencia, pero se podía decir que las olvidaba al instante, porque apenas se tomaba la molestia de reconocerlas. Mientras saboreaba su deliciosa taza de té y su bollito de mantequilla, Emily también disfrutaba observando discretamente al marqués e intentando resolver la inocente suma de sus actitudes mentales.

Daba la impresión de que a lady Maria le agradaba y de que le complacía su presencia. Y a él, aunque no lo manifestara, también parecía gustarle lady Maria. Evidentemente, se alegró de poder probar por fin su taza de té, y la paladeó después de sentarse al lado de su prima. No prestaba demasiada atención a nadie más. Emily se sintió ligeramente decepcionada al comprobar que no miró a la guapa ni al borzoi más de dos veces, y de que, de hecho, parecía más interesado en examinar al galgo que a la guapa. También se dio cuenta, era imposible no hacerlo, de que el círculo estaba más animado desde su llegada, al menos en lo que respectaba a las damas. Asimismo, recordó el comentario de lady Maria sobre el efecto que producía en las mujeres al entrar en una sala. Varios comentarios interesantes o chispeantes se habían hecho ya. Hubo más conversaciones y risas que en cierto modo parecían surgir a propósito del marqués aunque no se dirigieran directamente a él. La señorita Cora

Brooke, sin embargo, dedicó sus atenciones a un joven con pantalón de franela y aspecto de ir a jugar al tenis. Se sentaron aparte y le habló en un tono tan confidencial que hasta lord Walderhurst quedó excluido de la conversación. Al cabo de un rato, Cora y su amigo se levantaron y se marcharon. Bajaron por la antigua escalinata de piedra que conducía a la pista de tenis, que se divisaba completamente desde el prado. Se pusieron a jugar al tenis. La señorita Brooke correteaba y saltaba como una golondrina. Los remolinos de sus enaguas resultaban de lo más atractivo.

–Esa chica no debería jugar al tenis con esos tacones tan ridículos –señaló lord Walderhurst–. Va a estropear la pista.

Lady Maria se rio entre dientes.

–No quería esperar, le apetecía jugar ya –comentó–. Y, como acaba de llegar, no se le ha ocurrido bajar a tomar el té con calzado de tenis.

–Da igual, va a estropear la pista –insistió el marqués–. ¡Y qué ropa! Es asombroso cómo visten hoy las chicas.

–Ojalá yo pudiera vestir así –respondió lady Maria, y volvió a sonreír–. Tiene los pies muy bonitos.

–Con tacones Luis XV –respondió Walderhurst.

En todo caso, Emily Fox-Seton pensaba que la señorita Brooke prefería tener lejos al marqués a poner en práctica sus delicados encantos. Cuando el partido terminó, subió tranquilamente con su compañero por el prado y las terrazas. Llevaba el parasol apoyado en el hombro e inclinado en un atractivo gesto; formaba un fascinante fondo para su rostro y cabeza. Parecía dedicada en exclusiva a entretener al joven. Las sonoras carcajadas de él y la plateada y alegre música de la risa de ella eran un tanto incitantes.

–Me gustaría saber qué le estará diciendo –dijo la señora Brooke dirigiéndose a todos–. Siempre consigue que los hombres se rían.

Logró suscitar el interés de Emily. Tanta alegría llamaba la atención. Se preguntó si tal vez para un hombre acostumbrado a que lo persiguieran, una muchacha que no demostraba el menor interés y entretenía a otros hombres resultaría agradable.

Pero aquella noche el marqués se fijó más en lady Agatha Slade que en cualquier otra de las presentes. La sentaron a su lado en la cena. Con su vestido de gasa verde pálido, estaba realmente radiante. Tenía la cabeza pequeña y exquisita, y el cabello suave y recogido con una maravillosa impresión de ligereza. Su largo y delgado cuello se mecía como el tallo de una flor. Era tan encantadora que daba en quien la observaba la sensación de ser un poco tonta, pero no lo era en absoluto.

Lady Maria incidió en este particular aquella noche cuando se encontraba en su cuarto con la señorita Fox-Seton. A la señora le gustaba intercambiar impresiones todos los días a última hora, y la curiosidad y admiración de Emily Fox-Seton por todo lo que decía eran estimulantes y reparadoras. Era una mujer mayor que se

recreaba y se inspiraba en una sabiduría epicúrea. Aunque no quería tontos a su alrededor, tampoco deseaba la permanente compañía de los más inteligentes.

–Me tengo que esforzar demasiado –decía–. Los epigramáticos me tienen todo el día saltando obstáculos. Además, los epigramas quiero acapararlos yo.

Emily Fox-Seton ocupaba el justo medio y la admiraba sinceramente. Era lo bastante inteligente para no echar a perder la gracia de un epigrama cuando lo contaba, y se podía confiar en que lo haría otorgando a su autora toda la gloria. Porque lady Maria conocía personas que, después de oír un comentario ingenioso, se apropiaban de él sin el menor escrúpulo.

Aquella noche comentó con Emily muchos detalles de sus invitados y sus características.

–Walderhurst ha venido tres veces y las tres estaba convencida de que no escaparía sin una nueva marquesa bajo el brazo. Creía que acabaría aceptando una para acabar con el engorro de estar colgado de una rama como si aún le salieran las plumas. Cuando tiene carácter para elegir, un hombre de su posición puede evitar que su esposa se convierta en una molestia. Le puede proporcionar una buena casa, regalarle las joyas de la familia, buscarle una mujer mayor y decente como dama de compañía, y guardarla en el potrero para que se desquite a sus anchas dentro de los límites del decoro. Y sus propias habitaciones, que estén consagradas sólo a él. Y que cuente con sus clubes e intereses personales. Los matrimonios se molestan poco en estos días. Comparativamente, la vida de los casados se ha vuelto muy decente.

–Yo diría que su esposa podría ser muy feliz –comentó Emily–. Parece muy agradable.

–No sé si es agradable o no. Nunca he tenido que pedirle dinero. –Lady Maria, que alargaba las sílabas al hablar y tenía una voz muy fina, era capaz de los comentarios más extraños–. Es más respetable que la mayoría de los hombres de su edad. Posee diamantes magníficos y no sólo tiene tres casas espléndidas, sino dinero suficiente para mantenerlas. Hoy, aquí en la fiesta de Mallowe, contamos con tres candidatas. Imagino, Emily, que ya supones quiénes son.

Emily Fox-Seton casi se sonrojó. Tenía la sensación de ser poco delicada.

–Lady Agatha sería muy apropiada –dijo–. Y la señora Ralph es muy lista, por supuesto. Y la señorita Brooke, verdaderamente preciosa.

Lady Maria no quiso contener su discreta risa.

–La señora Ralph es de esas mujeres que siempre hablan en serio. Acapararía a Walderhurst y hablaría de literatura y pondría los ojos en blanco y él llegaría a odiarla. Esas mujeres que escriben, cuando tienen además cierto atractivo, están tan pagadas de sí mismas que se creen capaces de casarse con cualquiera. La señora Ralph tiene unos ojos bonitos y es aficionada a ponerlos en blanco. Walderhurst no se dejará engatusar. Esa chica, la señorita Brooke, es más astuta que la Ralph. Esta tarde

lo ha sido y mucho. Empezó nada más llegar.

–Pues no he visto... –respondió Emily con vacilación.

–Sí has visto, sólo que no has comprendido. ¡El partido de tenis y las risas con el joven Heriot en la terraza! Va a interpretar el papel de joven ocurrente y viva a quien todo resulta indiferente y desdeña la jerarquía y el esplendor; de joven que se ha educado con novelitas, pero no fuera de ellas. Las mujeres que tienen éxito son las que saben adular sin que se note. Walderhurst tiene una opinión demasiado elevada de sí mismo para verse atraído por una jovencita que juguetea con otro hombre. Ya no tiene veinticinco años.

Emily Fox-Seton recordó a su pesar el lamento de la señora Brooke: «Ojalá no te sea demasiado indiferente, Cora». No quería recordarlo porque las Brooke le caían simpáticas y habría preferido pensar que eran mujeres desinteresadas. Pero, al fin y al cabo, reflexionó, ¿no era natural que una muchacha tan bonita viera al marqués de Walderhurst con perspectiva de futuro? Por encima de todo, sin embargo, sintió admiración por la sagacidad de lady Maria.

–Maravillosa capacidad de observación, lady Maria. –Y exclamó–: ¡Maravillosa!

–He asistido a cuarenta y siete temporadas en Londres. Y son muchas, ¿sabes? Cuarenta y siete temporadas de madres y debutantes constituyen una magnífica escuela. Luego está Agatha Slade. ¡Pobre chica! Conozco bien a las mujeres como ella. Es guapa y de buena cuna, pero perfectamente incapaz. Su familia es tan pobre que merecen cualquier acto de caridad. Y han tenido la indecencia de alumbrar seis hijas, ¡seis! Y todas de delicada piel, exquisita nariz y celestiales ojos. La mayoría de los hombres no pueden permitírselas y ellas no pueden permitirse a la mayoría de los hombres. En cuanto empiece a echarse un poquito a perder y si aún no se ha casado, tendrá que dejar paso a sus hermanas. Todas tendrán su oportunidad. Agatha ha disfrutado de la publicidad de las revistas ilustradas esta temporada, y le ha ido bien. En estos días, de cada nueva belleza se habla como si fuera un jabón. No les ponen hombres-anuncio, pero, excepto eso, no les niegan nada. Agatha, sin embargo, no ha recibido ninguna proposición especial y sé que tanto ella como su madre están un poco preocupadas. Alix será presentada la próxima temporada, y no tienen dinero para vestir a dos hermanas a la vez. Tendrán que mandar a Agatha a Castle Clare, la casa de Irlanda, que es casi lo mismo que mandarla a la Bastilla. No saldrá viva. Tendrá que quedarse y ver cómo se va quedando cada vez más delgada, que no esbelta, y cada vez más pálida, que no rubia. Su naricita se irá afilando e irá perdiendo el pelo poquito a poco.

–¡Qué pena sería! –dijo Emily Fox-Seton con compasión–. Yo creía... yo pensaba... Me parecía que lord Walderhurst la miraba con admiración.

–Todo el mundo la mira con admiración si vamos a eso, pero, si nadie da el paso, la pobrecita no se salvará de la Bastilla. Bueno, Emily, hay que irse a la cama. Ya

hemos charlado bastante.

Capítulo III

Despertar en una habitación silenciosa y encantadora cuando entraba suavemente el sol del verano a través de los frondosos árboles fue una delicia para la señorita Fox-Seton, acostumbrada a abrir los ojos y ver cuatro paredes de papel pintado barato, y a desperezarse con los martilleos de la calle y el traqueteo y agitado rodar de los vehículos. En un edificio detrás de su dormitorio-cuarto de estar vivía un hombre cuya ocupación, que iniciaba a primera hora de la mañana, consistía en dar porrazos de forma persistente.

Despertó a su primer día en Mallowe y se estiró gozosamente con la sonrisa de una niña. Sentía tanta gratitud por la suavidad de su cama con fragancias de lavanda, era tan agradable la primorosa frescura de su habitación tapizada en cretona... Desde la almohada veía las ramas de los árboles y oía el canto de los veloces estorninos. Le llevaron el té, y le supo a néctar. Era una mujer completamente sana con el paladar tan limpio como el de una niña de seis años que aún no hubiera salido de casa. Disfrutaba de cuanto la rodeaba con la misma normalidad como anormal era encontrarse en aquel lugar ese día y a esa hora.

Se levantó y se vistió de prisa, impaciente por salir al jardín y al sol. Cuando llegó al prado, no había nadie excepto el borzoi, que estaba debajo de un árbol y se levantó y acercó a ella con paso majestuoso. El aire era exquisito; el terreno que se abría ante sus ojos se calentaba bajo el sol; en los macizos de flores de los arriates, relucientes gotas de rocío adornaban las hojas y los capullos. Atravesó el espacioso y bien cortado césped y miró con embeleso los campos que se extendían más abajo. Podría haber besado a las blancas y esponjosas ovejas que moteaban los prados y formaban apacibles grupos bajo los árboles.

–¡Qué encanto! –se dijo, en un pequeño pero efusivo arrebato.

Le habló al perro y lo acarició. El animal pareció comprender de qué ánimo se encontraba y se apretó contra su vestido en cuanto se paró. Pasearon juntos por los jardines hasta que se toparon con un retriever lleno de vitalidad que saltó y correteó a su alrededor y, sin más, empezó a trotar junto a ellos. Emily iba admirando las flores y a cada poco se detenía y hundía el rostro para gozar de sus fragancias. Se sentía tan feliz, que en sus ojos color de avellana aparecía un brillo conmovedor.

Se quedó perpleja al doblar una esquina y entrar en un estrecho pasillo de rosales y ver que lord Walderhurst avanzaba hacia ella. Detrás iba un jardinero que, evidentemente, recogía rosas para él y las iba poniendo en una cesta con poco fondo. Emily Fox-Seton buscó algo que decir si, por casualidad, lord Walderhurst se paraba a hablar con ella. Se consoló con la idea de que realmente *deseaba* hacer alguna observación sobre la belleza de los jardines y ciertas matas de celestiales campanillas azules, uno de los rasgos distintivos de los arriates. Era mucho mejor no verse

obligada a inventar comentarios. Pero el marqués no se detuvo. Estaba absorto en sus rosas (que, según Emily supo después, enviaría a una amiga enferma de la ciudad), y cuando ella se acercaba, se volvió para intercambiar unas palabras con el jardinero. Como Emily pasaba a su lado en el preciso momento en que él interrumpía su conversación y el pasillo era estrecho, vio, inesperadamente, que la miraba a los ojos.

Eran, por lo demás, de parecida estatura, así que la sensación de estar tan cerca resultaba un poco extraña.

–Perdón –dijo, y se apartó, quitándose brevemente el sombrero de paja a modo de saludo.

Pero no dijo «Perdón, señorita Fox-Seton», por lo que Emily constató que tampoco esta vez la había reconocido y que no tenía la más remota idea de quién era o de dónde procedía.

Pasó de largo dedicándole su sonrisa más afable y amistosa y recordó los comentarios que lady Maria había hecho la noche anterior.

«Y pensar que, si se casa con ella, mi pobre y querida lady Agatha será dueña de tres casas tan hermosas como Mallowe: tres mansiones preciosas, tres jardines con miles de plantas que florecen todos los años. ¡Qué gran suerte sería para ella! Es tan encantadora que se diría que *tiene* que enamorarse de ella. Además, si se convirtiera en marquesa de Walderhurst, podría hacer mucho por sus hermanas.»

Después de desayunar, pasó la mañana cumpliendo encargos de lady Maria. Escribió algunas notas y la ayudó con los planes para entretener a sus invitados. Estaba muy ocupada y feliz. Por la tarde se dirigió en coche a Maundell, un pueblo situado al otro lado del páramo. Fue para hacer un recado, pero como le encantaba ir en carruaje y el caballo marrón era una belleza, tenía la sensación de estar recibiendo otro de los regalos que la generosa hospitalidad de su anfitriona le dispensaba. Manejaba bien las riendas, y la altura del pescante realzaba su erguida y fuerte figura.

–Recta y plana. Bonita espalda la de esa mujer –comentó a lady Maria el propio lord Walderhurst al verla marchar–. ¿Cómo se llama? Uno nunca escucha el nombre de las personas cuando se las presentan.

–Se llama Emily Fox-Seton –le aclaró la condesa–, y es una criatura estupenda.

–Decir a la mayoría de los hombres algo así sería inhumano; pero, si uno es egoísta a ultranza y se conoce hasta cierto punto, comprende que una criatura estupenda tiene todas las bazas de ser una estupenda compañera.

–Tienes mucha razón –respondió lady Maria, que sostenía sus impertinentes para ver cómo el coche de Emily bajaba por la avenida–. Yo soy egoísta, así que me doy cuenta de que ésa es la razón de que Emily Fox-Seton se esté convirtiendo en el pilar de mi existencia. Resulta tan cómodo que una persona te lo consienta todo cuando ni siquiera es consciente de lo que está haciendo... Ni se le pasa por la cabeza que merece toda nuestra gratitud.

Esa tarde, la señora Ralph bajó radiante a cenar con un vestido de satén color ámbar que tenía la cualidad de estimular en ella un brillo especial. Tenía ingenio suficiente para concitar la atención de los presentes y, con ella, la de lord Walderhurst. Fue la velada de la señora Ralph. Cuando los hombres volvieron al salón, se aferró al marqués en el acto y lo retuvo en exclusiva. Era una mujer que sabía hablar y es posible que lord Walderhurst se divirtiera. Emily Fox-Seton no estaba del todo segura, pero veía que al menos la escuchaba. Lady Agatha Slade parecía un poco lánguida y apática. Encantadora como era, no siempre conseguía concitar la atención y aquella noche se excusó diciendo que le dolía la cabeza. De hecho, cruzó el salón y, tras sentarse al lado de Emily Fox-Seton, empezó a hablar de las prendas de punto que lady Maria confeccionaba para la beneficencia. Emily, que había cogido una de ellas, se sintió tan complacida que la conversación le resultó fácil, fluida. No se percataba de que, en ese momento en particular, era una compañía agradable y reconfortante para Agatha Slade. Había oído hablar mucho de su belleza durante la temporada, y recordaba muchos detalles que a una chica que estaba un poquito abatida podría gustarle oír una vez más. A veces, para Agatha, los bailes donde los invitados formaban corrillos para verla bailar, los comentarios aduladores que había escuchado, las deslumbrantes esperanzas que había alimentado, eran un tanto irreales, como si, al fin y al cabo, no hubieran sido más que sueños. Esto, como es natural, sucedía sobre todo cuando la vida le parecía aburrida y, en su casa, el ambiente de facturas impagadas resultaba demasiado cargado. Aquella noche sucedía también porque la muchacha había recibido una larga e inquieta carta de su madre en la cual hablaba mucho de la importancia de empezar cuanto antes los preparativos de la presentación en sociedad de Alix, que no en vano llevaba esperando un año y que en realidad estaba más cerca de los veinte que de los diecinueve.

«Si no estuviéramos en Debrett y Burke, podría una tomarse estos asuntos con reserva –escribía la pobre lady Claraway–, pero ¿qué puede una hacer cuando todo el mundo puede leer la edad de sus hijas en las revistas?»

La señorita Fox-Seton había visto el retrato de lady Agatha en la Academia y la forma en que los visitantes se amontonaban en torno a él. Se había aventurado a oír comentarios y coincidía con muchas personas que opinaban que el cuadro no hacía justicia al original.

–La primera vez que lo vi, sir Bruce Norman estaba a mi lado con una mujer mayor –dijo, empezando una nueva fila de la larga bufanda de punto blanca que su anfitriona estaba tejiendo para una organización que hacía obras de caridad para Los Pescadores de Altura–. Parecía muy contrariado. Oí que decía: «No es nada bueno. Ella es mucho, mucho más guapa. Tiene los ojos como flores azules». Yo, en el momento que la vi, no podía apartar los ojos de usted. Espero no parecerle demasiado franca y descortés.

Lady Agatha sonrió. Se había sonrojado delicadamente y cogió con su esbelta mano una madeja de lana blanca.

–Hay personas que nunca pueden parecer descorteses –respondió con ternura–, y estoy segura de que usted es una de ellas. Esa bufanda es preciosa. Me pregunto si yo podría hacer otra para alguno de esos pescadores.

–Si le apetece intentarlo –sugirió Emily–, lady Maria tiene varios pares de agujas de madera. Yo puedo empezar y luego la sigue usted si quiere.

–Sí, por favor. Qué amable de su parte.

Algo más tarde, en una pausa de su conversación, la señora Ralph miró al otro lado de la sala y se fijó en Emily Fox-Seton, quien estaba inclinada sobre lady Agatha, que ya había cogido las agujas, y le daba instrucciones.

–¡Qué criatura tan bondadosa! –comentó.

Lord Walderhurst sacó el monóculo y se lo puso en el ojo que no recibía la luz. Miró también al otro lado de la estancia. Emily se había puesto el vestido de noche negro, que tanto favorecía sus recios y blancos hombros y la firme columna de su cuello. El aire del campo y el sol habían coloreado sus mejillas y la luz de la lámpara más cercana se derramaba suavemente sobre su castaño cabello, que llevaba recogido, dándole tintes de barniz. Tenía un aspecto suave y cálido, y su generoso interés en los progresos de su alumna le confería cierta dulzura.

Lord Walderhurst la miraba, simplemente. Era hombre de pocas palabras. A las mujeres más enérgicas les parecía inexpresivo. En realidad, era consciente de que un hombre de su posición no necesita esforzarse demasiado. Son las propias mujeres las que hablan. A él querían hablarle porque deseaban que las escuchara.

La señora Ralph hablaba.

–Esa mujer es la persona más primaria que conozco. Acepta su destino sin traza de resentimiento. Lo acepta sin más.

–¿Cuál es su destino? –preguntó lord Walderhurst, sin volver la cabeza ni quitarse el monóculo ni desviar la mirada, tan franca y ecuánime como siempre.

–Que, siendo una mujer de perfecta buena cuna, tiene que trabajar y vivir sin un penique como una criada. Siempre está a disposición de quienquiera que desee hacerle un encargo, por extraño que éste sea, con el que poder ganarse una comida. Es una de las nuevas formas de ganarse la vida que han encontrado las mujeres.

–Buena piel –señaló lord Walderhurst sin darle mayor importancia–. Buen cabello. Muy bueno.

–Por sus venas corre una de las mejores sangres de Inglaterra, y me hizo el favor de encontrar a mi última cocinera –dijo la señora Ralph.

–Espero que sea buena.

–Mucho. Emily Fox-Seton tiene un don para encontrar personas decentes. Supongo que se debe a que ella lo es. Y mucho –apostilló con una discreta risita.

–Parece muy decente –comentó lord Walderhurst.

La labor de punto avanzaba a las mil maravillas.

–Qué raro que viera a sir Bruce Norman ese día –decía Agatha Slade–. Debió de ser justo antes de que lo reclamaran de la India.

–Así es. Zarpaba al día siguiente. Me enteré porque me encontré con unas amigas mías a pocos metros de su cuadro y empezaron a hablar de él. Hasta ese momento no sabía que era tan rico. No sabía que tenía minas de carbón en Lancashire. ¡Ay –exclamó, abriendo mucho los ojos con sincero anhelo–, cuánto me gustaría tener una mina de carbón! ¡Tiene que ser tan *bonito* ser rica!

–Yo nunca lo he sido –respondió lady Agatha con un suspiro de amargura–. Sé que es espantoso ser pobre.

–Yo nunca he sido rica tampoco –dijo Emily– y nunca lo seré. En su caso –con cierta timidez– es muy distinto.

Lady Agatha volvió a sonrojarse delicadamente.

A Emily Fox-Seton se le ocurrió un pequeño comentario galante.

–Sus ojos son como flores azules –dijo.

Lady Agatha levantó los ojos azules como flores. Su mirada era patética.

–¡Oh! –exclamó, y, casi con ímpetu, añadió–: A veces parece que a nadie le importase que una tenga ojos o no.

Emily Fox-Seton se sintió muy satisfecha al comprobar que, a partir de aquella conversación, entre la belleza y ella pareció surgir una especie de amistad que casi llegó a convertirse en intimidad a medida que la bufanda de lana para el pescador iba cuajando. La cogían y la dejaban, la sacaban incluso al jardín y la dejaban debajo de los árboles, y luego eran los criados quienes la recogían con las alfombras y los cojines. Lady Maria también se entretenía confeccionando gorros y bufandas, y, en Mallowe, las prendas blancas o grises a medio tejer se convirtieron en moda. Cierta tarde a primera hora Agatha fue con la labor a la habitación de Emily, quería pedirle ayuda porque se había soltado un punto, y sentó una especie de precedente. A partir de entonces empezaron a intercambiar visitas.

A lady Agatha, sin embargo, el rumbo que estaban tomando sus asuntos la agobiaba y no sabía si podría soportarlo. En su casa ocurrían cosas desagradables: el castillo de Clare se cernía lúgubre en la distancia como un espectro. Ciertos comerciantes que, en opinión de lady Claraway, debían conservar la calma y esperar pacientemente a que la situación mejorara, cada día se volvían más espantosamente insistentes. Y, como había que sufragar la temporada de Alix, la situación era todavía más incómoda y embarazosa. Una chica no podía ser presentada en sociedad e introducida en el mundo como es debido y con alguna posibilidad de éxito sin gastar. Para los Claraway gastar significaba tener crédito, y había rastros de lágrimas en las cartas en que lady Claraway reiteraba que los comerciantes se estaban portando de

una forma horrible. En ocasiones, mencionó una vez con desesperación, las dificultades eran tantas que daba la impresión de que la familia acabaría por verse obligada a encerrarse en el castillo de Clare para reducir gastos; pero, en tal caso, ¿qué ocurriría con Alix y la siguiente temporada? Y luego estaban Millicent, Hilda y Eve.

Más de una vez aparecía la bruma de las lágrimas en los ojos como flores azules cuando lady Agatha se disponía a hablar. La confianza entre dos mujeres se va consolidando mediante procesos a un tiempo sencillos y sutiles. Emily Fox-Seton no habría sabido decir cuándo empezó a observar que la belleza estaba inquieta y angustiada. Lady Agatha no sabía en qué momento empezó a hacer breves y sinceras confesiones. Pero ambas cosas sucedieron. Agatha encontraba algo parecido al consuelo en su relación con una mujer tan normal, grande y desprovista de artificio que le daba realmente ánimos cuando estaba abatida. Emily Fox-Seton prestaba un amable y constante tributo a sus encantos, y la ayudaba a creer en ellos. Cuando estaba en su compañía, Agatha tenía la sensación de ser realmente encantadora y de que el encanto era un gran capital. Emily lo admiraba y reverenciaba y, evidentemente, nunca soñó en dudar de su omnipotencia. Solía hablar como si cualquier joven belleza fuera una potencial duquesa. En realidad, lo creía de todo corazón. No vivía en un mundo donde el matrimonio dependiera del amor y, para el caso, tampoco Agatha. Era bonito que a una chica le gustara el hombre que la desposara, pero, si se trataba de una persona educada, agradable y de posibles, era natural que acabase por apreciarlo lo suficiente; y contar con medios para llevar una vida holgada o lujosa, y no depender del propio esfuerzo, o del de tus padres, era, en cualquier caso, para estar agradecida. A todo el mundo le aliviaba saber que una muchacha se había «establecido» y era un alivio en especial para la propia chica. Ni siquiera las novelas y obras de teatro trataban ya de cautivadores jóvenes que se enamoraban en el primer capítulo y, tras una serie de incidentes cada vez más pintorescos, se casaban en el último con la total seguridad de ser felices y bienaventurados para siempre jamás. Ni lady Agatha ni Emily habían crecido al amparo de este tipo de literatura, ni en una atmósfera en la que se aceptase sin reservas.

Ambas habían tenido una vida dura y sabían lo que las esperaba en adelante. Agatha era consciente de que tenía que casarse o desaparecer de la existencia en un aburrimiento prosaico y limitado. Emily comprendía que no tenía la menor posibilidad de un matrimonio deseable. Era demasiado pobre, carecía por completo de un entorno social favorable, y no era tan radiante como para llamar la atención. Mantenerse decentemente, recibir ocasionalmente la invitación de amigas más afortunadas y que la suerte le permitiera presentar a la faz del mundo el aspecto de una mujer que no era pobre era cuanto podía esperar. Pero creía que lady Agatha

tenía derecho a más. No lo razonaba, no se preguntaba por qué, aceptaba esta proposición como un hecho. Estaba sinceramente preocupada por el destino de su amiga y la observaba con compasión y afecto. A veces, cuando hablaba con la muchacha, miraba a lord Walderhurst con impaciencia. Una madre inquieta apenas podría haberlo observado con mayor deseo de analizar sus sentimientos. Harían una pareja estupenda. Él sería un excelente marido. Y tenía tres casas, y magníficas joyas. Lady Maria le había hablado de cierta tiara de diamantes que con frecuencia imaginaba refulgiendo en la exquisita frente de Agatha. A ella le quedaría infinitamente mejor que a la señorita Brooke o a la señora Ralph, que nunca la lucirían con espíritu. No podía evitar la sensación de que ni la brillantez de la señora Ralph, ni el juvenil y despreocupado atractivo de la señorita Brooke eran dignos de contar en la carrera. Lady Agatha, en cambio, encajaba mucho mejor en el papel de esposa deseada. Emily deseaba que siempre ofreciera su mejor cara y, cuando se enteró de que estaba angustiada por las cartas y comprobó que por ellas palidecía y perdía luz, se esforzó por animarla.

–¿Y si damos un paseo rápido –proponía– y luego intenta dormir la siesta? Parece cansada.

–¡Ay! –exclamó Agatha un día–. ¡Qué amable es usted conmigo! Creo que le preocupa de verdad que esté guapa.

–Lord Walderhurst me dijo el otro día –fue la respuesta angelical y llena de tacto de Emily– que es usted la única mujer que ha conocido que *siempre* está encantadora.

–¿Eso dijo? –respondió lady Agatha sonrojándose dulcemente–. Sir Bruce Norman me dijo lo mismo una vez. Yo le respondí que era lo más bonito que se le puede decir a una mujer. Y es más bonito todavía –añadió con un suspiro–, porque no es *realmente* cierto.

–Estoy segura de que lord Waldehurst así lo cree –insistió Emily–. No es hombre de muchas palabras, ya sabe. Es muy serio y circunspecto.

En realidad, ella sentía por el marqués una admiración y una reverencia que rayaban con la devoción. Era en verdad una persona educada y cortés de quien nadie hacía un mal comentario. A ello había que añadir que trataba bien a sus arrendatarios y era patrono de varias asociaciones de caridad importantes. Para la indulgente, ingenua y respetuosa cabeza de Emily Fox-Seton, la combinación resultaba impresionante y atractiva. Conocía –aunque no hubiera intimado– a muchos nobles muy distintos de él. Por su parte, era genuinamente victoriana y conmovedoramente respetable.

–He estado llorando –confesó lady Agatha.

–Me lo temía, lady Agatha –dijo Emily.

–En Curzon Street la situación está cada vez más complicada. Esta mañana he recibido una carta de Millicent. Es la siguiente en edad a Alix y dice que... ¡Ay, dice

muchas cosas! Cuando las chicas ven que todo les pasa por delante y desaparece, se vuelven irritables. Millicent tiene diecisiete años y es un verdadero encanto. Su pelo es como un manto de oro rojizo y tiene las pestañas el doble de largas que las mías. – Volvió a suspirar y sus labios, que eran como curvados pétalos de rosa, temblaron sin disimulo—. A *todas* les ha sentado muy mal que sir Bruce Norman se haya marchado a la India.

–Volverá –dijo Emily, bondadosamente—. Pero, cuando lo haga, tal vez sea demasiado tarde. –Y con candidez–: ¿Conoce a Alix?

Agatha se sonrojó de un modo extraño esta vez. Su delicada piel registraba cada emoción de manera exquisita.

–La conoce, pero ella estaba todavía en la escuela. Así que no creo que...

No terminó la frase. Se interrumpió con evidente incomodidad y se quedó mirando el parque por la ventana, que estaba abierta. No parecía feliz.

El episodio de sir Bruce Norman había sido breve, e incluso vago. Había empezado bien. Sir Bruce había conocido a la belleza en un baile y habían formado pareja más de una vez. Sir Bruce tenía otros atractivos aparte de su antigua baronía y sus minas de carbón. Era un hombre guapo de ojos castaños, mirada risueña y agradable ingenio. Había bailado con encanto y brindado alegres cumplidos. A Agatha le gustaba. A veces, Emily Fox-Seton pensaba que demasiado. A su madre le había gustado también, y había creído que él sentía cierta atracción por su hija. Pero después de varias reuniones agradables, se habían encontrado en los jardines de Goodwood y él había anunciado que se marchaba a la India. Había partido de inmediato, y Emily intuía que se había considerado que la culpa era de lady Agatha. No eran personas lo bastante vulgares para decirlo con franqueza, pero Emily lo intuía. Además, sus hermanas pequeñas aumentaban su sentimiento de culpa. Se le había metido en la cabeza que, si a Alix o a Millicent, la del manto de oro rojizo, o incluso a Eve, que era una gitana, les hubieran dado la oportunidad de disfrutar de una temporada como la suya y de sus vestidos de Doucet, habrían sido capaces de combinarlos de tal modo con sus maravillosos semblantes y preciosas barbillas y naricillas que, al menos, habrían evitado que sus amistades más deseables se sintieran con libertad suficiente para embarcarse en un vapor de tal o cual compañía con rumbo a Bombay.

En su carta de aquella mañana, llena de genio, Millicent había conseguido sacar lo mejor de su gusto y crianza, y la encantadora Agatha había derramado grandes lágrimas. Era, pues, reconfortante saber que lord Walderhurst había hecho un comentario tan extraordinariamente amable. Aunque no era joven, era realmente *muy* bueno, y, aquella temporada, algunas personas exaltadas sentían gran inclinación por él.

Dieron el rápido paseo y lady Agatha volvió radiante. En la cena estuvo adorable,

y luego reunió una verdadera corte en torno a ella. Iba toda de rosa, hasta con una guirnalda de rosas silvestres, lo cual, unido a su esbelta y joven figura, le daba un aire de ninfa de Botticelli. Emily se dio cuenta de que lord Walderhurst la miraba mucho. Se quedó en un rincón sentado en una butaca extraordinariamente cómoda y observaba la sala a través del monóculo.

Lady Maria siempre encargaba muchas tareas a su Emily. Como tenía gusto para los arreglos florales, nada más iniciar la visita, le había caído en suerte el deber de «hacer» las flores.

A la mañana siguiente se levantó pronto y salió al jardín a recoger unas rosas que aún no habían perdido el rocío. Estaba cortando unas adorables «Señora Sharman Crawfords» cuando comprendió que por decoro debía bajarse las enaguas, que antes se había recogido cuidadosamente, porque el marqués de Walderhurst se dirigía directamente hacia ella. Una sensación instintiva le dijo que quería hablar con ella de lady Agatha Slade.

–Se levanta usted más temprano que lady Agatha –comentó lord Walderhurst después de darle los buenos días.

–La invitan al campo con más frecuencia que a mí –respondió–. Cuando paso unos días en el campo, me gusta estar todo el tiempo que pueda al aire libre. Y las mañanas son preciosas... Nada que ver con Mortimer Street.

–¿Vive usted en Mortimer Street?

–Sí.

–¿Le gusta?

–Estoy muy a gusto. Tengo la fortuna de tener una estupenda casera. Su hija y ella son muy buenas conmigo.

La mañana era ciertamente preciosa. Las flores de los arriates estaban empapadas de rocío y el sol, que empezaba a calentar, extraía sus fragancias, que llenaban el aire. El marqués se puso el monóculo y miró al cielo azul cobalto a través de los árboles, donde una o dos palomas zureaban con musical liviandad.

–Sí –observó, y recorrió los prados con la mirada–, supongo que esto es muy distinto a Mortimer Street. ¿Le gusta el campo?

–¡Naturalmente que sí! –respondió Emily con un suspiro–. ¡Naturalmente que sí!

No destacaba por su facilidad de palabra. No habría podido expresar todo lo que quería decir con su «¡Naturalmente que sí!», la alegría y el amor que le inspiraban los paisajes, sonidos y fragancias del campo. Al levantar la vista para dirigirse al marqués, con sus grandes y amables ojos de color avellana, la sinceridad de su emoción se tradujo en una mirada conmovedora, como tantas veces sucedía cuando la asaltaba un gozo inefable.

Lord Walderhurst la observó a través del monóculo como si la estuviera sopesando, cosa que hacía en ocasiones, pero sin descortesía ni particular interés.

–¿A lady Agatha le gusta el campo? –preguntó.

–Le gusta todo lo que es hermoso –respondió Emily–. Tiene una forma de ser tan encantadora como su rostro; en mi opinión.

–¿De verdad?

Emily se alejó un par de pasos hasta un rosal trepador y empezó a cortar rosas que caían suavemente en la cesta que llevaba.

–Parece encantadora en todo –dijo–: en disposición y modales y... en todo. Parece que nunca decepciona a nadie y que no comete errores.

–¿La aprecia usted?

–Ha sido muy buena conmigo.

–Dice muy a menudo que la gente es buena con usted.

Emily se interrumpió, algo confusa. Se daba cuenta de que no era especialmente inteligente y, como modesta sí era, se preguntó si no estaría abusando de la frase y repitiéndola como un loro y, por tanto, siendo cansina. Se ruborizó hasta las orejas.

–La gente es buena –dijo, con vacilación–. Yo... Verá, yo no tengo nada que ofrecer, y tengo la impresión de estar siempre recibiendo.

–¡Qué suerte! –dijo el marqués, observando a Emily tranquilamente.

Emily se sintió incómoda, y luego sintió alivio y lástima a un tiempo cuando lord Walderhurst se alejó para acercarse a otro madrugador que había salido al jardín. Por alguna misteriosa razón, tenía aprecio al marqués. Quizá su magnificencia y lo mucho que había oído hablar de él hubieran excitado su imaginación. No le había oído decir nada particularmente inteligente, pero tenía la misma sensación que si lo hubiera hecho. Era un hombre bastante callado, pero jamás parecía estúpido. Había tenido intervenciones de mérito en la Cámara de los Lores: brillantes no, pero sí sólidas, dignas y que inspiraban respeto. Además, había escrito dos panfletos. Emily tenía en gran consideración la inteligencia, y con frecuencia, hay que admitirlo, lo que pasa por inteligencia. Rigurosa no era.

Durante su estancia en Mallowe todos los veranos, lady Maria siempre daba un gran convite para los habitantes del pueblo. Llevaba cuarenta años organizándolo y era una ocasión de lo más animada. Un sinfín de alegres y asilvestrados niños eran alimentados hasta la saciedad a base de vigorizantes bollos, un pastel y tazas de té, después de lo cual disputaban carreras con premio y se entretenían de diversas maneras con la ayuda de los residentes de la casa que sentían la benevolente inclinación de ser de utilidad.

No todos tenían tales inclinaciones, aunque el acontecimiento resultaba divertido para todos. Nadie ponía objeciones a mirar y a algunos les animaba agradablemente la sensación general de fiesta. Por su parte, lady Maria opinaba que, en tales ocasiones, Emily Fox-Seton era inestimable. Resultaba tan sencillo, sin observar en ella la menor sensación de rencor, encargarle todo el trabajo pesado. Y había mucho

trabajo pesado, aunque a Emily Fox-Seton no se le presentara bajo esta luz. No se daba más cuenta de que lady Maria obtenía, por así decirlo, un magnífico servicio por el dinero que le pagaba que de que era, aunque divertida y deliciosa, una vieja desconsiderada y absolutamente egoísta. Por otra parte, como Emily Fox-Seton no parecía ostensiblemente cansada, a lady Maria no se le ocurría que pudiera estarlo, que, al fin y al cabo, sus brazos y piernas no eran más que ¡carne y hueso humanos!, que sus sólidos pies estaban sometidos a la fatiga del continuo andar de aquí para allá. Sencillamente, la vieja condesa estaba encantada de que los preparativos fueran tan bien, de recurrir a Emily para cualquier cometido y encontrarla siempre dispuesta. Emily hacía listas y cálculos, organizaba planes y compras, entrevistaba a las matronas del pueblo, que preparaban los bollos y el pastel, y hervían té en bolsas en un cazo, encontraba mujeres que podían ayudar a cortar los dulces, el pan y la mantequilla, y a servirlos, dirigía la colocación de lonas y mesas y todo tipo de cosas, y se acordaba de los innumerables detalles de que había que acordarse.

–Sinceramente, Emily –decía lady Maria–, no sé cómo he podido organizar todo esto sin ti durante cuarenta años. Tendría que darme el gusto de tenerte siempre en Mallowe.

Emily pertenecía a ese tipo de caracteres afables que disfrutaban hasta con los acontecimientos más nimios y a quienes la alegría y festejos ajenos procuraban invariablemente una gran satisfacción. Para ella, el ambiente festivo era una delicia. En los incontables recados que hizo en el pueblo, al ver la emoción en el rostro de los niños cuando se dirigía a esta o aquella casa, sus ojos se llenaban de un regocijo cordial y su semblante se adornaba de sonrisas. Cuando fue a la casa donde estaban horneando el pastel, los niños corretearon a su alrededor formando grupitos, y se reían y daban codazos. Se quedaron esperando en parte por excitación e interés y en parte porque, de pura alegría, estaban impacientes por brindarle sus atenciones en cuanto saliera: con tantos homenajes se identificaban aún más con el acontecimiento venidero. Le dedicaron radiantes sonrisas a las que Emily correspondió con gestos de asentimiento, animada por una euforia casi tan infantil como la de ellos. Disfrutaba tan sinceramente que no fue consciente de lo mucho que trabajó los días previos al festejo. Era realmente ingeniosa e inventó varias diversiones nuevas. Fue ella quien, con la ayuda de un par de jardineros, transformó las carpas en verdes enramadas y decoró las mesas y las verjas del jardín.

–¡Cuántos paseos se da usted! –le dijo lord Walderhurst en cierta ocasión mientras ella pasaba junto al grupo del jardín–. ¿Sabe cuántas horas lleva de pie desde esta mañana?

–Me gusta –respondió Emily y, siguiendo rápidamente su camino, observó que el marqués estaba sentado más cerca que nunca de lady Agatha y que, con un sombrero adornado con volantes de gasa blancos, ella parecía un serafín, de dulces y relucientes

que estaban sus ojos, de bello como una flor que era su rostro. Se la veía realmente feliz.

«Tal vez él le haya dicho cosas –pensó Emily–. ¡Qué feliz va a ser! El marqués tiene unos ojos preciosos. Haría feliz a cualquier mujer.» En sus labios aleteó un débil suspiro. El cansancio empezaba a hacer mella, pero todavía no era consciente de él. Si lo hubiera sido, ni vagamente habría tenido que recordarse, en ese momento precisamente, que ella no era de las mujeres a quienes se dicen «cosas» y a quienes les ocurren cosas.

–Emily Fox-Seton –señaló lady Maria, abanicándose porque hacía un calor sofocante– tiene sobre mí el más admirable de los efectos. Hace que me sienta generosa. Me gustaría obsequiarla con los vestidos más elegantes del guardarropa de todas mis amigas.

–¿Le regalas vestidos? –preguntó Walderhurst.

–No me sobra ninguno, pero sé que le sería útil. Lleva prendas conmovedoras. Están tan bien concebidas y producen un efecto tan decente con tan poca cosa...

Lord Walderhurst sacó el monóculo y se quedó mirando la erguida y bien formada espalda de la señorita Fox-Seton cuando ésta se marchaba.

–Creo –dijo lady Agatha dulcemente– que es realmente atractiva.

–Sí que lo es –coincidió Walderhurst–. Una mujer bastante guapa.

Esa noche, lady Agatha le contó la gentileza a Emily, que, con agradecido asombro, se sonrojó.

–Lord Walderhurst conoce a sir Bruce Norman –dijo Agatha–. ¿No es curioso? Hoy me ha hablado de él. Opina que es listo.

–Esta tarde han tenido una bonita conversación, ¿verdad? –dijo Emily–. Cuando pasé, los dos parecían tan... tan... Como si se estuvieran divirtiendo mucho.

–¿Tenía aspecto de estarse divirtiendo? Ha sido muy agradable. No sabía que pudiera serlo tanto.

–Nunca le había visto tan contento –respondió Emily Fox-Seton–. Aunque, lady Agatha, parece que siempre está deseando hablar con usted. Ese sombrero de gasa blanco –comentó reflexivamente– le sienta *muy* bien.

–Costó muy caro –dijo Agatha con un suspiro encantador–. Y duran muy poco tiempo. Mamá dice que comprarlo fue casi un crimen.

–Qué maravilloso será –dijo Emily con alegría– cuando... cuando no tenga que pensar en cosas así.

–¡Ay! –con otro suspiro, esta vez con el aliento entrecortado–. ¡Sería el Paraíso! La gente no se hace idea. Cree que las chicas somos frívolas porque nos preocupamos, y que esas cosas no son serias. Pero cuando una sabe que *debe* tener cosas, que son como el pan, ¡es horrible!

–La manera de vestir es muy importante. –Emily recurrió a toda su capacidad

para argumentar la idea, y con una bondad impaciente que resultaba bastante angelical—. Cada vestido ofrece una imagen distinta. ¿Tiene —reflexivamente— algo *muy* distinto que ponerse esta noche y mañana?

—He traído dos vestidos de noche que todavía no he estrenado —con cierta vacilación—. Los... los estaba reservando. Uno es muy fino, negro y con adornos de plata: una mariposa revoloteando en un hombro y otra para el pelo.

—¡Ay, pues póngaselo esta noche! —dijo Emily, emocionada—. ¡Cuando baje a cenar, parecerá... otra persona! Siempre he pensado que ver de pronto a una persona rubia vestida de negro por primera vez le da a una sensación de delicioso comienzo. Aunque «comienzo» no es la palabra, creo. Póngaselo.

Lady Agatha se lo puso. Emily Fox-Seton fue a su habitación para ayudarla con los últimos retoques que la harían todavía más bella antes de bajar a cenar. Sugirió que peinase su rubio cabello con un moño más alto y pequeño que el que solía llevar, para que la mariposa de plata aleteara más ligera, mostrando sus desplegadas y trémulas alas. Ella misma colocó, bien alta también, la mariposa del hombro.

—¡Está preciosa! —exclamó, retrocediendo para contemplar mejor a la muchacha—. Permita que baje antes que usted para ver su entrada en la sala.

Estaba sentada muy cerca de lord Walderhurst cuando entró su pupila. Miró al marqués, que sufrió una especie de sobresalto al ver aparecer a Agatha. El monóculo, que tenía colocado en el ojo, se cayó, y tuvo que recogerlo por su delgado cordón y volver a ponérselo.

—¡Psique!^[1] —le oyó decir con su extraña voz, que parecía aseverar sin comprometerlo con ninguna opinión—. ¡Psique!

No se lo dijo a ella ni a nadie. Fue, sencillamente, una especie de exclamación —apreciativa y observadora sin llegar a ser entusiasta— teñida de curiosidad. Estuvo charlando con Agatha casi toda la noche. Emily se aproximó cuando la chica, que hasta se había puesto un poco colorada, estaba a punto de retirarse.

—¿Qué piensa ponerse para la fiesta de mañana? —preguntó.

—Un vestido de muselina blanco con *entre-deux* de encaje y el sombrero de gasa, y un parasol blanco y zapatos blancos.

Lady Agatha parecía un poco nerviosa. Sus mejillas, sonrosadas, palpitaban.

—¿Y por la noche? —preguntó Emily.

—Tengo un vestido de un verde muy pálido. ¿No quiere sentarse, querida señorita Fox-Seton?

—Es hora de que las dos nos vayamos a dormir. No debe cansarse.

Pero se sentó unos minutos porque vio en los ojos de la muchacha que se lo estaba pidiendo.

Con el correo de la tarde había llegado, como era más que habitual, la descorazonadora carta de Curzon Street. Lady Claraway había exprimido todo su

maternal ingenio y su desesperación resultaba conmovedora. Cierta sastre había entablado un pleito. El asunto llegaría a los periódicos, naturalmente.

«Si no ocurre algo, un aplazamiento que nos salve, tendremos que marcharnos al castillo de Clare de inmediato. Será el fin de todo. No hay chica que pueda presentarse en sociedad pendiente de una cosa así. Esas cosas no les gustan.»

Con «les» se refería, por supuesto, a esas personas cuya opinión era ley en la sociedad londinense.

–Ir al castillo de Clare –dijo Agatha titubeando– sería igual que una sentencia a morir de hambre. Alix, Hilda, Millicent, Eve y yo nos moriremos de hambre poco a poco a falta de todo lo que hace soportable la vida de las mujeres cuando han nacido dentro de determinada clase. E incluso aunque lo más espléndido ocurriera, dentro de tres o cuatro años sería demasiado tarde para las cuatro y casi demasiado tarde para Eve. Si no estás en Londres, te olvidan. Nadie puede evitarlo. ¿Por qué iban a hacerlo cuando cada año son multitud las chicas nuevas que se presentan?

Emily Fox-Seton se mostró amable. Estaba segura de que las Slade no se verían obligadas a marcharse al castillo de Clare. Con delicadeza, fue capaz de infundir esperanza en la mayor de las hermanas. Comentó lo bien que le sentaba el vestido de gasa negro y el maravilloso efecto de las mariposas de plata.

–Supongo que fue por las mariposas por lo que, al verla, lord Walderhurst ha dicho: «¡Psique! ¡Psique!» –añadió, *en passant*.

–¿Eso ha dicho? –Y, de inmediato, lady Agatha parecía que no había querido decirlo.

–Sí –respondió Emily, y se apresuró a restar importancia a lo comentado con una intervención llena de tacto–. Y el negro le da un aspecto maravillosamente rubio y aéreo. Con él, casi no parece real. Da la impresión de que podría levitar. Pero ahora tiene que irse a dormir.

Lady Agatha la acompañó hasta la puerta de su habitación para darle las buenas noches. Su mirada era como la de una niña a punto de echar alguna lagrimita.

–¡Oh, señorita Fox-Seton –dijo con voz muy joven–, qué buena es usted!

Capítulo IV

En las zonas contiguas a la casa ya había gran bullicio y ajetreo cuando la señorita Fox-Seton cruzó los jardines a la mañana siguiente. Unos sirvientes estaban poniendo las mesas y llevaban cestas de pan, bollos y comestibles a la carpa destinada para preparar el té. Lo hacían todo con interés y buen humor. Los hombres se tocaban el sombrero al ver a Emily y las mujeres le sonreían con cortesía. Todos sabían ya que era la representante de la señora condesa, y que era amable y podían confiar en su capacidad.

–Qué trabajadora es esta señorita Fox-Seton –le decía uno a un compañero–. Nunca había visto a una dama que se pusiera así a la altura de uno. Las damas, aunque tengan buenas intenciones, se te quedan mirando y te dicen las cosas, pero parece que no saben cómo se hacen. Esta mañana ha bajado a ayudar y ha cortado el pan y la mantequilla. Ayer estuvo preparando paquetitos de dulces. Los hacía con papeles de distintos colores y los adornaba con una cinta, porque dice que sabe que de esa manera los niños los aprecian más, que siempre han sido así y que así serán siempre. Para despertar la sonrisa de un niño bastan un poquito de rojo y otro poquito de azul, dice.

Emily cortó el pan, la mantequilla y el pastel, y estuvo toda la mañana colocando sillas y juguetes en las mesas. Hacía calor, pero el día era hermoso, y estaba tan ocupada que apenas tuvo tiempo de desayunar. En la fiesta reinó el más alegre de los ambientes. Lady Maria hizo gala de su mejor sentido del humor. Había planeado una excursión a unas interesantes ruinas para la tarde del día siguiente y una cena formal para la noche. Para gran satisfacción suya, acudirían sus vecinos preferidos, que acababan de volver a la casa de campo que poseían a pocos kilómetros. La mayoría de los vecinos la aburrían y, a base de cenas, los iba dosificando como si fueran medicamentos. Pero los Lockyer eran jóvenes, apuestos e inteligentes, y siempre se alegraba cuando se instalaban en Loche si ella estaba en Mallowe.

–No son ni aburridos ni rancios –comentó–. En el campo, la gente es aburrida y, cuando no, rancia. Y yo corro peligro de convertirme en ambas cosas, la verdad. Seis semanas de cenas con ciertas personas que conozco, y acabo poniéndome enaguas de lana y hablando de la deplorable condición moral de la sociedad londinense.

Después del desayuno, dirigió a todos sus invitados a la explanada de césped que se extendía bajo las encinas.

–Vamos a estimular la industria –dijo–. Veamos trabajar a Emily Fox-Seton. Es todo un ejemplo.

Curiosamente, aquél fue el día de la señorita Cora Brooke. De pronto, se vio caminando por el prado al lado de lord Walderhurst. No supo cómo ocurrió. Tal vez, simplemente, fuera simple casualidad.

–Apenas hemos hablado –dijo él.

–La verdad –replicó Cora– es que hemos hablado mucho, pero con otras personas. Yo, al menos, lo he hecho.

–Sí, usted ha hablado mucho –dijo el marqués.

–¿Quiere decir que he hablado demasiado?

Lord Walderhurst examinó la belleza de la muchacha a través de su monóculo. Quizá el ambiente festivo que impregnaba el aire inspirase su buen humor.

–Quiero decir que no ha hablado lo suficiente conmigo. Ha dedicado usted demasiado tiempo a la conquista del joven Heriot.

Cora se rio con cierto descaro.

–Es usted una jovencita muy independiente –comentó el marqués con un tono más frívolo de lo habitual–. Tendría usted que ofrecer una disculpa, mostrarse tímida, tal vez.

–No lo haré –dijo Cora tranquilamente.

–¿No lo hará o no quiere hacerlo? –insistió Walderhurst–. Son frases muy rotundas para que una niña, o una jovencita, responda así a sus mayores.

–Las dos cosas –respondió la señorita Cora Brooke con ligero sonrojo de satisfacción–. Vayamos a las carpas a ver qué hace la pobre Emily Fox-Seton.

–Pobre Emily Fox-Seton –repitió el marqués mecánicamente.

Fueron, pero no se quedaron mucho tiempo. El convite iba cobrando forma. Emily Fox-Seton estaba muy atareada y concentrada en la tarea. Los criados se dirigían a ella para pedirle instrucciones. Tenía mil cosas que hacer y supervisar además lo que ya se había hecho. Había que preparar los premios de las carreras y los regalos de los niños: cosas para niños y cosas para niñas, regalos para los más pequeños y regalos para los mayores. Nadie podía quedarse sin el suyo, y nadie debía recibir el que no le correspondía.

–Sería horrible, ¿se dan cuenta? –decía Emily a la pareja cuando entraron en la carpa y empezaron a hacerle preguntas–, que a un niño mayor le diéramos un caballito de madera y a una niña pequeña un bate y una pelota de críquet. Y luego, si a una niña pequeña le diéramos una caja de coser y a una mayor una muñeca, se llevarían una gran decepción. Hay que ponerlo todo en orden. Llevan días esperando este momento y sería terrible desilusionarlos, ¿no les parece?

Walderhurst se quedó mirando, inexpresivo.

–¿Quién se encargaba de todo esto antes de que lady Maria contara con usted? –preguntó.

–Pues otras personas. Pero dice que resultaba muy cansado. –A continuación, con sonrisa luminosa–: Me ha pedido que venga a Mallowe para organizar la fiesta los próximos veinte años. Es tan buena.

–Maria es una mujer buena –con lo que a Emily le pareció deliciosa cortesía–. Es

buena con sus fiestas y es buena con Maria Bayne.

–Es buena *conmigo* –dijo Emily–. No sabe usted cuánto disfruto con todo esto.

–Esa mujer disfruta con todo –comentó lord Walderhurst cuando se hubo alejado con Cora–. ¡Qué naturaleza tan envidiable! Yo daría diez mil libras al año por ella.

–Tiene tan poco –dijo Cora– que todo le parece bonito. No es de extrañar. Pero es muy simpática. Madre y yo la admiramos mucho. Estamos pensando en invitarla a Nueva York y que se divierta de verdad.

–Le encantaría Nueva York.

–¿Lo conoce, lord Walderhurst?

–No.

–Tiene que venir, lo digo en serio. Ahora vienen muchos ingleses, y a todos les gusta.

–Puede que vaya –respondió Walderhurst–. Lo he pensado alguna vez. Uno se cansa del Continente y ya conozco la India. No he paseado por la Quinta Avenida, ni por Central Park, ni he estado en las Montañas Rocosas.

–Hay que conocerlas –sugirió la señorita Cora.

Aquél, sin duda, era su día. Lord Walderhurst las invitó a ella y a su madre a dar un paseo en su coche alto antes de la comida. Le gustaba llevar las riendas, así que había llegado a Mallowe con coche y caballos propios. Sólo sacaba a pasear a sus favoritos, y aunque en esta ocasión se aburrió con aire calmo, el acontecimiento levantó una pequeña ráfaga de sonrisas en el jardín. Por lo menos, cuando el coche aceleró por la avenida abajo con la señorita Brooke y su madre, ligeramente acaloradas y embargadas de emoción, en los asientos más altos, los de honor, varias personas intercambiaron miradas y enarcaron cejas.

Lady Agatha subió a su cuarto y escribió una larga misiva a Curzon Street. La señora Ralph departió sobre el drama de tesis con el joven Heriot y el grupito cercano.

Esa tarde, radiante y soleada, llegaron nuevas visitas para colaborar con su presencia en el festín. Lady Maria, siempre que organizaba una gran fiesta, convocaba a invitados del vecindario para animarla.

A las dos en punto, una procesión de niños con amigos y padres, encabezada por la banda del pueblo, desfiló por la avenida y pasó por delante de la casa en su camino a su rincón especial del parque. Desde la ancha escalinata, lady Maria y sus invitados dieron la bienvenida a la ruidosa multitud según iba entrando, con hospitalarios asentimientos, reverencias y alegres sonrisas. Todo el mundo estaba de un espléndido humor.

A medida que los aldeanos se congregaban en el jardín, el grupo de la casa se iba uniendo a ellos. Un prestidigitador de Londres ofreció sus números a la sombra de un árbol, y, con gritos de alegría y chillidos de asombro, los niños se encontraron con

que de sus bolsillos salían conejos y de sus gorros, naranjas. Los invitados de lady Maria se paseaban por el jardín observándolos y riendo.

Tras la representación del mago llegó el gran acontecimiento del té. No hay convite digno de tal nombre si los niños no se empachan hasta rebosar de té, bollos y, principalmente, de grandes porciones de pastel de frutas. Lady Agatha y la señora Ralph repartían el pastel entre las filas de niños sentados en la hierba. La señorita Brooke estaba hablando con el señor Walderhurst cuando empezó la tarea. Llevaba amapolas en el sombrero y un parasol adornado con esa misma flor. Se sentó debajo de un árbol y estaba ciertamente seductora.

–Tendría que ayudar a repartir el pastel –dijo.

–Es mi prima Maria la que tendría que ir –señaló lord Walderhurst–, pero no piensa hacerlo, y yo tampoco. Hábleme del tren elevado y de la calle Quinientos Cincuenta Mil.

Su actitud era ligeramente ruda y lánguida, pero digna, y a Cora Brooke la impresionó.

Emily Fox-Seton repartió pastel y administró los víveres con alegre tacto y mejor disposición. Cuando les sirvieron a los mayores su té, pasó por las mesas atendiendo a todo el mundo. Se volcó tanto en ser hospitalaria, que no encontró tiempo para lady Maria y su grupo en la mesa colocada bajo las encinas. Comía pan y mantequilla y bebía té mientras charlaba con unas ancianas de quienes se hizo amiga. Disfrutaba enormemente, aunque a veces se veía obligada a sentarse unos momentos para dar descanso a sus fatigados pies. Los niños se acercaban a ella como a un ser omnipotente y benigno. Sabía dónde estaban los juguetes y qué premios había que entregar en cada carrera. Representaba la ley, el orden y la generosidad. Las demás damas se paseaban con vestidos maravillosos, sonriendo, exaltadas; los caballeros colaboraban en los concursos tal y como hacen los aficionados y bromeaban unos con otros como patricios; pero aquella mujer era la única que parecía formar parte del convite. No iba tan bien vestida como las demás: llevaba un vestido de lino azul con bandas blancas y un sencillo sombrero de marinero con lazo y hebilla; y, aunque pertenecía al mundo de la señora condesa y al de Londres, nunca una dama les había gustado tanto. Era un banquete estupendo y parecía responsabilidad suya. En Mallowe nunca habían celebrado un festín tan jovial y variado.

La tarde se aproximó a su punto culminante y luego fue decayendo. Los niños gozaron de los juegos y las carreras hasta que sus jóvenes miembros empezaron a fallarles. Las personas mayores deambulaban tranquilamente o se sentaban en grupos para charlar o escuchar a la banda del pueblo. Habiendo tenido bastantes festejos rurales, los invitados de lady Maria regresaron al jardín de un humor excelente y charlaron y vieron un partido de tenis que se había organizado en la pista.

El gozo de Emily Fox-Seton no decayó, pero el color de su rostro sí. Le dolían

piernas y brazos, y su risueño semblante se puso pálido. Debajo de un haya observaba las últimas ceremonias, que lady Maria, que había vuelto con sus invitados del rincón de las encinas, ya presidía. El himno nacional se escuchaba con vigor y la señora condesa fue objeto de tres sonoros vítores. Fue un saludo tan sincero y jubiloso que Emily estuvo a punto de llorar de la emoción. En todo caso, a sus hermosos ojos de color avellana estuvieron a punto de asomarse unas lágrimas. Era una criatura que se conmovía con facilidad.

Lord Walderhurst, al lado de lady Maria, también parecía satisfecho. Emily vio que hablaban y que ella sonreía. Luego dio un paso y, con ese aire distanciado tan propio de él, se quitó el monóculo.

–Niñas y niños –dijo con voz clara y resonante–, quiero que deis los tres hurras más grandes que podáis a la dama que ha trabajado para que el convite fuera el éxito que ha sido. Lady Maria acaba de decirme que nunca había organizado una fiesta así. ¡Tres hurras por la señorita Fox-Seton!

Emily dio un respingo y se le hizo un nudo en la garganta. Tenía la sensación de que, de pronto y sin previo aviso, se había convertido en un personaje de la realeza. Y no sabía qué hacer.

Todos los invitados, los jóvenes y los adultos, las hembras y los varones, prorrumpieron en hurras, vítores y chillidos, y lanzaron al aire gorras, gorros y sombreros, y todos se volvieron hacia la señorita Fox-Seton, que se puso colorada e hizo reverencias, trémula de gratitud y alegría.

–¡Oh, lady Maria! ¡Oh, lord Walderhurst! –les dijo cuando consiguió acercarse–. ¡Qué *buenos* son ustedes conmigo!

Capítulo V

Después de tomar el primer té de la mañana, Emily Fox-Seton se recostó en los cojines de la cama y contempló las tres ramas que se veían desde su ventana en estado de dicha. Estaba cansada pero feliz. ¡Qué bien había salido todo! ¡Qué satisfecha había quedado lady Maria y qué amable lord Walderhurst al pedir a los habitantes del pueblo tres hurras por ella! Nunca había soñado nada semejante. Estas atenciones nadie se las dispensaba. Con su infantil sonrisa, se sonrojó al recordar. Su impresión del mundo era que las personas son realmente buenas por norma. Al menos con ella siempre lo eran, pensó, y no se le ocurrió que, si no hubiera desempeñado su útil tarea tan sobresalientemente bien, habrían sido menos agradables. Jamás había puesto en duda que lady Maria era el más admirable y generoso de los seres humanos. No era en absoluto consciente de que la señora condesa sacaba de ella un magnífico partido. Por ser justos con ella, sin embargo, podría añadirse que lady Maria tampoco era plenamente consciente, y que Emily disfrutaba intensamente cuando le sacaban provecho.

Al levantarse esa mañana, sin embargo, estaba más cansada de lo que recordaba haber estado nunca, y podría fácilmente argumentarse que una mujer que recorre todo Londres haciendo recados para otras sabe bien qué se siente cuando duele todo el cuerpo. Se rio un poco al ver que tenía los pies bastante hinchados y que tenía que calzarse sus zapatillas más usadas.

«Hoy tengo que pasar sentada todo el tiempo que pueda –se dijo–. Aunque, como hay excursión por la mañana y luego está la cena, es posible que lady Maria quiera encargarme algunas cosillas.»

Lady Maria, en efecto, se alegró extraordinariamente de poder pedirle varias cosillas. La excursión a las ruinas había que hacerla antes de comer, porque algunos invitados creían que, si iban por la tarde, estarían muy fatigados para la cena. Lady Maria no pensaba ir y, como en seguida resultó evidente, los carruajes irían demasiado llenos si la señorita Fox-Seton se unía al grupo. En realidad, Emily no lamentó tener una excusa para quedarse en casa. Los pasajeros subieron a los carruajes, ocuparon cómodamente sus asientos, y lady Maria y la señorita Fox-Seton los vieron partir.

–No tengo intención de que mis venerables huesos resuenen como un sonajero. No quiero pasarme colina arriba, colina abajo el día que doy una cena –comentó la condesa–. Emily, por favor, toca el timbre. Quiero comprobar cómo van con el pescado. Es uno de los mayores problemas de vivir en el campo. Los pescaderos son unos demonios, y cuando viven a diez kilómetros de una son capaces de despertar sus peores emociones.

Mallowe Court estaba a una distancia de la ciudad más cercana deliciosa a efectos

de rusticidad, pero desoladora en materia de pescado. Una no podía cenar sin pescado, la ciudad era pequeña y desprovista de recursos, y su único pescadero, un pobre hombre de espíritu informal por naturaleza.

El criado que acudió a la llamada del timbre informó a su señoría de que la cocinera estaba tan nerviosa como siempre cuando había que hacer pescado. El pescadero se había mostrado un tanto dubitativo y no estaba seguro de poder cubrir sus necesidades. Por lo demás, su carro nunca llegaba hasta las doce y media.

—¡Dios mío de mi vida! —exclamó lady Maria cuando el sirviente se retiró—. ¿Y si nos quedamos sin pescado? ¡Menudo contratiempo! El viejo general Barnes es el gourmet más feroz de Inglaterra y aborrece a las personas que le dan una mala cena. Nos da miedo a todas, ésa es la verdad, y he de reconocer que soy muy quisquillosa con las cenas. Es el último atractivo que la naturaleza concede a una mujer: el poder de ofrecer una cena decente. Me resultaría terriblemente molesto que surgiera algún ridículo imprevisto.

Se quedaron en el cuarto de estar de las mañanas redactando notas y charlando, y, ya cerca de las doce y media, atentas a la ventana en espera del pescadero. Lady Maria habló una o dos veces de lord Walderhurst.

—A mi parecer, es una criatura interesante —dijo—. Siempre he sentido cierto aprecio por él. Tiene ideas originales, aunque no es ni mucho menos brillante. Creo que, en conjunto, conmigo habla con más libertad que con la mayoría, aunque no pueda decir que tenga una opinión particularmente buena de mí. Anoche se puso el monóculo y se me quedó mirando de esa forma tan rara, y me dijo: «Maria, tienes ese ingenio tan tuyo, pero eres la mujer más abominablemente egoísta que conozco». Y, sin embargo, sé que él también me aprecia. Yo le contesté: «Eso no es verdad, James. Soy egoísta, pero no *abominablemente* egoísta. Las personas abominablemente egoístas siempre tienen un carácter horrible, cosa que nadie podría decir de mí. Tengo la amable disposición de ánimo de un cuenco lleno de gachas». Emily —cuando las ruedas chirriaron en la avenida—, ¿es ése el pescadero?

—No —contestó Emily tras acercarse a la ventana—, es el carnicero.

—He disfrutado mucho viendo cómo se comportaba con las mujeres estos días —añadió lady Maria sonriendo. Observaba el gorro de punto de Los Pescadores de Altura que acababa de coger—. Ha estado maravillosamente bien con todas, pero no ha dado un solo paso en falso, así que ninguna de ellas tiene donde agarrarse. No obstante, te voy a decir una cosa, Emily —dijo, e hizo una pausa.

La señorita Fox-Seton aguardó con interés.

—Está pensando en acabar de una vez con el asunto y casarse con *alguna* mujer. Tengo ese presentimiento.

—¿Eso cree? —exclamó Emily—. Oh, no *puedo* evitarlo. Espero que... —Y también hizo una pausa.

–Esperas que sea Agatha Slade –dijo lady Maria, terminando la frase por ella–. Tal vez lo sea. A veces creo que, si tiene que ser alguien, será Agatha. Pero no estoy segura. Con Walderhurst nunca puede una estar segura. Siempre ha tenido la habilidad de mantener la boca bien cerrada. Me gustaría saber si tendrá a otra mujer escondida en la manga.

–¿Por qué cree que...?

Lady Maria se echó a reír.

–Por una razón curiosa. Los Walderhurst poseen un anillo familiar, ridículo de tan espléndido, que entregan de una manera muy particular a las mujeres con quienes se comprometen. Es ridículo porque... bueno, porque un rubí del tamaño del botón de un pantalón es ridículo. Y es imposible pasarlo por alto. Hay una historia relacionada con él, algo que ocurrió hace siglos y tiene que ver con la mujer para quien el primer Walderhurst lo hizo forjar. Una Dama de Nosequé que rechazó a un rey que quiso tomarse ciertas confianzas. Y al rey le sentó tan bien que lo rechazara que la tomó por santa y le regaló el rubí para su boda. Pues bien, por casualidad he descubierto que Walderhurst ha enviado a un criado a Londres a buscarlo. Ha vuelto hace dos días.

–¡Oh, qué interesante! –exclamó, Emily, emocionada–. Eso *tiene* que significar algo.

–Más bien una broma. Otro carro. Emily, ¿es el pescadero?

Emily volvió a acercarse a la ventana.

–Sí –respondió–, si se llama Buggle.

–Se llama Buggle –dijo lady Maria–. Estamos salvadas.

Pero cinco minutos después apareció por la puerta la cocinera. Era una mujer robusta que jadeaba, y, por respeto, se limpiaba con un pañuelo limpio gruesas gotas de sudor de la frente. Estaba todo lo pálida que una persona acalorada y de su peso podía estar.

–¿Qué pasa ahora, cocinera? –preguntó lady Maria.

–Ese Buggle, señora –respondió la mujer–, dice que no puede sentirlo más que usted, pero que, cuando el pescado se estropea por la noche, pues por la mañana no puede estar bueno. Lo ha traído para que yo lo vea, y está en un estado de nervios como en mi vida he visto yo a nadie. Ay, señora, estoy tan disgustada que me ha parecido que tenía que venir yo personalmente a decírselo.

–¿Qué *podemos* hacer? –exclamó lady Maria–. Emily, *tienes* que pensar en algo.

–Y no podemos estar seguras –prosiguió la cocinera– de que Batch tenga algo que nos venga bien. Batch a veces tiene algo, pero es el pescadero de Maundell y hasta Maundell hay siete kilómetros y no andamos muy sobrados de gente, señora, que la casa está muy llena y ni un solo criado está mano sobre mano.

–¡Dios mío! –exclamó lady Maria–. No me digas, Emily, que no es para volverse loca. Si hubiera quedado un solo caballo en los establos, estoy segura de que podrías

acercarte a Maundell. Eres una caminante tan extraordinaria... –con un brillo de esperanza–. ¿Podrías ir andando? ¿Tú qué crees?

Emily trató de sonreír, de parecer contenta. Lo cierto es que la situación de lady Maria era horrible para una anfitriona, y a ella no le habría importado caminar, porque era fuerte y estaba sana, de no haber estado tan cansada. Era, además, una andarina excelente y, normalmente, andar catorce kilómetros no la habría fatigado nada. Estaba en buena forma gracias a sus paseos por la ciudad. El blando suelo del páramo, que recorría una suave brisa, no se parecía a las calles de Londres.

–Sí, creo que podré –dijo con tono amable–. Si ayer no hubiera tenido tanto ajetreo, no me costaría nada. Y usted necesita el pescado, por supuesto. Iré andando hasta Maundell. Cruzaré el páramo y le diré a Batch que tiene que mandárselo de inmediato. Y volveré despacio. Puedo descansar de camino, en el brezal. El páramo está precioso por las tardes.

–¡Querida mía! –exclamó lady Maria–. ¡Qué grandísima ayuda es usted para una mujer!

Sentía una enorme gratitud. Tuvo el impulso de pedir a Emily Fox-Seton que se quedara junto a ella el resto de su vida, pero tenía demasiada edad y experiencia para ceder a sus impulsos. Íntimamente, sin embargo, tomó la decisión de invitarla muy a menudo a South Audley Street, y de hacerle varios regalos decentes.

Cuando Emily Fox-Seton, ataviada con su vestido más corto, de lino y color marrón, y el sombrero que más la protegía del sol, cruzó el vestíbulo, el chico que traía el correo entregaba las cartas del mediodía a un criado. El sirviente le mostró la bandeja con una carta para ella colocada encima de otra dirigida «A lady Agatha Slade», según ponía en la letra de lady Claraway. Emily reconoció en ella otra de las epístolas de muchas hojas que con tanta frecuencia eran causa de que la pobre Agatha se sintiera abatida y derramara unas lágrimas. Su carta estaba escrita con la bien conocida letra de la señora Cupp. Se preguntó cuál sería su contenido.

«Espero que a las pobrecitas no les pase nada –pensó–. Temían que el joven del cuarto de estar se hubiera prometido. Si se casa y las deja, no sé qué van a hacer. ¡Siempre ha pagado con tanta regularidad!»

Aunque el día era caluroso, hacía un tiempo perfecto y, habiendo cambiado sus zapatillas usadas por unos zapatos casi igual de cómodos, Emily comprobó que sus cansados pies aún podían servir de algo. Por su predisposición a extraer lo mejor de todo se tomó el paseo de catorce kilómetros con valor. El aire del páramo era muy agradable, el zumbido de las abejas en el brezo tan grato y apacible que se convenció de que los siete kilómetros hasta Maundell serían muy placenteros.

Tenía tantas cosas bonitas en que pensar que olvidó que se había metido la carta de la señora Cupp en el bolsillo y no se acordó de ella hasta que se encontraba a mitad de camino.

–¡Dios mío! –exclamó al hacerlo–. Tengo que saber lo que ha pasado.

Abrió el sobre y empezó a leer sin dejar de andar. No había andado muchos pasos cuando profirió una nueva exclamación y se paró.

–¡Cuánto me alegro por ellas! –dijo, aunque se había puesto pálida.

Desde un punto de vista material, las noticias de la carta eran muy buenas para las Cupp, pero incidían en un aspecto doloroso de los sencillos asuntos de la pobre señorita Fox-Seton.

Por un lado se trata de una gran noticia –escribía la señora Cupp– y, por otro, Jane y yo no podemos evitar cierta tristeza al pensar en los cambios que supondrá, y, si me lo permite, señorita, que viviremos en un sitio donde usted no va a estar. Mi hermano William hizo un buen puñado de dinero en Australia, pero siempre sintió añoranza de su vieja patria, como le gusta llamar a Inglaterra. Su mujer era colona como él y, cuando murió hace un año, mi hermano tomó la decisión de regresar para establecerse en Chichester, su tierra natal. Dice que no hay nada como la sensación de una ciudad con catedral. Ha comprado una casa muy bonita, un poco apartada, con un jardín muy grande, y quiere que Jane y yo vayamos a vivir con él y formemos un hogar. Dice que ha trabajado mucho toda su vida, que ahora quiere vivir cómodamente y que no quiere molestarse con las tareas de la casa. Promete mantenernos bien y quiere que vendamos Mortimer Street y nos traslademos lo antes posible. Pero la echaremos de menos, señorita; y, aunque su tío William tiene una calesa y cosas así, y Jane agradece su amabilidad, se ha venido abajo y estuvo llorando toda la noche y me ha dicho: «Oh, madre, si la señorita Fox-Seton pudiera tomarme como criada, nada me gustaría más. Las caleas no alimentan el corazón, madre, y lo que siento por la señorita Fox-Seton tal vez sea indecoroso en mi posición». Pero ya tenemos a los hombres de la casa preparando la mudanza, señorita, y querríamos saber qué tenemos que hacer con los enseres de su dormitorio-cuarto de estar.

La amistad de las dos fieles Cupp y los humildes lujos rojo turco de su dormitorio-cuarto de estar habían sido un hogar para Emily Fox-Seton. Cuando concluían los desalentadores recados, las incomodidades y las pequeñas humillaciones, apartaba de la calle el rostro y sus agotados pies y los volvía a su dormitorio-cuarto de estar, a la pequeña chimenea, a su rechoncha y cantarina tetera y

a su juego de té de dos chelines con once peniques. Poco dada a cruzar puentes antes de alcanzarlos, nunca había contemplado la temible posibilidad de que le arrebataran su refugio. No había pensado que no tenía otro lugar sobre la tierra.

En ese mismo instante, mientras caminaba entre brezos calentados por el sol y el rumor armonioso y cansino de las abejas, cayó en la cuenta con un repentino sentido de la realidad. Su alma cobró conciencia y sus ojos rebosaron de lágrimas que rodaron por sus mejillas. Cayeron en la pechera de su blusa de lino dejando marcas.

«Tendré que encontrar un nuevo dormitorio-cuarto de estar –se dijo, respirando con dificultad–. ¡Qué distinto va a ser compartir casa con unos extraños... Jane... Señora Cupp! –Se vio obligada a sacar el pañuelo en ese momento–. Me da miedo no poder encontrar nada respetable por diez chelines a la semana. Era muy barato. Y ellas son tan buenas.»

Le vino toda la fatiga de aquella mañana. Los pies empezaron a dolerle, a arder, y el calor le pareció sofocante, casi insoportable. La niebla que velaba sus ojos le impedía ver el camino. Tropezó una o dos veces.

«Me parece que ese pueblo está a más de siete kilómetros –se dijo–. Y luego tengo que volver. Estoy *cansada*. Pero tengo que seguir. No me queda más remedio.»

Capítulo VI

La excursión a las ruinas fue un gran éxito. Era lo bastante larga para resultar interesante y animada, pero no tanto como para fatigarlos. El grupo regresó para el almuerzo lleno de apetito. Lady Agatha y la señorita Cora Brooke volvieron con las mejillas sonrosadas. El marqués de Walderhurst se había portado de forma extraordinaria con las dos. Las había ayudado a trepar por las ruinas y a subir por la empinada y oscura escalera de una de las torres, y, desde el torreón, había contemplado con ellas el patio y el foso. Conocía la historia del castillo y pudo indicarles dónde se encontraba el salón de banquetes, la capilla y las dependencias de la servidumbre, y contarles leyendas de las mazmorras.

–Nos emociona a todos, madre –comentó la señorita Cora Brooke–. Ayer emocionó incluso a la pobre Emily Fox-Seton. Es muy simpático.

En el almuerzo abundaron las risas. La señorita Cora Brooke aportó salidas jocosas y brillantes. Pero, aunque estuvo más locuaz que lady Agatha, su aspecto no era más resplandeciente. Porque, tras leer la carta de Curzon Street, la belleza no había derramado más lágrimas. El rostro se le había demudado al recibirla nada más regresar de la excursión, y la había subido a su habitación con flaqueza en las piernas. Pero, al bajar a almorzar, sus pasos recordaban los movimientos de una ninfa.

Su adorable carita lucía con una especie de trémulo resplandor. Se reía como una niña con cada broma y se habría dicho que tenía diez años y no veintidós, hasta ese extremo eran frescos e infantiles su color, sus ojos y su ánimo.

Se sentaba muy erguida y reía de forma encantadora uno de los chispeantes comentarios de la señorita Brooke, cuando lord Walderhurst, que se había sentado a su lado, miró a su alrededor y, de improviso, preguntó:

–Pero ¿dónde está la señorita Fox-Seton?

Es quizá significativo que hasta ese momento nadie hubiera reparado en su ausencia.

Le respondió lady Maria.

–Casi me da vergüenza contestar –dijo–. Como ya he dicho en otra ocasión, Emily Fox-Seton ha llegado a convertirse en el pilar de mi existencia. No puedo vivir sin ella. Ha ido andando a Maundell para que en la cena de esta noche podamos tomar pescado.

–¿Ha ido *andando* a Maundell? –dijo lord Walderhurst–. ¿Después de lo de ayer?

–No quedaba ni un par de ruedas en los establos –contestó lady Maria–. Es una pena, por supuesto; pero es una andarina espléndida y me ha dicho que podía ir, que no estaba tan fatigada. Es de las cosas por las que deberían darle la Cruz Victoria: me ha salvado de ofrecer una cena sin pescado.

El marqués de Walderhurst tiró del cordón de su monóculo y se lo colocó en el

ojo con gesto adusto.

–No son sólo los siete kilómetros a Maundell –dijo con la vista fija en el mantel, sin mirar a lady Maria–, sino los siete kilómetros de vuelta.

–Sí, ¡qué casualidad!

Las conversaciones y las risas prosiguieron, y también la comida, pero, por alguna razón sólo por él conocida, lord Walderhurst no terminó la suya. Se quedó mirando unos segundos al mantel, apartó a un lado la chuleta de la que ya casi había dado buena cuenta, y se levantó de la silla sin llamar la atención.

–Discúlpame, Maria –dijo, y, sin más, salió del comedor y se dirigió a los establos.

El pescado de Maundell, Batch lo sacó de inmediato, era excelente: fresco, duro y apetecible. Si hubiera tenido su ánimo habitual, Emily se habría deleitado sólo con verlo y habría recorrido los siete kilómetros de regreso a Mallowe con la mayor alegría. Habría acortado el camino y lo habría disfrutado imaginando la satisfacción y alivio de lady Maria.

Pero la carta de la señora Cupp, que seguía en su bolsillo, le pesaba como el plomo. Le había dado tantas cosas en que pensar que ya no reparaba en el brezo, las abejas y el cielo azul del verano, adornado de nubes como un deshilachado manto de lana, y estaba más cansada que en cualquier caminata por las calles de Londres que pudiera recordar. Cada paso que daba parecía alejarla más del dormitorio-cuarto de estar de tan escasos metros cuadrados que, en los dominios de las Cupp, había representado para ella un hogar. A cada momento que pasaba recordaba con mayor intensidad que había sido su hogar... su hogar. Por supuesto, no lo había sido tanto por el cuarto de la tercera planta que daba al patio de atrás como por las Cupp, que la habían considerado una especie de posesión, a quienes les había encantado servirla y que habían sentido verdadero afecto por ella.

«Tendré que encontrar otro hogar –se seguía diciendo–. Tendré que seguir adelante entre personas extrañas.»

De repente tuvo una sensación nueva: la de encontrarse sin recursos. Era una de las pruebas de la curiosa pesadumbre y de la conmoción que el sencillo acontecimiento suponían para ella. Por unos momentos, y por mucho que supiera que había decenas de miles, se sintió igual que si no hubiera más casas de huéspedes en Londres. El hecho era que, aunque pudiera haber otras Cupp –o sus homólogas–, no llegaba a creer que algo tan bueno fuera posible. Estaba físicamente agotada antes de leer la carta, así que el efecto de leerla era proporcional a su fatiga y a su falta de fuerzas para irse. Se sorprendió ligeramente al sentir que se le llenaban los ojos de lágrimas que resbalaban por sus mejillas como grandes gotas de lluvia. Se vio obligada a utilizar el pañuelo con frecuencia, como si, de pronto, le hubiera entrado un resfriado.

–Debo tener cuidado –dijo otra vez casi prosaicamente, pero con más patetismo en su voz del que era consciente–, o se me va a poner roja la nariz.

Aunque Batch tenía pescado, no podía, por desgracia, enviarlo a Mallowe. Su carro acababa de salir a otro pedido poco antes de la llegada de la señorita Fox-Seton y no sabía a qué hora volvería.

–En ese caso, me llevo el pescado yo –dijo Emily–. Puede ponérmelo en una cesta.

–Lo siento mucho, señorita. Mucho no, señorita, muchísimo –respondió Batch, azorado y con ojos de lástima.

–No pesa tanto –le aseguró Emily– y así la señora condesa puede contar con él para la cena.

Y se dispuso a regresar por el páramo con una cesta de pescado bajo el brazo. Y se sentía tan patéticamente desgraciada que tenía la impresión de que, hasta el fin de sus días, el olor a pescado le inspiraría tristeza. Había oído hablar de personas a quienes ponía tristes la fragancia de una flor o el sonido de una melodía; ella se sentiría triste al oler a pescado. Si hubiera tenido sentido del humor, se habría dado cuenta de que era un detalle algo cómico. Pero no tenía, y menos en esos momentos.

«¡Tengo que encontrar otra casa! –pensó–. Llevo años viviendo en esa pequeña habitación.»

El sol calentaba cada vez más y tenía los pies tan cansados que apenas podía poner uno delante del otro. Se había olvidado de que había tenido que salir de Mallowe sin comer y de que en Maundell tendría que haber tomado por lo menos una taza de té. Antes de haber cubierto dos kilómetros del camino de vuelta se percató de que tenía un hambre espantosa y estaba a punto de desfallecer.

«No hay ni una casa donde pedir un vaso de agua», se dijo.

La cesta, que en verdad era ligera para lo que podría haber sido, empezó a pesarle cada vez más y al cabo de un rato pensó que el escozor que sentía en el talón del pie izquierdo debía de ser una ampolla formada por el roce del zapato. Cuánto le dolía y qué cansada estaba. ¡Qué cansada! Además, cuando dejara Mallowe –encantadora y lujosa Mallowe–, no regresaría a su pequeño cuarto, immaculado tras la limpieza general previa al otoño de las Cupp, que incluía el lavado y planchado de sus cortinas y fundas rojo turco, sino que se vería obligada a acurrucarse en cualquier lugar para pobres que pudiera encontrar. Y mientras, Jane y la señora Cupp estarían en Chichester.

–Pero ¡cuánta suerte tienen! –murmuró–. Ya jamás tendrán que preocuparse por su futuro. ¡Qué maravilloso debe de ser no tener que preocuparse por el futuro! Creo... creo que tengo que sentarme.

Se sentó en el brezo, recalentado por el sol, y escondió su rostro bañado en lágrimas entre las manos.

–¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! –exclamaba sin consuelo–. No me lo puedo permitir. No puedo. ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío!

La abrumaba tanto la sensación de su propia debilidad, que sólo era consciente de que debía dominarse. Por el mullido camino del páramo, un carruaje se acercaba sin hacer ruido. Y, en ese momento, las ruedas del carruaje avanzaron a gran velocidad hacia ella. Habían llegado prácticamente a su altura cuando levantó la cabeza con sorpresa, comprendiendo que un vehículo estaba muy cerca.

Era el coche de lord Walderhurst. En el momento en que, con sobresalto, Emily lo miró con ojos lacrimosos, el señor marqués bajó de él haciendo una seña al mozo, que, con gesto impasible, reanudó la marcha.

Emily esbozó una sonrisa temblorosa, apoyó, no sin torpeza, la mano en la cesta de pescado para que no se cayera, y se levantó.

–Me había sentado a descansar un poco –dijo, con voz vacilante y en tono de disculpa–. Me he acercado a Maundell y hace mucho calor.

Justo en esos momentos se levantó una leve brisa y le acarició las mejillas. Sentía tanta gratitud que sonrió casi sin esfuerzo.

–Tengo lo que necesitaba lady Maria –añadió, y el hoyuelo infantil de sus mejillas contradijo la expresión de sus ojos.

El marqués de Walderhurst la miraba de forma extraña. Emily nunca lo había visto así. Sacó una petaca de plata del bolsillo con circunspección y llenó su vaso.

–Es jerez –dijo–. Beba, por favor. Está completamente agotada.

Emily extendió el brazo con avidez. No pudo evitarlo.

–Gracias... ¡Gracias! Tengo *mucha* sed –dijo, y bebió como si el jerez fuera el néctar de los dioses.

–Y ahora, señorita Fox-Seton –dijo el marqués–, vuelva a sentarse, por favor. He venido a buscarla y el coche no volverá hasta dentro de un cuarto de hora.

–¡Ha venido usted a buscarme! –exclamó Emily, cayendo sorprendida en la cuenta–. ¡Cuánta amabilidad por su parte, lord Walderhurst! ¡Cuánta amabilidad!

Fue la experiencia más imprevista y asombrosa de su vida, y en seguida buscó alguna razón que relacionara la aparición del marqués con alguna persona más interesante que la simple señorita Emily Fox-Seton. La idea se le ocurrió de inmediato. Lord Walderhurst había ido en su busca por algún motivo relacionado con lady Agatha.

El marqués la ayudó a sentarse otra vez en el brezo y se acomodó a su lado. La miró directamente a los ojos.

–Ha estado usted llorando –señaló.

Negar lo no tenía sentido. Pero ¿qué brillo asomaba en el ojo gris castaño que la miraba a través del monóculo y tanto la conmovía con aquella sugerencia de bondad y... y un sentimiento totalmente nuevo?

–En efecto –admitió–. No lloro a menudo, pero... En efecto, he llorado.

–¿Por qué? ¿Qué le ocurre?

En aquel momento el corazón le dio un vuelco extraordinario, latió como nunca hasta ese momento. Tal vez porque estaba muy cansada. Lord Walderhurst había bajado la voz para dirigirse a ella. Ningún hombre le había hablado así nunca. Tenía la sensación de no hallarse ante una persona de posición elevada, sino sólo ante alguien bueno y amable. No podía, sin embargo, hacer demasiadas suposiciones y exagerar sus prosaicos problemas.

Intentó sonreír y no darle mayor importancia.

–En realidad no es nada –dijo, esforzándose por tratar el asunto con la mayor ligereza posible–, aunque a mí me parezca más importante que a cualquiera con... con familia. Las personas con quienes vivo, y que tan buenas han sido conmigo, se marchan.

–¿Las Cupp? –preguntó el marqués.

Emily volvió la cabeza y lo miró.

–¿Cómo –trastabillándose– sabe de su existencia?

–Maria me habló de ellas –respondió lord Walderhurst–. Yo le pregunté.

Al parecer, se había interesado por ella desde un punto de vista verdaderamente humano. Emily no lo podía comprender. Y ella que pensaba que apenas reparaba en su existencia. Se dijo que sucedía con frecuencia: las personas son mucho más amables de lo que una imagina.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Miró fijamente el brezal esforzándose por no llorar.

–Estoy muy contenta –se apresuró a decir–. Es una gran suerte para ellas. El hermano de la señora Cupp les ha ofrecido una casa muy bonita. No tendrán que preocuparse nunca más.

–Pero dejarán Mortimer Street y usted tendrá que abandonar su habitación.

–Sí, tengo que encontrar otra. –Una gran gota consiguió escapar y resbaló dejando su brillante huella en la mejilla–. Quizá pueda encontrar otra habitación, pero no podré encontrar... –Se vio obligada a aclararse la garganta.

–¿Por eso ha llorado?

–Sí. –Después de lo cual se quedó tranquila.

–¿Y no sabe dónde va a vivir?

–No.

Se esforzaba con tanto ahínco por no apartar la vista del brezal y comportarse de la manera más discreta, que no se dio cuenta de que lord Walderhurst se había arrimado un poco. Al cabo de un instante, sin embargo, tuvo que darse cuenta, porque el marqués le cogió la mano, cerrando sobre ella la suya con gran firmeza.

–¿Querría usted...? –dijo–. En realidad, he venido a preguntarle si querría usted

vivir conmigo.

Se le paró el corazón... del todo. Por Londres corrían todo tipo de historias horribles de hombres de la posición del marqués, historias de transgresiones, locuras, crueldades. Algunas eran secretos a voces. Había hombres que, aun manteniendo cierta imagen de respetabilidad, habían incurrido en faltas bochornosas. La vida de las mujeres de buena cuna que tenían que luchar para salir adelante era dura. A veces, las mejores caían porque la tentación era grande. Pero a ella no se le había ocurrido... jamás se habría atrevido a soñar...

Se puso en pie y se colocó delante del marqués. Él se levantó a su vez y, como Emily era alta, sus miradas se encontraron a la misma altura. Los ojos grandes y honestos de la señorita Fox-Seton estaban muy abiertos y llenos de lágrimas de cristal.

—¡Oh! —exclamó con inconsolable aflicción—. ¡Oh!

Quizá fuera éste el gesto más efectivo que una mujer haya hecho jamás. Era tan sencillo que partía el corazón. No habría sido capaz de pronunciar palabra. Lord Walderhurst era poderoso, y una gran persona, y ella no tenía ayuda ni sostén.

Desde que ocurrió este incidente, con frecuencia se ha dicho de Emily Fox-Seton que es una belleza, y sin duda ha conocido días de gloria, pero Walderhurst nunca le ha confesado que el momento más hermoso de su vida, de la vida de Emily, fue indudablemente aquella tarde entre el brezo, cuando ella, alta, erguida y sencilla, con los brazos caídos, lo miró fijamente con sus grandes ojos color avellana llenos de lágrimas. En la feminidad de su franca indefensión había una llamada a la más profunda hombría del marqués, una llamada que no era de esta tierra. Por espacio de unos segundos, cada uno contempló el alma del otro en silencio: el noble habitualmente no iluminado y la prosaica joven que vivía en un cuarto de la parte de atrás de una tercera planta de Mortimer Street.

Entonces, de pronto, un brillo cruzó los ojos del marqués, y dio un paso hacia Emily.

—¡Santo Cielo! ¿Qué cree que le estoy pidiendo?

—No... lo sé —respondió la señorita Fox-Seton—. No... lo sé.

—Mi pobre niña —dijo, no sin cierta irritación—, le estoy pidiendo que se case conmigo. Le estoy pidiendo que venga a vivir conmigo de una forma completamente respetable. Le estoy pidiendo que se convierta en la marquesa de Walderhurst.

Emily tocó la pechera de su blusa de lino marrón con la punta de los dedos.

—¿Me... lo está... pidiendo... a mí? —dijo.

—Sí —respondió el marqués. Se le había caído el monóculo. Lo cogió y volvió a colocarlo en su sitio—. Ahí llega Black con el coche —dijo—. Me explicaré con mayor claridad camino de Mallowe.

El marqués subió la cesta de pescado al coche, ayudó a subir a Emily Fox-Seton

y, a continuación, se subió él y cogió las riendas de manos de su criado.

–Tú volverás andando, Black –dijo–. Por ese camino de ahí –le indicó, señalando una bifurcación.

En el camino de regreso, Emily temblaba suavemente de la cabeza a los pies. No habría podido contarle a ningún ser humano lo que sentía. Sólo una mujer que hubiera vivido como ella y recibido la misma formación podría haber sentido algo parecido. El brillo, la luz de lo que acababa de ocurrirle era insólita e inmerecida, se dijo. Tan increíble que, aun con la erguida cabeza de la espléndida yegua gris ante ella y lord Walderhurst a su lado, tenía la sensación de no ser más que parte de un sueño. A ella los hombres nunca le habían dicho «cosas», y ahora un hombre se las decía, el marqués de Walderhurst se las decía. No eran las cosas que los hombres suelen o solían decir en tales circunstancias, pero la conmovían a tal extremo que se estremecía de contento.

–No tengo disposición al matrimonio –decía el marqués–, pero tengo que casarme, y usted me gusta más que cualquier mujer que haya conocido. Normalmente, las mujeres no me gustan. Soy un hombre egoísta y deseo una mujer que no lo sea. La mayoría de las mujeres son tan egoístas como yo. Ya me gustaba cuando Maria me hablaba de usted. La he observado y he pensado en usted desde que puse los pies en Mallowe. Es usted necesaria para todos, y es tan modesta que ni se da cuenta. Es usted guapa y siempre está pensando en el atractivo de las demás mujeres.

Emily dio un suave respingo.

–Pero... lady Agatha –dijo–. Yo estaba segura de que era lady Agatha...

–Yo no quiero a una niña –respondió el marqués–. Una niña me aburriría mortalmente. No pienso amamantar en seco a una niña. Ya he cumplido cincuenta y cuatro años. Quiero una compañera.

–Pero yo no soy *lista* –dijo Emily con voz vacilante.

El marqués se volvió en el pescante para mirar a Emily. Le dirigió una mirada realmente bonita. Emily se sonrojó y su sencillo corazón palpitó con fuerza.

–Usted es la mujer que quiero –sentenció lord Walderhurst–. Consigue usted que me ponga muy sentimental.

Cuando llegaron a Mallowe, Emily lucía en el dedo el rubí del que tan gráficamente lady Maria había dicho que era «del tamaño del botón de un pantalón». Era realmente tan grande que le costó cubrirlo con el guante. La señorita Fox-Seton no podía creerse del todo lo que le estaba ocurriendo, pero estaba radiante como una rosa. Lord Walderhurst le había dicho tantas «cosas» que se vio a las puertas de un nuevo cielo y una nueva tierra. Estaba tan sorprendida, tan atónita, que apenas había tenido tiempo para pensar, tras el primer golpe, en lady Agatha.

Nada más entrar en su habitación se acordó de ella y fue casi como volver a la

tierra. Ninguna de las dos había soñado con algo así; ninguna de las dos. ¿Qué podía decirle a lady Agatha? ¿Qué le diría lady Agatha a ella? Aunque no era culpa suya, jamás había soñado que algo así pudiera ser posible. ¡Cómo iba a soñarlo, cómo iba a soñarlo!

Estaba en mitad de su habitación cogiéndose las manos, llamaron a la puerta, y entró la mismísima lady Agatha.

¿Qué había sucedido? Algo. Por la expresión de la muchacha era evidente, y también por cierta timidez delicada en su conducta.

–Ha ocurrido algo realmente bonito –dijo.

–¿Algo bonito? –repitió Emily.

Lady Agatha se sentó. En su mano tenía, doblada por la mitad, la carta de Curzon Street.

–He recibido carta de mamá. Casi parece de mal gusto hablar de ello antes de tiempo, pero nos hemos contado tantas cosas y es usted tan buena que tengo que decírselo. Sir Bruce Norman ha hablado con papá de... de mí.

Emily tuvo la sensación de que, en esos momentos, su copa se llenaba hasta el borde.

–¿Ha vuelto a Inglaterra?

Agatha asintió con dulzura.

–Sólo se había marchado para... poner a prueba sus sentimientos antes de hablar con papá. Mamá está encantada con él. Vuelvo a casa mañana.

Emily se adelantó hacia la muchacha.

–¿Siempre le ha gustado, verdad? –preguntó.

El delicado y creciente rubor de Lady Agatha resultaba adorable.

–Me sentía tan *desgraciada* –admitió, y escondió su encantadora cara entre las manos.

En el cuarto de estar en que solía pasar las mañanas, lady Maria escuchaba a lord Walderhurst.

–Ya no tendrás que regalarle más ropa a Emily Fox-Seton, Maria –decía el marqués–. A partir de ahora lo haré yo. Le he pedido que se case conmigo.

A lady Maria se le cortó la respiración unos instantes y luego se echó a reír.

–Ciertamente, James –dijo–, tienes más juicio que la mayoría de los hombres de tu posición y edad.

SEGUNDA PARTE

Los métodos de lady Walderhurst

Capítulo I

Cuando la señorita Emily Fox-Seton se preparaba para el extraordinario cambio por el que dejaría de ser una mujer muy trabajadora y muy pobre para convertirse en una de las marquesas más ricas de Inglaterra, la prima de lord Walderhurst, lady Maria Bayne, se portó extraordinariamente bien con ella. Le ofreció consejo y, aunque el consejo es un regalo barato para quien lo da, a veces puede resultar de gran valor para quien lo recibe. El de lady Maria fue valioso para Emily Fox-Seton, que sólo encontró una dificultad: adaptarse a la maravillosa suerte que le había sobrevenido.

Emily se sorprendía diciendo cierta frase continuamente. Salía de sus labios cuando se encontraba a solas en su cuarto, cuando iba de camino a su modista y, a veces y para su pesar, cuando estaba en compañía de su antigua señora.

–¡No puedo creer que sea verdad! ¡No puedo!

–No me extraña, mi querida niña –respondió lady Maria la segunda vez que la oyó–. Pero lo que las circunstancias exigen de ti es que aprendas a aceptarlo.

–Sí –respondió Emily–, sé que es lo que tengo que hacer, pero parece un sueño. Algunas veces –pasando una mano por la frente con una risita– me parece que voy a despertar de pronto en mi cuarto de Mortimer Street y va a entrar Jane Cupp con una taza de té. Y veo el papel pintado y las cortinas de algodón rojo turco. A una de ellas le faltaba un par de centímetros para llegar al suelo. Por mucho que lo intenté, no conseguí dinero suficiente para comprar una nueva.

–¿Cuánto costaba el metro de tela? –preguntó lady Maria.

–Siete peniques.

–¿Y cuántos metros te hacían falta?

–Dos. Me habrían hecho falta un chelín y dos peniques, ¿se da cuenta? Pero pude salir adelante sin ella.

Lady Maria se puso los impertinentes y miró a su *protégée* con un interés que lindaba con el afecto: era tan divertida para su vieja y epicúrea mentalidad.

–No sospechaba que fuera tan difícil, Emily –comentó–. Jamás habría podido imaginarlo. Te las arreglabas con tan asombrosa decencia. En realidad, ibas realmente bonita... siempre.

–Era mucho más pobre que nadie que conociera –respondió Emily–. A los demás no les gustan los problemas de una. Y, cuando una se gana la vida como yo me ganaba la mía, hay que ser agradable, ¿comprende? De nada habría servido parecer aburrida.

–Demuestra inteligencia darse cuenta de que, en efecto, así es –dijo lady Maria–. Siempre has sido una criatura de lo más alegre. Es una de las razones de que Walderhurst te admire.

La futura marquesa se sonrojó de la cabeza a los pies. Lady Maria advirtió que hasta el cuello se le coloreaba de rubor, y le pareció enormemente divertido. Era profundamente edificante comprobar que Emily se acalorase tanto ante el mero nombre de su maduro *fiancé*.

«Es delicioso observar sus sentimientos por ese hombre –reflexionó la anciana–. Creo que está enamorada de él. Como si ella fuera la niñera y él el hijo del carnicero.»

–Comprenda –prosiguió Emily con su amable tono confidencial (uno de los privilegios más sorprendentes de su nueva posición era poder confiarse a la vieja lady Maria)– que no sólo me angustiaba tener que vivir al día, sino el Futuro. –Lady Maria sabía que, en este caso, Emily se refería al Futuro con mayúsculas–. Nadie sabe cómo es el Futuro para las mujeres pobres. Una sabe que se hará vieja, y que tal vez no conserve la salud ni el buen ánimo ni pueda ser tan activa, y, si no es capaz de hacer recados y la situación empeora, ¿qué hará? Hay que trabajar mucho, lady Maria, para que hasta la habitación más diminuta siga siendo bonita, y presentable el guardarropa más sencillo. Si una no es lista. Me atrevo a decir que, de haber sido lista, todo habría sido de otra manera. A veces he sentido tanto miedo en plena noche, cuando me despertaba y pensaba que podría vivir hasta los sesenta y cinco años, que me temblaba todo el cuerpo. –El rubor había desaparecido. El recuerdo la había dejado pálida–. Comprenda que no tenía a nadie... a nadie.

–Y ahora te vas a convertir en la marquesa de Walderhurst –señaló lady Maria.

Emily retorció las manos, que reposaban sobre sus rodillas.

–Eso es lo que me parece imposible de creer –dijo–, o agradecerse lo bastante a... a... –Se sonrojó de arriba abajo otra vez.

–Di «James» –intervino lady Maria con pecaminoso pero cordial sentido de la comedia–. No te va a quedar más remedio que acostumbrarte a llamarlo «James», a veces.

Pero Emily no dijo «James». Había algo interesante en la inocente pureza de sus sentimientos por lord Walderhurst. En medio de su desconcierto y asombro, y del placer de los esplendores materiales que asomaban en el horizonte, su alma rebosaba una ternura tan exquisita como la religión de un niño. Era una combinación de profunda gratitud y candorosa pasión en una mujer que hasta entonces no había despertado, en una mujer que no había esperado el amor ni se había permitido pensar en él, en alguien que, por tanto, no tenía una clara comprensión de su pleno significado. No habría podido explicar lo que sentía por mucho que lo hubiera intentado; ni siquiera soñaba con hacerlo. Si una persona con mayor facilidad de palabra se lo hubiera traducido, se habría quedado perpleja y avergonzada. También lord Walderhurst se habría quedado perplejo; y lady Maria; pero ésta habría expresado su perplejidad nada más abrir los ojos y con su suave y anciana risita.

Cuando la señorita Fox-Seton regresó a Londres lo hizo a la mansión de lady Maria en South Audley Street. La época de Mortimer Street estaba cerrada, tanto como la casa de las Cupp. Jane y la señora Cupp se habían marchado a Chichester: la primera había dejado una carta de meritoria pulcritud, aunque manchada por dos o tres notorias lágrimas. Jane le expresaba respetuosamente su alegría y éxtasis ante la maravillosa noticia que *Modern Society* le había revelado antes de que la propia señorita Fox-Seton hubiera tenido tiempo de hacerlo.

Me temo, señorita –concluía la epístola–, que no tengo suficiente experiencia para servir a una dama de gran posición, pero, esperando que no considere que me tomo demasiadas libertades al pedírselo, si alguna vez su doncella personal necesita a alguna joven, le estaría sumamente agradecida si se acordase de mí. Tal vez conocer sus costumbres y ser una buena costurera, y estar satisfecha de ello, pueda servir de pequeña recomendación para mí.

–Me encantaría tener a Jane por doncella –le había dicho Emily a lady Maria–. ¿Cree que podría hacerlo?

–Seguro que vale tanto como media docena de esas pícaras francesas que se divertirían intrigando con tus criados –fue la astuta observación de lady Maria–. Yo pagaría diez libras extra al año por un afecto servil si se pudiera comprar en alguna agencia. Mándala a un peluquero francés y que haga un curso, valdrá su peso en oro. Proporcionarte una atención perfecta se convertirá en la ambición de su vida.

Para alegría y éxtasis de Jane Cupp, en la siguiente entrega de correo le llegó una carta que decía:

Querida Jane:

Qué propio de ti escribirme una carta tan amable. Puedo asegurarte que aprecio mucho tus encomiables deseos. Creo que he sido muy afortunada y, naturalmente, soy muy feliz. He hablado de ti con lady Maria Bayne y cree que podrías serme muy útil como doncella si te ofrezco la oportunidad de tomar lecciones de peluquería. Sé bien que serías leal y pondrías mucho interés, y que no encontraré a otra joven en quien pudiera confiar más. Si tu madre puede prescindir de ti, yo te contrataré. Tendrás,

para empezar, un salario de treinta y cinco libras al año (más propinas, por supuesto), que se irá incrementando a medida que te vayas acostumbrando a tus tareas. Me alegra saber que tu madre está bien y ha encontrado tan buen acomodo. Dale afectuosos recuerdos de mi parte, por favor.

*Mis más cordiales saludos,
EMILY FOX-SETON*

Jane Cupp se estremeció y se puso pálida de alegría al leer la carta.

–¡Oh, madre! –exclamó, sin aliento, embargada de felicidad–. Y pensar que en este mismo instante ya es casi una marquesa. Me pregunto dónde me alojaré primero, si en el castillo de Oswyth, en Mowbray o en Hurst.

–¡Dios mío, qué suerte tienes, Jane! –dijo la señora Cupp–, si prefieres ser doncella de una dama que llevar tu propia vida en Chichester. *No necesitas* ir a servir; lo sabes, ¿verdad? Tu tío está dispuesto a mantenerte.

–Lo sé –respondió Jane, algo nerviosa ante los obstáculos que pudieran interponerse en la consecución del sueño que acariciaba desde hacía tanto tiempo–. Y es muy amable por su parte y no le quepa duda, madre, de que le estoy muy agradecida. Pero, aunque no heriré sus sentimientos diciéndolo en su presencia, una es más independiente cuando se gana la vida por sí misma. Y, ¿sabe, madre?, hay más *vida* sirviendo a una mujer con título, y vistiéndola para los salones, las fiestas, las carreras y esas cosas, y viajando con ella a los grandiosos lugares a los que viaja y visita. Fíjese, madre, he oído decir que, en los grandes salones, el servicio lleva una vida casi igual que la de los señores. Los mayordomos, mozos y doncellas de la gente importante han visto el mismo mundo y aprenden los mismos modales. ¿Se acuerda de lo tranquila y elegante que era Susan Hill, y de que era doncella de lady Cosbourne? Y ha estado en Grecia y la India. Si a la señorita Fox-Seton le gusta viajar y al marqués también, me llevarán a sitios maravillosos. ¡Imagínese!

Las palabras de Jane emocionaron a la señora Cupp. Siempre había vivido en la cocina del sótano de una vivienda de Mortimer Street y nunca había tenido motivos para pensar que algún día lo abandonaría. ¡Y ahora!

–¡Tienes toda la razón, Jane! –dijo, asintiendo con la cabeza–. Vas a ganar mucho con el cambio. Particularmente cuando eres joven... ¡Vas a ganar mucho!

Cuando, para consternación de muchas, anunciaron el compromiso del marqués de Walderhurst, lady Maria se encontró en su elemento. Estuvo magnífica a veces en su reacción ante preguntas indiscretas o faltas de tacto. Su forma de manejar a lady Malfry en concreto fue deliciosa. Al saber del compromiso de su sobrina, y como es natural, en lady Malfry se despertó el pertinente y correctísimo, si bien tardío, interés por ella. No corrió a echarse en sus brazos, como esas tías mundanas de las viejas

comedias en que la Cenicienta de turno por fin consigue a su príncipe. Escribió una carta de felicitación y, acto seguido, se presentó en South Audley Street y, sin excesiva insistencia, se puso y puso su casa a disposición de todas las mujeres de su familia que requirieran protección durante los imprescindibles preparativos para convertirse en marquesas. Por su parte, sin embargo, no habría sido capaz de explicar exactamente cómo, sin que mediara ningún proceso en particular y mucho antes de dar por concluida su visita, llegó a comprender que la intención de Emily era quedarse con lady Maria Bayne y que, asimismo, lady Maria tenía la misma intención. La escena fue tan extraordinariamente sutil que sus detalles se habrían perdido en un escenario, pero fue, sin la menor duda, una magnífica escena. Quizá se desarrollase sobre todo en el terreno de la deducción y el descarte y es posible que fuera mayormente telepática, pero, cuando hubo terminado, lady Maria se rio para sí varias veces discretamente como pájara vieja y sobrada de humor, y lady Malfry se marchó a su casa bastante amostazada.

Tan turbado estaba su ánimo que bajó los párpados y miró con frialdad bajo el puente de su nariz cuando su anciano y pequeño marido le preguntó con una risita estúpida:

—¿Y bien, Geraldine?

—Perdona —respondió ella—, no comprendo.

—Claro que comprendes. ¿Qué hay de Emily Fox-Seton?

—Pues parece que está bien y, como es normal, muy satisfecha. De ningún modo podría estar mal. Lady Maria Bayne la ha acogido en su casa.

—Es prima de Walderhurst. ¡Bueno, bueno! La chica va a ascender a una posición elevadísima.

—Elevadísima —coincidió lady Malfry con ligero acaloramiento. Por el tono se adivinaba que la conversación había terminado. Sir George comprendió que la sobrina de su esposa no se alojaría en su casa y que en la elevadísima posición iban ellos incluidos, pero sin exagerar.

Emily se estableció temporalmente en South Audley Street con Jane Cupp y su doncella. Las ancianas y enjutas manos de lady Maria iban, por así decirlo, a entregarla al altar. La señora condesa obtenía del acontecimiento y todos sus detalles su habitual y epicúreo goce: de madres e hijas tan evidentemente frustradas; de Walderhurst, que recibía la enhorabuena con tan educado e inexpresivo semblante que todo el mundo se quedaba perplejo; de Emily, que seguía abrumada por la emoción y que mostraba tal candor en todo lo que hacía que habría conmovido cualquier corazón no adaptado, en virtud de su pétrea naturaleza, al recubrimiento con macadán de los caminos.

De no haber tenido una personalidad tan poco pretenciosa y un gusto tan escasamente afectado, Emily habría sido ingenuamente divertida en su proceso de

transformación.

–Sigo olvidando que ahora puedo permitirme comprar cosas –le confesó a lady Maria–. Ayer anduve un buen rato para encontrar un retal de seda y, como me cansé, cogí un autobús de un penique. Hasta que no era demasiado tarde no me acordé de que podría haber llamado a un cabriolé. ¿Cree –con una sombra de nerviosismo– que lord Walderhurst pondría algún inconveniente?

–Opino que, de momento, sería mejor que salieras de compras en el carruaje –respondió su señoría con una pequeña sonrisa–. Cuando seas marquesa, puedes convertir, si lo deseas, los autobuses de un penique en un rasgo de la elegante despreocupación de tu forma de ser. Personalmente, yo no lo haría: traquetean y paran para que suba la gente. Pero, si te divierte, tú, con originalidad y distinción, sí puedes coger un autobús.

–No me divierte –respondió Emily–. Los odio. Siempre he querido ir en cabriolé. ¡Oh, cuánto lo *deseaba* cuando me vencía el cansancio!

Había liquidado el depósito con la herencia de la vieja señora Maytham y había abierto una cuenta bancaria. Como ya no necesitaba las veinte libras al año que le rentaba, podía sin dificultad recurrir a su capital para las necesidades presentes. Así se sentía más cómoda. Podía abordar los preparativos de su cambio de vida con decente independencia. Se habría sentido muy incómoda de haberse visto obligada a aceptar favores en semejante coyuntura. Tenía la impresión de que no habría sido capaz de soportarlo. Era como si todo conspirara para que se sintiera a gusto y maravillosamente feliz en aquellos días.

A lord Walderhurst le parecía muy interesante observarla y observar sus métodos. Era un hombre que, en ciertos aspectos, se conocía muy bien y apenas se hacía ilusiones sobre su forma de ser. Siempre le había gustado analizar con sentido práctico sus emociones y en Malloze se había planteado un par de veces la desagradable posibilidad de que el primer y moderado resplandor de su verano de san Martín acabara apagándose y lo dejara algo decaído y abochornado por el nuevo aspecto que había cobrado su vida, hasta entonces regular y enteramente ensimismada. Quizá un hombre piense que le gustaría contraer matrimonio y más tarde darse cuenta de que existen objeciones, de que, en última instancia, la propia mujer elegida, pese a todas sus deseables cualidades, también puede ser una objeción, de que cualquier mujer puede ser una objeción, de que, en definitiva, requiere un esfuerzo conciliarse con la idea de que va a tener una mujer a su alrededor continuamente. Por supuesto, llegar a semejante conclusión –después de haberse comprometido– debe de ser incómodo. En realidad, Walderhurst sólo había reflexionado sobre esta posible deriva de los acontecimientos *antes* de dirigirse al páramo en busca de Emily. Después, en alguna remota parte de su cabeza, se había limitado a esperar, vagamente, lo que pudiera suceder.

Ver día tras día a Emily en South Audley Street le había servido para comprobar que le seguía gustando. No era lo bastante inteligente para analizarla, así que se limitaba a observarla, siempre con curiosidad y más sensación de novedad que de alegría o satisfacción. Ella se volvía más viva cuando aparecía él, circunstancia que habría resultado atractiva hasta para el menos imaginativo de los hombres. Sus ojos se llenaban de calidez, y con frecuencia se ruborizaba y mostraba un tranquilo encanto. Poco a poco, el marqués fue advirtiendo que sus vestidos eran cada vez mejores y más variados que en Mallowe. Un hombre más observador tal vez se habría conmovido ante la posibilidad de que ella se estuviera desplegando pétalo a pétalo como una flor, y de que cada vestido, tan cuidadosamente escogido, fuera uno de los pétalos. No sospechaba ni por asomo la reverente ilusión con que ella se cuidaba, como un objeto, con la esperanza de ofrecerse y ser digna de los gustos y cualidades de su prometido.

En realidad, el marqués no tenía gustos ni cualidades dignos de exaltación, pero a Emily se lo parecía. Es esta circunstancia la que, por uno u otro azar, cobra cuerpo en una criatura e inspira en ella esa emoción llamada amor, que es en verdad importante y que, ni mucho menos en sentido figurado, encierra el poder de la vida y la muerte. En ocasiones, la personalidad es a veces la causa, y las circunstancias siempre ayudan; pero el resultado es siempre el mismo en todos los casos y, mientras dura, sacude el mundo en donde ocurre. Emily Fox-Seton se había enamorado profunda y conmovedoramente de aquel caballero cortés y prosaico, y todo su femenino ser estaba volcado en su adoración. Su tierna imaginación lo describía con adjetivos con los que ningún otro ser humano habría coincidido. Tenía la impresión de que se había dignado ocuparse de ella con una generosidad que justificaba la veneración. No era cierto, pero para ella sí lo era. En consecuencia, planificaba su guardarropa y lo iba adquiriendo con una solemnidad digna de un ceremonial religioso. Cuando consultaba ilustraciones de moda con lady Maria o encargaba un vestido a la costurera de ésta, nunca lo hacía pensando en ella, sino en la marquesa de Walderhurst, a quien el marqués daría su aprobación y con quien se sentiría complacido. No esperaba de él lo que sir Bruce Norman le daba a lady Agatha.

Agatha y su prometido pertenecían a otro mundo. Los veía ocasionalmente. Con frecuencia no, porque el simple egoísmo del amor juvenil los absorbía y apenas percibían la existencia de otras personas que no fueran ellos. Iban a casarse y partir lo antes posible hacia el país de las hadas. A los dos les gustaba viajar, y su intención era subir a un barco y, si les apetecía, recorrer el mundo. Harían todo lo que se les antojara, y se sentían tan benditamente a gusto el uno con el otro que no había motivo para no perseguir cada una de sus errantes fantasías.

Las arrugas que se habían ido marcando en el rostro de lady Claraway habían desaparecido y en ella resplandecía la belleza que sus hijas habían reproducido. Este

bendito matrimonio había allanado todas las dificultades. Sir Bruce era el «caballero más encantador de Inglaterra», hecho que, al parecer, había tenido los efectos de un hechizo. No tuvieron que descender a los detalles ni contar cómo se calmaron los tenderos y se transformaron todos los aspectos de la vida de Curzon Street. Cuando Agatha y Emily Fox-Seton se encontraron en Londres por primera vez, en un salón de South Audley Street, se cogieron las manos e intercambiaron miradas completamente renovadas.

–La veo a usted muy... muy *bien*, señorita Fox-Seton –dijo Agatha con verdadera emoción.

De no haber tenido miedo a parecer demasiado brusca en su efusividad, habría dicho «guapa» en lugar de «bien», porque Emily estaba floreciendo dulcemente.

–La felicidad le sienta bien –añadió–. No sabe cuánto me alegro.

–Gracias. ¡Gracias! –respondió Emily–. Es como si el mundo entero hubiera cambiado, ¿verdad?

–Sí, el mundo entero.

Se miraron unos segundos. Luego se soltaron las manos y, entre risas, empezaron a charlar.

Lady Agatha fue la que más habló, porque Emily Fox-Seton la dejó y dio pie a que se recreara con su delicadeza característica, y ella la escuchó con su manera de disfrutar de todo cuanto en aquellos días convertía su existencia en pura delicia. Era como si ante sus ojos se estuviera representando un antiguo cuento de hadas. Agatha estaba más encantadora sin la menor duda, pensó. Hasta parecía más rubia, más esbelta. Sus ojos tenían un azul más feliz, al igual que los nomeolvides que nacen en la ribera de los ríos son más azules que los que crecen en un jardín. Quizá pareciera un poco más alta, y su cabecita tenía, si era posible, una pose más bonita, más de flor. Eso, al menos, pensaba Emily, cuya felicidad aumentaba con la fe con que creía en sus fantasías. No le parecía extraño que Agatha hablara de sir Bruce de ese modo. No podía pronunciar su nombre o referirse a alguno de sus actos sin que en su voz apareciera un matiz parejo al rubor luminoso y flotante de sus mejillas. En su relación con el mundo en general lady Agatha era capaz de conservar su acostumbrada y dulce compostura, pero Emily Fox-Seton no era el mundo en general. Representaba algo que pertenecía tan primariamente a las emociones que su corazón dialogaba con ella y la escuchaba. Era consciente de que la señorita Fox-Seton había sido testigo en Mallowe –jamás comprendió del todo cómo ocurrió con tanta naturalidad– de una etapa de sus sentimientos que nadie había podido conocer antes. Bruce la conoció después, pero sólo él. Entre las dos había surgido una especie de confianza semejante a la intimidad, aunque ninguna se hubiera mostrado efusiva.

–Mamá está muy contenta –dijo–. Es maravilloso. Y Alix, Hilda, Millicent y Eve. ¡Ay! Ahora todo es tan distinto para ellas. Yo podré –con un sonrojo que era

expresión de un universo de aliviado afecto— darles muchas satisfacciones. Cualquiera chica felizmente casada... bueno, puede cambiarlo todo para sus hermanas, si se *acuerda*. Y ya verá que yo tendré motivos para acordarme. He aprendido de la experiencia. Y Bruce es tan bueno, y alegre, y orgulloso de que sean tan guapas. Imagine lo emocionadas que están: ¡van a ser todas damas de honor! Bruce dice que seremos como un jardín de flores en primavera. ¡Me alegro tanto —de pronto, con ojos casi celestiales en su jubiloso alivio— de que sea *joven*!

Un instante después, la celestial mirada se disipó. Las palabras se le habían escapado sin querer: había recordado los días en que obedientemente había aceptado que su deber consistía en estar pendiente de que Walderhurst, que tenía dos años más que su padre, le dedicara una sonrisa, y que de pronto un día se había dado cuenta de este hecho la preocupaba. Había sido muy poco delicado referirse a esta imagen mental siquiera tan vagamente.

Pero Emily Fox-Seton también se alegraba de que sir Bruce fuera joven, de que todos lo fueran y la felicidad les hubiera llegado antes de haber tenido tiempo para cansarse de esperarla. Estaba tan contenta que no dudaba de nada.

—Sí, es bonito —dijo con un brillo de sincera simpatía—. Les apetecerán las mismas cosas. Resulta tan agradable que a un matrimonio le guste hacer las mismas cosas. Tal vez quiera usted salir y viajar, y no podría si a sir Bruce no le gustase.

No se le ocurrió ni por lo más remoto pensar en esos círculos domésticos donde el cabeza de familia es muy capaz de hacerse odioso bajo la presión de invitaciones que lo aburren y que la esposa y las hijas están deseando aceptar. No contemplaba con premonitorios reproches un futuro en que, cuando Walderhurst no deseara salir a una cena o despreciara un baile, ella tendría que quedarse en casa. Todo lo contrario. Compartía la alegría de lady Agatha, que tenía veintidós años e iba a casarse con un hombre de veintiocho.

—Usted no es como yo —se explicó más tarde—. Yo he tenido que trabajar y esforzarme tanto que *todo* me resultará placentero. Sólo saber que *nunca* me moriré de hambre ni tendré que recurrir a la beneficencia es para mí un alivio tan grande que...

—¡Oh! —exclamó lady Agatha, y, rápida e involuntariamente, puso la mano sobre la de su interlocutora, sorprendida de que hablara como si se estuviera refiriendo a una posibilidad totalmente real.

Emily, comprendiendo, sonrió.

—No he debido decir eso. Me olvidé. Pero esas cosas pueden suceder cuando una es demasiado mayor para trabajar y no puede recurrir a nadie. Usted no puede entenderlo. Cuando una es muy pobre, está asustada porque, de vez en cuando, es inevitable pensar en ello.

—Pero, ahora... ¡Ahora! ¡Ay, qué distinto es todo! —exclamó Agatha con

franqueza y emoción.

–Sí. Ahora ya no tengo por qué estar asustada. Por eso me siento tan agradecida a... lord Walderhurst.

El rubor le bajó hasta el cuello al decirlo, como tantas veces había ocurrido en presencia de lady Maria. Se había expresado con moderación, pero en sus palabras también había ardor.

Lord Walderhurst llegó media hora después y encontró a Emily junto a la ventana, sonriendo.

–Te encuentro particularmente bien, Emily. Será ese vestido blanco, supongo. Tienes que vestirte más de ese color –dijo.

–Lo haré –respondió Emily. Además de en el vestido, el marqués se fijó en su bonito rubor y en su suave y atractiva mirada–. Me gustaría... –Se interrumpió. Se sentía un poco tonta.

–¿Qué te gustaría?

–Me gustaría hacer algo más que ponerme un vestido blanco, o negro, cuando usted quiera.

Walderhurst se la quedó mirando, siempre a través del monóculo. Hasta con la más vaga aproximación a la emoción o el sentimiento se ponía invariablemente rígido y le entraba la timidez. Dándose cuenta, no alcanzaba a comprender por qué cuando le ocurría con Emily le agradaba, si bien remotamente y con la sensación de que su incomodidad resultaba un tanto absurda.

–Ponte algún vestido de color rosa o amarillo de vez en cuando –dijo, con una risa breve y torpe.

Qué ojos tan grandes y sinceros tenía aquella criatura, como los de un magnífico perro de caza o algún precioso animal de los que se ven en los zoo.

–Me pondré lo que más le guste –dijo Emily, y sus bonitos ojos cruzaron una mirada con el marqués (una mirada nada tonta, pensó él, aunque con frecuencia las mujeres afectuosas lo parecieran)–. Haré cualquier cosa que le guste. Lord Walderhurst, usted no es consciente de lo que ha hecho por mí.

Se arrimaron un poco, siempre (¡vaya pareja!) tan parcos en palabras. Walderhurst dejó caer el monóculo y le dio a Emily una palmadita en el hombro.

–Llámame «Walderhurst» o «James»... o... «querido» –dijo–. Nos vamos a casar, ya lo sabes. –Y, casi sin pretenderlo, se inclinó y la besó en la mejilla con algo de calidez.

–A veces me gustaría –dijo ella con emoción– que fuera costumbre decir «milord», como lady Castlewood decía en *Esmond*^[2]. Siempre me pareció bonito.

–Ahora las mujeres ya no tienen que guardar las distancias –respondió él con su breve risa–. Y los hombres no somos tan solemnes.

–Lord Castlewood tampoco era tan solemne, ¿o sí?

Walderhurst sonrió.

–No, pero su título lo era, y mucho, con la reina Ana. Ahora vivimos en democracia. Si quieres, te llamo «milady».

–¡Oh, no... no! –con fervor–. No lo decía por eso.

–Ya lo sé –dijo él, por darle confianza–. No eres una mujer así.

–¿Cómo podría serlo?

–De ninguna manera –con buen humor–. Por eso me gustas.

El marqués le explicó por qué había llegado a esa hora en particular. Quería prepararla para una visita a los Osborn, que acababan de llegar de la India. El capitán Osborn había escogido –o el azar lo había escogido a él– aquel momento en particular para tomarse un largo permiso. Nada más oír el nombre Osborn, el corazón de Emily empezó a latir un poco más deprisa. Por lady Maria había conocido muchos detalles desde el compromiso. Alec Osborn era el hombre que, desde que lord Walderhurst enviudó, había vivido en la cada día más afianzada creencia de que acabaría por tener la enorme suerte de heredar el título y los bienes del último marqués de Walderhurst. El parentesco no era estrecho, pero el marqués no tenía otro familiar más cercano. Osborn era joven y robusto, algo que no se podía decir de Walderhurst, que, además, había cumplido los cincuenta y cuatro. Su médico no habría dicho que llevaba una vida sana, pero no enfermaba demasiado a menudo.

–No es de esas personas que viven hasta los noventa, eso os lo puedo asegurar –había dicho Alec Osborn desenfadadamente en cierta ocasión en que, tras una cena, se le fue soltando la lengua. Y tampoco había esbozado una sonrisa demasiado cordial al decirlo–. Lo único que podría desesperarme es mucho más improbable que le ocurra a él que a la mayoría de los hombres. No es nada sentimental, es muy sensato y no le gusta el matrimonio. No os podéis imaginar cómo lo persiguen las mujeres. A otro en su lugar no se lo podría dejar solo. Pero no le *gusta* el matrimonio, y es un hombre que sabe perfectamente lo que le gusta y lo que no. Tenía un hijo, pero murió; así que, si no se vuelve a casar, estoy en tierra firme. ¡Dios mío, qué distinto sería todo! –concluyó con una amplia sonrisa.

A los tres meses de esta declaración, el marqués de Walderhurst había ido tras los pasos de Emily Fox-Seton por el páramo y, encontrándola abatida y con los pies doloridos junto a la cesta de pescado de lady Maria, había pedido su mano.

Cuando recibió la noticia, Alec Osborn se encerró en sus habitaciones y estuvo blasfemando hasta que se le amarató la cara y corrieron sobre ella gruesas gotas de sudor. Era la maldita y negra suerte; y la maldita y negra suerte merecía negras maldiciones. Lo que los muebles de la habitación del bungalow oyeron fue bastante tremebundo, pero el capitán Osborn creía que la ocasión lo requería.

Cuando su marido pasó junto a ella rumbo a su cuarto, la señora Osborn no quiso seguirlo. Sólo llevaban dos años casados, pero conocía muy bien aquella cara y el

significado de la furia que encerraban las palabras que le dirigió al cruzarse apresuradamente en su camino.

—¡Walderhurst se va a casar!

La señora Osborn entró en su propia habitación, donde empezó a tirarse del pelo, escondiendo el rostro entre sus pequeñas y morenas manos. Era una muchacha angloindia que jamás había tenido hogar ni demasiada fortuna y su peor suerte había sido caer, entregada por su familia, en manos de aquel hombre en particular, sobre todo porque se trataba del pariente más próximo de lord Walderhurst. Era una criatura vivaz y curiosa y, a su modo, había estado enamorada de él. Su familia era pobre y con una reputación apenas honrosa. Había vivido al margen de todo, con la intensa vanidad de una muchacha y un gran deseo de reconocimiento social, pobremente vestida, tenida en poco y desairada por las personas a quienes aspiraba a conocer, viendo que otras muchachas de menor belleza y carácter flirteaban con oficiales jóvenes y guapos, mordiéndose la lengua de envidia y amargada por la frustración. Así, cuando el capitán Osborn se fijó en ella e inició un episodio sentimental, su alivio y emoción al poder sentirse por fin como una chica más acabó facilitando la pasión. La prontitud y la astucia de su familia hicieron lo demás y Osborn se casó antes de saber exactamente dónde se metía. No se sintió muy satisfecho consigo mismo cuando despertó y afrontó los hechos. De haber sido sagazmente manipulado para hacer algo que no quería hacer sólo le consolaba que la muchacha fuera interesante y lista, y su belleza exótica, nada inglesa.

Que, en medio de los contrastes de la vida en Inglaterra, la belleza de la señora Osborn fuera tan poco inglesa quizá constituyera su mayor virtud. Era tan morena, con el cabello muy recio, párpados lánguidos y fina piel, y de cuerpo tan ágil, esbelto y sinuoso, que apenas se distinguía de las bellezas nativas por sus rasgos raciales. Había trasteado desde la infancia entre sirvientas nativas, que prácticamente fueron sus únicas compañeras y le enseñaron cosas curiosas. Conocía sus cuentos y canciones, y tenía más fe en sus creencias ocultas de lo que nadie salvo ella sabía. Sus conocimientos la hacían interesante a ojos de Alec Osborn, que tenía la cabeza con forma de bala y mandíbula cruel, aunque también ciertos rasgos que comúnmente se consideran atractivos. Que Osborn tuviera muchas posibilidades de llegar a marqués y se la llevara a Londres para una vida de lujo y esplendor en Inglaterra era algo que ella siempre tenía presente. Hasta en sueños. Había soñado a menudo con Oswyth Castle y con codearse con la nobleza en los grandes jardines que su marido le había descrito con sentimiento en los días del trópico, cuando se sentaban juntos a recobrar el aliento. Cuando se mencionaba la remota y espantosa posibilidad de que Walderhurst acabara rindiéndose ante el asedio al que lo sometían, se ponía enferma: apretaba los puños hasta que las uñas casi se le clavaban en la piel. No podía soportarlo. Había conseguido que Osborn le respondiera con una áspera y sonora

carcajada cierto día al insinuarle que conocía conjuros secretos para espantar la mala suerte. Él primero se rio y luego se burló, afirmando con cinismo que ya podía irlos preparando.

Osborn no se había marchado a la India en medio de lamentos y sentidos adioses. Era la oveja negra de la familia y, de hecho, le habían metido prisa. Si hubiera sido más digno de aprecio, Walderhurst le habría concedido una asignación, pero su forma de vida el marqués apenas la toleraba en los hombres en general y mucho menos en aquellos que por circunstancias de nacimiento pertenecían a buenas familias. No había sido muy generoso en sus demostraciones de interés por el cabeza de bala. Su agradable apariencia no decía nada a un hombre que la observara con imparcialidad. Los hombres veían su joven y cruel quijada y se fijaban en sus ojos pequeños. Tenía una magnífica y arrogante figura castrense a la que el uniforme sentaba bien, y un atractivo animal que se deterioraría pronto. Su saludable color se volvería rígido y oscuro con la ayuda de su regular dieta alcohólica y sus rasgos se irían desdibujando o volviendo cada día más toscos hasta que, al cumplir los cuarenta, la joven mandíbula se le acentuaría y acabaría por ser su rasgo más prominente.

Mientras Osborn vivía en Inglaterra, Walderhurst lo veía de tarde en tarde y sólo observaba y oía cosas desagradables de él: su tendencia al egoísmo y los malos modos, su imprudente forma de vida y su afición al flirteo más grosero. Una vez lo sorprendió en un autobús, y rodeaba por la cintura a una horrible mujer con aspecto de tendera que iba adornada con exageradas plumas y un poblado flequillo de rectos mechones reñido con el calor y pegado a su húmeda frente. Osborn creía manejar con tanta habilidad y sigilo el asunto del brazo que nadie podía verlo, pero Walderhurst, que llevaba con solemnidad las riendas de su respetable birlocho, se sorprendió mirando directamente y a través del monóculo a su pariente y viendo desde la calzada el punto exacto donde la extremidad del joven se perdía bajo la capa corta y repleta de cuentas de su acompañante. Un tenue rubor coloreó el rostro de lord Walderhurst. Se volvió sin dar muestras de haber reconocido a Osborn, pero estaba molesto y disgustado, porque aborrecía esas muestras tan llamativas de mal gusto en particular. Gestos así convertían en duquesas a mujeres que hacían «ademanos» seductores en los music-halls o cantaban sugerentes canciones en la ópera cómica, y en señoras de antiguos castillos a jóvenes que antes habrían presidido alguna que otra barra. Tras aquel encuentro, Walderhurst quiso ver a su presunto heredero lo menos posible y, si tenemos que ser sinceros, el capitán Alec Osborn supuso un factor importante en el asunto de la señorita Emily Fox-Seton. De haber estado vivo su hijo, o si Osborn hubiera sido un joven refinado, aunque anodino, las posibilidades de que el marqués no hubiera escogido a una segunda marquesa habrían sido de diez contra una.

En la India, el capitán Osborn no dejó de contraer deudas. No era hombre capaz de poner freno a su indisciplina. Los impagos fueron aumentando mientras tuvo un

mínimo de crédito; luego intentó no perder sus recursos jugando a las cartas y apostando a las carreras. Ganaba y perdía alternativamente y cuando le concedieron un permiso se encontraba en un estado desesperado. Lo pidió porque había concebido la idea de que volver a Inglaterra siendo un hombre casado podría ser muy bueno para él. Hester, no parecía del todo improbable, podría conseguir algo de Walderhurst. Si le hablaba con su interesante tono semiorienta y se mostraba apasionada y pintoresca cuando le contara cosas, quizá él la encontrara atractiva. Hester tenía su encanto y cuando subía los gruesos párpados de sus alargados ojos negros y fijaba la mirada en su interlocutor mientras hablaba de las interioridades de la vida de los nativos, de la cual conocía tantas intimidades, la gente siempre la escuchaba; incluso en la India, donde no resultaba tan peculiar. En Inglaterra, naturalmente, podía causar sensación.

Osborn consiguió transmitirle gradualmente a su mujer, mediante un proceso ideado por él, gran parte de lo que quería que hiciera. En los meses previos a que se decidiera el asunto del permiso, fue soltando alguna que otra frase cargada de sugerencias para una cabeza acostumbrada a coger al vuelo las insinuaciones. El aya de Hester cuando era niña se había convertido en su doncella. Era una mujer con una profunda aunque silenciosa relación con su propio pueblo. Rara vez se la veía hablar con alguien y casi nunca salía de casa, pero siempre estaba al corriente de todo. Su señora sabía que, si alguna vez se decidía a hacerle una pregunta sobre la cara oculta de los pueblos negros o blancos, obtendría información fiable. Tenía la sensación de que sabía muchas cosas del pasado, presente y futuro de su marido y de que comprendía perfectamente el problema de la probable sucesión.

Cuando el capitán le pidió a su mujer que acudiera a la sala, tras recuperarse aparentemente de su hora de desesperación, advirtió que ya estaba enterada del golpe que había sufrido la familia. Lo que aquel día se dijeron no es necesario recordarlo aquí, pero en la conversación hubo algo más que meras palabras. Por lo demás, sólo fue una más de las varias que tuvieron antes de que la señora Osborn zarpara rumbo a Inglaterra con su marido.

–Se le puede inducir a que considere que se están aprovechando de él, que está en una situación muy comprometida –le dijo Osborn–. Lo mejor será hacernos amigos de esa mujer, maldita sea.

–Sí, Alec, sí –respondió Hester Osborn con cierta impaciencia–. Tenemos que hacernos amigos. Dicen que es de buena pasta y que era espantosamente pobre.

–Pues se le acabó la pobreza, maldita sea –dijo el capitán, muy encendido–. ¡Me gustaría partirle el cuello! ¿Sabrá montar a caballo?

–Estoy segura de que nunca tuvo dinero para esas cosas.

–Sería buena idea empezar por enseñarle. –Y se echó a reír antes de dar media vuelta. Se alejó por la cubierta del barco en compañía de otro pasajero.

Para preparar a Emily para esas personas había venido lord Walderhurst.

—Maria ya te ha hablado de ellas, lo sé —dijo—. Me atrevo a afirmar que ha sido lo bastante concluyente para explicarte que, en mi opinión, Osborn es un indeseable. Bajo el barniz de sus buenas costumbres es un canalla. Estoy obligado a portarme civilizadamente con él, pero no me gusta. Si hubiera nacido en una familia de clase baja, sería un delincuente.

—¡Oh! —exclamó Emily.

—Muchas personas serían delincuentes si las circunstancias no se lo impidieran. Depende en buena medida de la forma del cráneo.

—¡Oh! —volvió a exclamar Emily—, ¿eso crees?

Pensaba que quien era malo lo era porque quería, aunque no comprendía que nadie pudiera desear algo así. Desde la infancia había dado por buena toda palabra salida de un púlpito. Que Walderhurst planteara ideas que los ministros de la Iglesia anglicana pudieran tomar por heréticas la desconcertaba, pero no podía decir nada lo suficientemente desconcertante para poner en peligro su amoroso vínculo.

—Sin la menor duda —respondió el marqués—. El cráneo de Osborn no tiene una buena forma.^[3]

Pero, cuando, poco después, el capitán Osborn entró en aquella misma sala con el cráneo en cuestión, cráneo cubierto, como dictaban la moda y la costumbre, por un cabello corto y esmeradamente peinado, a Emily le pareció que tenía una forma bastante bonita. Tal vez algo duro y redondo, de frente estrecha, pero sin bultos ni concavidades, como solía aparecer la cabeza de los asesinos en los periódicos ilustrados. Tenía que admitir que no advertía lo que lord Walderhurst tan patentemente observaba, pero también era cierto que no esperaba de sí misma una inteligencia tan profunda como para seguir sus más elevados vuelos mentales.

El capitán Osborn era un hombre atildado y muy cortés, y la trataba tal y como exigían las convenciones. Cuando a Emily se le ocurrió que, en cierto modo, ella representaba la posibilidad de que las esperanzas del capitán de obtener una magnífica fortuna se vinieran abajo, casi sintió ternura por él y su agradable cortesía se le antojó maravillosa. ¡Y también la de la señora Osborn! ¡Qué mujer tan interesante y qué peculiar su belleza! Era tal vez delgada en exceso y todos sus movimientos tenían una curiosa gracia. Emily recordó haber leído novelas de cuyas heroínas se decía que eran «ondulantes». La señora Osborn era ondulante. Sus alargados, insinuantes y profundos ojos negros eran muy distintos a los de las demás mujeres. Emily nunca había visto nada igual. Además, la señora Osborn tenía una manera lenta y tímida de levantarlos para mirar a su interlocutor que resultaba encantadora. A ella, que era más alta, la miraba de abajo arriba. A su lado parecía una colegiala. Emily era una de esas erradas criaturas que por conciencia, tan sensible a innecesarios remordimientos, sobrellevan todas las cargas que el destino ha querido

depositar en los hombros de otros. Empezó a sentirse igual que una delincuente, con independencia de la forma de su cráneo. Sus desmesuradas felicidad y fortuna habían usurpado las de aquella joven e inocente pareja. Deseó que hubiera sido de otra manera y vagamente se reprochó la situación sin razonar ni extraer una conclusión. En cualquier caso se sentía culpable y se compadecía de la señora Osborn y, convencida de que el augusto pariente de su marido la asustaba, se ponía nerviosa, porque lord Walderhurst manifestaba una fría cortesía y en ningún momento dejaba de mirar al capitán a través de su monóculo. Si lo hubiera soltado y permitido que colgara anárquicamente del cordón, se habría sentido más cómoda, porque en tal caso, de eso estaba segura, su actitud habría sido más alentadora para los Osborn.

–¿Se alegra de haber vuelto a Inglaterra? –preguntó a la señora Osborn.

–Es la primera vez que vengo –respondió la joven–. Siempre he vivido en la India.

En el curso de la conversación explicó que nunca fue una niña delicada, pero aclaró que, de haberlo sido, tampoco su familia se habría podido permitir el lujo de mandarla a la metrópoli. Por instinto, Emily comprendió que se había visto privada de muchos de los placeres de la vida y que no era una mujer optimista. Haber pasado muchas horas de juventud reflexionando sobre su mala suerte había dejado huella en su rostro, particularmente en la profundidad de sus negros ojos, que movía muy lentamente.

Al parecer, habían ido a visitarlos cumpliendo con sus obligaciones y para presentar sus respetos a la mujer que acarrearía su destrucción. Negarse a hacerlo habría sido una actitud muy indiscreta ante el matrimonio.

–No les puede gustar, por supuesto –resumió lady Maria algo más tarde–, pero han tomado la decisión de aceptarlo y comportarse con el mayor respeto posible.

–Lo siento *tanto* por ellos –dijo Emily.

–Es natural. Y es probable que les hagas objeto de todo tipo de indiscretos favores. Pero, mi buena Emily, no seas demasiado altruista. Ese hombre es odioso, y la chica parece una belleza nativa. Me asusta un poco.

–Yo no creo que el capitán Osborn sea odioso –dijo Emily–. Y su mujer es muy guapa. En realidad, somos nosotros quienes la asustamos a ella.

Recordando una época en que ella misma se sentía en desventaja ante personas lo bastante afortunadas para ser socialmente relevantes, y recordando el secreto temor que la invadía en su presencia, Emily era ciertamente amable con la pequeña señora Osborn. Sabía por experiencia cosas que le serían útiles: detalles de alojamientos, peculiaridades de algunas tiendas. Osborn había encontrado habitación en Duke Street, en un barrio que ella conocía a la perfección. A través del monóculo, Walderhurst tomó nota de su amabilidad y concluyó que era una mujer bondadosa. Su bondad estribaba mayormente en su franqueza. Aunque jamás sacaba a colación

innecesarios recuerdos de los días en que salía de compras para otras y para ella adquiriría en las rebajas artículos de once peniques y tres cuartos, parecía libre de cargas y no guardaba con aquellos hechos ninguna relación vergonzosa, a causa de lo cual resultaba aún más interesante. Él, que tanto se había aburrido de sí mismo y de los demás, descubrió que, en realidad, tal circunstancia era un estímulo añadido a la hora de observar a una mujer que, habiendo sido una de las más sacrificadas de la clase trabajadora de origen gentil, se estaba adaptando al papel de marquesa con el más simple de los procesos, y, con ese estilo suyo carente de oropeles, lo hacía de forma tan brillante. Si hubiera sido inmensamente inteligente, no habría tenido nada de especial. No lo era, pero Walderhurst había sido testigo de que conseguía cosas que una mujer inteligente habría tenido que esforzarse mucho para conseguir, y sólo tras una demostración de carácter. Como, por ejemplo, cuando le presentaron, poco después del compromiso, a la duquesa de Merwold, mujer particularmente detestable que tenía con Walderhurst una relación singularmente amarga. La duquesa consideraba al marqués de su propiedad y, por carácter, le parecía especialmente apropiado para su hija mayor: bella joven de prominente dentadura aún pendiente de acontecimientos. Para ella, el triunfo de Emily Fox-Seton era una muestra de impudicia y presunción y no encontraba motivo para ahorrarse la expresión de sus sentimientos, basados en la inferencia y la deducción.

–Permita que la felicite efusivamente, señorita Fox-Seton –dijo, apretando la mano de Emily con maternal protección–. Su vida ha cambiado enormemente desde la última vez que nos vimos.

–Enormemente, es verdad. –Emily se ruborizó con franca e inocente gratitud–. Es usted muy amable. Gracias... gracias.

–Un gran cambio, en efecto. –Walderhurst advirtió la sonrisa felina de la duquesa y se preguntó qué diría a continuación–. La última vez que nos vimos vino aquí a por unas compras que iba a hacer por encargo mío. ¿Se acuerda? Unos guantes y unas medias, creo.

Walderhurst se dio cuenta de que la duquesa esperaba que Emily se pusiera colorada y se aturullara ante lo delicado de la situación. Estaba a punto de intervenir y hacerse cargo cuando comprendió que Emily ni adquiría ni perdía color, sino que sostenía la mirada de su interlocutora con cierto matiz de ingenua disculpa.

–Unas medias –aclaró Emily–. Yo había encontrado unas rebajadas que costaban una libra y once peniques y medio en Barratt's. Eran de muy buena calidad para ese precio y usted me encargó cuatro pares. Pero, cuando llegué, ya se las habían llevado. Las había también por dos y tres libras, pero no eran de mejor calidad. Me llevé una gran decepción. ¡Fue una lástima!

Walderhurst se ajustó el monóculo para disimular una sonrisa cínica. La mujer era conocida por ser, entre los pequeños grandes personajes de Londres, el más tacaño:

su situación económica era de todos conocida, y aquel incidente era más jugoso que muchos otros con los que la sociedad ya había disfrutado. La anécdota, que representaba la frustración de la señora duquesa por no haber podido conseguir unas medias rebajadas a una libra y once peniques y medio, habría de ser fuente de regocijo por mucho tiempo. Y la expresión de Emily –su cortés disculpa, su compasión retrospectiva, su sincera emoción– ¡fue tan divertida!

«¡Y lo dijo sin darse cuenta! –se diría luego el marqués con íntima satisfacción–. ¡Lo dijo sin darse cuenta! No es lo bastante astuta para hacerlo a propósito. ¡Qué criatura tan extraordinariamente aguda sería si lo hubiera hecho aposta!»

Igual que había sido capaz de recordar esta anécdota sin rencor, Emily pudo sacar provecho de sus pasadas experiencias en beneficio de la señora Osborn. Deseaba congraciarse con ella, ayudarla cuanto pudiera por el mal que sin sospecharlo le había ocasionado. E igual que antaño se había puesto del lado de lady Agatha, quería ponerse ahora enteramente del lado de los Osborn.

–Es cierto que es de buena pasta –le dijo Hester a su marido cuando salieron–. Sus días de penalidades no están tan lejos para que los haya olvidado. No tiene la menor afectación. Así será más fácil soportarla.

–Parece fuerte –dijo Osborn–. Walderhurst se ha llevado una ganga. Será una robusta matrona británica.

Hester se estremeció. En sus morenas mejillas apareció una nota de color.

–Estoy de acuerdo –asintió con un suspiro.

Era muy cierto, y, cuanto más cierto fuera, peor para las personas que tan desesperadamente esperaban, y eran lo bastante estúpidas para esperar contra toda esperanza.

Capítulo II

La boda de lady Agatha se celebró primero y fue una suerte de desfile de personajes de cuento de hadas. Las redactoras de las publicaciones de moda vivieron pendientes del acontecimiento desde semanas antes de que se produjera y algún tiempo después. Dio pie a innumerables comentarios. Había que describir cada una de las flores del jardín de muchachas vestidas de damas de honor, y su piel, cabellos y ojos exquisitos, por los que conseguirían el título de belleza de la temporada llegado el momento. Porque aún quedaban cinco bellezas en posesión de lady Claraway y la quinta era una niña de seis años que conquistó a toda la concurrencia al entrar en la iglesia llevando la cola del vestido nupcial ayudada por un pequeño paje de encaje y terciopelo blanco.

Fue la boda más radiante del año. Fue, en verdad, un desfile de cuento de hadas rebosante de juventud, belleza, felicidad y esperanza.

Uno de los detalles más interesantes de la ocasión fue la asistencia de la futura marquesa de Walderhurst, la hermosa señorita Fox-Seton. Las revistas de moda insistieron hasta la saciedad en su belleza. Una de ellas mencionó que la altura y porte de su majestuosa figura y el trazo de su perfil recordaban a la Venus de Milo. Jane Cupp recortó todos los párrafos que encontró y, después de leérselos en voz alta a su novio, los envió en un sobre grande a Chichester. Emily, esforzándose lealmente en adaptarse a las exigencias de su futura magnificencia, se alarmó varias veces ante las descripciones de sus proezas y virtudes, con las que se topó casualmente leyendo algunos periódicos.

La boda de los Walderhurst fue digna y distinguida, pero no radiante. Para dar cuenta de las emociones que Emily vivió a lo largo del día, desde que se despertó casi al alba en el silencio de su habitación de South Audley Street hasta que, ya de noche, puso fin a la jornada en un cuarto de estar privado de un hotel en compañía del marqués de Walderhurst, harían falta muchas páginas.

Nada más despertarse adquirió conciencia física de que le palpitaba el corazón – un palpitar constante, muy distinto del normal– y comprendió que al fin había llegado el día. Un acontecimiento que un año antes no habría aparecido ni en el más descabellado de los sueños era ese día un hecho real; un golpe de suerte que habría visto con asombro si hubiera sorprendido a otra mujer le había, sin embargo, tocado a ella sin haberlo pretendido. Se pasó la mano por la frente y suspiró.

–Espero acostumbrarme y no ser... una decepción –dijo en voz alta–. ¡Oh! –con una gran oleada de rubor–. ¡Qué *generoso* por su parte! ¿Cómo podré...?

Vivió el día como si fuera un sueño dentro de un sueño. Cuando Jane Cupp le llevó una taza de té, se sorprendió haciendo esfuerzos por comprobar que estaba verdaderamente despierta. Jane, que era una criatura muy emotiva, estaba tan alterada

que se había parado al otro lado de la puerta unos instantes y se había mordido los labios para dejar de temblar antes de atreverse a entrar. Cuando dejó la bandeja, aún le temblaban las manos.

–Buenos días, Jane –la saludó Emily, probando cómo sonaba su voz.

–Buenos días, señorita –respondió Jane–. Hace una mañana preciosa, señorita. Espero que la pueda disfrutar.

Y el día comenzó.

Después prosiguió con agitación solemne y porte majestuoso y, tras horas de extraordinarios preparativos, dio paso a una ceremonia imponente, espléndida y grave, de la que fue testigo una multitud de brillantes invitados en una iglesia de moda y otra más variopinta que se había juntado fuera empujándose y dándose codazos mientras comentaba cuanto veía en voz baja y con más o menos respeto, pero siempre emocionada y atenta y con miradas de asombro o envidia. Grandes personajes a quienes Emily sólo conocía por su frecuente aparición en los periódicos o por su relación o trato íntimo con sus señoras se acercaron a felicitar a la novia. Durante cuatro horas fue el centro de un aluvión de gente que iba cambiando a medida que avanzaba la mañana y su único pensamiento era dar impresión de compostura. Nadie sino ella podía saber lo que se repetía una y otra vez sin mover los labios para tranquilizarse y que todo pareciera real: «Me voy a casar. Ésta es mi boda. Soy Emily Fox-Seton y voy a contraer matrimonio con el marqués de Walderhurst. Por él no pareceré ni estúpida ni demasiado emocionada. *No estoy soñando*».

Sería muy difícil registrar el número de veces que se dijo estas palabras antes de concluir la ceremonia y volver con el marqués a South Audley Street. Cuando lord Walderhurst la ayudó a bajar del carruaje y, al pisar la alfombra roja, vio a la multitud que se había congregado delante de la iglesia y al cochero y los mozos con sus atavíos blancos de boda y la fila de carruajes que venía detrás, le dio vueltas la cabeza.

–Ésa es la marquesa –exclamó una joven con una sombrerera dando un codazo a la mujer que la acompañaba–. ¡Es ella! Está un poco pálida, ¿verdad?

–Pero ¡Dios mío, mira qué perlas y qué diamantes! Pero ¡míralos! –exclamó su amiga–. ¡Ojalá fueran míos!

El desayuno fue espléndido, esplendoroso y prolongado, los asistentes le parecieron espléndidos, esplendorosos y distantes; y, cuando fue a cambiarse el suntuoso vestido de novia por otro más cómodo para viajar, Emily había soportado toda la tensión de que era capaz. A solas en su habitación con Jane Cupp, sintió la gratitud del devoto y piadoso.

–Jane –dijo–, sabes exactamente cuánto tiempo tengo para vestirme y en qué momento tengo que subir al carruaje. ¿Puedes darme cinco minutos para descansar y refrescarme la frente con agua de colonia? Cinco minutos, Jane. Pero avísame a

tiempo, por favor.

–Sí, señorita... perdón, señora. Descanse cinco minutos, no se preocupe.

No descansó más –Jane se dirigió al vestidor y se quedó junto a la puerta con el reloj en la mano–, pero esos cinco minutos le bastaron.

Estaba más tranquila cuando bajó las escaleras y volvió a pasar entre la gente del brazo de lord Walderhurst. Fue como atravesar un jardín de flores rutilantes. Llegó de nuevo a la alfombra roja, a la multitud que aguardaba en la calle, a la hilera de carruajes y criados con librea y prendas blancas.

Ya dentro del carruaje y alejándose de los vítores de la multitud, quiso volver la cabeza para mirar a lord Walderhurst con una sonrisa serena, aunque débil.

–Bueno –dijo él, con la originalidad que le caracterizaba–, ¡ya ha terminado todo!

–Sí –coincidió Emily–. Nunca *podré* olvidar la hospitalidad de lady Maria.

Walderhurst la miró con curiosidad. No sabía qué le intrigaba de Emily, pero resultaba estimulante. Pensaba en cómo se había comportado a lo largo del día. Pocas mujeres podrían haberlo hecho mejor. El color pálido violeta con adornos negros de su traje de viaje le sentaba bien y realzaba su recta figura. En aquel momento, además, Emily le dirigía una mirada que sugería lealtad y dedicación. A pesar de que era un hombre poco expresivo, vagamente se dio cuenta de que ya podía ejercer sus privilegios de hombre casado.

–Puedo empezar ahora mismo –dijo en tono alegre pero rígido–, si tal paradoja se puede dar, a llamarte como el protagonista de *Esmond* llama a su mujer. Puedo llamarte «milady».

–¡Oh! –suspiró Emily, procurando sonreír pero estremecida.

–Estás muy guapa –dijo él–. ¡Caramba que si lo estás!

Y besó la trémula y honesta boca de su mujer casi como si fuera un hombre... No, tanto no, pero casi.

Capítulo III

Empezaron su nueva vida en Palstrey Manor, una antigua mansión muy hermosa. Ninguna otra propiedad de Walderhurst era un ejemplo tan perfecto de la belleza de los antiguos tiempos, y tan maravillosa por ese motivo. A Emily casi se le saltaron las lágrimas al verla, aunque le habría sido imposible explicar o particularizar las razones de su emoción. Desconocía los venerables prodigios de la arquitectura. Para ella, Palstrey era un palacio de cuento de hadas, inmenso, laberíntico y de poca altura, la residencia de alguna bella durmiente en la que hubieran crecido, durante sus cien años de sueño, verdes y oscuras plantas trepadoras, cubriendo fachadas y torres y envolviéndolas y adornándolas de ramas, zarcillos y hojas. En el enorme jardín había un bosque encantado, y la larga avenida de tilos gigantes, cuyas sinuosas ramas se entrelazaban formando arcos y cuyas retorcidas raíces recordaban las viejas leyendas.

En su primer mes en Palstrey, Emily vagaba aún inmersa en sus ensoñaciones. Cada día que pasaba, más le parecía su vida un sueño. De él formaba parte la vieja mansión, con sus inmensas habitaciones, los maravillosos corredores y los jardines, en los que todos los días descubría un nuevo camino serpenteante y laberintos y senderos de hierba que conducían a lugares inesperados y muy hermosos donde, de pronto, aparecía algún estanque de aguas claras y profundas con plantas acuáticas donde las parsimoniosas carpas habían soñado hacía siglos. En aquellos jardines dejaba de creer en la existencia de Mortimer Street, pero, a veces, en la casa dejaba de creer en su propia existencia. La galería de los cuadros tenía especialmente este efecto en ella. Aquellos hombres y mujeres, antaño tan vivos como ella en esos instantes, la miraban desde los lienzos y a veces se sobresaltaba como si se encontrara en presencia de seres de otro mundo. Sus extraños, ricos, feos o bellos ropajes, sus impasibles o férvidos, feos o bellos rostros parecían exigirle algo, o, al menos, ella tenía la suficiente imaginación para que se lo pareciera. Walderhurst era muy bueno con ella, pero temía aburrirlo con su excesiva ignorancia y sus numerosas preguntas sobre personas a quien él conoció de niño y pertenecían a su misma clase y familia. Probablemente una persona podía llegar a familiarizarse tanto con un hombre con armadura o una mujer con miriñaque que cualquier pregunta relacionada con ellos le pareciera estúpida. Quienes constantemente han sido objeto de la íntima mirada de sus ancestros desde una pared pueden, y es natural, olvidar que para otras personas estos retratos pueden tener únicamente el anónimo aspecto de las figuras de los catálogos de la Academia o de otras galerías.

De los cuadros de Palstrey existía un catálogo muy interesante que Emily encontró y estudió con profundo interés. Acariciaba el secreto y conmovedor deseo de saber qué podía descubrir de las mujeres que habían sido marquesas de Walderhurst antes que ella. Ninguna excepto ella, suponía, había llegado a sus

maridos desde un dormitorio-cuarto de estar de un oscuro callejón. Ya había nobles Hurst en el reinado de Enrique I y en el prolongado período posterior hubo tiempo para numerosos matrimonios. Lady Walderhurst se abrumaba por momentos pensando en lo que había dejado atrás y en lo que la aguardaba, pero como no era una persona retorcida ni de ardiente imaginación, la naturaleza le ahorraba la fiebre de las emociones complejas.

En realidad, al cabo de algunas semanas despertó de su sueño y comprendió que su felicidad era duradera y tolerable. Despertar era una delicia todos los días y así sería probablemente hasta el fin de su existencia, sobre todo porque era una criatura muy sana y sin complicaciones. Que Jane Cupp la ayudara tan diestramente a vestirse y saber que todas las mañanas se pondría un vestido que le sentaría bien y no angustiarse cavilando de dónde sacaría el próximo era maravilloso. Disfrutar del silencioso y perfecto funcionamiento de la gran mansión, salir en un carruaje sola o con cochero, pasear y leer, entretenerse el tiempo que fuera en las huertas y los invernaderos, para una mujer sana y con una flamante capacidad para disfrutar eran lujos de los que no podía cansarse.

Walderhurst se dio cuenta de que Emily se había convertido en una más de sus comodidades. Jamás lo estorbaba. Al parecer, había encontrado la forma de ir y venir sin molestar. Era dócil y afectuosa, pero en modo alguno sentimental. El marqués había conocido hombres cuyos primeros años de matrimonio, por no decir primeros meses, se habían vuelto insoportables porque sus esposas esperaban o les exigían constantemente la expresión de sentimientos para la que los varones no sentimentales no tienen precisamente facilidad. Así que esos hombres se aburrían o se incomodaban y las mujeres se sentían insatisfechas. Emily no le pedía nada parecido y, ciertamente, no estaba insatisfecha. Tenía un aspecto magnífico y parecía feliz. Estaba más guapa y, cuando comenzaron las visitas, tanto en Palstrey como en otras mansiones, se la veía encantada. Sin duda, había acertado al pedirle que se casara con él. Si daba a luz un hijo, se congratularía enormemente. Por otro lado, cuanto más tiempo pasaba con Osborn, más le desagradaba. Al parecer, además, éste había puesto en marcha el proyecto de ser padre.

Esto último era cierto sin duda y, al conocer la noticia, Emily se había conmovido y alegrado; había despertado sus simpatías por el matrimonio. Poco a poco había ido descubriendo que los Osborn eran más pobres de lo que por decoro se atrevían a admitir y que no podrían vivir mucho tiempo en las habitaciones de Duke Street, aunque desconocía el motivo, que era que el capitán Osborn se había visto obligado a pagar cierta cantidad de dinero para sofocar un escándalo quizá relacionado con la joven a la que rodeaba con el brazo el día que Walderhurst lo vio en aquel autobús. Porque Osborn era consciente de que, si quería obtener algo de lord Walderhurst, debía guardar en secreto ciertos asuntos. Incluso un escándalo del pasado podía

resultar igual de desagradable que un error del presente. Por otra parte, la joven de la capa de cuentas sabía cómo manejarlo. Pero tenían que mudarse a un alojamiento más económico y, en realidad, las habitaciones de Duke Street nunca habían sido convenientes.

Lady Walderhurst volvió una mañana después de dar un paseo con el rostro radiante y un brillo en los ojos, y, antes de quitarse el sombrero, se dirigió al despacho de su marido.

–¿Puedo pasar? –preguntó.

Walderhurst estaba escribiendo algunas cartas sin importancia y levantó la vista con una sonrisa.

–Claro –respondió–. ¡Qué buen color tienes! El ejercicio te sienta bien. Tendrías que montar a caballo.

–Eso mismo dijo el capitán Osborn. Si no te molesta, me gustaría hacerte una pregunta.

–No me molesta. Eres una mujer razonable, Emily. Uno está seguro contigo.

–Tiene que ver con los Osborn.

–¡Vaya por Dios! –con un ligero estremecimiento–. Me da igual lo que les pase, ya lo sabes.

–Ella no te desagrada, ¿verdad?

–No, no exactamente.

–No... La verdad es que no se encuentra bien –con ligera vacilación–. Se merece mejores cuidados de los que puede recibir en unas habitaciones alquiladas. Además, se tienen que trasladar a otras más baratas.

–Si él se hubiera portado de una forma más respetable, se encontrarían en una situación muy distinta –con bastante frialdad.

Emily se alarmó. Ni había soñado con la temeridad de hacer un comentario susceptible de crítica.

–Sí –apresuradamente–, por supuesto. Lo conoces mejor que yo, pero... he pensado que quizá...

A Walderhurst le gustaba la timidez de su esposa. Ver a una mujer guapa, alta y honrada ruborizarse así no era en absoluto desagradable cuando uno comprendía que lo hacía por temor a ofenderlo.

–¿Qué has pensado que quizá? –fue su benévola respuesta.

El rubor aumentó, pero esta vez del alivio de ver que, evidentemente, el marqués no estaba tan molesto como podría esperarse.

–Esta mañana he dado un largo paseo –dijo Emily–. He atravesado High Wood y he salido por la Granja de los Perros. He pensado en la situación de la pobre señora Osborn porque esta mañana he recibido carta suya y parecía muy triste. Mientras releía su carta, me he encontrado en el camino que lleva a la casa y he visto que está

deshabitada. No he podido resistir la tentación de entrar y he comprobado que se trata de una construcción preciosa, con esas ventanas y esas chimeneas tan curiosas, y la hiedra, que parece que nunca la han podado. Es muy amplia y cómoda. Me he asomado a las ventanas y he visto que tiene chimeneas muy grandes con bancos en el interior. Me parece una pena que una casa así no esté habitada y... bueno, he pensado que sería muy *amable* por tu parte prestársela a los Osborn mientras residan en Inglaterra.

—Sería muy amable por mi parte, sí —señaló el marqués sin convicción.

Por su momentánea excitación, Emily se tomó la libertad de alargar la mano para tocar la de su marido. Siempre había tenido la sensación de que las familiaridades conyugales eran una manifestación de excesiva libertad, o, al menos, de momento no había logrado superar esta impresión. Pero éste era otro de los detalles que a Walderhurst no le desagradaban en absoluto. Él no era consciente de ser, en realidad, un hombre muy vanidoso y de que su vanidad necesitaba alimento y bálsamo. Creía conocer las razones de sus gustos y aversiones, pero con frecuencia estaba muy alejado de la pura, impersonal verdad sobre ellos. Sólo el genio, por su brillante lógica y sensibilidad, se aproxima al conocimiento objetivo, por eso es, en general, extraordinariamente infeliz. Walderhurst nunca era infeliz. A veces se sentía insatisfecho o molesto, pero hasta ahí llegaban sus emociones.

Complacido por el cálido tacto de la mano de Emily, le dio unos golpecitos en la muñeca en un gesto agradablemente marital.

—Esa casa fue construida originalmente para la familia de un cazador que dejaba la jauría en las cuadras. Por eso se llama la Granja de los Perros. Cuando el cazador se marchó, no volví a arrendarla porque no quería a un inquilino cualquiera. Las casas de ese estilo son cada vez más raras y ni el granjero del pueblo ni su familia valoran las casas antiguas.

—Si la amueblásemos como se *podría* amueblar —dijo Emily—, quedaría *preciosa*. Se *pueden* comprar muebles antiguos en Londres si uno tiene dinero para pagarlos. Veía muchos cuando iba de compras. No son baratos, pero se pueden encontrar si se buscan con interés.

—¿Te gustaría amueblar esa casa? —preguntó Walderhurst. Cobrar conciencia de que podía, si así lo deseaba, complacer a su esposa estimuló su interés al ver cómo los ojos de Emily se deleitaban con esa posibilidad. Habiendo nacido sin imaginación, la riqueza no le había servido para hacer nada que se saliera del orden cotidiano de las cosas.

—¿Que si me *gustaría* amueblar esa casa? ¡Oh, Dios mío! —exclamó—. Jamás *soñé* con poder hacer una cosa así.

Por supuesto, eso era verdad, reflexionó el marqués. El comentario hizo que disfrutase aún más del momento. Naturalmente, eran muchas las incapaces de

considerar el gasto de una suma importante de dinero sólo por darse el gusto de cumplir un deseo. Tampoco él había pensado nunca en ello con detenimiento, pero se daba cuenta de que, en realidad, lo que ahora para él tenía más importancia era que, de este modo, Emily le había permitido experimentar una sensación nueva.

–Puedes hacerlo ahora mismo si lo deseas –afirmó–. En cierta ocasión visité la casa con un arquitecto y me dijo que se podía reformar para que resultara acogedora, respetando el estilo de la época, por unas mil libras. No me parece un derroche, y conservar bien la casa merece la pena. El tejado y las chimeneas son muy bonitos. Yo me ocuparé de la reforma y tú puedes encargarte de lo demás a tu gusto.

–Hará falta mucho dinero para adquirir las antigüedades –dijo Emily con un suspiro–. Los muebles antiguos no son precisamente baratos. La gente se ha dado cuenta de que son muy buscados.

–No van a costar veinte mil libras –dijo Walderhurst–. Al fin y al cabo se trata de una granja y tú eres una mujer pragmática. Restaura la casa. Tienes mi permiso.

Emily se tapó los ojos con las manos.

–¿Cómo *podría* darte las gracias? –dijo–. Es lo que yo decía. Jamás creí que existieran personas capaces de hacer estas cosas.

–Existen –replicó el marqués–. Tú eres una de ellas.

–Y... y... –balbució Emily, y recordó de repente el quid de su conversación, que la emoción había velado–. ¡Ay, que no se me olvide! ¡Estoy tan contenta...! ¿Para cuándo tiene que estar amueblada?

–¿Lo dices por los Osborn? Les dejaremos la casa por lo menos unos meses.

–Lo van a agradecer *tanto*... –con emoción–. Les estás haciendo un favor *tan* grande...

–Lo hago por ti, no por ellos. Me gusta verte contenta.

Emily se quitó el sombrero. Tenía los ojos humedecidos por las lágrimas. La munificencia de Walderhurst la abrumaba. Subió a su habitación y, agitada, se puso a dar vueltas. Al cabo de unos minutos se sentó y pensó en el alivio que sentiría la señora Osborn al leer la carta que iba a escribirle. De pronto, se levantó, se acercó a la cama y se arrodilló para dar devota y profusamente gracias a la Deidad a la que solía apelar cuando colaboraba en la entonación de la letanía los domingos. Su idea de ese Poder era de lo más simple y convencional. Se habría quedado atónita y se habría asustado si le hubieran dicho que, para ella, el Todopoderoso poseía muchos de los atributos del marqués de Walderhurst. Lo cual, por descontado, era cierto pero no restaba el menor mérito a su sincera devoción.

Capítulo IV

Los Osborn estaban desayunando en su nada acogedor cuarto de estar de Duke Street cuando llegó la carta de lady Walderhurst. Las tostadas estaban duras y quemadas, los huevos eran de los de «18 por un chelín», según la etiqueta de las tiendas, y el piso olía a arenque ahumado. El capitán Osborn estaba revisando la factura que la casera les entregaba todas las semanas cuando Hester abrió el sobre estampado con una corona de marquesado (cada vez que escribía una carta y veía la corona, Emily se sonrojaba ligeramente con la sensación de que *debía* despertar del sueño cuanto antes). Tampoco la señora Osborn parecía demasiado contenta. Estaba enferma, nerviosa e irritable y, de hecho, había estado llorando, deseando morir, lo cual había creado una situación muy incómoda con su marido, que no estaba de humor para extremar su paciencia.

–Carta de la marquesa –dijo Hester con desdén.

–Yo no he recibido ninguna del marqués –respondió el capitán con mayor desprecio aún–. ¡Podría haberse dignado responder! ¡Qué frío es!

Hester leyó la carta. Al volver la primera página le cambió el semblante. Como ya hemos sugerido, los métodos epistolares de lady Walderhurst no eran ni brillantes ni literarios. Pese a todo, la señora Osborn parecía complacida con lo que leía. Al llegar a cierta frase puso una expresión de asombro y extrañeza que más tarde se convirtió en una de alivio.

–Sólo puedo decir que me parece un gesto muy decente por su parte –exclamó por fin–, ¡muy decente!

Alec Osborn levantó la vista, y torció el gesto.

–No veo ningún cheque –observó–. Eso sí sería decente. Y es lo que más necesitamos ahora que esa maldita mujer no deja de mandarnos facturas como ésta por sus condenados cuartuchos y por la comida de tercera clase con que tenemos que alimentarnos.

–Esto es mejor que un cheque. Nos ofrece algo que ningún cheque podría pagar: nos prestan una antigua y preciosa casa en la que vivir durante nuestra estancia en Inglaterra.

–¡Cómo! ¿Dónde?

–Cerca de Palstrey Manor, donde ellos se alojan.

–¡Cerca de Palstrey! ¿Cómo de cerca? –Estaba repanchingado en la silla, pero al oír la noticia se incorporó y apoyó los brazos en la mesa. Estaba ansioso.

–No lo dice –respondió Hester refiriéndose otra vez a la carta–. Parece una casa antigua. Se llama la «Granja de los Perros». ¿Has estado en Palstrey?

–No como invitado. –Por lo general, el capitán Osborn era sardónico al hablar de todo lo que tenía que ver con Walderhurst–. Pero en cierta ocasión estuve en el

pueblo más cercano y me acerqué. ¡Dios Santo! –con un respingo–. A ver si es una casa antigua y rara por la que pasé una vez y en la que me detuve a echar un vistazo. Espero que lo sea.

–¿Por qué?

–Está lo bastante cerca de Palstrey. Puede sernos muy conveniente.

–¿Crees –vacilante– que los veremos mucho?

–Sí, si sabemos manejar la situación. A ella le gustas y es de esas mujeres a quienes les gusta trabar amistad con otra mujer y ocuparse de ella, particularmente si esta mujer está delicada y puede mostrarse sentimental con ella.

Hester empujaba unas migas en el mantel con el cuchillo. Un débil rubor coloreó sus mejillas.

–No pienso aprovecharme de las circunstancias –dijo con tristeza y hosquedad–. No lo voy a hacer.

No era una mujer fácil de manejar y más de una vez el capitán había tenido motivos para reconocer su maligna obstinación. En esos momentos, su mirada lo asustaba. Era indispensable que se apaciguara. Como era una muchacha afectuosa y él no lo era en absoluto, sabía bien lo que tenía que hacer.

Se levantó y se acercó a ella. Se sentó a su lado y la rodeó por los hombros.

–Tranquila, pequeña –dijo–. Y, por Dios, no te lo tomes así, no creas que no entiendo cómo te sientes.

–No creo que tengas la menor idea de cómo me siento –replicó Hester apretando sus blancos dientes, con un aspecto de nativa desconocido para Osborn. No contribuía a que sintiera más afecto por ella que ciertos estados de ánimo acentuaran los rasgos indios de su belleza hasta el punto de recordarle indeseables acontecimientos del pasado.

–Pues lo sé, claro que lo sé –se quejó, sosteniendo su mano y tratando de que lo mirase–. Una mujer como tú no puede evitar ciertos sentimientos. Por ese motivo precisamente no debes renunciar a tu orgullo. Dios sabe que tienes agallas... y que en estas circunstancias me tienes que apoyar. ¿Qué iba a ser de mí, Dios mío, si no lo hicieras? –Eran tantos, en efecto, los apuros que estaba teniendo en su vida que el matiz de emoción de su voz no era ni mucho menos fingido–. ¡Dios mío! ¿Qué iba a ser de todos nosotros si no lo hicieras?

Hester levantó la vista y miró a su marido. Tenía los nervios a flor de piel y era consciente de que podía echarse a llorar en cualquier momento.

–¿Hay cosas peores de las que me has contado? –dijo con la voz entrecortada.

–Sí, cosas peores... tanto que no sería justo preocuparte con ellas. No quiero que te atormentes. Yo era un idiota antes de conocerte y empezar a sentar la cabeza. Empiezan a saberse cosas que no habrían salido a la luz si Walderhurst no se hubiera casado. ¡Malditos sean todos! Y él... él tendría que hacer por mí lo único decente. Le

debe algo al hombre que, después de todo, puede calzarse sus zapatos.

Hester volvió a levantar sus insinuantes ojos.

–Ya no tienes muchas posibilidades –dijo–. Es una mujer sana y fuerte.

Osborn se levantó de un salto y se paseó por la habitación impulsado por un espasmo de rabia e impotencia. Chasqueó los dientes como un perro.

–¡Maldita sea ella también! –exclamó–. Enorme, lozana y redomada bruta. ¿Por qué ha tenido que entrometerse? De todos los males que pueden cernirse sobre un hombre, el peor es nacer en el lugar y las circunstancias en que he nacido yo. Saber toda tu vida que no estás más que a un tiro de piedra del rango, la riqueza y el esplendor, y tener que vivir mirándolo todo como un extraño. Por eso, te doy mi palabra, me he sentido siempre un extraño. Durante años y al menos una vez al mes se me ha repetido el mismo sueño: abro una carta y me entero de que ha muerto; o aparece un hombre en mi cuarto o en la calle y de pronto me dice: «¡Walderhurst murió anoche! ¡Walderhurst murió anoche!». Siempre se repiten las mismas palabras: «¡Walderhurst murió anoche!». Y me despierto temblando y con un sudor frío por la inmensa suerte que por fin me ha sonreído.

Hester profirió un débil grito, como el de una lechuza, y apoyó la cabeza en los brazos, que tenía sobre la mesa, entre tazas y platos.

–¡Tendrán un hijo! ¡Tendrán un hijo! –dijo, sollozando–. Y entonces dará lo mismo que muera o no.

Osborn gruñó entre dientes.

–Nuestro hijo podría haberlo heredado todo, ¡todo! ¡Maldita sea, maldita sea!

–Ya no... ya no. Aunque sobreviva y nazca sano –dijo Hester entre lamentos y aferrando el raído mantel con sus pequeñas y delgadas manos.

Era difícil para ella. Había tenido un millar de sueños febriles de los que su marido nada sabía. Había pasado en vela muchas horas, tendida en la cama, en medio de la oscuridad, con los ojos abiertos de par en par, sumida en lo más profundo de su alma, imaginando el espectáculo esplendoroso del que formaría parte, consuelo de pasadas miserias, magnífica venganza de antiguas ofensas de la que gozaría cuando oyera las palabras que Osborn acababa de pronunciar: «¡Walderhurst murió anoche!». ¡Ay, si la fortuna los hubiera ayudado! ¡Si los conjuros que en secreto había aprendido de su aya hubieran surtido efecto! ¡Ay, si los hubiera preparado como debía, como hacían las nativas! En cierta ocasión urdió uno que, según le había jurado Amira, el aya, no fallaba jamás. Tardó diez semanas en completarlo tras conocer en secreto la historia de un hombre sobre quien sí había actuado. Se enteró en parte por algunas insinuaciones veladas que había ido desentrañando con su conocimiento aproximado de lo sucedido y en parte gracias a una atenta vigilancia. Aquel hombre había muerto. Había muerto. Con sus propios ojos lo había visto enfermar y más tarde había tenido noticia de las fiebres, los dolores y, por último, del

deceso. ¡Había muerto! Lo había sabido y había probado el mismo conjuro con absoluto sigilo. Y a la quinta semana, e igual que le sucedió al nativo muerto, se enteró de que Walderhurst se había puesto enfermo. Vinieron luego cuatro semanas de incertidumbre, horror y alegría. Pero Walderhurst no murió a la décima. A la décima, los Osborn supieron que había viajado a Tánger con un grupo de notables y que se había curado totalmente de su «ligera» indisposición y gozaba de una salud de hierro y un ánimo admirable.

Su marido nada supo de su obsesión. No se habría atrevido a confesársela. Había muchas cosas que no le contaba. Él solía reírse de sus historias de nativos y ciencias ocultas, aunque, como muchos extranjeros, había sido testigo de acontecimientos inexplicables. Osborn, sin embargo, los observaba con desprecio y presuponía en las personas que realizaban actos mágicos una agilidad, destreza y saber universal a los que achacaba el aspecto portentoso de todo lo oculto. Le desagradaba que su mujer afirmara creer en «trucos de nativos», como él los llamaba. Que una mujer fuera tan crédula, afirmaba, la hacía parecer tonta.

Los últimos meses Hester había vivido atormentada por otra fiebre distinta. Había despertado a sentimientos nuevos. Había pensado en cosas en las que nunca había reparado. Tener hijos nunca le había preocupado ni jamás había sospechado que pudiera tener instinto maternal. Pero la naturaleza había obrado un cambio en ella. Ciertas cosas empezaron a interesarle más que otras. Daba menos importancia al estado de ánimo de Osborn y le plantaba cara con más facilidad. Desafiarse empezó a gustarle y él empezó a temer sus arrebatos. Habían organizado escenas terribles y en ellas Hester respondía con furia a amenazas que antes la acobardaban. Cierta día le había hablado, con la grosera ligereza de un bruto irritable, del acontecimiento doméstico que ya se avecinaba. Y él nunca decía dos veces la misma cosa.

Hester se puso en pie de pronto y lo amenazó. Tanto aproximó el puño a su cara que Osborn se asustó.

—¡No digas una palabra! —exclamó—. ¡No te atrevas... no te atrevas! Te lo digo en serio, apártate si no quieres acabar muerto.

En aquella demostración de furia, Osborn observó a su mujer bajo una luz enteramente nueva e hizo algunos descubrimientos. Lucharía por su cachorro como una tigresa lucha por los suyos. Alimentaba una pasión secreta de la cual él no sabía nada. Ni por un instante había sospechado que la albergara. Nunca le pareció de ese tipo de mujeres. Siempre le habían preocupado su apariencia, la relevancia social y el favor del mundo, pero no los sentimientos.

La mañana que llegó la carta de lady Walderhurst, la vio sollozar, agarrar con desesperación el mantel, y reflexionó. Se paseó arriba y abajo, meditabundo. Tenía que pensar en muchas cosas.

—También podemos aceptar su invitación sin más —dijo—. Arrástrate todo lo que

puedas. Cuanto más, mejor. A ellos les gusta.

Capítulo V

Los Osborn se instalaron en la Granja de los Perros una preciosa mañana de lluvia. El follaje de prados, árboles y setos estaba agradablemente húmedo y las flores perladas de gotas que brillaban cuando el sol intermitente irrumpía en busca de su oculta luz. Un carruaje de Palstrey fue a recogerlos para llevarlos a su destino.

Al llegar a la avenida, Osborn se fijó en los rojos tejados y chimeneas que asomaban entre los árboles.

–Es la casa de que te hablé –dijo–. Muy antigua y curiosa.

Hester saboreaba la pura dulzura del aire fresco y su alma absorbía la belleza de un paisaje distinto a todos los que había visto. En Londres había perdido la esperanza y su espíritu había enfermado. Las habitaciones de Duke Street, el sempiterno desayuno a base de abadejo y huevos de dudoso aspecto, las facturas impagadas, la habían ido minando. Había llegado a un punto en que creía no poder soportarlo más. En aquel nuevo lugar abundaban los árboles frondosos y el aire fresco, y, en cambio, no había caseras. Sin renta que pagar, podría por fin sentirse libre de al menos un tormento.

No esperaba, sin embargo, mucho más aparte de esta libertad. Era muy probable que la vieja granja, como todas las que se ceden a parientes sin pecunio, fuera un nido de incomodidades.

Pero antes de cruzar el umbral comprendió que, por alguna razón, los habían obsequiado con algo más. El viejo y peculiar jardín estaba arreglado: reinaba en él un orden anárquico por el que las trepadoras campaban a sus anchas, las flores crecían en cualquier grieta y los arbustos se acumulaban sin restricción.

El maltrecho corazón de la muchacha palpitó al llegar al venerable porche de ladrillo, que en ciertos detalles recordaba al pórtico de una pequeña iglesia. A través de la puerta abierta vislumbró el interior, confortable y pintoresco como no se había atrevido a soñar. No tenía conocimientos suficientes para apreciar el cambio milagroso que Emily había obrado, pero se daba cuenta de que el singular mobiliario tenía una curiosa armonía. A los bancos y sillas parecían contemplarlos varios siglos de vida campestre, como si formaran parte de la casa igual que las gruesas vigas y puertas.

Se detuvo en mitad del vestíbulo. Parte de la sala estaba panelada en roble y parte estaba enjalbegada. En los anchos muros habían abierto ventanas de bajo antepecho.

–No se parece a ninguna otra casa que haya visto –comentó.

–En la India es imposible encontrar nada parecido –respondió su marido–, y en Inglaterra muy difícil. Voy a echar un vistazo a los establos.

Sorprendentemente, lo que vio lo dejó muy satisfecho. Walderhurst le había prestado un caballo de montar decente y Hester disponía de un pequeño y respetable

carruaje. Palstrey Manor les había «resuelto la papeleta». Era mucho más de lo que esperaba. Sabía que de haber regresado a Inglaterra soltero no le habrían mostrado tanta hospitalidad, así que, hasta cierto punto, su buena suerte era resultado de que Hester formara parte de su vida. Al mismo tiempo tenía la impresión de que ese resultado no se habría producido si la presencia de Hester no se hubiera combinado con otro factor, una mujer compasiva y con cierto poder: la nueva lady Walderhurst.

«A pesar de todo, ¡maldita sea! ¡Maldita sea!», juró en silencio al entrar en una cuadra para acariciar a la esbelta yegua.

Entre Palstrey y la Granja de los Perros se establecieron unas relaciones definidas por dos rasgos característicos: lord Walderhurst no desarrolló mayor ni más cálido interés por los Osborn, pero lady Walderhurst sí. Después de acceder a los deseos de Emily y actuar con generosidad en beneficio de su presunto heredero y de su esposa, lord Walderhurst no sentía ninguna necesidad de hacer mayores demostraciones de afecto.

—No me gusta ahora más que antes —dijo a Emily—. Y no puedo decir que la señora Osborn me dé curiosidad. Por supuesto, existen razones para que una mujer de buen corazón como tú sea especialmente buena con ella en este preciso momento. Haz por ellos lo que te parezca bien mientras vivan aquí, pero, por mi parte, el hecho de que ese hombre sea mi presunto heredero no basta para que le tenga afecto... más bien al contrario.

Hay que admitir que entre Walderhurst y Osborn existía ese rencor que no mengua por dejar de expresarse y que sigue acechando en las profundidades del ser interior. Walderhurst no habría sido capaz de decirse que aquel joven robusto y de sangre caliente le desagradaba sobre todo porque, cuando se lo encontraba montando a caballo con el arma al hombro y seguido por un guarda, se daba cuenta, de modo casi inconsciente, de una verdad incómoda: que recorría a caballo lo que algún día podrían ser sus tierras y cazaba pájaros que en el futuro tendría el derecho a preservar, y que, en ese futuro y en tanto que señor de la finca, podría invitar a otras personas a cazar, así como impedir que cazaran personas más desfavorecidas, lo cual constituía una verdad lo suficientemente irritante para acentuar todas las faltas de educación y carácter del capitán.

Emily, que cada día que pasaba entendía mejor a su marido, fue comprendiendo esta circunstancia poco a poco. Quizá su mayor progreso se produjera un día en el coche en que había ido a buscarla al páramo. Vieron venir a Osborn, que no los vio a ellos, por un bosque armado con su escopeta. Una sombra de enojo cruzó el rostro de Walderhurst.

—Está como en su propia casa —dijo, y guardó silencio unos instantes. Parecía incómodo—. Si fuera hijo mío, sería distinto. Si el niño de Audrey hubiera vivido...

Se interrumpió y arreó con la fusta a la alta yegua que tiraba del carruaje.

Evidentemente, no le gustaba haber dicho lo que había dicho.

Una oleada de rubor embargó a Emily. Sintió que le recorría todo el cuerpo. Volvió el rostro con la esperanza de que Walderhurst no lo notara. Era la primera vez que le oía pronunciar el nombre de su difunta esposa. Nadie la había nombrado en su presencia. Evidentemente, Audrey no había sido una persona por quien sintieran un gran afecto o cuya ausencia lamentasen mucho. Pero había dado a luz a un hijo.

Su alma primaria no se atrevía a concebir, ni siquiera con temor, tal posibilidad para sí misma. Así como antes nunca había tenido la temeridad de imaginarse, ni en sueños, como una mujer con atractivos suficientes para casarse, ahora se veía sujeta a ciertas restricciones mentales. Aún tenía ideas de solterona. Pero habría dado su vida por la felicidad de aquel hombre anodino, y últimamente se había culpado más de una vez por aceptar tantas cosas sin pensar lo suficiente.

«No me doy cuenta de las cosas –había reflexionado con humildad y dolor–. Tendría que ser... más joven, fuerte y guapa. Su sacrificio es demasiado grande... inmenso.»

Estaba completamente equivocada. Walderhurst se había casado porque deseaba hacerlo y pensando en qué sería mejor, como en efecto sucedió y sucedía, para su tranquilidad. En todo caso, Emily Fox-Seton era una hermosa criatura y no tenía más que treinta y cuatro años, y mientras Alec Osborn vivía en la otra punta del planeta la cuestión de dejar un heredero no había estado tan presente y, en consecuencia, tenía menor importancia.

Era ahora cuando la proximidad de los Osborn preocupaba a lord Walderhurst. Y, si tenían un hijo varón, su preocupación aumentaría. Le alegraba la posibilidad, no tan lejana, de tener que abandonar Inglaterra para atender ciertos asuntos de importancia.

Lo había comentado con Emily y ella había comprendido que, puesto que no sabía cuánto tiempo estaría fuera ni hasta dónde viajaría, sería más conveniente no acompañarlo.

–Nuestro matrimonio tiene una desventaja –dijo el marqués.

–¿Hay... hay algo que yo pueda hacer? –preguntó Emily.

–No, aunque seas tú la responsable. Es difícil que las personas puedan eliminar las desventajas de las que son responsables. Me has enseñado a echarme de menos.

–Yo te he... yo te he... –balbució Emily, y exclamó–: ¡Qué *feliz* soy!

Era tan feliz que tenía la sensación de que debía ceder parte de su suerte a quienes tenían menos. Tenía hermosos detalles con Hester Osborn. Pasaban pocos días sin que algún carruaje de los Walderhurst se detuviera en la puerta de la Granja de los Perros. Unas veces, Emily se llevaba a la señora Osborn a dar un paseo, otras enviaba a buscarla, la invitaba a comer y pasaba el día o la noche en Palstrey. Sentía por la joven un interés que se transformó en afecto. Se habría interesado por ella aunque no

hubiera tenido un motivo especial que apelara a su simpatía y compasión. Hester sacaba muchos temas de conversación muy nuevos y curiosos. A Emily le encantaban sus descripciones de la vida de la India y los relatos y anécdotas sobre la extraña vida de los nativos. Amira la cautivó con sus atuendos típicos y los anillos en la nariz, que, combinados con su rostro, oscuro y místico, su peculiar forma de hablar y sus gestos, silenciosos y livianos, asustaban a los rústicos e inspiraban desconfianza y respeto en los criados de Palstrey.

–Su comportamiento es muy respetuoso, milady, a pesar de que sus modales sean extranjeros y peculiares –comentó Jane Cupp–. Pero tiene una manera de mirar a las personas... como espiándolas. La he visto hacerlo muchas veces de pronto, y me ha molestado. Dicen que sabe cosas, que adivina el futuro y conoce algunos conjuros y sabe elaborar pociones amorosas. Pero que, si algún día nos lo cuenta, será en completo secreto.

Emily concluyó que Jane Cupp estaba asustada y observaba a Amira con suspicacia.

–Es una sirvienta fiel, Jane –respondió–. Siente una gran lealtad por la señora Osborn.

–Estoy segura, milady. He leído en los libros que los negros son muy leales. Dicen que más que los blancos.

–No lo son más que *algunos* blancos –dijo lady Walderhurst con su mejor sonrisa–. Amira no es más leal que tú, de eso estoy segura.

–¡Oh, señora! –exclamó Jane, poniéndose colorada–. Espero que no. Quiero pensar que no.

En realidad, la tropical y sugerente forma de ser del aya había encendido la imaginación del servicio, que había hablado de muchas cosas, de los Osborn y también de sus criados; y el asistente de Walderhurst, que era un hombre muy viajado, había contado emocionantes y misteriosas historias de la vida en Oriente.

El capitán Osborn encontraba buena caza aquellos días, y la caza era lo que más le apasionaba. Era de esos hombres que pueden pasar días enteros cazando o pescando, comen en abundancia y duermen profundamente toda la noche, y que lo pueden hacer todos los días del año, obteniendo así lo máximo que desean de la vida. No tenía otras aspiraciones que las que la fortuna de un hombre como Walderhurst podía ofrecerle. La propia naturaleza lo había creado a partir del modelo del terrateniente inglés primitivo. La India, con sus sofocantes y tempestuosas estaciones y sus furiosas lluvias, no le daba nada que pudiera desear y lo hacía revolverse contra el Destino cada hora de su existencia. Con el calor, su sanguíneo cuerpo alimentaba la inquietud y el rencor. En la Granja de los Perros, sin embargo, cuando saltaba de la cama en la fresca suavidad matinal y se sumergía en la tina, cada aliento de aire era un éxtasis de placer. La brisa que entraba por las ventanas romboides y cubiertas de

hiedra era motivo de celebración.

–¡Dios mío! –le gritaba a Hester a través de la puerta entreabierta–. ¡Qué mañanas! ¡Esto es *vivir* para un hombre! ¡Cómo siento correr la sangre por mis venas! Me da igual que llueva o haga sol. No puedo quedarme en casa. Quiero recorrer los bosques con tiempo seco o húmedo, con los árboles relucientes o cargados de agua. ¿Cómo he podido pasar tanto tiempo empapado en sudor y con la lengua fuera? Tantas noches en vela por el maldito calor escuchando el zumbido de los abanicos. Es como recordar el Infierno cuando uno vive en el Paraíso.

–No viviremos mucho tiempo en el Paraíso –dijo Hester con amargura–. El Infierno nos espera.

–¡Maldita sea! ¡A este hombre no se lo recuerdes! A veces no puedo creerlo.

Casi gruñó al decirlo. Era cierto que tenía por costumbre realzar el placer de estos nuevos días con todo tipo de recuerdos del pasado. Mientras se paseaba entre brezos y helechos, pensaba aún en que había una posibilidad: ¡sólo una posibilidad, Dios mío! Cuando un hombre no excesivamente vigoroso llegaba a los cincuenta y cuatro o cincuenta y cinco, las posibilidades aumentaban. Después de pasar horas en ese estado de ánimo, no era agradable toparse con Walderhurst, erguido y serio en su magnífico ejemplar marrón, y recibir su saludo: gesto grave y toquecito de la fusta en el sombrero. O regresar a la Granja de los Perros para encontrar a la puerta el birlocho de Palstrey, con lady Walderhurst en el pescante, radiante de salud y con ese alegre interés por todo que daba frescura a su rostro y brillo a sus ojos.

Llegó finalmente cierto día en que no la vio tan radiante. La causa era, al parecer, natural dadas las circunstancias. Un hombre más apasionado que lord Walderhurst habría sabido que no podía emprender un viaje al extranjero si eso significaba dejar a la mujer con la que prácticamente acababa de casarse. Pero lord Walderhurst no era un hombre apasionado y se había casado con una mujer que no veía en él el menor defecto, y para la que, en realidad, cualquier cosa que hiciera estaba bien sencillamente porque la hacía él. El viaje del marqués a la India sólo podía, era cierto, durar algunos meses y exigía asuntos diplomáticos para los que se requería respetabilidad intachable. Un hombre más brillante pero menos respetable, en el más decoroso sentido inglés de la palabra, no habría satisfecho los deseos del Gobierno.

La piel de Emily había perdido lozanía. Hester se sorprendió enormemente al verla. Sus ojos parecían estar algo hinchados. Pero con la brillante paciencia de su sonrisa se oponía a la remota sospecha de que antes de salir de Palstrey hubiera derramado algunas lágrimas. Explicó la situación recreándose comprensiva y respetuosamente en la dignidad de la misión que la privaría temporalmente de su compañero. Su fe en la importancia intelectual de Walderhurst para la buena marcha del Gobierno era conmovedora.

–No será mucho tiempo –decía–, y usted y yo podremos vernos con frecuencia.

Estoy tan contenta de que siga aquí. Ya sabe usted lo que es echar de menos... Pero – interrumpiéndose con admirable gesto de forzada alegría– no puedo pensar en eso.

Walderhurst tenía motivos para estar plenamente satisfecho los días previos a su partida. Emily se estaba portando exactamente como esperaba de una mujer de su gusto. Podría haber puesto trabas o haberse dejado llevar por el sentimentalismo. Si hubiera sido más joven, él tendría que haber pensado en confiarla a una especie de niñera, pero aquella criatura buena y sensata podía cuidar perfectamente de sí misma. Bastaba con expresar un deseo y ella no sólo sabía cómo cumplirlo, sino que estaba dispuesta a hacerlo sin cuestionarlo. Por su parte, el marqués quería dejarlo todo a gusto de su mujer, por otra parte tan decente, sin ideas modernas que, en su ausencia, pudieran acabar, con toda probabilidad, causándole alguna molestia o fastidio. Ella prefería quedarse en Palstrey y disfrutar de su belleza. Se entretendría paseando por el jardín, charlando con los jardineros, que ya le habían cogido simpatía, o haciendo breves visitas a los ancianos o jóvenes del pueblo cercano. Ayudaría a la mujer del vicario con sus obras de caridad, haría acto de presencia en la iglesia regularmente, cumpliría con las aburridas visitas de rigor y asistiría a las inevitables y también aburridas cenas con un decoro y una amabilidad sin tacha.

–Como te aseguré cuando me dijiste que le habías pedido que se casara contigo – comentó lady Maria cierto día que comió con su primo cuando éste se desplazó a Londres por asuntos de negocios–, demostraste más juicio que la mayoría de los hombres de tu posición y edad. Las personas que desean casarse deberían elegir a quien menos probabilidades tenga de interferir en su vida. Emily nunca interferirá en tus asuntos. Le preocupa mucho más tu satisfacción que la suya; en eso parece una niña grande, sana y buena, y se sentirá bien allí donde tú quieras dejarla.

Era verdad, pero, en privado, la criatura saludable e infantil había llorado un poco y, con una alegría ridícula, se consolaba pensando en la cercanía de los Osborn, en Hester y en que podría cuidar de ella todo el verano.

Era ridículo que hubiera alimentado un afecto tan ingenuo por los Osborn porque al menos uno de ellos no la aguantaba. Para el capitán Osborn, la existencia y presencia de lady Walderhurst resultaban ofensivas. Era un tipo de mujer de lo más despreciable: estúpida, grandota y torpe, y su tamaño y su bondad bastaban para irritarlo y hacerle perder los estribos.

–Parece tan condenadamente próspera con esos vestidos caros y tan rebosante de salud... –decía–. Me basta oír las pisadas de sus enormes pies para ponerme furioso.

Hester replicó con una pequeña pero sonora carcajada.

–Sus enormes pies están en mejor estado que los míos –dijo–. Tendría que odiarla y lo haría si pudiera, pero no puedo.

–Yo sí puedo –masculló Osborn antes de volver junto a la chimenea y prender una cerilla para fumar su pipa.

Capítulo VI

Cuando lord Walderhurt zarpó hacia la India, su esposa empezó a poner orden en su vida diaria tal como él imaginaba. Antes de partir, Emily recibió por primera vez en el salón y pasó algunas semanas en la mansión londinense, donde organizaron varias cenas imponentes y muy formales, más notables por su dignidad y buen gusto que por su animación. Los deberes de la vida social en la ciudad habrían sido para ella insoportables sin su marido. Vestida por Jane Cupp con pasión y fervor, de su delgada cintura caían elegantes pliegues, su cuello estaba adornado con diamantes y su cabello con una tiara o estrella grande. Estaba soberbia cuando se sentía respaldada por la bien llevada madurez de Walderhurst y la naturalidad con que se desenvolvía en esos actos. Con él disfrutaba hasta del frío esplendor de una recepción; sin él se habría sentido a disgusto. Palstrey ya no era una novedad y ella misma empezaba a darse cuenta de que pertenecía ya al mundo del marqués. Se estaba acostumbrando a cuanto la rodeaba y lo disfrutaba muchísimo. Sus afectos, que nacían con tanta facilidad, se nutrían de la atmósfera patriarcal de la vida del pueblo. La mayoría de los aldeanos de Palstrey saludaban a los Walderhurst con una reverencia y llevaban toda la vida rindiéndoles pleitesía. A Emily le gustaba recordar esta circunstancia y de inmediato cobró aprecio por la gente sencilla, que parecía tener una relación muy estrecha con el hombre a quien veneraba.

Walderhurst no tenía la más remota idea de lo que esta veneración representaba. Ni siquiera adivinaba su existencia. Era consciente del ingenuo respeto de su esposa y de la fe que depositaba en él, y ella le complacía del modo más natural. Además, no se le escapaba que, de haber sido una mujer más brillante, también habría sido más exigente y menos impresionable. Si hubiera sido tonta o torpe, la habría detestado y se habría arrepentido amargamente de haberse casado. Pero no era más que inocencia, gratitud y admiración, y estas virtudes, sumadas al atractivo, una magnífica salud y unos buenos modales, convertían a una mujer en algo que él apreciaba inmensamente. Estaba realmente atractiva el día de la despedida, ruborizada por la emoción y rebosante de ternura, y con un brillo húmedo en los ojos. Fue, además, realmente conmovedor ver cómo su fuerte mano apretaba la suya en el último momento.

–Lo único que *deseo* –le había dicho–. Lo único que *deseo* es tener algo que *hacer* por ti cuando estés fuera, algo que tú me encargues y quieras que *haga*.

–Cuídate y disfruta –había respondido él–. Es lo que más me puede complacer.

La naturaleza no había dotado al marqués de imaginación suficiente para sospechar que su esposa, al regresar a casa, se pasaría la mañana en sus habitaciones, ordenando sus cosas personalmente por el mero placer de tocar las prendas que él había llevado, los libros que había hojeado o los cojines donde había reposado la

cabeza. De hecho, Emily le había dicho al ama de llaves de Berkeley Square que no quería que arreglaran las habitaciones del señor marqués hasta que ella hubiera echado un vistazo. Esa obsesión llamada Amor es una emoción apenas explicable. Las personas susceptibles a su poder parecen hallarse bajo los efectos de un hechizo. Ven, oyen y sienten lo que el resto del mundo no percibe ni percibirá nunca. A las entrañables cualidades, que también le inspiraban pasión, que Emily Walderhurst advertía en aquel caballero que superaba la mediana edad, un mundo impertérrito sería siempre ciego, sordo e insensible. Este hecho, sin embargo, no afectaba a Emily en lo más mínimo: seguía teniendo tales cualidades por reales, y las veía y sentía, y sacudían el mismo centro de su alma. En su radiante juventud, Agatha Norman, que recorría el mundo en compañía de su reciente marido, se conmovía mucho menos a pesar de todo lo que se reían y amaban.

Emily se paseó por las confortables y desiertas habitaciones de su James con un nudo en la garganta. Grandes lágrimas empaparon la pechera de su vestido igual que habían empapado su blusa de lino cuando anduvo hasta Maundell cruzando el páramo. Pero sonrió con coraje al limpiar con suavidad las dos que habían caído sobre el chaleco de tweed que acababa de coger. De pronto, inclinó la cabeza y besó el rasposo tejido, y, escondiendo con emoción el rostro en él, empezó a sollozar.

–Lo *quiero* tanto –susurró histéricamente–. Lo *quiero* tanto y le voy a echar *tanto* de menos –con el sentimentalismo en cursiva de antaño.

Fue, de hecho, un estallido de emoción tan cursivo, que inmediatamente le pareció un poco indecoroso. Nunca había tenido ocasión –la intensidad del momento no se lo había exigido– de decirle «te quiero» a lord Walderhurst abiertamente. No había sido necesario, y estaba tan poco acostumbrada que era natural que la avergonzara verse declarando su amor a uno de sus chalecos. Se incorporó con la prenda entre las manos y dejó correr las lágrimas.

Observó la habitación y, a través de la puerta entornada, el estudio del marqués, que estaba en la sala contigua. Eran estancias magníficas, y todos sus libros, bustos y muebles evocaban su personalidad. La casa entera era hermosa e imponente a ojos de Emily.

–Ha hecho de mi vida algo hermoso y lleno de comodidades y felicidad –dijo, estremecida–. Me ha salvado de todo cuanto temía y no hay nada que pueda *hacer*. ¡Ay! –ocultando de repente el acalorado rostro entre las manos–. ¡Ojalá fuera Hester Osborn! Con gusto sufriría lo que fuera, o moriría como hiciera falta. Tendría que devolverle cuanto me ha dado... sólo un poco... si pudiera.

Porque, en medio de su ardiente fervor, se había percatado de una cosa aunque no porque él lo hubiera manifestado. Todos sus deseos y su orgullo se verían colmados si pudiera legar su nombre a una criatura de su carne y de su sangre. Todo el calor que anidaba en su fría naturaleza se concentraba en esta pasión secreta. Emily ya había

empezado a sospecharlo al poco de casarse, y después, por procesos de deducción y descarte, había cobrado conciencia, a pesar del silencio y reserva del marqués, de la soberbia intensidad de su pasión. Ella habría ido a la hoguera o se habría dejado cortar en trocitos para que él hiciera con ellos cualquier cosa que exaltase su orgullo. Tal era el inevitable, trágico y dulce amor, y deseo, que Emily sentía por su marido.

Este amor era, además, la causa de su intensa ternura por Hester Osborn. También deseaba su compañía. Su vida de solterona nunca la había llevado ante el misterio del nacimiento, ni en sus proximidades. Era algo que desconocía casi absolutamente, y pensar en él suscitaba su temor y asombro. Al principio, Hester reaccionó con timidez, reticencia y frialdad, pero, a medida que se iban conociendo, fue cediendo y enterneciéndose ante la generosa y cordial franqueza de Emily. Hester se sentía muy sola y carecía de experiencia, pero, al igual que Agatha Slade, se adentró gradualmente en el terreno de la confesión y las intimidades. Necesitaba compañía tan desesperadamente que la intensidad de sus emociones la llevaba a ser mucho más sincera de lo que en un principio había pretendido.

«Supongo que los hombres no saben nada de estas cosas –se decía Hester con tristeza pensando en Osborn, que solía pasar el día en el campo–. O, por lo menos, les dan igual.»

A Emily no le daban igual. Veía en ella tanto interés y simpatía que cuando conversaban sentía alivio.

–Os habéis hecho grandes amigas –le dijo Alec una tarde viendo por la ventana cómo se alejaba el carruaje de lady Walderhurst–. Pasáis las horas muertas charlando. ¿De qué habláis?

–Me cuenta cosas de su marido. Se alegra de tener a alguien que la escuche. Lo considera un dios. Pero hablamos sobre todo de... de mí.

–No la decepciones –dijo Osborn con una carcajada–. Tal vez te coja cariño y no quiera que nos marchemos. Y, para retener a uno de nosotros, tendrá que aceptarnos a los dos.

–¡Ojalá... ojalá! –exclamó Hester con un suspiro y alzando los brazos con gesto lánguido y preocupado.

El contraste entre las dos mujeres era con frecuencia demasiado grande y a Hester le costaba sobrellevarlo. Ni siquiera con amabilidad podía paliarlo. La sencilla perfección del atuendo campestre de Emily, el lustroso lomo de sus caballos, el suave rodar de su carruaje, los criados que tan mecánicamente la atendían, sugerían esa desenvoltura y perfección que sólo se consigue tras haber convivido con la riqueza. Ser testigo de ello todos los días mientras ella sobrevivía de las migajas de la mesa del amo en virtud de una caridad ejercida a regañadientes era humillante. Y ahora tenía mucha mayor importancia, mucha más de la que imaginó que podría tener cuando era niña, cuando lo deseaba tanto. Entonces no lo tenía tan cerca y no podía

apreciar su significado y valor, admirar el lujo y la belleza, la magnificencia y el buen gusto. Haber conocido ahora estas cosas, casi haber formado parte de ellas y regresar a una existencia anónima y desordenada en un destartado bungalow, acosada por las deudas, perseguida y rodeada de una pobreza sin futuro y sin esperanzas ni de un pequeño golpe de suerte: ¿quién sería capaz de soportarlo? Los Osborn se miraron. Estaban pensando lo mismo.

–Después de esto, ¿cómo podremos sobrevivir? –preguntó Hester con angustia.

–No podremos –respondió el capitán–. ¡Malditos sean todos! *Tiene* que pasar algo.

–No va a pasar nada –sentenció Hester–. Nada aparte de que tendremos que volver y estaremos peor que antes.

Por esa misma época, lady Walderhurst volvió a Londres para ir de compras y pasó dos días de completa felicidad adquiriendo hermosos artículos de todo tipo para enviar a la señora Osborn, Granja de los Perros, Paltrey. En su vida había disfrutado tanto como esos dos días de mostrador en mostrador pidiendo el lino más hermoso, la mejor franela o el encaje más delicado. Los que había dedicado a hacerse su ajuar acompañada de lady Maria no habían sido lo mismo. Estaba radiante. Miraba casi con amor los finos tejidos y sonreía con calidez y suavidad al examinar las bellas prendas que le mostraban. Nada le parecía demasiado exquisito en su finura, ninguna cantidad de encaje excesiva. A veces le palpitaba el corazón. Otras se extrañaba al comprobar que le caían algunas lágrimas.

–Es todo precioso –dijo en el silencio de su habitación contemplando algunas de las compras–. No sé por qué tengo esta sensación. Son tan diminutas e indefensas, que dan ganas de cogerlas en brazos. Me estoy portando como una tonta. ¡Como una tonta!

Se presentó en la Granja de los Perros la misma mañana que llegaron los paquetes. Fue en el carruaje grande, donde llevaba las últimas compras que quería entregar a Hester en mano. Fue también porque no habría podido dejar de hacerlo. Deseaba volver a ver todo lo que había adquirido, abrir los paquetes con Hester, ayudarla, mirar todas las prendas, tocarlas, tenerlas entre las manos.

Encontró a Hester en su dormitorio, grande y de techos altos. Sobre la cama con baldaquino había caído una nevada de ropa blanca y por todas partes había cajas abiertas. Los ojos de la muchacha tenían una extraña expresión y el rubor coloreaba sus mejillas.

–No me esperaba esto –dijo–. Tendría que haber hecho la ropa yo misma, prendas adecuadas para esta época del año. –Con media sonrisa–: Pero no me habrían salido bien. Para empezar, no sé coser. Ha olvidado usted que no estaba comprando ropa para un príncipe o una princesa, sino para un pequeño mendigo.

–¡No, no! –exclamó Emily, cogiéndole las manos–. ¡Disfrutemos del momento!

Me ha gustado *tanto* comprarlas. En mi vida había disfrutado tanto. –Se acercó a la cama y fue cogiendo las prendas una a una. Acariciaba los volantes de encaje y alisaba los pliegues–. ¿No es feliz sólo con verlas?

–Es *usted* quien las mira –dijo Hester mirando a Emily a los ojos– como si tuviera hambre, o como si las hubiera comprado para usted.

Emily se volvió sin decir nada. Se hizo un denso silencio que duró unos momentos.

Hester habló de nuevo. ¿Qué tenía la mirada de su alta y erguida amiga que la agitaba y enojaba tanto?

–Si las hubiera comprado para usted –insistió–, las llevaría un marqués de Walderhurst.

Emily dejó el faldón que había cogido. Lo estiró sobre la cama y se volvió para mirar a Hester Osborn con gesto grave.

–Tal vez las lleve un marqués de Walderhurst, ya lo sabe –dijo–. Tal vez.

Estaba sorprendida y, en el fondo, dolida, porque advertía en la joven un rencor que no le era desconocido, como si en esos momentos pensara en ella como en su enemiga.

Unos momentos después, sin embargo, Hester Osborn se echó en sus brazos.

–Es usted un ángel para mí –dijo llorando–, un ángel. No sé cómo darle las gracias.

Emily Walderhurst la acogió entre sus cálidos brazos y le dio unas palmaditas en el hombro.

–No me dé las gracias –susurró con emoción– y disfrutemos de nuestra mutua compañía.

Capítulo VII

Alec Osborn salió con frecuencia a montar aquellos días. También salió con frecuencia a pasear, unas veces escopeta al hombro y seguido por un guarda, otras solo. Apenas dejó sin pisar un metro cuadrado de las tierras de Palstrey. Se sabía la finca de memoria: sus bosques, granjas y páramos. Un morboso y secreto interés por sus bellezas y recursos lo dominaba. Cuando se topaba con ellos, no podía resistir la tentación de hacer a guardas y granjeros preguntas en apariencia sin importancia. Conseguía dar a sus pesquisas un aire casual, pero era consciente de que las motivaba una curiosidad febril, y de que había adquirido el insistente hábito de hacer planes sobre aquellas tierras. Se decía: «Si fueran mías, cambiaría esto o aquello. Si las tuviera en propiedad, modificaría esto y lo de más allá. Despediría a este guarda, dejaría esa granja en manos de aquel lugareño». Se paseaba entre los brezales alimentando tales ideas y conociendo la satisfacción que tener autoridad para acometer los cambios podría suponer para un hombre como él, que tenía una vanidad que no se saciaba jamás, vivas ansias de poder y deseos de vivir al aire libre.

«¡Si estas tierras fueran mías! ¡Si fueran mías! –se decía–. ¡Maldita sea! ¡Si fueran mías!»

Y había lugares igual de magníficos, lugares incluso mejores que aún no conocía –Oswyth, Hurst y Towers– y que también pertenecían a Walderhurst, a ese respetable y viejo canalla. Así resumía el carácter de su pariente. En cuanto a él, era joven, fuerte y con las venas henchidas por el deseo inagotable de llevar una vida gozosa y exultante. Pensar en la sudorosa, esforzada y jadeante existencia en la India le resultaba doloroso. Y no obstante se cernía en el horizonte, cada vez más próxima a medida que transcurrían los celestiales días de Inglaterra. No quedaba más remedio que regresar; regresar y meter otra vez la cabeza en el grillete, y sudar y tragar bilis hasta que todo acabara. No ambicionaba nada en su profesión. Con aborrecimiento se daba cuenta en aquellos días de que siempre había estado esperando... esperando.

Empezó a observar con inquietud a la mujer grandona y de semblante luminoso que revoloteaba en torno a Hester haciéndole favores. Desprendía lozanía, pero era tonta, sobre todo en lo que respectaba a Walderhurst. Había que ver cómo le brillaba la cara cuando recibía noticias del señor marqués.

Se le había metido en la cabeza un sentimental capricho de colegiala y en ausencia de su marido se había propuesto aprender a montar. Ya lo había intentado antes de su partida. De hecho, hablaron del asunto y él le regaló una yegua joven, preciosa y dócil. Era tan buena como ella era guapa. Y Osborn, que era célebre por su destreza montando, se había comprometido a darle lecciones.

A los pocos días de volver de Londres Emily invitó a los Osborn a comer a Palstrey. Durante la comida sacó el tema.

–Si tiene tiempo que dedicarme, me gustaría empezar cuanto antes –dijo–. Quisiera poder salir de paseo con mi marido en cuanto vuelva. ¿Tardaré en aprender? ¿Qué opina? Para montar bien, tendría, tal vez, que ser un poco más ligera.

–Estoy seguro de que acabará montando estupendamente –respondió Osborn–. Tiene aspecto de montar bien.

–¿Eso cree? ¡Qué amable es usted al darme tantos ánimos! ¿Cuándo empezamos?

La perspectiva era agradable y emocionante. En realidad, albergaba deliciosas e inocentes fantasías en las que se imaginaba como compañera ecuestre de Walderhurst. Tal vez si aprendía a sujetarse bien en la silla y a dominar el caballo, Walderhurst se sintiera satisfecho y, mientras cabalgaban a la par, se volviera a mirarla con esa aprobación e incipiente calidez que con tanto y secreto júbilo colmaba su espíritu.

–¿Cuándo me puede dar la primera clase? –preguntó con impaciencia al capitán Osborn, a quien un criado servía una copa de vino.

–En cuanto saque a la yegua a pasear un par de veces –respondió él–. Quiero conocerla bien. No dejaré que la monte hasta que no me sepa de memoria sus vicios y querencias.

Salieron a los establos después de comer para ver a la yegua, que tenía una cuadra para ella sola. Era un animal excelente, y parecía dócil como una niña.

El capitán Osborn hizo varias preguntas al mozo de caballos. La yegua tenía una fama excelente pero, antes de que lady Walderhurst la montara, había que llevarla unos días a los establos de la Granja de los Perros.

–Habría que extremar las precauciones –le dijo Osborn a su mujer esa noche–. Si algo saliera mal, nos costaría muy caro.

Fue a buscar la yegua a la mañana siguiente. Era una baya muy lustrosa y se llamaba Faustina.

Por la tarde, la sacó a pasear. La llevó muy lejos y quiso conocer todas sus mañas antes de regresar. Era viva como un gato y mansa como una paloma. Habría sido imposible encontrar un caballo más dócil y seguro. Superó todos los obstáculos, ni siquiera la inesperada aparición de una máquina que estaba arreglando el camino la perturbó perceptiblemente.

–¿Se porta bien? –se interesó Hester a la hora de cenar.

–Eso parece –respondió Osborn–, pero quiero volver a sacarla un par de veces.

La sacó más veces y sólo tenía elogios para ella. Pero las lecciones de monta tardaban en comenzar. En realidad y por varias razones, el capitán estaba sombrío y poco sociable, sin el menor deseo de cumplir su compromiso. Adujo diversas excusas para posponer las clases y salía a montar a Faustina casi a diario.

Hester, sin embargo, tenía la impresión de que su marido no disfrutaba de sus paseos. Solía regresar con mirada lúgubre y resentida, como si sus pensamientos no

fueran una compañía agradable. Lo acosaban ideas por las que no exactamente quería ser acosado, ideas que lo llevaban más lejos de lo que quería ir y que no lo predisponían a compartir su tiempo con lady Walderhurst. Eran esas ideas las que lo guiaban en sus largas cabalgadas y fue una de ellas la que una mañana le impulsó, al pasar por unas piedras amontonadas en las obras del camino, a espolear a Faustina y golpearla con la fusta. Atónito, el joven animal se apartó de un salto, levantando las cuatro patas del suelo. No comprendía, y para un caballo, lo que no comprende es signo de alarma. Se quedó más perplejo aún y también se asustó más cuando, al pasar por otro montón de piedras, Osborn lo espoleó de nuevo. ¿Qué significaban aquellos pinchazos? ¿Debía sortear las piedras, saltar al verlas, qué tenía que hacer? Ladeó la cabeza delicadamente y resopló. El camino estaba a cierta distancia de Palstrey y era poco frecuentado. No se veía a nadie. Osborn se aseguró de que, en efecto, nadie los miraba. Ante él se extendía un largo trecho jalonado de montones de piedras a intervalos regulares. Había tomado un whisky con soda en la última posada que había encontrado, pero se le había subido a la cabeza; más bien estaba furioso. Espoleó a la yegua otra vez, con la intención de hacer algunos experimentos.

—Alec está decidido a que Faustina no te dé un disgusto —le dijo Hester a Emily—. La saca todos los días.

—Qué amable por su parte —respondió Emily.

Hester advirtió que estaba un poco nerviosa y se preguntó por qué. No había dicho nada de las lecciones de monta. De hecho, parecía menos impaciente, como si hubiera perdido interés. Primero fue Alec quien las pospuso, ahora era ella. Siempre había algún inconveniente.

—Esa yegua es más segura que un lecho de plumas —le dijo Osborn una tarde a la marquesa mientras tomaban el té en el jardín de Palstrey—. Sería bueno que empezara con las lecciones ya si quiere aprender algo antes del regreso de lord Walderhurst. Por cierto, ¿sabe cuándo volverá? ¿Ha tenido noticias suyas?

Emily creía que el regreso se demoraría más tiempo del esperado. Al parecer, era lo normal cuando se trataba de asuntos diplomáticos. Walderhurst estaba molesto, pero no podía hacer nada. Emily parecía cansada y estaba más pálida de lo normal.

—Mañana voy a Londres —dijo—. Podemos empezar las lecciones a mi vuelta.

—¿Está preocupada por algo? —le preguntó Hester cuando se disponía a regresar a la Granja de los Perros.

—No, no —dijo Emily—. Es sólo que...

—¿Es sólo...?

—Desearía... que no estuviera tan lejos.

Hester le dirigió una mirada pensativa. A Emily le temblaban ligeramente las mejillas.

—Jamás había visto a una mujer tan prendada de un hombre —dijo la señora

Osborn.

Emily se quedó inmóvil y guardó silencio. Poco a poco, los ojos se le fueron llenando de lágrimas. Nunca había sido capaz de expresar lo que sentía por Walderhurst. Su afecto era mudo, primario e inmenso.

Aquella tarde estuvo mucho tiempo sentada junto a la ventana abierta. Apoyó la barbilla en la mano y se quedó mirando al cielo, de un azul intenso y salpicado de un diamantino polvo de estrellas. Era como si fuera la primera vez que veía aquella miríada de astros. Se sentía trémula y elevada, a distancia de todos los asuntos mundanos. Había pasado dos semanas en un torbellino de asombro, pavor, esperanza y miedo. No era de extrañar que se hubiera puesto pálida y que en su semblante se dibujara una inquieta añoranza. El mundo estaba repleto de maravillas y al parecer ella, Emily Fox-Seton, no, Emily Walderhurst, las tenía a su alcance.

Juntó las manos y se asomó a la noche volviendo el rostro al cielo. Unas lágrimas enormes resbalaron por sus mejillas. Un observador científico tal vez habría argumentado que sufría un ataque de histeria, pero, con razón o sin ella, no habría podido demostrarlo. Lo cierto es que Emily no intentó contener el llanto, porque ni siquiera sabía que estaba llorando. Empezó a rezar e invocó a Dios como si fuera una niña.

–Padre nuestro que estás en los Cielos... Padre nuestro que estás en los Cielos, santificado sea Tu nombre –murmuró, implorando.

Terminó la oración y volvió a empezar. La repitió tres o cuatro veces y al pedir el pan de cada día y el perdón de los pecados manifestó lo que, por su parquedad en la expresión de las emociones, no habría sido capaz de decir con palabras. Bajo la oscura bóveda del cielo en ningún lugar se oyó aquella noche elevar a lo Desconocido una oración más humildemente intensa, más suplicante en su gratitud que la de su susurro final:

–Porque Tuyo es el reino, el poder y la gloria, por los siglos de los siglos... Amén. Amén.

Cuando se apartó de la ventana y se volvió hacia la habitación, Jane Cupp, que estaba ocupada en los preparativos del viaje del día siguiente y entraba con un vestido sobre el brazo, contuvo un suspiro al verla.

–Espero que se encuentre bien, milady –dijo.

–Me encuentro bien –respondió lady Walderhurst–, creo que me encuentro muy bien, Jane. ¿Tendrás todo listo para el tren de primera hora de la mañana?

–Sí, milady, naturalmente.

–Estaba pensando –sugirió con suavidad, como si acabara de despertar de un sueño– que, si tu tío no la quisiera tanto, sería maravilloso tener aquí a tu madre con nosotras. Tiene mucha experiencia y es muy buena. Nunca olvidaré lo buena que fue conmigo cuando vivía en aquella habitacioncita de Mortimer Street.

–¡Oh, milady, fue usted la que fue buena con *nosotras!* –dijo Jane, con emoción.

Después recordaría con lágrimas que en ese mismo instante su señora se acercó a ella y le cogió la mano con «su maravillosa mirada llena de *bondad*», como la propia Jane decía, y que siempre le ponía un nudo en la garganta.

–Pero siempre conté con vosotras –dijo Emily–. Siempre pude contar con vosotras, en cualquier circunstancia.

–¡Oh, milady! –repitió Jane llorando–. Me consuela tanto creer que es verdad. Daría la vida por usted, señora. Puede creerme.

Emily se sentó. Estaba triste y su rostro así lo denotaba, pero sonrió.

–Sí –dijo. Jane advirtió que el tono volvía a ser reflexivo y que no se dirigía exactamente a ella–, es como si siempre estuviéramos dispuestos a dar la vida por la persona que amamos. Y casi se diría que sería para nosotras poca cosa, ¿verdad?

Capítulo VIII

Lady Walderhurst pasó en Londres una semana y Jane Cupp la acompañó. Se alojaron en la mansión de Berkeley Square, que abrió sus puertas para recibirlas como si nunca se hubieran marchado. El comedor del servicio se iluminó brevemente en la esperanza de que la casa se llenase de animación, pero Jane Cupp informó a los más curiosos que la visita sería breve.

–Volvemos a Palstrey el lunes –dijo–. Milady prefiere vivir en el campo y, como no podía ser de otra manera, Palstrey le encanta. No parece probable que vuelva a instalarse en Londres hasta que regrese el señor marqués.

–Hemos sabido –dijo el ama de llaves– que milady ha sido muy generosa con el capitán Osborn y su esposa, y que la señora Osborn se encuentra en cierto estado delicado de salud.

–Sería maravilloso que ocurriera lo mismo en nuestra familia –dijo una doncella descarada. Jane Cupp prefirió ser discreta–. ¿Y es verdad –insistió– que los Osborn no la pueden soportar?

–Es verdad –respondió Jane con severidad– que la señora marquesa es con ellos la bondad personificada y que deberían tenerla en un altar.

–Pues hemos oído que no es así –intervino el criado más alto de los presentes–. Pero ¿quién sabe? A lo mejor, si se porta como un ángel, el capitán Osborn se ablande un poco. Claro que como ella pasa de los treinta...

–Nada nos importa a *nosotros* –atajó Jane con aspereza– que pase de los treinta, los cuarenta o los cincuenta. Cierta caballero, marqués para más señas, la escogió a ella en detrimento de dos bellezas que no habían cumplido los veinte.

–Si vamos a eso –admitió el mismo criado–, yo habría hecho lo mismo, porque es una mujer bien guapa.

Lady Maria estaba a punto de dejar South Audley Street antes de salir hacia el norte para algunas visitas, pero pasó por Berkeley Square y comió con Emily. Se encontraba en plena forma.

Tenía opinión propia sobre buen número de materias y, si algunas las comentaba, sobre otras prefería guardar silencio. Alzó los impertinentes de oro y contempló a Emily de arriba abajo.

–Te juro, Emily –aseguró–, que estoy orgullosa de ti; eres uno de mis mayores triunfos. Cada día que pasa tienes mejor aspecto. Hoy tu rostro transmite algo etéreo. Comprendo todos esos comentarios sentimentales de Walderhurst a propósito de ti.

Dijo esto último en parte porque apreciaba a Emily y sabía que le agradecería saber que su marido hablaba de sus virtudes y encantos con otras personas, pero también porque le divertía ver el temblor de los grandes párpados de la criatura y el intenso rubor que subía por sus mejillas.

–Ha tenido mucha suerte contigo –se apresuró a añadir–, y, por cierto, yo también. Imagina que fueras una de esas niñas a las que no se puede dejar solas. Como Walderhurst tiene pocos parientes, habría recurrido a mí, y habrían surgido las complicaciones naturales en una niña sin edad suficiente para ir de aquí para allá, pero que, por estar casada, se cree con derecho a enfrentarse a su carabina, ¡cuando ni siquiera se puede confiar en que sepa cuidar de sí misma! En nuestro caso, sin embargo, Walderhurst puede acudir donde el deber lo llame, yo puedo ir de visita y tú, querida, estás tan feliz en Palstrey, donde, en tu papel de lady Generosa, te entretienes ayudando a esa pequeña mestiza que está encinta. Estoy segura de que matáis el tiempo cosiendo mano a mano blusitas y ropita de cristianar.

–Disfrutamos de nuestra mutua compañía –contestó Emily, y añadió, con tono de súplica–: y, por favor, no la llame «pequeña mestiza». Es una personita encantadora, lady Maria.

Lady Maria se permitió su familiar sonrisa y volvió a calzarse los impertinentes.

–Tienes algo de la santidad de la primera época victoriana, Emily Walderhurst, y eso me alegra mucho. Me recuerdas a lady Castlewood, Helen Pendennis y Amelia Sedley^[4], sólo que sin malicia, gazmoñería o insinuación. Hay en ti tanta bondad como Thackeray *suponía* en ellas. ¡Pobre hombre, qué equivocado estaba! No te voy a avergonzar explicándote que eso es precisamente lo que mi primo llamaría una magnífica razón. Si no fueras una victoriana tan pura y una santa thackerayana perfeccionada, no te gustaría nada que solicitaran tu ayuda en tan interesante ocasión. Otra mujer reaccionaría como una gata con la pequeña Osborn, pero ni siquiera la razón, y me refiero sólo a la razón, ha mancillado tu bondadoso y cristalino espíritu. Porque tu espíritu es cristalino, Emily. Me enorgullecería del calificativo si se me hubiera ocurrido a mí, pero no es mío, sino de Walderhurst. En realidad, has conseguido desperezar el intelecto de ese hombre, sea cual sea su valor.

Como es natural, lady Maria tenía su propia opinión de los Osborn. La pareja no le gustaba, pero el capitán le desagradaba especialmente.

–Es de baja estofa, de eso no hay duda –comentó–, y no es lo suficientemente agudo para saber por qué Walderhurst lo detesta. Tuvo aventuras vulgares y sin categoría, y a punto estuvo de meterse en uno de esos líos que la gente no olvida. Hay que ser muy necio para ofender al hombre de quien puedes heredar, al hombre que, si no te enfrentases a él, podría verte como una especie de deber. Y no se trata de su inmoralidad particularmente. En estos tiempos que corren no hay moralidad ni inmoralidad, pero los pobres tienen que ser personas decentes. Es cuestión de gusto y modales. Personalmente, querida, soy amoral, pero mis modales son excelentes. Una mujer puede tener modales que eviten que incumpla los Mandamientos. Porque es pasmosamente fácil *no* incumplir los Mandamientos. ¡Dios mío, quién iba a querer incumplirlos! No matarás, no robarás, no cometerás..., no levantarás falso

testimonio, es decir, no incurrirás en simples embustes y habladurías, que son de muy mala educación. Pero, si tienes buenos modales, *no* los incumples.

Siguió parloteando con su punzante, mundano y alegre vocabulario toda la deliciosa comida. Al terminar, se colocó el elegante sombrero con destreza, besó a Emily en las dos mejillas, subió a su *break* y se marchó sonriendo y asintiendo con la cabeza. Dio la vuelta a la plaza y se alejó por Charles Street.

Desde la ventana del salón, Emily la observó y, al volverse, se quedó contemplando la enorme, elegante y vacía estancia. Esbozó una sonrisa y suspiró sin motivo.

«Es muy ingeniosa y divertida –se dijo–, pero si a nadie se le ocurriría coger a una mariposa por las alas y convertirla en objeto de sus confidencias, nadie querría tampoco contarle *nada* a ella. Y ella, si tuviera que guardar algún secreto, se *aburriría* tanto...»

Sin la menor duda. En toda su vida se había permitido la señora condesa la indiscreción de parecer digna de las confidencias de otra persona. Siempre había guardado demasiados secretos para encima cargar con los de otros.

–¡Cielo Santo! –exclamó en cierta ocasión–. Antes pensaría en cargar con las arrugas de otra mujer.

En la primera visita de lady Walderhurst a la Granja de los Perros la mañana después de su regreso a Palstrey, Alec Osborn la ayudó a bajar del carruaje y no se alegró al comprobar que nunca la había visto tan maravillosamente *viva* y radiante. Un hermoso color rosado teñía su rostro y sus ojos parecían más grandes y luminosos.

–¡Qué buen aspecto tiene! –dijo involuntariamente y, como se percató con alarma, rayando el desprecio. Emily se sobresaltó un poco y por un instante lo miró, inquisitiva.

–Usted también tiene muy buen color –replicó–. Palstrey nos sienta bien a ambos.

–He estado montando –dijo Osborn–. Ya le dije que quiero conocer bien a Faustina antes de que la pueda montar usted. Pero ya está lista. ¿Le viene bien que demos la primera lección mañana?

–Pues... no sé –respondió Emily con vacilación–. Se lo diré un poco más tarde. ¿Y Hester?

Hester estaba en el cuarto de estar, tendida en el sofá delante de la ventana abierta. Estaba ojerosa y se sentía desdichada. Acababa de tener con Alec unas singulares palabras que habían desembocado en una escena. A medida que su salud era más frágil, su carácter empeoraba, y se volvía más fiera. Últimamente, además, cierta brutalidad que su marido apenas conseguía ocultar la afectaba terriblemente.

Esa mañana advirtió una nueva faceta en Emily. La vio tímida, retraída y un poco incómoda. Había una sombra sobre su ingenua franqueza, sobre su humor. Estaba

menos locuaz que de costumbre y, al mismo tiempo, parecía impaciente. Transcurridos unos minutos, Hester Osborn tuvo, por la mirada de Emily, la extraña sensación de que alguna duda o deseo la inquietaba.

Había traído unas rosas soberbias de los jardines de Palstrey y las iba distribuyendo por los jarrones de la sala.

–Me encanta volver al campo –decía–. Cuando llego a la estación, subo al carruaje y recorro el camino respirando el aire de este sitio, es como si empezara a vivir. En Londres no me siento igual de viva. Hoy la rosaeda de Palstrey estaba *divina*... Y respirar las fragancias de este sinfín de flores que inclinan sus preciosas corolas...

–Los caminos están en perfectas condiciones para montar –la interrumpió Hester– y Alec dice que Faustina es perfecta. Podría empezar las lecciones mañana mismo, ¿no le parece?

Lo dijo con lentitud y sin alegría. En realidad, su rostro jamás transmitía verdadera alegría. En su juventud había sufrido en exceso las ironías del desengaño.

Tras unos instantes de silencio, volvió a suspirar:

–¿Empezará con las lecciones si el buen tiempo continúa?

Emily tenía las manos llenas de rosas. Hester vio temblar manos y rosas. Emily se volvió y se acercó. Parecía nerviosa, incómoda, avergonzada, como una muchacha de dieciséis años a punto de pedir algo y abrumada por extraños sentimientos. En el fondo de sus ojos, sin embargo, brillaba una luz trémula y extasiada. Se detuvo delante de Hester. Se aferraba al amasijo de rosas como si estuviera a punto de confesarse.

–No... no debo –dijo, entre susurros. Entreabrió la boca y le temblaron los labios. Hablaba tan bajo que Hester, que se sobresaltó ligeramente y se incorporó, casi no pudo oírla.

–¿No *debe*? –preguntó con voz entrecortada.

A Emily le temblaban tanto las manos que las rosas empezaron a caer una a una en una lluvia de pétalos.

–No debo –repitió, estremecida y con un hilo de voz–. Tengo... un motivo. En Londres fui a... a consultar a alguien. A sir Samuel Brent, y me dijo que no debo. Está totalmente seguro.

Intentó tranquilizarse y sonreír, pero la sonrisa se congeló y se transformó en una patética contorsión del rostro. Con la esperanza de dominarse y recuperar cierto decoro, se agachó para recoger las rosas que habían caído. Antes de coger la segunda, soltó las que le quedaban en la mano. Se arrodilló entre las flores y se tapó la cara con las manos.

–¡Oh, Hester, Hester! –dijo entre jadeos y con ternura, ajena como una tonta al sobresalto y perplejidad de su amiga–. También yo... También yo, después de todo.

Capítulo IX

El landó de Palstrey Manor acababa de partir. Lady Walderhurst se había ido. La luz dorada de la tarde llenaba la gran sala de techos bajos y vigas de roble, y el aire esparcía la penetrante fragancia de las rosas, los guisantes y las resedas, el adorable olor de las granjas inglesas. El capitán Osborn lo aspiraba con cada respiración, observando desde los paneles romboidales de la ventana cómo se alejaba el carruaje. Sentía el olor y la luz del crepúsculo con la misma intensidad con que oía, casi como si tuviera presencia física, el profundo silencio que lo separaba de Hester. Ésta se había vuelto a echar en el sofá y él notaba clavados en su espalda sus alargados ojos. Aborrecía esa mirada sardónica que nunca presagiaba nada bueno.

No se volvió para hacerle frente hasta que la escarapela del mozo de lady Walderhurst desapareció por encima del alto seto y los cascos de los caballos dejaron de oírse. Entonces se dio la vuelta.

—¿Qué demonios ocurre? —dijo con tono exigente—. ¡Al cuerno con su elegancia y sus aires! ¿*Por qué* no quiere montar? Porque es evidente que no piensa hacerlo.

Hester se rio: una risa seca, dura y brutal, sin la menor alegría.

—No, no piensa hacerlo —confirmó— hasta que pase mucho, mucho tiempo... o, al menos, muchos meses. Sir Samuel Brent le ha dicho que tiene que cuidarse.

—¿Brent, Samuel Brent?

Hester juntó sus pequeñas manos con fuerza y se rio, esta vez con estridencia, al borde de la histeria.

—¡Ya te lo dije, ya te lo dije! —casi gritando—. Sabía que ocurriría. Lo sabía. Cuando cumpla los treinta y seis, tendremos un nuevo marqués de Walderhurst, y no serás tú ni será tuyo —dijo, y se dejó caer, apretando la cara contra el sofá y mordiendo uno de los almohadones—. No serás tú... ni será tuyo —repitió, y empezó a dar puñetazos.

El capitán la cogió por los hombros y la zarandeó.

—No sabes de qué estás hablando —dijo—, no sabes lo que estás diciendo.

—¡Lo sé! ¡Lo sé perfectamente! —gritó Hester entre dientes, golpeando los cojines a cada palabra que pronunciaba—. Es verdad, es verdad. Está completamente chocha con su embarazo, completamente chocha.

Osborn echó la cabeza hacia atrás y respiró hondo con furia.

—¡Por Dios! —gritó—. ¡Si lady Walderhurst saliera ahora a montar esa yegua, no volvería!

Su rabia lo dominaba a tal extremo que dijo más de lo que pretendía, mucho más de lo que consideraba prudente. Pero su mujer estaba tan fuera de sí como él, y comulgaba con sus deseos.

—¡Sí, sácala a montar! —gritó—. ¡A mí qué más me da! ¡La odio! ¡La odio! Te dije

que no podía, pero sí puedo. ¡Qué mujer tan estúpida! No tiene la menor idea de cómo me siento. Creía que me alegraría. No sabía si escupirle a la cara o echarme a reír. Me miraba con los ojos como platos, como la Virgen María el día de la Anunciación. ¡Necia! ¡Maldita, *inhumana* y necia!

Las palabras salían de su boca cada vez más rápido. Apenas respiraba y hablaba con agitación y con una voz cada vez más estridente. Osborn volvió a zarandearla por los hombros.

–Cállate –le ordenó–. Te estás poniendo histérica y eso no lleva a ninguna parte. Tranquilízate, domínate.

–Ve a buscar a Amira o no podré –dijo Hester, jadeando–. Ella sabe lo que hay que hacer.

Osborn fue a llamar a Amira, y la silenciosa y sinuosa criatura apareció con sus remedios. Dirigió a su señora una mirada de soslayo, inquisitiva y afectuosa, se sentó en el suelo y empezó a frotarle las manos y los pies en una especie de masaje curativo. Osborn se marchó y las dos mujeres se quedaron solas. Amira conocía muchas maneras de tranquilizar a su señora y quizá una de las principales fuera inducirla mediante sutiles poderes a que manifestara en voz alta los motivos de su furia y agitación. Hester nunca se percataba de que estaba confesando sus preocupaciones hasta que dejaba de hablar. A veces pasaba una hora antes de darse cuenta de que había revelado ciertos hechos o pensamientos que habría preferido guardar en secreto. Amira nunca decía nada y Hester nunca era consciente de que casi hablaba sólo ella. Después, sin embargo, comprendía que lo que había dicho satisfacía la curiosidad del aya, si acaso el aya sentía alguna curiosidad, pero de esto no estaba segura, porque Amira no daba otra señal de interés que la del afecto. Quería a su joven señora tan ardientemente como cuando era niña y la cogía en su regazo como si fuera su hija.

Para cuando Emily Walderhurst llegó a Palstrey, Amira ya sabía ciertas cosas. Había comprendido que su señora había sido empujada lentamente y sin remedio al precipicio... empujada, sí, empujada por el destino. Así lo imaginó al encerrarse a solas en su habitación, apretando los oscuros puños sobre su cabeza, que llevaba cubierta con un velo blanco, y profiriendo maldiciones que eran conjuros y conjuros que eran maldiciones.

Emily se alegraba de haber decidido pasar sola el mayor tiempo posible, sin invitar a nadie. No lo había hecho, la verdad, porque, en ausencia de Walderhurst, tenía miedo de las responsabilidades de ser anfitriona. Habría sido decoroso invitar a los amigos del marqués, pero la impresionaban demasiado y tenía demasiadas ganas de complacerlos, así que no disfrutaba en su compañía. Se había jurado ser más valiente transcurridos algunos años de matrimonio.

Y ahora su alegría era tan grande que era puro gozo. Cómo conservar la calma,

cómo atender sus deberes sociales cuando todo su ser estaba dominado por un único pensamiento. Estaba segura de que, si hablaba con alguien, parecería que estaba pensando, culpablemente, en algo que nada tenía que ver con lo que le decían.

Si hubiera sido menos romántica y sentimental y no le hubiera preocupado tanto echar nuevas cargas sobre los hombros de su marido, le habría pedido que volviera de inmediato y exigido, como un derecho, su presencia y la protección de su dignidad. Si hubiera sido menos humilde, en lugar de perderse en discretas gratitudes al Cielo, habría comprendido la importancia de su posición y la gravedad de las exigencias que sometía a la consideración del marqués.

Había cometido un error tonto al no convertir a lady Maria Bayne en su confidente, pero su timidez de niña grande había podido con ella. En alguna remota parte de su naturaleza había perdido su contento y ligereza y, a pesar de las buenas intenciones de la condesa, se habría delatado ante los inteligentes ojos que la observarían tras los impertinentes de oro. Sabía que era hiperemocional en este asunto y que, si llegaba a tener la sensación de que lady Maria se lo tomaba con humor, podía reaccionar cínicamente y echarse a llorar cuando, al contrario, lo que quería era reír y dar la impresión de que no se tomaba muy en serio sus sentimientos. Y ¡no, no! De alguna manera *sabía* que en esos momentos lady Maria sólo la vería como Emily Fox-Seton, que pensaría, aunque no fuera más que por un instante, que tenía delante a la pobre Emily Fox-Seton haciéndole una extraña confesión. Y no habría podido soportarlo sin hacer alguna tontería; y, en efecto, no lo soportaría.

Así pues, lady Maria dejó Londres alegremente para cumplir con su ronda de visitas, fue de mansión en mansión y de cena en cena, siendo la vieja alma de la fiesta, sin sospechar en absoluto cierta posibilidad que le habría devuelto momentáneamente a la sobriedad.

Los días de Emily en Palstrey discurrían en un estado de feliz exultación. Por espacio de una semana estuvo pensando si escribir una carta a lord Walderhurst con informaciones que hasta a lady Maria le habrían parecido importantes, pero, cuanto más reflexionaba, menos se apartaba de su propósito inicial. Que lady Maria se congratulara sinceramente, por su bien y por el de lord Walderhurst, del carácter en absoluto exigente de Emily era consecuencia en realidad de un propósito que había empezado a formarse y que no le aconsejaba, amablemente, hacerse la menor ilusión sobre la gente. Si bien pensaba que era improbable que Emily llegara a convertirse en un estorbo, la condesa ya había conocido a otras mujeres en su misma situación y el matrimonio había hecho de ellas unas tontas redomadas, habían perdido la cabeza por completo y requerido de sus recientes amistades concesiones y atenciones que terminaban por aburrir a todo el mundo. Por ello había elogiado y dado palmaditas a Emily por la actitud a la que prefería «ceñirse».

—Es de esas mujeres en quienes se queda grabada una idea siempre y cuando se

les haya planteado correctamente –había señalado en cierta ocasión–. No es lo bastante avispada, y cuando se le dice algo con insinuaciones, no se da cuenta, pero responde maravillosamente.

Sus insinuaciones hicieron efecto en Emily cuando se paseaba por los jardines de Palstrey reflexionando bajo el sol entre las sedantes fragancias de los arriates. Escribir a Walderhurst una carta con esa petición podría obligarlo a modificar sus preciados planes, con respecto a los cuales, y como ella sabía, acariciaba ciertas ambiciones. Tanto lo absorbían que había zarpado hacia la India en una época del año insólita para un viaje así. De hecho, habían llegado a dominarlo a tal extremo una vez llegado a su destino que con toda probabilidad iba a prolongar su estancia sin haber pensado hacerlo. Escribía con regularidad, aunque no con frecuencia, y, por el tono de sus cartas, Emily deducía que estaba más interesado en sus actividades de lo que nunca había estado en otra cosa.

«No interferiría en su trabajo por nada del mundo –se decía–. Es lo más importante para él. A mí me gusta todo, es mi carácter, pero las personas intelectuales son distintas. Aquí estoy perfectamente y soy feliz. Será bonito esperar.»

No era consciente de que habían «calado» en ella las insinuaciones de lady Maria. Probablemente habría llegado a la misma conclusión por su cuenta, pero las insinuaciones habían ayudado. Había sobre todo una cosa que se veía incapaz de soportar: darse cuenta de que, por ella, su James adoptaba una expresión que alguna vez había observado en otros (en el capitán Osborn notablemente): una mueca de mudo aburrimiento cercana a la irritación. Ni siquiera la radiante alegría cotidiana podría bastarle para vencer ese gesto si, en la particular situación en que se encontraban, él llegara a verse obligado, por un principio de rectitud, a embarcarse en el vapor para Inglaterra.

Si ya la sentía anteriormente, la ternura que le inspiraba Hester Osborn se multiplicó. La visitaba más asiduamente y se propuso convencerla de que se trasladase a Palstrey una temporada. Se mostraba tan amable porque Hester estaba triste y peor de salud. Demacrada, con ojeras y la tez amarillenta, tenía las manitas coloradas y tensas como las garras de un pájaro. No dormía y había perdido el apetito.

–Tiene que quedarse en Palstrey unos días –le dijo Emily–. Bastará el cambio de casa para que duerma mejor.

Pero Hester no se decidía a aceptar la invitación. Ponía pegos y retrasaba la decisión por diversos motivos. En realidad, sus reticencias eran más fuertes porque su marido sí deseaba que se mudara. Sus opiniones encontradas habían dado pie a otra escena.

–No pienso ir –dijo–. ¡Te digo que no pienso ir!

–Irás. Será mejor para ti.

–¿Será peor si me quedo? –replicó Hester con una carcajada nerviosa–. Pero, si voy, ¿para ti será mejor? Sé que tramas algo.

Osborn perdió los nervios y fue indiscreto. Su forma de ser lo traicionaba, siempre sucedía lo mismo.

–Sí, tramo algo –dijo, apretando los dientes–. Ya te habrías dado cuenta si tuvieras un poco de olfato. Cuanto más nos relacionemos con ellos, mejor, así pensarán en nosotros y en nuestros derechos.

–¿Nuestros derechos? –preguntó Hester con ironía–. ¿Qué derechos te van a reconocer a ti, dime, si no la matas? ¿La vas a matar?

El capitán tuvo un arranque de locura.

–La mataría, sí, y a ti también si luego no me mandaran a la horca. ¡Os lo merecéis las dos!

Se paseaba por la sala como un animal enjaulado. Había perdido los nervios y la cabeza. Al cabo de unos instantes, sin embargo, recuperó ambas cosas, como si sus emociones tuvieran un movimiento pendular.

–Soy demasiado melodramático, parezco idiota –dijo, con agitación–. ¡Hester, perdóname! –Se arrodilló delante de ella y la acarició con actitud de súplica–. Los dos hemos perdido el juicio. Este maldito golpe nos está volviendo locos. Nos han derrotado, tendríamos que resignarnos y aceptar lo que nos den. Es una tonta, pero es mejor que ese bruto estirado y pomposo de Walderhurst, y le gusta mucho más de lo que sospecha. A su manera, ese animal engreído se está enamorando de ella. Pero su mujer puede conseguir que haga lo más decente. Tenemos que seguir siendo amigos suyos.

–Lo más decente serían mil libras al año –dijo Hester casi chillando, aceptando a su pesar las disculpas de Osborn, porque en otro tiempo estuvo enamorada de él y porque se sentía desamparada–. Quinientas libras al año tampoco sería indecente.

–No perdamos su amistad –insistió Osborn en tono de disculpa, ya más tranquilo–. Dile que aceptas su invitación. Dile que es un ángel y que estás segura de que unos días en Palstrey te salvarán la vida.

Unos días después se instalaron en Palstrey Manor. Amira los acompañó para atender a su señora y los tres llevaron a partir de entonces una vida tan regular que casi no parecían de visita. El matrimonio se alojaba en una de las habitaciones más bonitas y cómodas de la mansión. No se esperaba a ningún otro visitante y la finca entera estaba a su disposición. Desde el tocador Hester podía ver los rincones más hermosos del jardín, y su elegante tapicería de cretona, y los libros y flores que lo adornaban lo convertían en un lujoso y sereno refugio.

–¿Qué será de mí? –le dijo a Emily la primera tarde, después de sentarse al lado de una ventana para contemplar el atardecer–. ¿Qué será de mí cuando me vaya? Y no estoy hablando de cuando me vaya de aquí, sino de cuando deje Inglaterra y me

vuelva a la India, ese odioso país.

–¿Tanto le desagrada? –preguntó Emily, que, por el tono de Hester, comprendió por fin cómo se sentía.

–No puede hacerse idea –con rabia–. Es lo contrario al Paraíso.

–No lo sabía –compasivamente–. Tal vez... Me pregunto si se podría hacer algo. Hablaré con mi marido.

Amira desarrolló una curiosa afición a frecuentar la compañía de Jane Cupp, a quien, según la propia Jane confesaría a Emily, daba escalofríos.

–Tienes que superarlo, Jane –le aconsejó lady Walderhurst–. Me temo que el color de su piel tiene mucho que ver. A mí también me entra la timidez y me siento un poco tonta en su presencia, pero no está bien por nuestra parte. Tienes que leer *La cabaña del tío Tom* y todo lo que dice sobre ese pobre tío Tom, tan religioso, y sobre Legree; y el pasaje en que Eliza cruza el río helado.

–Lo he leído dos veces, señorita –respondió Jane con sinceridad–, y me parece horrible, y madre y yo lloramos lo que no está escrito. Ya supongo que el color de la pobre criatura actúa en su contra y yo procuro ser amable con ella, pero debo confesar que me pone nerviosa. Me hace un montón de preguntas, con esa forma de hablar suya tan extraña, y me mira fijamente sin decir nada. El otro día me preguntó así, de pronto, si yo sentía afecto por la gran *memsahib*. Al principio no la entendí, pero al cabo de un rato comprendí que es la manera que los indios tienen de llamar a milady, y no lo dijo por faltar al respeto, porque luego me habló de usted con gran humildad, y llamó a su marido el marqués «nacido del cielo».

–Sé con ella todo lo amable que puedas, Jane –le pidió Emily–. Y llévatela a dar un paseo de vez en cuando. Yo diría que echa mucho de menos su tierra.

Por su parte, Amira le dijo a su señora que las criadas inglesas eran gorrinas y demonias incapaces de callarse nada si alguien se proponía sonsacarlas. Si Jane hubiera sabido que el aya podría haber descrito cada uno de los movimientos que ella hacía de día y de noche, o sus altibajos emocionales, o la hora y minuto de cada uno de los servicios que recibía la *memsahib*, o cómo, cuándo, dónde y por qué se hacía cada tarea, habría tenido, en efecto, razones para estar atemorizada.

Un día, es cierto, entró en el dormitorio de lady Walderhurst y encontró a la criada india mirándolo todo, inquieta, tímida y perpleja. Parecía, en realidad, un animal asustado que no supiera cómo había llegado hasta allí.

–¿Qué haces aquí? –le dijo, en tono admonitorio–. No puedes entrar en esta parte de la casa. Te estás tomando muchas libertades y tu señora se va a enfadar.

–Mi *memsahib* me ha pedido un libro –se explicó el aya, confusa y temblando–. Su *memsahib* me dijo que estaba aquí. No me lo ordenaron, pero pensé en pedirselo a usted. No sabía que estaba prohibido.

–¿De qué libro se trata? –inquirió Jane, muy seria–. Yo se lo llevaré a la señora.

Amira estaba tan asustada que había olvidado el título, y cuando Jane llamó a la puerta de su tocador, Hester Osborn ya no estaba. Las señoras habían salido al jardín.

La excusa de Amira, sin embargo, era totalmente cierta: lady Walderhurst la confirmó por la tarde mientras Jane la vestía para la cena. Habían hablado de un libro en que aparecían algunos antepasados de Walderhurst y era precisamente uno de los que Emily había cogido de la biblioteca para leerlos en el dormitorio.

–No le pedimos que fuera a buscarlo. De hecho, yo ni siquiera sabía que nos estaba oyendo cuando lo comentamos. Es tan sigilosa que no sabes cuándo está cerca. Naturalmente, tiene buenas intenciones, pero no conoce las costumbres inglesas.

–Sí, milady, sí las conoce –dijo Jane respetuosamente pero con firmeza–. Me tomé la libertad de decirle que tiene que quedarse en su parte de la casa a no ser que usted la llame.

–No asustes a la pobre –se rio Emily. La conmovía el servil deseo de complacer y cumplir con su deber que el error del aya parecía indicar. Se había esforzado por ahorrar a su señora hasta la molestia de pedirle algo. Era muy propio de los nativos orientales, se dijo Emily, una conducta muy afectuosa e infantil.

La conversación le recordó el libro y ella misma lo bajó al salón. Apreciaba enormemente aquel volumen porque recogía relatos románticos de ciertas damas nobles del linaje de los Walderhurst.

Sentía especial predilección por cierta señora llamada Ellena que, habiéndose ausentado su señor largas jornadas para atacar a un enemigo y contando, por tanto, con muy pocos criados, defendió el castillo valientemente contra el ataque de un segundo enemigo que pretendía aprovechar la oportunidad. Sabiendo que los sótanos guardaban tesoros recientemente adquiridos por los medios habituales, Ellena, en una espléndida hazaña, había dirigido sus fuerzas de forma tal que consiguió engañar a los asaltantes y burlarse de ellos con gran regocijo desde las almenas de la fortaleza. Era tan fiera y tan bella que, a pesar de llevar en el vientre al heredero de su señor, nada temió. Esta circunstancia, en todo caso, aumentó su ferocidad y coraje. El niño, nacido tres semanas después, llegaría a convertirse en el guerrero más salvaje y magnífico que jamás llevara su nombre, un auténtico titán en constitución y vigor.

–Supongo –dijo Emily mientras hablaban de la leyenda después de cenar– que aquella mujer tendría la sensación de que podía *hacer algo* –con la cursiva que le era propia–. Me atrevería a decir que *lo único* que la asustaba era que algo fuera mal mientras su marido estaba lejos. Y que eso multiplicó sus fuerzas.

Estaba tan emocionada que, presa de la excitación, se puso en pie y se paseó por la estancia con gesto heroico. Llevaba la cabeza erguida y la mirada risueña.

Pero vio que el capitán Osborn se tiraba del bigote para ocultar una fea sonrisa y en seguida se sintió como una tonta y le entró la timidez. Volvió a sentarse con extraño retraimiento.

–Me temo que les he dado motivos para que se rían de mí –dijo, disculpándose–, pero es que esa historia me pone muy romántica. Y esa dama me gusta tanto...

–En absoluto, en absoluto –dijo Osborn–. En realidad no me reía, de verdad.

Sí se había reído y en silencio la había calificado de sentimental y rematadamente idiota.

El día que su madre llegó a Palstrey Manor fue un gran día para Jane Cupp. También, naturalmente, fue un gran día para la señora Cupp. Cuando bajó del tren en la pequeña estación rural, contenta y algo sonrojada por la emoción y por el llamativo esplendor de su mejor gorro y capa de seda negra, ver a Jane, que la esperaba en el andén, casi fue demasiada conmoción para ella. Al ver que la conducían al ómnibus particular del marqués y que su baúl era objeto de las atenciones de un obsequioso jefe de estación y de un joven con librea, disimuló conscientemente y con digna circunspección unas palmaditas y un revoloteo.

–¡En serio te lo digo, Jane! –exclamó dirigiéndose a su hija después de que se sentaran en el ómnibus–. En serio te digo que pareces tan acostumbrada a todo como si pertenecieras a la familia.

Pero sólo cuando, después de ser presentada a todos en las dependencias del servicio, se instaló en su cómodo dormitorio al lado del de Jane se dio plena cuenta de que ciertas características de su posición le otorgaban una sorprendente importancia. Cuando Jane habló con ella, el calor que le daban el gorro y la capa de seda nada tenían que ver ya con la calidez que le humedecía la frente.

–Quería decírselo en persona, madre –dijo la muchacha con discreción–. Sé lo que opina milady de que hablen de ella y, si yo fuera marquesa, tampoco me gustaría, pero también sé lo importante que es para usted... Cuando el médico le aconsejó que se hiciera acompañar de una persona casada y con experiencia, me dijo, con esa manera de hablar suya tan encantadora: «Jane, si tu tío no la quisiera tanto, sería maravilloso tener aquí a tu madre con nosotras. Nunca olvidaré lo buena que fue conmigo en Mortimer Street».

La señora Cupp se abanicó la cara con un pañuelo de notable frescor.

–Aunque se tratara de Su Majestad –dijo–, no podría ser más sagrada para mí, ni yo más feliz con mayores privilegios.

Jane había empezado a sacar el equipaje de su madre. Dobló una falda y, con unas palmaditas, la dejó sobre la cama. Andaba de un lado a otro algo nerviosa. Levantó la vista con embarazo.

–Me alegro de que haya venido, madre –dijo–. ¡Doy gracias de que esté ya aquí!

La señora Cupp dejó de abanicarse y, al mirar a su hija, la expresión de su rostro cambió. Casi sin pretenderlo, preguntó entre susurros:

–¿Por qué, Jane? ¿Ocurre algo?

Jane se acercó.

–No lo sé –respondió, también en voz baja–. A lo mejor soy tonta y me asusto con facilidad porque la aprecio mucho, pero esa Amira... He llegado a soñar con ella.

–¡Cómo! ¿Con esa negra?

–Si tuviera que pronunciarle, o tuviera que hacerlo usted, y nos equivocásemos, ¿cómo nos sentiríamos? Los nervios han estado a punto de hacerme chillar. Y a milady le dolería tanto si lo supiera... –Apresuradamente–: Ojalá el señor marqués estuviera aquí y ojalá los Osborn se hubieran marchado ya. ¡Ojalá!

–¡Dios mío! –exclamó la señora Cupp y, tras una mirada de alarma que duró unos instantes, se limpió el leve sudor del labio.

Era de esas mujeres con tendencia a adoptar una visión melodramática cuando las circunstancias ofrecen la más mínima excusa.

–¡Jane! –dijo, con un débil suspiro–, ¿crees que intentarán quitarle la vida?

–¡Por Dios, no! –exclamó Jane con cierta impaciencia–. No se atreverían. Pero supongamos que intentan... bueno, que intentan molestarla de alguna forma... ¡Sería terrible!

Jane acercó una silla, se colocó frente a su madre y las dos mujeres siguieron hablando entre susurros. Se sentaban rodilla frente a rodilla y de vez en cuando Jane derramaba alguna lágrima de puro nerviosismo. Tenía un gran miedo a cometer algún error que, si por azar llegara a descubrirse, sumiera a su señora en la confusión y la pena.

–En todo caso –observó la señora Cupp al concluir la conversación–, aquí estamos las dos, y dos pares de ojos, oídos, manos y piernas es muchísimo mejor que uno solo cuando de lo que se trata es de estar al tanto de todo lo que sucede.

La señora Cupp no había practicado tanto la sutileza como Amira y tal vez no fuera del todo improbable que cuando observaba al aya no lo hiciera con demasiada discreción. Pero, si la nativa sabía que la estaban espiando, no daba la menor señal. Cumplía con su trabajo lealmente y en silencio, no daba problemas y mostraba con los criados blancos una humildad y una sumisión que merecían la aprobación general. Su actitud con la propia señora Cupp se caracterizaba de hecho por cierto matiz de reverencial deferencia que, es preciso confesarlo, tranquilizaba a la buena mujer y suscitaba en ella el deseo de ser justa y benévola hasta con los que tenían la piel oscura y habían nacido en el extranjero.

–Reconoce a sus superiores cuando los ve y tiene unos modales bastante correctos para una negra –dijo señalando el objeto de los respetuosos homenajes de Amira–. Me gustaría saber si habrá oído hablar de su Creador y si no convendría regalarle un pequeño Testamento, de esos marroncitos bien impresos.

El inseparable compañero le fue entregado finalmente a Amira a modo de regalo. La señora Cupp lo compró por un chelín en una tiendecita del pueblo. Amira, en cuyo recio ser anidaba la fe oculta de siglos pasados y cuyas deidades habían sido los

dioses de la edad mística, recibió el pequeño y grueso libro marrón cerrando los párpados con gratitud. Éstas fueron las palabras que dirigió a su señora:

–Esa vieja gorda de ojos saltones me lo ha regalado. Dice que es el libro de su Dios. Sólo tiene uno. Quiere que yo lo adore. ¿Acaso soy una niña para adorar al Dios que ella me diga? Es vieja y ha perdido la cabeza.

La salud de lady Walderhurst seguía dentro de lo que cabía desear. Se levantaba con una sonrisa que no se le borraba en todo el día. Salía a menudo al jardín y pasaba largas y felices horas cosiendo en su sala favorita. Labores que podría haber encargado prefería hacerlas con sus propias manos por la satisfacción sentimental que le procuraba. A veces, cuando estaba con Hester y cosía, ésta la veía mover las manos desde un sofá.

–Sabe coser, ¿verdad? –le preguntó en cierta ocasión.

–Tenía que coserme mi ropa cuando era pobre, y ésta es preciosa –contestó Emily.

–Pero podría comprarla toda y ahorrarse trabajo.

Emily acarició el paño de batista con una mirada extraña.

–Preferiría no hacerlo.

Por bien que se encontrara, empezaba a pensar que no dormía tan profundamente como de costumbre. Se despertaba muchas veces como si algún ruido hubiera interrumpido su sueño pero, cuando aguzaba el oído, no escuchaba nada. Esto ocurrió al menos en dos o tres ocasiones. Y entonces, una noche, habiendo conciliado un sueño dulce y profundo, se despertó con sobresalto en plena oscuridad, desvelada por una sensación física real: una mano apoyada en su costado desnudo; sólo eso y nada más.

–¿Qué ha sido eso? ¿Quién anda ahí? –exclamó–. ¡Hay alguien en mi habitación!

En efecto, había alguien. A escasa distancia de la cama oyó primero un suspiro y un sollozo, luego un susurro y después silencio. Prendió una cerilla, se levantó y encendió unas velas. Le temblaba la mano, pero se recordó que debía ser firme.

–No tengo que ponerme nerviosa –se dijo en voz alta, y miró en todos los rincones.

En el dormitorio no había ser vivo alguno ni señal de que alguien hubiera entrado mientras dormía. Poco a poco su corazón se fue aplacando. Se pasó la mano por el rostro. Estaba perpleja.

–No parecía un sueño –murmuró–. Ni mucho menos. Lo he *sentido*.

A pesar de todo y como no había encontrado nada, la sensación de realidad disminuyó y, siendo una persona tan sana, recobró la compostura, volvió a la cama y durmió sin novedad hasta que Jane le llevó el té de la mañana.

Bajo la influencia del sol y el fresco aire matinal, del desayuno y la conversación con los Osborn, relegó tan al fondo de su conciencia su primera idea que contó el incidente casi riéndose.

–En mi vida había soñado nada parecido –dijo–, pero no puede haber sido más que un sueño.

–A veces, los sueños son muy reales –dijo Hester.

–Tal vez fuera el fantasma de Palstrey –sugirió Osborn con una carcajada–. Se le ha aparecido porque usted no le había prestado la menor atención. –Se interrumpió de pronto y miró inquisitivamente a Emily un instante–. ¿Ha dicho que sintió una mano en el costado?

–No digas tonterías que puedan asustarla. ¡No seas ridículo! –atajó Hester con aspereza–. No está bien.

Emily los miró a los dos sin saber qué pensar.

–¿Qué quiere decir? –dijo–. Yo no creo en los fantasmas. No puede asustarme. Ni siquiera he oído hablar del fantasma de Palstrey.

–En tal caso no pienso contarle nada –dijo el capitán Osborn con cierta brusquedad antes de levantarse y acercarse al aparador para cortar fiambre.

Daba la espalda a las señoras y su postura apenas sugería una ligera obstinación. Hester estaba hosca, huraña. A Emily le pareció que debía mostrarse amable y la miró con gratitud.

–El susto sólo me duró unos minutos, Hester –dijo–. No suelo tener sueños tan intensos.

Pero, aunque hiciera caso omiso valientemente, la conmoción de la noche anterior tuvo sus consecuencias, como la de recordar ocasionalmente la sugerencia de que en Palstrey habitaba un fantasma. No había oído hablar de él y Emily era en realidad de una ortodoxia tan ingenua y completa que pensaba que creer en espectros constituía una especie de desafío a las leyes de la Iglesia. Pese a todo, se contaban a menudo historias así de viejas mansiones y palacios, así que era natural preguntarse por los rasgos de aquella leyenda en particular. ¿Rozaba el fantasma con su mano el costado de las personas dormidas? El capitán Osborn se interesó por ese detalle como si reconociera en él algo ya sabido u oído. Pero no tenía ni un segundo que perder en ese asunto, se dijo Emily, de manera que *no* haría más preguntas.

Aun así, no durmió bien varias noches. Estaba muy molesta consigo misma porque se daba cuenta de que no conciliaba el sueño porque estaba vigilante y como esperando algo. Y no era bueno dormir menos en un período en que debía estar particularmente fuerte.

Aquella semana Jane Cupp estuvo, por utilizar sus mismas palabras, «bastante revuelta» a raíz de un incidente que, aunque de menor importancia, pudo haber tenido desafortunadas consecuencias.

A pesar de su antigüedad, Palstrey Manor se encontraba en un magnífico estado de conservación; las balaustradas talladas en roble de las escaleras siempre se consideraron particularmente solidas.

–¿Qué sino la Providencia –le dijo píamente Jane a su madre a la mañana siguiente– me llevaría a fijarme en la escalera al pasar por el rellano justo antes de que milady bajara a cenar? ¿Qué sino la Providencia? Nada. Desde luego, jamás se me habría ocurrido mirar, pero justo ayer tuve que cruzar el rellano para ir a buscar una cosa, bajé la vista por casualidad y ¡allí estaba!

–Y ella se habría tropezado, sin la menor duda. ¡Dios mío! Me da un vuelco el corazón sólo de oírte. ¿Era un trozo muy grande? –preguntó la señora Cupp, cuyo opulento pecho subía y bajaba sin cesar.

–Muy pequeño. Debió de romperse de viejo o por la carcoma, supongo, pero estaba en un sitio donde milady no habría podido verlo; diez personas de diez habrían tropezado y se habrían torcido el tobillo y caído escaleras abajo. ¡Ay, Dios mío! Suponga, madre, que yo *no* lo hubiera visto a tiempo. ¡Ay, Dios mío, madre!

–¡Y que lo digas! –dijo la señora Cupp con el tono de un devoto.

Es probable que el incidente acrecentara el inquieto sentido de la responsabilidad de Jane. Empezó a vigilar los movimientos de su señora con ansiedad hipersensible. Adoptó la costumbre de revisar el dormitorio y todas sus cosas dos o tres veces al día.

–Quizá le haya cogido demasiado cariño y me haya vuelto loca –le dijo a su madre–, pero no puedo remediarlo. Es como si quisiera estar al tanto de todo lo que hace y vigilar el suelo que pisa para estar segura. Estoy tan orgullosa de ella, madre; como si fuera parte de la familia y no sólo una doncella. Ojalá no sufriera nunca ningún percance y todo fuera bien. Hasta personas como nosotras se dan cuenta de lo que significa su bienestar para un caballero cuyo linaje se remonta a novecientos años atrás. Si yo fuera lady Maria Bayne, me instalaría en la mansión y no me apartaría de ella ni a sol ni a sombra. Le juro, madre, que nada conseguiría separarme de ella.

–Está usted en buenas manos –había dicho Hester Osborn–. Esa muchacha la adora. Si pudiera, y a su modo, el que corresponde a una doncella, daría la vida por usted.

–Creo que me es tan leal como Amira lo es a su señora –contestó Emily–. Estoy segura de que Amira también daría la vida por usted.

Aquellos días la devoción de Amira adoptó la forma de un arraigado odio por la mujer a quien tenía por enemiga de su memsahib.

–Es perverso que sea la dueña de este lugar –dijo–. Es vieja, ¿qué derecho tiene a pensar que puede concebir un hijo? Nada bueno puede traer eso. Merece todas las desgracias que puedan caer sobre ella.

–A veces –le dijo lady Walderhurst a Osborn en cierta ocasión– tengo la sensación de que Amira no me aprecia. Me mira de una forma curiosa, esquiva.

–Es que la admira –fue la respuesta del capitán–. En cierto modo, la tiene por un ser sobrenatural porque es usted alta y muy lozana.

Había en los jardines de Palstrey Manor un gran lago artificial de aguas profundas

y oscuras muy hermoso por el enorme tamaño de los antiquísimos árboles que lo rodeaban y las plantas acuáticas que adornaban sus bordes y flotaban en su superficie. En las orillas crecían lirios blancos y amarillos y aterciopelados juncos marrones, y en el agua se abrían o cerraban nenúfares. Una avenida de frondosos tilos conducía a una escalinata recubierta de musgo que en tiempos pasados daba acceso a un bote que se mecía perezosamente en la suave y verde penumbra. Tenía una isla con rosales abandonados y asilvestrados. A principios de año, entre la hierba crecían los narcisos y otras flores primaverales. Lady Walderhurst descubrió aquel rincón en su luna de miel y sentía por él un cariño especial. La avenida que conducía hasta el lago era su paseo favorito; un sitio de la isla para sentarse bajo un árbol, su lugar de descanso preferido.

–Es tan tranquilo –les había comentado a los Osborn–. Nadie va excepto yo. Cuando cruzo el viejo puente y me siento entre los árboles con mi libro o mi labor, es como si el mundo dejara de existir. No se oye nada más que el rumor de las hojas y el chapoteo de las aves acuáticas que van a beber. Y, al parecer, mi presencia no asusta ni a tordos ni a petirrojos. Saben que lo único que hago allí es observarlos, sin moverme. A veces se acercan mucho.

Tenía por costumbre llevarse a aquel recóndito lugar la labor o papel y pluma para escribir cartas, y pasaba horas de descanso y arrobamiento. Le parecía que su vida era más bonita cada día que pasaba.

A Hester, sin embargo, el lago no le gustaba. Le parecía demasiado solitario y silencioso. Prefería su tocador, decorado con flores frescas, o el soleado jardín. Aquellos días temía a veces dejarse llevar por sus pensamientos. La empujaban... la empujaban al borde de su abismo particular, y ante la mera presencia de la Naturaleza se quedaba sin aliento y tenía que agarrarse a remedios muy extraños para dominarse. Con su marido era cada vez mayor el silencio. Había cosas de las que nunca hablaban, pero cada uno de ellos sabía que el otro las tenía presente día y noche. Los dos vivían horas de negra oscuridad cuando Hester, desvelada en su cama, sabía que Alec también estaba desvelado en la suya. Muchas veces le oía cambiar de postura y contener la respiración o reprimir una maldición. No se preguntaba en qué estaría pensando. Lo sabía. Lo sabía porque ella estaba pensando en lo mismo: en la grande, lozana y bondadosa Emily Walderhurst sumida en sus sueños de exultante felicidad y en su inagotable asombro y gratitud; en las anchas tierras y en las grandes y confortables mansiones; en todo lo que suponía ser el marqués de Walderhurst o su hijo; en el largo y nauseabundo viaje de regreso a la India; en el desesperanzado embrollo de la vida en un bungalow destartado; en los malditos sirvientes nativos, a un tiempo serviles y tercos, y dados al hurto y la mentira. Más de una vez tuvo que ponerse boca abajo para ahogar sus sollozos contra la almohada.

En una noche así –despertó de repente y notó tanta quietud en el dormitorio

contiguo, el de su marido, que lo creyó profundamente dormido— se levantó de la cama y fue a sentarse junto a la ventana abierta.

No mucho después presintió con singular conciencia —no habría sabido explicar por qué— que había alguien entre los arbustos del jardín, muy cerca de la ventana. No advirtió ruido o movimiento, pero alguno debió de haber, porque, de un impulso, se volvió hacia un punto en particular.

Sí, había algo —alguien— en un rincón, detrás de unos arbustos. Era noche cerrada, pero tuvo la sensación de que eran al menos dos personas. Se quedó quieta, sin atreverse a respirar. No podía ver ni oír nada pero entre el follaje advirtió una tenue figura blanca. Sólo Amira vestía de blanco. Al cabo de unos segundos de espera, se le ocurrió una idea muy extraña. Luego, considerando los detalles, se dio cuenta de que no era extraña en absoluto. Se levantó con cuidado y entró sin hacer ruido en el dormitorio de su marido. La cama estaba vacía. Aunque Alec se había acostado horas antes, no estaba en ella.

Regresó a su habitación y volvió a acostarse. A los diez minutos, el capitán Osborn subió las escaleras y también volvió a meterse en la cama. Hester no dio ninguna señal de estar despierta y no hizo preguntas. Sabía que su marido no le habría contado nada. Además, tampoco quería saber. Lo había visto con Amira en la avenida unos días antes y, ahora que se habían citado de noche, supo que no necesitaba preguntar de qué hablaban. A la mañana siguiente, se levantó ojerosa.

La propia lady Walderhurst no tenía buen aspecto. Las dos o tres últimas noches había vuelto a desvelarse con la rara sensación de que alguien se acercaba a su cama y la despertaba, por mucho que luego, al examinar el dormitorio, no encontrara a nadie.

—Lamento decir que empiezo a estar nerviosa —le dijo a Jane Cupp—. Voy a tomar valeriana, aunque me da mucho asco.

Jane tampoco podía ocultar su preocupación. No le dijo a su señora que desde hacía unos días cumplía a rajatabla el propósito que se había trazado. Se había hecho con un par de zapatillas gastadas y había aprendido a moverse con sigilo. Se acostaba tarde y se levantaba temprano, aunque aún no había sido recompensada con un descubrimiento particularmente significativo. Sí se había percatado, sin embargo, de que Amira no la miraba como antes y tenía la sensación de que la estaba evitando. A lady Walderhurst le dijo lo siguiente:

—Sí, milady, madre opina que una buena dosis de valeriana calma los nervios. ¿Quiere que esta noche deje encendida alguna luz de la habitación?

—Me temo que así no podría conciliar el sueño —respondió Emily—. No estoy acostumbrada a dormir con luz.

Siguió durmiendo —alguna noche sin interrupción— completamente a oscuras. No se daba cuenta de que ciertas noches Jane Cupp dormía o velaba en la habitación de

al lado. Su dormitorio se encontraba en otra parte de la casa, pero en sus silenciosos paseos en zapatillas vio de vez en cuando cosas que, aun no estando segura y con cierto nerviosismo, la reafirmaron en su decisión de no dejar sola a su señora.

–No diré que no sean los nervios, madre –confesó–, y que no me esté portando como una tonta con tanta suspicacia, pero hay noches que no me perdonaría no estar cerca de ella.

Capítulo X

La avenida de los tilos era un lugar oscuro, aunque precioso, a la hora del crepúsculo. Cuando se ponía el sol, anchas lanzas doradas penetraban a través de las ramas embelleciendo la frondosa vegetación con suaves manchas de luz. Más tarde, cuando caía la noche, bajo la bóveda umbría de las ramas, los troncos, que formaban líneas grises, recordaban las columnas de alguna desolada y espectral catedral en ruinas.

Mientras se internaba en tan sombrío paisaje cuando su señora estaba cenando, Jane Cupp, mirando continuamente a ambos lados, habría contemplado con éxtasis aquella quietud gris si el miedo no la hubiera embargado. Para empezar, la avenida de los tilos, que era el paseo preferido de Emily, no la frecuentaban los sirvientes. Ni siquiera los jardineros ponían el pie en ella si no era para barrer las hojas y recoger las ramas recién caídas. Jane nunca había estado en ella. Si esa tarde lo hacía, era porque seguía a Amira.

La seguía porque, durante el té de la tarde en las dependencias del servicio, había oído un par de frases en mitad de un chisme que la habían llevado a pensar que más tarde podría arrepentirse si no bajaba por el paseo hasta el lago para ver el agua, los botes, la escalinata y todo.

–¡Se lo juro, madre! –había dicho antes–. Para una doncella respetable de una gran mansión es muy raro tener que vigilar a una negra como si fuera un policía y no poder decir palabra. Porque, si dijera algo, el capitán Osborn, que es muy listo, me echaría en un santiamén. Y lo que es peor –retorciendo las manos–: en realidad es *posible* que no esté pasando *nada*. Si fueran inocentes como corderos, no actuarían de otra forma. Además, ¿quién nos dice que todo lo que ha ocurrido no ha sido por mera casualidad?

–Eso es lo peor –respondió la señora Cupp con preocupación–. El trozo de balaustrada se pudo caer por sí solo y cualquier dama delicada de salud puede tener pesadillas y dormir mal.

–Sí –admitió Jane con inquietud–, eso es lo peor. A veces me siento como una tonta y me enfado conmigo misma.

En las dependencias del servicio, los chimes abarcaban un buen número de temas. En las mansiones rurales, como es natural, se habla mucho de lo que ocurre en las inmediaciones: los incidentes de los pueblos, los escándalos de las casas y las tragedias de las granjas. Aquella tarde, en uno de los extremos de la mesa se comentó cierto escándalo que a punto había estado de acabar en tragedia. Una muchacha guapa, briosa y presumida había acabado por meterse en ese «lío» que amigos y enemigos llevaban vaticinando algún tiempo. Por ser la chica quien era, en el pueblo había corrido el veneno y se había organizado un gran revuelo. Muchos habían

vaticinado que la muchacha acabaría «subiendo a Londres» o ahogada en el lago, porque era lanzada e impúdica, lo que en su peor hora le había valido no poco desprecio y bastantes burlas. Los criados de Palstrey la conocían bien porque recientemente había trabajado como sirvienta en la Granja de los Perros y sentía gran simpatía por Amira, con quien había querido entablar amistad. Cuando de pronto se puso enferma y, durante varios días, estuvo al borde de la muerte, corrió sigilosamente el rumor de que Amira –por sus pociones y conjuros de amor– podría haber dicho, si hubiera querido, algo que arrojara luz sobre su estado. La muchacha corrió un gran peligro. El médico del pueblo, a quien habían llamado con urgencia, llegó a declarar en cierto momento que la vida la había abandonado. Y fue Amira, de hecho, quien en ese momento insistió en que no estaba muerta. Tras un período de postración en el que tuvo todo el aspecto de un cadáver, regresó poco a poco a la existencia terrenal. La gráfica descripción de las escenas que se desarrollaron junto a su lecho –su óbito aparente, el cuerpo helado y exangüe, su demorado y fantasmal regreso a la conciencia– suscitó un interés febril en las dependencias del servicio. Le hicieron muchas preguntas a Amira, pero las respuestas sólo la satisfacían a ella. Conocía perfectamente la opinión de los demás criados y lo sabía todo de ellos, mientras que de ella ellos no sabían nada. Su limitado inglés tal vez contribuyera a frustrar su curiosidad. Cuando insistían mucho, sonreía y proseguía sus explicaciones en hindi.

Jane Cupp oyó las preguntas y las respuestas. Amira declaró que no sabía nada más que lo que sabía todo el pueblo. Hacia el final de la conversación, sin embargo, con una mezcla de parco inglés y de hindi, dijo que días antes se le había ocurrido que la muchacha acabaría ahogada. Cuando le preguntaron por qué, movió la cabeza y dijo que la había encontrado junto al lago de la memsahib, bajo los árboles. La chica le había preguntado si en la parte del puente el agua era lo bastante profunda para ahogarse y ella le había contestado que no lo sabía.

Todos reaccionaron con sorpresa, pues sabían que en aquel punto las aguas eran bastante profundas. Las mujeres se estremecieron al recordar cuán profundas les habían dicho que eran. En el pueblo decían que no tenían fondo. Todos se deleitaron con la horripilante idea de un lago sin fondo. Alguien recordó cierta historia a propósito. Hacía noventa años, dos jóvenes jornaleros andaban peleados por una muchacha. Cierta día, al calor de una riña por celos uno cogió al otro y lo arrojó literalmente al agua. Jamás lo encontraron. Dragaron el lago, pero no hallaron el cuerpo. Se había hundido en las tinieblas para siempre.

Amira se sentó a la mesa y bajó la vista. Tenía por costumbre guardar silencio con la cabeza gacha, cosa que Jane no podía perdonarle. Mientras tomaba el té, la estuvo observando sin poder evitarlo.

Al cabo de unos minutos, se le quitaron las ganas de pan con mantequilla, se

levantó y salió del comedor. Estaba pálida.

Los procesos mentales que siguió aquella tarde desembocaron en la determinación de recorrer la avenida y llegar hasta el lago. Podía hacerlo mientras la marquesa y sus huéspedes estaban cenando. El vicario, su esposa y su hija también estaban invitados.

A Jane la impresionaron el misterioso silencio y la oscuridad de la avenida de los tilos, y sentía escalofríos a medida que iba avanzando. Procuraba conservar la calma con reflexiones prácticas que apenas decía entre susurros.

—Sólo voy a echar un vistazo para asegurarme, aunque sea una tontería. Me he cansado, estoy harta, pero no puedo dejar de vigilar a esa mujer. Y la mejor forma de tranquilizarme es comprobando lo tonta que puedo llegar a ser.

Apresuró el paso hasta llegar al lago. Divisó los reflejos del agua en medio de la penumbra, pero hasta que no pasó determinado árbol no vio el puente.

—¡Dios mío! ¿Qué es eso? —dijo de pronto.

Una mancha blanca se elevó, como salida de la tierra, de entre los juncos de la orilla del lago.

Jane se quedó parada un instante y contuvo la respiración. Entonces saltó como un resorte y corrió lo más rápido que pudo. La figura blanca se alejaba despacio entre los árboles. Ni se apresuraba ni parecía asustada. Jane corrió hasta alcanzarla y la agarró por su blanco ropaje. Se encontró, como muy bien sabía, con Amira, que se limitó a darse la vuelta y a sonreírle con una amabilidad capaz de aplacar toda agitación.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Jane—. ¿A qué has venido?

Amira respondió en hindi, con su costumbre de no tener en cuenta que se estaba dirigiendo a un extranjero que no la entendía. Explicó que, habiendo oído que la memsahib de Jane iba a aquel paraje a meditar por la tranquilidad que en él reinaba, se había aficionado también ella a orar y meditar a aquella hora, a la que ya no iba nadie. Recomendaba el sitio a Jane y a la madre de Jane, que le parecían personas religiosas e inclinadas a las prácticas devocionales. Jane empezó a zarandearla.

—No entiendo una palabra de lo que dices —le gritó—. Y lo sabes. ¡Habla en inglés!

Amira asintió con la cabeza lentamente y volvió a sonreír con paciencia. Se esforzó por explicarse en inglés, pero nunca había hablado un inglés peor, de eso estaba segura. ¿Acaso los criados tenían prohibido acercarse al lago?

Fue demasiado para Jane, que, hecha un amasijo de nervios, rompió a llorar.

—Estás planeando alguna maldad, lo sé —dijo entre sollozos—. Esto es intolerable. Voy a escribir a unas personas que pueden hacer, porque tienen derecho, lo que yo no me atrevo. Y voy a volver a este puente.

Amira la miró con confuso candor unos instantes. Alzó la mano pidiendo silencio, pero prosiguió con nuevas disculpas y explicaciones en hindi. En mitad de ellas,

frunció el ceño y un leve brillo iluminó sus ojos. Volvió a hacer el mismo gesto con la mano.

–Vienen hacia aquí. Es su memsahib y su gente. Los estoy oyendo.

Era verdad. Jane había calculado mal la hora, o la cena había durado menos de lo habitual. Lady Walderhurst había llevado a sus invitados a ver cómo la luna creciente se asomaba entre los tilos, algo que le gustaba hacer en noches cálidas.

Jane huyó rápidamente. Amira también se marchó, pero sin precipitación ni señal de nerviosismo.

–Tienes mala cara, Jane. ¿No has dormido bien? –le dijo lady Walderhurst a la mañana siguiente mientras Jane le cepillaba el pelo. Había levantado la vista y observado su pálido semblante en el espejo. El pálido semblante, además, tenía los ojos enrojecidos.

–He tenido dolor de cabeza, milady –respondió Jane.

–Yo también... o algo parecido –dijo lady Walderhurst, en cuya voz se echaba en falta la alegría habitual. Tenía la mirada apagada–. No he descansado bien. Llevo así una semana. Esa costumbre de desvelarme pensando que he oído un ruido empieza a afectarme. Anoche volví a soñar que alguien me tocaba el costado. Creo que no tendré otro remedio que llamar a sir Samuel Brent.

–¡No deje de hacerlo, milady! –exclamó Jane con apremio–. ¡No deje de hacerlo!

Lady Walderhurst la miró con inquietud.

–¿Crees que...? ¿Cree tu madre que no estoy todo lo bien que debería estar, Jane? A Jane le temblaban las manos.

–¡Oh, no, milady! ¡Oh, no! Pero si mandase a buscar a sir Samuel Brent, o a lady Maria Bayne, o al... o al marqués...

La expresión de lady Walderhurst pasó de la inquietud a la alarma. Empezaba a estar verdaderamente asustada y cada vez más pálida. Se volvió hacia Jane.

–¡Ay! –gimió, con una mezcla de temor y súplica casi infantil–. ¡Seguro que crees que estoy enferma! ¡Seguro! ¿Qué tengo? ¿Qué tengo?

Se inclinó súbitamente y apoyó los codos en el tocador, escondiendo la frente entre las manos. El pánico la había vencido.

–¡Ay! Si algo saliera mal... –con un débil quejido–, ¡si *ocurriera* algo malo! –No podía ni imaginárselo. Le partiría el corazón. Era tan feliz... Dios había sido tan bondadoso...

A Jane la removía por dentro el arrepentimiento y la rabia por su propia torpeza y estupidez. Había sido ella quien había «perturbado» ahora a la marquesa, quien la había asustado hasta hacerla palidecer y temblar. ¡Qué no merecería por ser tan insensata y tan tonta! Tendría que haberlo pensado antes de decir nada. Con el mayor respeto y afecto, de sus labios empezaron a manar las disculpas.

–Le ruego que me perdone, milady. ¡He sido una tonta! Ayer mismo decía madre

que nunca había visto una dama con tan buena salud y buen ánimo. Por favor, señora... Ay, ¿me permite que llame a madre para que venga un momento a hablar con usted?

Emily iba recobrando el color poco a poco. Jane fue a buscar a su madre y la señora Cupp estuvo a punto de arrancarle las orejas.

–No sé qué os pasa a las chicas de hoy –dijo–. Tenéis menos seso que un mosquito. Si no te puedes quedar calladita, mejor dejas el trabajo. Como es natural, la marquesa ha creído que había que mandar a buscar a esas personas porque nosotras teníamos la certeza de que iba a morir. ¡Ay, Dios mío, Dios mío! ¡Largo de aquí, Jane Cupp!

La señora Cupp disfrutó mucho de su breve entrevista con lady Walderhurst. Una mujer cuya opinión resultaba valiosa en momentos tan graves tenía motivos para disfrutar. Al volver a su habitación, se sentó tranquilamente, se abanicó con el pañuelo e inició trámites judiciales contra Jane.

–Lo que hay que hacer –afirmó– es pensar, y eso vamos a hacer: pensar. No podemos decirle las cosas así, sin más, antes hay que contar con hechos ciertos y probados. Y entonces podemos llamar a las personas que tienen el poder en sus manos. No podemos llamarlas hasta que tengamos algo que nadie pueda negar. El puente, es verdad, es lo bastante viejo y se puede manipular con facilidad, para que, si se rompe, parezca un accidente. Dices que hoy no iré por allí. Muy bien, pues esta tarde mismo en cuanto anochezca, tú y yo nos acercamos y le echamos un vistazo. Es más, nos haremos acompañar por un hombre, Judd, que es de fiar. Si sucede lo peor: sólo nos estamos tomando la libertad de comprobar que es seguro, porque sabemos que es viejo y *no escatimamos* a la hora de tomar precauciones.

Como Jane había deducido de su escrupulosa pero en apariencia casual investigación, Emily no tenía intención de visitar su refugio favorito. Por la mañana no se había sentido bien. La pesadilla la había trastornado mucho más la segunda vez. En esta ocasión parecía que la mano furtiva no se conformaba con tocar, sino que también quería sujetarla. Después de despertar necesitó varios minutos para sentirse físicamente capaz de levantarse. La experiencia, pues, tuvo consecuencias físicas y mentales.

No vio a Hester hasta el almuerzo y, cuando la encontró, tenía uno de esos momentos de humor extraño. Aquellos días los tenía a menudo. Su mirada era nerviosa, crispada, y muchas veces daba la impresión de haber llorado. Asimismo, de tanto fruncir el ceño, habían aparecido arrugas entre sus cejas. Emily, siempre comprensiva, había tratado en vano de levantarle el ánimo con una cordial conversación femenina. Pero había días en que, por algún motivo, tenía la impresión de que Hester no deseaba verla.

Esa impresión tuvo aquella tarde, y, no encontrándose ella misma en la pleamar

de la alegría, advirtió cierto desaliento. Apreciaba mucho a Hester, había deseado sinceramente trabar amistad con ella y hacerle la vida más fácil. Sin embargo, tenía la sensación de haber fallado. Y todo porque distaba *tanto* de ser una mujer inteligente... Quizá habría fracasado en otros aspectos también por falta de inteligencia. Quizá no fuera capaz de dar a otras personas lo que querían, lo que necesitaban. Una mujer brillante tenía poder para conseguir y conservar el amor.

Al cabo de una hora intentando elevar la temperatura mental del florido tocador de la señora Osborn, se levantó y, cogiendo su pequeño costurero, dijo:

–Me marcho para que pueda reposar un poco. Creo que me voy a acercar al lago dando un paseo.

Salió discretamente, dejando a Hester en sus cojines.

Capítulo XI

Pocos minutos después una llamada a la puerta, a la que Hester respondió con un brusco «Pase», precedió a la humilde entrada de Jane Cupp, que buscaba perentoriamente a su señora.

–La marquesa no está aquí. Ha salido.

Jane avanzó un paso sin querer. Su rostro se tiñó del color de su limpio delantal.

–¿Ha salido? –repitió con dificultad.

Hester se volvió enérgicamente.

–Ha ido al lago –dijo–. Y, ahora, ¿por qué me miras así?

Jane no le dijo por qué. No podía quedarse. Salió corriendo de la habitación sin fingir siquiera el decoro que corresponde a una doncella.

Atajó por varias estancias para llegar antes a la puerta que daba al jardín. La cruzó como una exhalación y anduvo por senderos y parterres hacia la avenida de los tilos.

–¡No va a llegar al puente antes que yo! –se repetía entre jadeos–. ¡No va a llegar antes que yo! ¡Ay! ¡No puedo dejar de correr! ¡Tengo que llegar antes!

No se paró a pensar que, como es natural, los jardineros pensarían que se había vuelto loca. En su cabeza sólo había espacio para Amira y su cabeza gacha según la recordaba cuando los criados hablaban de las aguas sin fondo del lago, para su mirada hechicera, esquiva y satisfecha. En todo eso y en la figura blanca que la noche anterior había visto surgir de la tierra iba pensando mientras corría con la mano en su fina cintura.

La avenida de los tilos le pareció interminable; aún le quedaba un largo trecho, cuando divisó bajo los árboles a lady Walderhurst, con su pequeño costurero en la mano, a punto de llegar al puente.

–¡Milady! ¡Milady! –llamó a gritos en cuanto reunió valor. Pero no podía gritar y seguir corriendo al mismo tiempo–. ¡Milady, por favor!

Emily la oyó y se volvió. En su vida se había llevado tal sorpresa. Su doncella, la buena de Jane Cupp, que nunca había suspirado siquiera en contra del decoro en el tiempo que llevaba a su servicio, se acercaba a toda prisa y la llamaba con gritos histéricos, haciendo aspavientos y con el rostro desencajado.

Estaba a punto de poner el pie en el puente, y tenía el brazo estirado ya hacia la barandilla. Retrocedió, alarmada, y esperó sin apartar la vista de su doncella. ¡Qué extraño era todo aquel día! Se le hizo un nudo en la garganta y se estremeció.

Jane no tardó en llegar a su lado. Se agarraba el vestido con los puños cerrados y estaba sin resuello. Apenas podía hablar.

–¡Milady! –dijo, jadeando–. ¡No lo pise! ¡No lo pise hasta que nos aseguremos!

–¿Nos aseguremos... de qué?

Jane se daba cuenta de que debía de parecer una loca, de que toda la escena era demencial, y dio rienda suelta a sus emociones. En parte por agotamiento y dificultad para respirar, en parte por su indomitable pánico, cayó de rodillas.

–¡El puente! –dijo–. Me trae sin cuidado lo que pueda pasarme a mí con tal de que a usted no le ocurra nada. Han hecho planes y conjuras y quieren que parezca un accidente. El puente se puede partir o romper, y parecerá un accidente. Estas aguas no tienen fondo. Eso decían ayer, y *ella* lo oyó. Anoche la encontré aquí.

–¿Anoche la encontraste? ¿A quién? –preguntó Emily, como si se encontrara en mitad de otra pesadilla.

–Amira –gimoteó la pobre Jane–. Los blancos nada pueden frente a los negros. ¡Oh, milady! –La sensación de que quizá estuviera haciendo el ridículo la torturaba–. Creo, señora, que esa mujer la mataría si pudiera. Piense de mí lo que quiera.

El pequeño costurero tembló en la mano de lady Walderhurst. Tragó saliva y, de improviso, se sentó en las raíces de un árbol caído. Poco a poco, su rostro fue palideciendo.

–¡Ay, Jane! –dijo, sencillamente atónita y dolida–. No entiendo nada. ¿Por qué... *por qué* iban a querer hacerme daño?

Su inocencia era tan fatua que creía que, por el simple hecho de haber sido buena con ellos, los Osborn no podían odiarla ni desearle ningún mal.

Por primera vez, sin embargo, empezaba a acobardarse. Se esforzó por recobrar el ánimo. Extendió la mano, temblorosa, para coger el costurero. Apenas podía verlo. De pronto, los ojos se le llenaron de lágrimas.

–Trae aquí a uno de los peones –dijo al cabo de un momento–. Dile que me parece que el puente puede que no sea seguro.

Prácticamente no se movió el tiempo que Jane tardó en ir a buscar a un trabajador de la finca. Colocó el costurero en el regazo y apoyó en él las manos. Su bondadosa cabeza, lenta en asimilar, empezaba a pergeñar extraños, y para ella inhumanos e incomprensibles, pensamientos. ¿Por qué últimamente tenía la sensación casi constante de que Amira la vigilaba y seguía? ¿Acaso porque también ponía nerviosa a la amable, leal e ignorante Jane? Más de una vez se había asustado al encontrársela de pronto cuando no sabía que andaba cerca. Sabía por Hester que los sirvientes orientales a veces la sobresaltaban a una con su movimiento sigiloso y tal vez furtivo. Pero la mirada de aquella mujer daba miedo. Además, sabía lo que le había ocurrido a la muchacha del pueblo cercano.

Siguió reflexionando, inmóvil, con la vista fija en la tierra cubierta de musgo. La respiración se le entrecortó varias veces.

«No sé qué voy a hacer –se dijo–. Si lo que dice Jane es verdad, no sé qué voy a hacer.»

Las fuertes pisadas del ayudante del jardinero y las más leves de Jane la

distrajeron de sus pensamientos. Levantó la cabeza y vio que se acercaban. El muchacho era fuerte, ancho de espaldas y con grandes manos, y tenía el rostro rubicundo de un pueblerino.

–El puente es muy ligero y viejo –le dijo Emily–. Estaba pensando que tal vez no sea seguro. Examínalo con atención para quedarnos tranquilos.

El joven se tocó la frente y se agachó para inspeccionar los pilares. Jane lo observaba conteniendo el aliento. El chico se puso en pie.

–De este lado están bien, marquesa –dijo–. Los del lado de la isla tendré que verlos desde la barca.

Pisó con fuerza el extremo más próximo del puente y éste se mantuvo firme.

–Fíjate bien en la barandilla –dijo lady Walderhurst–. Me apoyo en ella muchas veces para... para mirar el atardecer.

Balbuició al decirlo porque de pronto cayó en la cuenta de que ésa era ya una costumbre suya, que había comentado a los Osborn. Desde cierto punto del puente, vistos a través de un hueco entre los árboles, los bellos crepúsculos siempre eran particularmente bellos. En la barandilla que daba a ese hueco, la del lado derecho, se apoyaba ella para contemplar el cielo de la tarde.

El joven jardinero se acercó a la barandilla izquierda, la agarró y la sacudió con sus fuertes manos.

–Es segura –le dijo a Jane.

–Prueba la otra –le respondió Jane.

El chico probó la otra. Algo le ocurría. Mientras la sujetaba, se rompió. Tenía la piel curtida y morena, pero se puso pálido.

–¡Dios Todopoderoso! –dijo entre dientes. Se tocó la gorra y se quedó mirando a lady Walderhurst sin saber qué decir. A Jane le dio un vuelco el corazón. No se atrevía a mirar a la marquesa. Cuando, por fin, reunió valor, la vio tan blanca que corrió a su lado.

–Gracias, Jane –dijo Emily con un hilo de voz–. El cielo está tan bonito que quería acercarme a verlo. Y habría caído al agua, que, según dicen, no tiene fondo. Nadie habría podido encontrarme si no llegas a venir.

Cogió la mano de su doncella y la apretó con fuerza. Volvió los ojos hacia la avenida de los tilos, a la que nadie sino ella se acercaba a aquella hora. Habría estado tan solitaria... ¡tan solitaria!

El jardinero se fue, menos colorado que al llegar. Lady Walderhurst se incorporó despacio.

–No me digas nada todavía, Jane –dijo. Y mientras Jane la seguía a una respetuosa distancia, volvió a la casa y subió a su habitación a echarse un rato.

Nada probaba que la barandilla no se hubiera quebrado por azar, por mero azar, pero era esta posibilidad la que le daba escalofríos. Todo era imposible. Nadie había

pisado aquel puente desde hacía mucho tiempo. Era muy ligero, y también muy viejo. Recordó que en cierta ocasión Walderhurst había dicho que había que examinarlo y reforzarlo si querían volver a utilizarlo. Últimamente, ella se había apoyado muchas veces en la barandilla. Una tarde incluso llegó a preguntarse si seguiría tan sólida como de costumbre. ¿Qué podía ella decir, a quién podía acusar, si un trozo de madera podrida había cedido?

Se incorporó de un salto sobre la almohada. De la balaustrada de las escaleras también se había desprendido un trozo de madera podrida que Jane había visto momentos antes de que ella bajara a cenar. Aun así, ¿qué impresión se llevarían su marido, lady Maria o cualquier otra persona decorosa si les dijera que creía que en una digna residencia inglesa cierto caballero también inglés –incluso un heredero, en principio depuesto– urdía contra ella una sutil conspiración que podría adornar un melodrama? Apoyó la cabeza entre las manos al imaginar la expresión de lord Walderhurst y la sonrisa ambiguamente divertida de lady Maria.

–Lady Maria pensaría que soy una histérica –exclamó por lo bajo–, que soy tonta y vulgar, que soy una mojigata con ideas estúpidas, que voy a dejar en ridículo al marqués. El capitán Osborn es de la familia y yo le estaría acusando de ser un criminal. Y, sin embargo, ahora podría estar en ese lago sin fondo... y nadie lo sabría.

Si no le hubiera parecido todo tan increíble, si hubiera estado completamente segura, no la habría abrumado un sentimiento de confusión, perplejidad y pérdida.

El aya, que tanto afecto sentía por Hester, podía aborrecer a la rival de su señora. Una nativa celosa podía recurrir a secretas artimañas que, dentro de su extraña forma de pensar, cumplirían un digno propósito. Tal vez el capitán Osborn no estuviera al corriente. Respiró profundamente tratando de asimilar esta idea. Quizá el capitán *no* supiera nada. Supondría demasiado peligro, demasiada locura, demasiada maldad.

Sin embargo, si ella se hubiera caído por las escaleras y la caída la hubiera matado, ¿qué peligro habría corrido un hombre que se habría limitado a deplorar el fatal accidente? Si se hubiera apoyado en la barandilla del puente y ahogado en las negras profundidades del lago, ¿a quién habrían podido culpar si no a un trozo de madera podrida? Se secó la frente con el pañuelo, la tenía bañada en un sudor frío. No tenía escapatoria. Le castañeteaban los dientes.

–Puede que sean tan inocentes como yo y puede que sus intenciones sean criminales. No puedo demostrar nada y no puedo tomar medidas. ¡Oh, por favor, James, *vuelve* a casa!

Sólo una idea tenía clara: debía protegerse... debía protegerse. En medio de su angustia, se confesó, pronunciándolo en voz alta, algo que no se había confesado jamás. En realidad, ni siquiera al decirlas se percató de que sus palabras eran una confesión.

–Si muriera ahora –se dijo con gravedad conmovedora–, él lo sentiría mucho. Me

da igual –prosiguió unos momentos después– qué consecuencias tenga para mí, lo ridícula o estúpida que pueda parecer, si sigo viva... hasta que... Voy a escribirle y a pedirle que haga lo posible por volver.

Fue la carta que escribió después de tomar esta decisión la que Osborn vio entre otras que había que llevar al correo. Y se detuvo a examinarla.

Capítulo XII

Hester se sentó a oscuras delante de la ventana abierta de su tocador. Había apagado las velas porque quería dejarse envolver por la suave oscuridad. En la cena había escuchado las nerviosas preguntas de su marido acerca de la barandilla podrida del puente y observado su rostro contrariado y el pálido semblante de Emily. Apenas habló y, llegado el momento, se alegró de encontrar una excusa decorosa para subir a su habitación.

A oscuras sentía el aire de la noche y la fragancia de las flores del jardín y pensaba en los asesinatos de los que había oído hablar. Sabía que algunos habían sido personas muy respetables e imaginaba que todos habrían tenido que pasar un período en el que poco a poco iban perdiendo la respetabilidad para alimentar cierta idea que previamente les habría parecido inconcebible, que ni siquiera habrían pensado que pudiera tener cabida en su cerebro. El cambio tenía que producirse lentamente, de eso estaba segura. Al principio la idea debía de parecerles desquiciada y ridícula, una especie de broma de mal gusto. Más tarde volverían a pensar en ella, primero una vez, luego otra, hasta que, pasado un tiempo, se instalaba en su cabeza, y empezaban a tomarla en serio. Esas cosas siempre ocurrían cuando uno deseaba –o no deseaba– algo intensamente, algo con lo que –o sin lo que– no podían verse obligados a vivir sin volverse locos. Hombres que odiaban a una mujer y no podían librarse de ella; hombres que aborrecían ver el rostro de esa mujer, y sus ojos y cabellos, oír su voz y sus pasos; hombres que se ponían enfermos cuando la tenían cerca y pensaban que jamás se la quitarían de encima; personas corrientes en diverso grado, relativamente agradables, que llegaban a ver en un cuchillo, una bala, un golpe, no sólo algo posible, sino inevitable. Personas de quienes habían abusado, personas que habían conocido los horrores de la privación y el deseo, personas que, llegado el momento, cogían por la fuerza lo que el destino les negaba. La cabeza de Hester era un torbellino. Se preguntaba si, en la quietud de la noche, sumida en pensamientos tan extraños, no estaría delirando.

Había vivido semanas enteras sometida a tanta tensión que sus sentimientos parecían haber perdido la conexión con la normalidad.

Sabía muchas cosas, pero de ninguna estaba segura.

Alec y Hester, sin embargo, eran de esas personas que empiezan por una broma de mal gusto y luego se dejan arrastrar y arrastrar. Era imposible no dar vueltas sobre lo que podrían recibir y lo que podrían perder para siempre. Si nadie hubiera examinado la barandilla del puente aquella tarde... si esa misma noche la enorme y tonta Emily Walderhurst estuviera descansando en paz entre las algas...

–¿A quién no le llega la hora? –dijo–. Todo habría acabado en pocos minutos. Dicen que no es doloroso. –Le temblaron los labios. Puso las manos sobre las rodillas

y las apretó ligeramente—. Así piensa una asesina —añadió en tono quejumbroso—. Y, sin embargo, yo nunca he sido una mala persona.

Empezó a ver cosas, y más que ninguna, a Emily entre algas en las profundidades del lago. Su pelo castaño estaría suelto y quizá enredado sobre su rostro blanco. ¿Tendría los ojos abiertos y vidriosos, o entrecerrados? Y su infantil sonrisa, tan impropia de una mujer casi madura, ¿le quedaría grabada como si preguntara al mundo de los vivos, con humildad, qué le había hecho ella a nadie, por qué había tenido que morir ahogada? Eso habría expresado su indefensa quietud. Estaba segura.

¡Qué feliz había sido aquella mujer! Verla pasearse con esa mirada tan jubilosamente inconsciente a veces había sido desquiciante. Y, pese a todo, ¡pobrecita! ¿Por qué no tenía derecho a ser feliz? Siempre esforzándose por complacer y ayudar a los demás. De puro buena era casi tonta. El día que llegó a la Granja de los Perros con la ropita de bebé comprada en Londres, Hester había acabado, a pesar de su insano rencor, dándole un beso y derramando lágrimas de arrepentimiento. En medio de su delirio, volvía a oír su bonita, prosaica y emocionada voz:

—No me dé las gracias y *disfrutemos* de nuestra mutua compañía.

Y en este momento podría yacer entre las largas y gruesas algas del lago. Y no —no tenía la menor duda— por el accidente que habría parecido. Ahora que veía el carácter terminante de esa posibilidad, sentía escalofríos.

Salió al jardín, necesitaba aire. No era bastante fuerte para aceptar que se había convertido en parte de una trama en la que no tenía intención de enredarse. No, había tenido sus momentos de ardor y desesperación, pero nunca había querido llegar tan lejos. Había esperado casi la catástrofe, casi había creído posible que no haría nada por evitarla... casi. Pero algunas cosas eran demasiado malas.

Se sentía insignificante, joven y desesperanzadamente malvada mientras caminaba a oscuras por un sendero de hierba que conducía a un banco, debajo de un árbol. La calma de la noche la asustaba, sobre todo cuando oía el canto de una lechuza y el piar de un ave nocturna en su nido.

Pasó debajo del árbol al menos una hora. La densa sombra de las lánguidas ramas la ocultaba en la negrura.

Luego se diría que algún ser del mundo oculto, en el que creía, la había obligado a salir y a sentarse en aquel sitio en particular, porque había algo que no debía ocurrir, y era ella la que tenía que impedirlo.

Cuando por fin se levantó, respiraba con dificultad. Regresó sin que nadie la viera a su habitación y con mano temblorosa encendió una vela. La llama vaciló ante un semblante oscuro, pequeño y demudado.

Porque, mientras se encontraba debajo del árbol, oyó que alguien, muy cerca, susurraba, y, a pesar de la oscuridad de la noche, entrevió una figura blanca, y a partir

de ese momento aguzó el oído y escuchó.

Capítulo XIII

No podía haber, para la pura y constante afabilidad que caracterizaba a Emily Walderhurst, mayor alivio que advertir que la nube que oscurecía el humor de otra persona se había disipado.

Cuando Hester apareció en la mesa a la mañana siguiente, su ánimo era muy distinto al del día anterior. Estaba amable, casi afectuosa.

Al terminar el desayuno, salieron juntas al jardín.

Hester nunca había dedicado tanta atención a su anfitriona como aquella mañana. Emily reconocía en ella por primera vez un esfuerzo por hacerle preguntas cordiales, próximas a la confianza. Hablaron mucho y sin reservas. Cuánta bondad manifestaba Hester, pensó Emily, al preocuparse por su salud y estado de ánimo, al mostrar interés por los pormenores de su vida cotidiana, por asuntos nimios como la forma en que le preparaban y servían las comidas, como si hasta lo más insignificante tuviera importancia. Qué injusta había sido, además, al dar por supuesto que le traían sin cuidado la ausencia y el regreso de Walderhurst. Por el contrario, había estado muy al tanto y, en realidad, opinaba que el marqués debía volver de inmediato.

–Mande a buscarlo –dijo de pronto–, mande a buscarlo cuanto antes.

En la oscura delgadez de su rostro se manifestaba una impaciencia que conmovió a Emily.

–Tanta preocupación es muy amable por su parte, Hester –dijo–. No sabía que le importara tanto.

–Tiene que venir –dijo Hester–. No hay más que decir. Mande a buscarlo.

–Ayer le escribí una carta –dijo lady Walderhurst con suavidad–. Estaba nerviosa.

–También yo estaba nerviosa –dijo Hester–. También yo.

Emily advirtió su inquietud. La risita con que acabó la frase era muestra de agitación.

Si, durante la estancia de los Osborn en Palstrey, las dos mujeres habían compartido muchos momentos, en los dos días siguientes apenas se separaron. Emily, que, sencillamente, estaba contenta y se sentía respaldada por haber encontrado en Hester una compañía tan placentera, no era consciente de algunos detalles. El primero, que la señora Osborn no la perdía de vista a menos que estuviera al cuidado de Jane Cupp.

–Será mejor que se lo diga con franqueza –le dijo–. Aunque hasta ahora no me haya atrevido a confesarlo, me siento responsable de usted. Supongo que en gran parte es algo histérico, pero es un sentimiento más fuerte que yo.

–¿Se siente usted responsable de *mí*? –exclamó Emily poniendo los ojos como platos.

–Sí –contestó Hester de inmediato–. Representa usted tanto... El marqués tendría

que estar aquí. Yo no soy la más indicada para cuidar de usted.

–Soy yo quien debería cuidar de usted –dijo Emily, con amable gravedad–. Soy mayor y más fuerte. Usted está más delicada.

Hester rompió a llorar y Emily se sobresaltó.

–Pues siga mi consejo –dijo–. No vaya sola a ninguna parte. Llévase a Jane Cupp. Ha estado usted a punto de sufrir dos accidentes. Que Jane duerma en el vestidor.

Emily sintió escalofríos, e igual que aquel día, cuando se volvió lentamente y vio sorprendida a Jane en la avenida de los tilos, tuvo una sensación de extrañeza que la envolvió por completo.

–Haré lo que me pide –concluyó.

Antes de que el día siguiente tocara a su fin, Emily lo había comprendido todo: el espanto, la cruel e inhumana verdad de cosas que parecían imposibles y cuyas exageradas dimensiones las volvían, más que incoherentes, casi grotescas.

El precioso aspecto del florido tocador, la serena paz del aterciopelado jardín que se abría ante las ventanas, hacían que todo fuera más irreal.

Ese día –el segundo– empezó a percibir algo nuevo: Hester la vigilaba, Hester hacía guardia. Al darse cuenta, la sensación de anormalidad aumentó, y, con ella, el miedo. Tenía la impresión de que alrededor de ella se alzaba un muro, erigido por manos invisibles.

La tarde, de un sol dorado, la pasó con Hester. Estuvieron leyendo y charlando. Hester era la que más hablaba. Le contó anécdotas de la India: curiosas, vívidas, interesantes historias que la emocionaban.

Cuando la luz del sol alcanzó su dorado más intenso, les sirvieron el té. Hester había salido poco antes de que entrara el criado, que llevaba la bandeja con ese aire de exagerada solemnidad con que cierto personal de servicio envuelve hasta la tarea más sencilla. Últimamente tomaban el té en el tocador de Hester muy a menudo, aunque desde hacía unos días lady Walderhurst pedía un vaso de leche. Lo prefería por sugerencia de la señora Cupp, que afirmaba que el té era «un excitante». Emily se sentó en la mesa y llenó la taza de Hester. Como ésta iba a volver al cabo de unos instantes, la dejó en el sitio donde se sentaba su amiga y esperó. Al poco, oyó los pasos de la joven y, justo en el momento en que abría la puerta, se llevó el vaso de leche a los labios.

Más tarde sería completamente incapaz de recordar con claridad lo que ocurrió a continuación. Estaba a punto de beberse la leche, Hester había corrido hacia ella y de un manotazo había tirado el vaso, que rodó por el suelo hasta quedar vacío. La señora Osborn se había plantado delante de ella.

–¿Ha probado la leche? –preguntó, apretando y aflojando los puños.

–No –respondió Emily–, la verdad es que no.

Hester Osborn se sentó, se inclinó hacia delante y se cubrió la cara con las manos.

Parecía al borde de un ataque de nervios que sólo con gran esfuerzo podía contener.

Poco a poco, lady Walderhurst se fue poniendo del mismo color de la leche. Pero no hizo nada excepto quedarse inmóvil sin apartar los ojos de Hester.

–Espere un momento –dijo la muchacha, que trataba de recobrar el aliento–, espere que me tranquilice. Ahora le explico, ahora mismo le explico.

–Sí –respondió Emily, titubeando.

Le pareció que Hester tardaba veinte minutos en volver a hablar, y que ella no se había movido en todo ese tiempo, sin dejar de observar las delgadas manos de la joven, que parecían aferrarse con desesperación a su escondido rostro. Fue un error de percepción motivado por los nervios. Apenas habían transcurrido cinco minutos cuando Hester bajó las manos y, juntando las palmas, las ocultó entre las rodillas.

Habló con un hilo de voz. Si alguien hubiera escuchado detrás de la puerta, no habría oído nada.

–¿Sabe usted –preguntó– lo que representa para nosotros, para mi marido y para mí...? ¿Lo sabe?

Emily negó con la cabeza. Era más fácil hacer un gesto que hablar. Estaba agotada.

–No, no creo que lo sepa –dijo Hester–. Me parece que usted no se da cuenta de nada. No sé si es demasiado inocente o demasiado tonta. Usted representa lo que nosotros tenemos más derecho a *odiar* del mundo.

–¿Me *odia* usted? –preguntó Emily, que intentaba ajustarse mentalmente a la sinrazón de una situación tan extraordinaria y, al mismo tiempo, apenas comprendía por qué acababa de hacer esta pregunta.

–A veces sí. Y, cuando *no*, me pregunto por qué. –Hester se interrumpió un segundo, agachó la cabeza, y luego, alzando la vista otra vez, prosiguió arrastrando las palabras–: Supongo que, cuando *no*, es porque las dos somos mujeres. Antes... era distinto.

Emily le dirigió esa mirada que Walderhurst había comparado en cierta ocasión con la de «algún precioso animal de los que se ven en el zoo».

–¿Me haría *daño*? –preguntó ésta con voz vacilante, y de sus ojos brotaron dos sinceras lágrimas–. ¿Permitiría *usted* que otras personas me lo hicieran?

Hester había abierto tanto los ojos y la estaba mirando de una forma tan incisiva, histérica y terrible que Emily se estremeció.

–¿Todavía no se da cuenta? ¿Todavía *no* lo comprende? Si no fuera por *usted*, mi hijo sería marqués de Walderhurst... mi hijo, no el suyo.

–Comprendo –respondió Emily–. Comprendo.

–¡Escúcheme! –espetó Hester apretando los dientes–. Aun así, hay cosas para las que no tengo la necesaria sangre fría. Creía que podría, pero no puedo. El porqué es lo de menos. Voy a decirle la verdad. Usted representa demasiado. Ha sido una

tentación demasiado grande. Al principio no teníamos intención, no teníamos ningún plan, pero fue surgiendo, poco a poco. Verla a usted sonreír y disfrutar con todo, ver cómo adora a ese idiota afectado, sólo puede inspirar ciertas ideas en la cabeza de la gente, ideas que van cobrando cuerpo, favorecidas por el azar. Si Walderhurst estuviera aquí...

Lady Walderhurst señaló la mesa, donde había una carta.

–Esta mañana he recibido noticias tuyas –dijo–. Lo han trasladado a las montañas porque tiene algo de fiebre. Debe descansar. Así que, como ve, todavía *no* puede venir. –Temblaba, pero había tomado la decisión de ser firme–. ¿Qué tenía la leche?

–La misma raíz de una planta india que Amira dio a esa chica del pueblo. Anoche, en el jardín, se lo oí decir en la oscuridad. Sólo algunas nativas, muy pocas, la conocen.

Lo que la pobre lady Walderhurst dijo a continuación sonó con una singular gravedad.

–Eso habría sido la mayor crueldad.

La señora Osborn se acercó más.

–Si hubiera montado en esa yegua –le dijo–, habría tenido un accidente. Tal vez no habría muerto, o tal vez sí, pero habría sido un accidente. Si Jane Cupp no hubiera visto aquel trozo de balastrada y se hubiera caído por las escaleras, también podría haberse matado... y también habría sido un accidente. Si se hubiera apoyado en la barandilla del puente, se habría ahogado, y no habrían podido acusar a nadie, a nadie podrían haber echado la culpa.

Emily respiraba con dificultad. Estiró el cuello como si quisiera asomar la cabeza por encima del muro que poco a poco se había ido levantando a su alrededor.

–No harán nada que se pueda demostrar –dijo Hester Osborn–. He vivido entre nativos y lo sé. Si Amira me odiase y yo no pudiera deshacerme de ella, acabaría muerta y todo parecería muy natural. –Se agachó para recoger el vaso de la alfombra–. Es una suerte que no se haya roto –dijo, y lo colocó en la bandeja–. Amira pensará que se ha bebido la leche y que el veneno no ha surtido efecto, que usted siempre consigue salvarse, y se asustará. –Al decir estas palabras, empezó a llorar como una niña–. *A mí nada me salvará. Tendré que volver... tendré que volver.*

–¡No, no! –exclamó Emily.

Hester se limpió las lágrimas con el dorso de la mano encogida.

–Al principio, cuando la odiaba –dijo, incluso con petulancia y un dolido resentimiento–, creía que sería capaz de seguir adelante. Observaba, vigilaba, y lo resistía. Pero el esfuerzo era demasiado grande y me vine abajo. Creo que fue la noche en que sentí que algo parecido a un latido empezaba a palpar en mi vientre.

Emily se levantó y se puso delante de Hester. Tal vez tuviera el mismo aspecto que cuando se levantó delante del marqués de Walderhurst en una memorable ocasión

(aquella tarde en el páramo). Se sentía más serena y segura.

–¿Qué debo hacer? –preguntó como si hablara con una amiga–. Tengo miedo. Dígame.

La pequeña señora Osborn, inmóvil, la miró a los ojos. Y se le ocurrió algo totalmente incongruente en esos momentos. Se admiró, por extraño que pueda parecer, del porte con que lady Walderhurst lucía su cabeza de tonta, de lo espléndidamente que la sostenía sobre los hombros y de que, con un estilo digno de la Royal Academy, Emily era una moderna Venus de Milo. Era insólito pensar algo así en tales circunstancias, pero lo pensó.

–¡Váyase de aquí! –respondió–. Parece una obra de teatro, pero sé de qué hablo. Diga que ha recibido órdenes del extranjero. Sea fría, que todo parezca muy natural, no les dé pie a intervenir. Váyase sin más y escóndase en algún sitio. Y luego escriba a su marido y dígame que vuelva en cuanto pueda viajar.

Emily Walderhurst se pasó la mano por la frente.

–Igual que en una obra de teatro –dijo, confusa y asombrada–. Ni siquiera es muy decoroso.

Hester se echó a reír.

–No, ni siquiera es muy decoroso –dijo, y volvió a reír muy oportunamente, porque justo en ese momento se abrió la puerta y entró Alec Osborn.

–¿Qué no es ni siquiera muy decoroso? –preguntó.

–Una cosa que le estaba contando a Emily –contestó Hester, exagerando su risa–. Pero eres demasiado joven para saberlo. Tienes que observar el decoro a toda costa.

Osborn sonrió y, al mismo tiempo, frunció ligeramente el ceño.

–Se os ha caído algo –señaló, mirando la alfombra.

–Pues sí –dijo Hester–. Una taza de té con leche. Va a dejar una mancha en la alfombra. ¡Qué poco decoroso!

De niña había trasteado mucho entre criados nativos, y había aprendido a mentir. Y tampoco andaba escasa de recursos.

Capítulo XIV

Al oír que, tras aproximarse por la calle mojada, el cupé se detenía delante de la puerta, la señora Warren cerró el libro que estaba leyendo y lo dejó en su regazo. En su atractivo rostro se dibujaba un gesto de agradable expectación que por sí solo revelaba la presencia de interesantes y deseables cualidades en su marido, que en esos momentos introducía la llave en la puerta dispuesto a subir las escaleras para verla cuanto antes. El hombre que al cabo de veinticinco años de matrimonio da pie, con su regreso a casa, a tal gesto de una mujer inteligente tiene que ser, sin duda ni discusión algunas, un individuo con una vida y unas ocupaciones tan interesantes como su carácter y opiniones.

El doctor Warren tenía la constitución mental de un hombre de vida provechosa y plena de sentido, y así habría sido aunque hubiera transcurrido en una isla desierta o en la Bastilla. Poseía ese temperamento que combina acción y aventura y la perspicacia e imaginación de quien arroja luz hasta sobre el más fragmentario de los hechos. Por ser un hombre que llenaba sus días con el ejercicio de una profesión poco dada a los secretos y en la que la mayoría de los misterios se explican por sí mismos, su cerebro era una máquina registradora de impresiones que habrían estimulado en lo más vivo la imaginación de cualquier hombre más aburrido que él, e incitado al sentimiento a alguno menos emotivo.

Entró en la sala sonriendo. Tenía unos cincuenta años y era varonil y de complexión fuerte, muy ancho de hombros. Tenía también muy buen color, y los ojos, la nariz y la barbilla de esos hombres a quienes sería una estupidez tratar de engañar. Se sentó junto al fuego en su sillón y empezó a charlar, como tenía por costumbre, antes de ir con su esposa a cambiarse para la cena. Cuando durante la jornada estaba lejos de casa, pensaba a menudo en el momento de llegar a casa para tener esas charlas, y siempre tomaba buena nota de las cosas para contárselas a su Mary. Ella, a lo largo del día, que dedicaba en exclusiva a deberes y placeres femeninos, hacía con frecuencia exactamente lo mismo y, entre las siete y las ocho de la tarde, ambos tenían oportunidad de entregarse a sus deliciosas conversaciones. Aquella tarde, el señor Warren cogió el libro de su esposa y le echó un vistazo antes de hacer, como siempre, unas cuantas preguntas y dar otras tantas respuestas. Pero la señora Warren, en cuanto advirtió en él alguna que otra mirada perdida, se dio cuenta de que estaba preocupado. Así que aguardó tranquilamente a que se levantara del sillón, esperó que empezara a andar de un lado a otro con las manos en los bolsillos y la cabeza hacia atrás, y, en cuanto vio que fruncía el ceño y empezaba a silbar suavemente, lo interrumpió sin miedo, como cumpliendo con una costumbre establecida.

–Estoy completamente segura –dijo– de que tienes entre manos otro Caso Extraordinario.

Las dos últimas palabras las pronunció como entre comillas. De los múltiples y fascinantes intereses que su marido aportaba a su existencia, los Casos Extraordinarios eran de los más absorbentes. Empezó a comentarlos con ella el primer año de casados. De hecho, además, fue ella quien por casualidad se topó con el primero en el curso de sus quehaceres personales. Luego, su claridad de ideas y la sagacidad con que recopiló pruebas le fueron a él de tanta utilidad que a partir de entonces, cuando aparecían nuevos casos, recurría a menudo a su mujer por la ayuda que las simples deducciones lógicas que entre los dos entretejían le pudiera reportar. La señora Warren se había acostumbrado a esperar el Caso Extraordinario con una sensación rayana en la impaciencia. A veces, era cierto, el incidente era muy penoso, pero, invariablemente, resultaba interesante y, en ocasiones, también indescriptiblemente revelador. De nombres y personas ella no tenía por qué saber nada; con el dramatismo y la ética bastaba. Así que, por el respeto incuestionable que sentía por el secreto profesional, no le hacía a su marido ninguna pregunta que no pudiera responder con libertad, y evitaba seguir, siquiera inocentemente, cualquier indicio. El Caso Extraordinario tal cual era siempre suficiente. Por ello, al advertir un matiz remotamente especulativo en la mirada del señor Warren, sospechó que había vuelto a tropezarse con uno de esos casos, y, cuando lo vio levantarse del sillón y dar vueltas por la habitación con ese aire inquieto, y acto seguido arrancar sin darse cuenta con ese silbido sólo mínimamente más sonoro que el ruido de la respiración, supo que había acumulado pruebas suficientes y se dispuso a intervenir.

El señor Warren se detuvo y se volvió hacia ella.

—Mi buena Mary —dijo sin más preámbulos—, lo extraordinario del caso radica en que resulta asombroso precisamente porque es ordinario.

—Bueno, pero eso no es nada frecuente, al menos. ¿Cómo calificarías su naturaleza? ¿Espantosa, triste, excéntrica? ¿Es de locos o de cuerdos? ¿Se ha producido entre criminales o en el seno de una familia?

—Nada de eso, pero es muy sugerente y, como el asunto es misterioso, me siento menos un médico serio, que es lo que soy, que un detective profesional.

—¿Se trata, pues, de un caso en el que tal vez vayas a necesitar ayuda?

—Se trata de un caso en que, si veo que resulta necesaria, me sentiré obligado a ofrecer mi ayuda. La mujer es excepcionalmente agradable.

—¿Y eso es bueno, malo o da igual?

—De una bondad, diría yo, que impide a su cerebro desarrollar la actitud que hoy exige, en mera defensa propia, este mundo brutal, una bondad que quizá la haya traicionado y metido en el más lamentable de los aprietos.

—Un aprieto de tipo... —sugirió la señora Warren.

—Un aprieto de ese tipo —sentenció el señor Warren con mirada de preocupación—. Pero está casada.

–Dice que está casada.

–No, no lo dice, lo *parece*. Es lo principal del caso. Nunca en mi vida me había topado con una mujer que exhibiera de un modo tan patente el respetable sello del matrimonio británico.

La señora Warren adoptó una expresión asaz *intriguée* que, pese a todo, no carecía de espontaneidad.

–Pero si exhibe el sello y también el nombre... ¡Cuéntame todo lo que se pueda contar! Ven aquí, siéntate, Harold.

Harold se sentó y entró en detalles.

–He tenido que visitar a una dama que, si bien no se encuentra enferma, parecía fatigada por la premura de un viaje y, a mi parecer, tenía síntomas de haber reprimido mucha ansiedad y nerviosismo. La encontré en una pensión de mala muerte en una calle de tercera categoría. Parecía un sitio muy escasa y apresuradamente acondicionado y con motivo de algún imprevisto. Era obvio que habían invertido algún dinero, pero no habían tenido tiempo de arreglar bien la casa. No es la primera vez que veo algo así y, cuando me llevaron al cuarto de estar de mi paciente, ya imaginaba con qué me iba a encontrar. Siempre es más o menos lo mismo: una chica o una mujer muy joven, guapa, refinada y atemorizada, o guapa, vulgar y orgullosa, transparente en sus pretensiones y con mucho gracejo y muchos aires. Pero en absoluto, nada más lejos de la realidad.

–¿No era joven ni guapa?

–Treinta y cinco o treinta y seis, muy lozana y con buen tipo, y una mirada cándida como la de una niña de seis años. Muy discreta y de modales exquisitos, pero algo preocupada por su salud. Su confianza en mis consejos y su sincera intención de obedecer hasta la más nimia de mis instrucciones me han parecido conmovedoras. Diez minutos de conversación han bastado para que saliera a la luz mi profunda, y durante tanto tiempo oculta, naturaleza romántica. Mentalmente le juré lealtad.

–¿Te ha dicho que su marido está fuera?

–Me ha sorprendido especialmente que ni siquiera se le haya ocurrido que su marido debe estar al corriente de la situación, lo cual es de una ingenuidad impresionante. Pero, si no ha hablado con su madre o sus tíos, ¿por qué iba a hacerlo con su marido? Su actitud mental es de una transparencia increíble. Quería ponerse en manos de un médico y, aunque se hubiera tratado de una dama amable pero en absoluto brillante de la mismísima casa real, se habría dirigido a mí exactamente como lo ha hecho.

–¿Tan respetable es?

–Hasta un tanto victoriana, mi querida Mary. Una especie de límpido y sano ángel de la mejor época victoriana.

–Detecto, sin embargo, cierta incoherencia en el personaje. Porque resulta

evidente que se está escondiendo... en una pensión de mala muerte –observó la señora Warren, entregándose a sus reflexiones.

–No te puedo describir hasta qué punto. Y aún no te lo he contado todo. Quería dejar para el final el elemento que de forma concluyente le da derecho a constituirse en Caso Extraordinario. Supongo que cuando uno, o una, hace algo así es porque no le falta sentido dramático.

–Cuéntamelo todo –rogó la señora Warren interrumpiendo sus especulaciones.

–¿Qué conclusión decorosa *puede* uno sacar del hecho de que en la mesita hubiera una carta sellada con un imponente escudo de armas (habiéndose los ojos de uno topado accidentalmente con la misiva, uno, naturalmente, se vio obligado a hacer los mayores esfuerzos para no volver a mirar)? Como es de suponer, no pude establecer nada definitivo. Asimismo, cuando anunciaron mi inesperada llegada, observé que apartaba rápidamente la mano de los labios. Estaba besando una sortija que tenía, y, mi buena Mary, no pude dejar de fijarme, era un enorme y rutilante rubí digno de las *Mil y una noches*.

La señora Warren empezaba a resignarse.

–No –dijo–, no se puede extraer ninguna conclusión decorosa. Es trágico y prosaico al mismo tiempo. Habrá sido gobernanta o dama de compañía en alguna mansión. Hasta es posible que sea de buena cuna. Para ella, por otra parte, la situación debe de ser diez veces más espantosa que para una jovencita. Tiene que ser estremecedor saber que tanto tus amigas como tus enemigas dicen que no tienes excusa, porque ¿cómo alegar en tu defensa que eras demasiado joven para saber lo que hacías?

–Lo que dices bien podría ser cierto –admitió el señor Warren–, pero la verdad es que no parece que para ella sea tan estremecedor. Parece tan desgraciada como tú o como yo. Está impaciente, ansiosa, nada más, pero podría asegurar que lo está por un motivo muy concreto. Le juré lealtad eterna en el mismo momento en que la oí decir: «No quiero contratiempos... hasta después. Me da igual lo que pueda pasarme. Lo aguantaré todo, haré lo que me pida. Sólo una cosa es importante. Prometo ser una paciente excelente»; y se le llenaron los ojos de lágrimas y apretó los labios con gran decoro para que no le temblaran.

–Normalmente no se comportan así –señaló la señora Warren.

–Nunca se comportan así –aseguró su marido.

–Tal vez crea que se va a casar con ella.

El doctor Warren profirió una extraña, de tan inesperada, carcajada.

–Mi querida esposa, si la hubieras visto... Me río por lo absurdo de la situación. Con su rubí y su corona nobiliaria, instalada en una pensión de mala muerte... pero es de una impecabilidad... Ni se le pasa por la cabeza que alguien pueda dudar de su palabra. Quince años de matrimonio en South Kensington, tres niñas en edad escolar

y cuatro niños en Eton no habrían cristalizado en serenidad más incuestionable. Y ahora tú dices, completamente en serio: «Tal vez crea que se va a casar con ella». No sé cuál será la situación en realidad, pero, sea cual sea, estoy totalmente seguro de que ella nunca se lo ha planteado.

–Entonces –dijo la señora Warren–, se trata del Caso más Extraordinario con el que nos hayamos topado.

–Pero le he jurado lealtad –concluyó el señor Warren–. Y ya me irá contando más adelante... –Negó con la cabeza como si dudara–. Sí, más adelante sentirá la necesidad de contarme más.

Subieron a cambiarse para la cena y el resto de la velada, que pasaron a solas, la dedicaron casi por entero a charlar del asunto.

Capítulo XV

Aunque inesperada, la partida de lady Walderhurst de Palstrey se llevó a cabo con tranquilidad y pareció de lo más natural. Los Osborn sólo supieron que se había visto obligada a marcharse a Londres un par de días y que, una vez allí, el médico le había aconsejado pasar una temporada en un balneario alemán. Emily escribió una bonita carta dando explicaciones y pidiendo disculpas: no podía regresar al campo antes del viaje y probablemente, dadas las circunstancias, volvería ya con su marido, que llegaría a Inglaterra en el transcurso de los dos meses siguientes.

–¿Sabe ya cuándo va a volver? –preguntó a su mujer el capitán Osborn.

–Le ha escrito para pedirselo.

Osborn sonrió.

–Se sentirá en la obligación de hacerlo. Está tremendamente satisfecho con la importancia que puede adquirir en este momento tan particular. Como tú y yo sabemos, es de esos hombres a quienes les encanta que los llamen para ponerse al frente de asuntos que suelen ser cosa de viejas.

De la carta que había visto en la bandeja del correo y cogido para examinarla ya se había encargado. Ésa, al menos, no llegaría a su destinatario. Después de informarse oportunamente de lo sucedido con la barandilla del puente, había tenido la astucia de dar por supuesto que la carta escrita inmediatamente después del incidente comunicaría tales impresiones que hasta un hombre como el marqués pensaría que su presencia en la casa se hacía completamente necesaria. La mujer se había asustado y, a buen seguro, había perdido la cabeza y actuado como una tonta. En pocos días se tranquilizaría y el episodio perdería relevancia. En todo caso, sin embargo, él ya se había encargado de la carta.

Osborn no sabía, sin embargo, que el azar había intervenido en su favor. Lord Walderhurst se hallaba temporalmente indispuesto por culpa de una mala digestión y había tenido que alterar sus planes por un repentino aunque nada peligroso acceso de fiebre, tras el cual había recibido órdenes de retirarse a una región montañosa donde el correo llegaba a duras penas. En consecuencia, varias cartas de su mujer se extraviaron y, aunque finalmente llegaron a su destino, lo hicieron con mucho retraso. En el preciso instante en que el capitán Osborn hablaba de él con Hester, el marqués cuidaba de sí mismo a regañadientes y con la ayuda de un médico e, irritado por la imprevista interrupción de sus planes, dedicaba, hay que decirlo, relativamente poco tiempo a pensar en su esposa, quien, por otra parte, encontrándose cómodamente instalada en Palstrey Manor, debía, él no tenía la menor duda, de dedicarse gozosamente al cuidado de la joven señora Osborn.

–¿A qué balneario alemán ha ido? –preguntó Alec Osborn.

Hester consultó la carta con lánguido interés.

–Qué propio de ella no tomarse la molestia de decírnoslo –respondió–. Tiene la manía de contarte cosas que no te interesan y se le olvidan las interesantes. Habla con todo detalle de su salud y de la mía y de cuánto nos aprecia. Es evidente que espera que volvamos a la Granja de los Perros y deplora su falta de hospitalidad con varios adjetivos.

No daba la impresión de interpretar un papel, pero lo estaba interpretando, y lo estaba interpretando bien. Era el papel de mujer egoísta y de mal carácter que acumula rencor cuando se ve obligada a abandonar un sitio en el que se encuentra cómoda.

–Veo que no sientes por ella más aprecio que yo –dijo Osborn tras observarla unos instantes. ¡Si hubiera confiado en ella como había confiado en Amira!

–¿Y por qué voy a sentir aprecio? –dijo Hester–. A una mujer rica le es muy fácil ser amable y simpática. Para ella no es una exigencia y no le cuesta tanto.

Osborn se sirvió un whisky con soda bien cargado. Regresaron a la Granja de los Perros al día siguiente y, aunque antes ya tenía por costumbre tomarse unos cuantos a diario, incrementó el número de «tragos» hasta que apenas quedaron en el día horas en las que supiera lo que hacía.

El balneario alemán de lady Walderhurst estaba mucho más cerca de Palstrey de lo que nadie sospechaba: a pocas horas de ferrocarril.

Cuando, tras pasar el día en un tranquilo alojamiento de Londres, la señora Cupp volvió al lado de la marquesa y le informó de que había pasado por la casa de Mortimer Street y averiguado que la viuda que se había hecho con el mobiliario y el contrato de arrendamiento había tenido mala suerte y sufrido la falta de asiduidad de los inquilinos y sólo deseaba traspasar el negocio en condiciones no demasiado ruinosas, Emily lloró de alegría.

–¡Oh, cuánto me gustaría vivir allí! –dijo–. Era una casa tan bonita. Y ¿quién se va a imaginar que he vuelto? Además, no necesito a nadie más que a Jane y a usted. Es un sitio seguro y tranquilo. Dígale a esa señora que tiene usted una amiga a quien puede traspasar el contrato por... digamos un año, y que está dispuesta a pagar lo que sea.

–No pienso decirle nada de eso, milady –fue la sagaz respuesta de la señora Cupp–. Le haré una oferta en dinero contante y sonante y zanjaremos el asunto sin más preguntas. A esas personas les ofrecen alguna vez contratos temporales de alquiler que resultan más provechosos que seguir teniendo inquilinos. Todas las clases tienen sus problemas y a veces se encuentra gente que quiere alquilar sólo por unos meses una casa decente y que pueda pagar. Le haré una oferta y no se hable más.

A raíz de esta conversación, a la mañana siguiente y por primera vez en muchos meses, la viuda salió de su domicilio con el bolso cargado y la cabeza despejada. Esa

misma noche, ingenuamente inconsciente de estar encarnando el papel de dama en *ese tipo de aprietos* y amparada por la discreta penumbra de un coche de alquiler, la buena y decorosa Emily Walderhurst se trasladó a Mortimer Street. Cuando se vio en la «mejor habitación» de la casa, que tan lejos había estado en otro tiempo de su alcance, y comprobó que sus cuatro sosas paredes, el tocador de caoba y los feos cojines con volantes eran, sin el menor toque melodramático, de lo más corriente y fiable, volvió a llorar de alegría.

–Es tan acogedora... –dijo, y a continuación, valientemente, añadió–: Es un sitio muy cómodo, lo digo de verdad.

–Lo arreglaremos y será mucho más alegre, milady –dijo Jane, que apreciaba sinceramente la casa y agradecía haber vuelto a ella–. Me da tanta tranquilidad estar aquí que para mí es como estar en el Paraíso. –Se dirigió a la puerta pero, antes de salir, se detuvo–: Ninguna persona blanca o negra va a pisar este felpudo, exceptuando a madre y a mí... –declaró, y se tomó la libertad de añadir–: hasta que vuelva el señor marqués.

Emily imaginó al señor marqués pisando el felpudo de aquella vivienda de Mortimer Street en busca de su marquesa, y se puso nerviosa. Aún no había tenido un momento para escribirle contándole el episodio del vaso de leche y la súbita confesión de Hester Osborn. Se había dedicado por completo a los laboriosos preparativos del viaje para que todo pareciera natural. Hester, que era muy astuta, había sugerido todos y cada uno de los pasos que debía dar y la había secundado en todo momento. Emily temía, no obstante, por ella, porque, a pesar de todo, podía delatarse con riesgo de graves consecuencias. No había tenido tiempo para escribir, no, pero cuando James recibiera su próxima carta (últimamente, cuando pensaba en él, muchas veces lo llamaba «James»), sabría lo único en realidad importante: que ella deseaba que volviera. Le pedía disculpas por los trastornos que pudiera causar a sus planes, pero, en efecto, le solicitaba con firmeza que regresara a su lado.

«Creo que volverá –se decía–. Sí, creo que lo hará. ¡Me voy a poner tan contenta! Tal vez no haya sido muy sensata, tal vez haya cometido algún error pero, si sigo en lugar seguro y no me ocurre nada hasta que él vuelva, habremos conseguido lo más importante.»

Dos o tres días en aquella casa que tan familiar le resultaba, atendida únicamente por dos criaturas que tan bien conocía, bastaron para que recobrarla la tranquilidad y el equilibrio. La vida volvió a ser confortable y prosaica. Gracias a la iniciativa de Jane y a sus recuerdos del mobiliario de Palstrey, la mejor habitación de la casa y el cuarto donde pasaba el día se llenaron de alegría. Jane le llevaba el té por la mañana, la señora Cupp estaba al mando en la cocina. El simpático médico, de quien tantas cosas buenas habían oído decir, iba y venía dejando a su paciente con la sensación de que entre ellos podía estar forjándose una amistad. Y parecía muy bueno y sagaz.

Emily recuperó su sonrisa infantil. La señora Cupp y Jane comentaban en privado que, si no fuera una dama ya casada, tendrían la sensación de que disfrutaban de nuevo de la compañía de la señorita Fox-Seton. Volvía a ser la misma de siempre, con su buen color y sus preciosos y alegres ojos. ¡Parecía mentira que se hubieran producido tantos cambios y hubieran pasado tantas cosas!

Los londinenses no saben nada –o lo saben todo– de sus vecinos. Los que vivían en Mortimer Street pertenecían a la clase –muy– trabajadora, y vivían de alquiler con no pocas inquietudes siempre relacionadas con la renta, los impuestos y la cuenta del carnicero para tener encima que preocuparse de sus vecinos. La vida en la casa de huéspedes que había cambiado de manos no ofrecía nada digno de atención. Parecía, desde fuera, la misma de siempre. La entrada estaba impoluta, el lechero seguía dejando su mercancía dos veces al día y los repartidores del barrio entregaban la suya como era su costumbre. De vez en cuando venía un médico a visitar a alguien y la única persona que se interesó por la paciente (una criatura afable a quien la señora Cupp había conocido en el puesto de verduras y con quien tenía las conversaciones típicas de buena vecindad) fue informada de que las damas que vivían mano sobre mano en apartamentos amueblados encontraban muy interesante recibir a médicos para que les trataran dolencias por las que las mujeres trabajadoras no tenían tiempo de preocuparse. La señora Cupp, al parecer, opinaba que las visitas del médico y los frascos de medicina eran muy entretenidos. La señora Jameson tenía muy buen color y tanto apetito como usted o como yo, pero afirmaba que se resfriaba con facilidad y le daban mucho miedo las corrientes.

El interés del doctor Warren por su Caso Extraordinario aumentaba con cada visita. No volvió a ver la sortija de rubí. Después de su primera visita, la señora Cupp había llamado la atención de lady Walderhurst explicándole que esa sortija no era congruente con una habitación en una primera planta de Mortimer Street. Emily se había asustado y se la había quitado.

–Pero lo que más me molesta cuando llega el doctor –le confesó Jane a su madre con nerviosismo– es la mirada de milady. Ya sabes de qué mirada hablo, madre, esa tan amable y desenvuelta que no puede evitar, esos ojos de *buena*. Pero nunca nos hemos *atrevido* a hablar con ella. Tendríamos que decirle que es muy probable que el doctor se imagine lo que no es. Cuando lo pienso, me enfado, pero, si no pusiera esos ojos, si pareciera más incómoda, o menos digna, o un poquito presumida y nerviosa, sería más coherente. Y hay otra cosa. Ya sabes que siempre ha llevado muy alta la cabeza, incluso cuando no era más que la pobre señorita Fox-Seton y tenía que ir de compras por las calles embarradas de Londres. Pero, desde que es marquesa, y consciente de que lo es, hasta se ha acostumbrado a serlo, y a veces tiene un aire inocentemente señorial. No se da cuenta, pero yo le digo, madre, que, alguna vez, mientras está aquí charlando con su habitual amabilidad, me dan ganas de decirle:

«¡Por favor, milady, si *pudiera* usted dejar de comportarse como si llevara una tiara!».

–¡Ay! –suspiró la señora Cupp, negando con la cabeza–, es que el Creador la ha hecho así. Nació como es ahora, y parece exactamente lo que era al nacer: una mujer respetable.

Entre tanto, el doctor Warren seguía desconcertado.

–Sólo sale por la noche, Mary, para hacer ejercicio. Por lo que dice, veo que se cree la Biblia al pie de la letra, y, si supiera que hay personas que no aceptan el credo de Atanasio, se quedaría horrorizada. Le duelen y sorprenden las maldiciones que contiene ese credo, pero está segura de que haría mal en poner en duda lo que se dice en misa. La excepcionalidad de esta mujer consiste en ser inexplicable.

Poco a poco el doctor Warren y Emily fueron consolidando la amistad que ella había creído posible. El doctor Warren se quedó a tomar el té un par de veces. La franca e insólita hospitalidad de su paciente era tan incompatible con su situación como todo lo demás. Se comportaba con desenvoltura, como si llevara toda la vida recibiendo invitados. Ninguna mujer en circunstancias tan inciertas atendería con tanta soltura sus pequeños deberes sociales. Sus ingenuos comentarios y sus cursivas entusiastas resultaban deliciosos para el hombre que la estudiaba. También él había advertido el magnífico porte que Jane Cupp deploraba.

–Yo diría que es de buena cuna –le comentó a su mujer–. Ninguna mujer corriente se comportaría con esa dignidad.

–¡Ya sabía yo que era de buena cuna, pobrecita!

–No, «pobrecita» no. Una mujer tan feliz como ella no necesita la compasión de nadie. Ha tenido tiempo de descansar y está radiante.

Iban pasando los días y, sin embargo, la marquesa estaba menos radiante cada vez. Todos sabemos lo que es esperar respuesta cuando escribimos al extranjero. Es imposible calcular cuánto tiempo tardarán en contestar a la última carta que enviamos. Quien espera siempre hace cálculos prematuros. Está seguro de que tiene que recibir correspondencia tal fecha en concreto. La carta la pueden escribir un día y llevarla al correo inmediatamente. Pero la fecha que uno ha calculado llega y pasa, y no hay respuesta. ¿A quién no le ha ocurrido?

Emily Walderhurst había tenido esa experiencia y la conocía bien. Ninguna de las cartas que había escrito anteriormente, sin embargo, había sido de importancia vital. Es cierto que, cuando la respuesta tardaba, aguardaba con impaciencia al cartero y estaba muy inquieta, pero había aprendido a resignarse a lo inevitable. Ahora la vida había cambiado en la forma y en el fondo. Con ayuda de la imaginación, que nunca había puesto a prueba, se esforzaba en figurarse el momento en que su marido recibía la carta y leía lo que tenía que leer. Se preguntaba si reaccionaría con sobresalto, si se asombraría, si sus ojos, medio grises medio castaños, brillarían de alegría. ¿Y si no

quería verla? ¿Y si no contestaba de inmediato? Cuando pensaba en la carta del marqués, no pasaba de las primeras líneas:

Mi querida Emily:

La magnífica e inesperada noticia que me das en tu carta supone para mí la mayor de las satisfacciones. Quizá no sepas hasta qué punto deseaba...

Se ponía colorada de felicidad al llegar a este punto y tenía que sentarse. Ojalá fuera capaz de imaginar el resto de la carta.

Calculó con mucho cuidado la probable fecha de llegada contando con los posibles retrasos. Con la ayuda de Hester se había asegurado de que sus cartas llegaran a su destinatario. Se las enviaba a unos banqueros, y ellos las remitían al marqués. Las cartas de la India eran poco importantes e infrecuentes: así pues, se dijo, esta vez tendría que ser todavía más paciente de lo normal. Cuando llegase la carta, si Walderhurst le decía que creía conveniente volver, la extraña aventura que había tenido que vivir habría merecido la pena. Cuando viera el decoroso y noble rostro y oyera la perfecta y educada voz de su marido, lo demás sería un mal sueño.

Al principio y gracias a la decencia, alivio y tranquilidad que se respiraban en la primera planta de Mortimer Street, los días transcurrieron con rapidez, pero, a medida que se acercaba la fecha calculada, era imposible reprimir una natural impaciencia. Consultaba mucho el reloj y no dejaba de pasearse por la habitación. Se alegraba de que llegara la noche para poder irse a la cama, y por la mañana se alegraba también, porque faltaba un día menos para que todo acabase.

–Hoy no se encontraba bien –le comentó una tarde el doctor Warren a su mujer–. Cuando he llegado, estaba pálida, nerviosa. Se lo he dicho y me ha respondido que había sufrido una gran decepción. Ayer esperaba una carta importante y no llegó. Claramente, estaba en horas bajas.

–Puede que estos días de atrás estuviera de tan buen ánimo porque creía que esa carta estaba a punto de llegar –sugirió la señora Warren.

–Eso creía, sin duda.

–Y, tú, Harold, ¿qué crees?

–¿Yo? Es ella quien lo cree. Daba pena ver lo mucho que se esforzaba para que no notara su impaciencia. Me ha dicho que, en el extranjero y si uno está muy ocupado, el correo se puede retrasar por muchos motivos.

–Por muchos motivos, yo opino lo mismo –dijo la señora Warren con amargura–,

pero, normalmente, no por los que dan las mujeres que esperan, y desesperan.

El doctor Warren, que se había acercado a la chimenea, contemplaba el fuego con el ceño fruncido.

–Quería contarme o preguntarme algo –dijo–, pero no se ha atrevido. Es como una niña buena que ha hecho alguna trastada. No creo que tarde mucho en hablar.

Los días iban pasando y cada vez parecía más una niña buena que ha hecho alguna trastada. Llegaba el correo, pero sin carta para ella. No comprendía por qué. Perdió su buen color. Mataba el tiempo inventando causas para el retraso. Ninguna era deshonrosa ni suponía menoscabo para lord Walderhurst. Ella se aferraba sobre todo a motivos de salud. Siempre había una razón para no escribir si un hombre no se encontraba bien. Pero, si hubiera empeorado, lo habría sabido por su médico. No quería considerar esa posibilidad, pero, por otra parte, si estaba débil y tenía fiebre, habría ido posponiendo la redacción de la carta un día tras otro. El motivo era plausible, porque el marqués nunca fue un corresponsal pródigo. Sólo escribía con decente regularidad, por así decirlo, cuando tenía tiempo libre.

Por fin, sin embargo, un día que la espera se hacía especialmente penosa y, sin ánimo para hacerle frente, contaba los minutos echada en el sofá mientras Jane hacía pesquisas fuera de casa, oyó de pronto que su doncella subía las escaleras con tanto apremio y alegría que alimentó nuevas esperanzas.

Se incorporó con un brillo en el rostro y la mirada ansiosa. ¡Qué tonta había sido! ¿Por qué se había preocupado tanto? Ahora... ahora todo sería distinto, se dijo, y dio gracias a Dios por haber sido tan bueno con ella.

–Creo que me has traído una carta, Jane –dijo en cuanto se abrió la puerta–. Lo sé por lo rápido que has subido.

Los ojos de Jane, era conmovedor, brillaban de alivio y afecto.

–Sí, milady, aquí la tengo. En el banco me han dicho que ha llegado en un vapor que venía con retraso por culpa del mal tiempo.

Emily cogió el sobre. Le temblaba la mano, pero de alegría. Se olvidó de que Jane estaba delante y lo besó antes de abrirlo. Debía de ser una carta larga y preciosa, porque era bastante grueso.

Al abrirla comprobó, sin embargo, que no era muy larga. El marqués había adjuntado varias hojas de notas o instrucciones (qué más daba lo que fueran). Como a Emily le temblaban las manos, se le cayeron al suelo. Estaba tan nerviosa que Jane prefirió retirarse discretamente y esperar detrás de la puerta.

Al poco rato se alegró de no haber bajado. La marquesa profirió una exclamación de sorpresa y preocupación, y la llamó.

–¡Jane! ¡Jane, ven aquí, por favor!

No se había levantado del sofá y estaba pálida y temblorosa. Tenía la carta en la mano, apoyada en el regazo. Parecía perpleja, abatida, indefensa.

–Jane –dijo con un hilo de voz–, creo que vas a tener que darme un vaso de vino. No voy a desmayarme, no creo, pero estoy muy... preocupada.

Jane se arrodilló a su lado.

–Por favor, milady, échese –suplicó–. Por favor...

Emily no se tumbó. No dejaba de temblar. Miró a Jane confusa, con lástima.

–No es posible –balbució– que el marqués haya recibido mi carta. No es posible... No dice nada... ni una palabra...

Era una mujer muy equilibrada, no tenía ataques de nervios, y nunca se había desmayado, así que no comprendía por qué, mientras hablaba, Jane no dejaba de moverse a derecha e izquierda, ni por qué se hacía de noche en plena mañana.

Jane tuvo que emplear toda su fuerza para que no se cayera del sofá y, al conseguirlo, dio gracias a Dios. Alargó como pudo la mano para alcanzar la campanilla. En cuanto la oyó, la señora Cupp subió las escaleras trabajosamente pero con la máxima rapidez.

Capítulo XVI

Racional y perspicaz por naturaleza, la señora Warren tenía con su marido una estrecha intimidad intelectual que le permitía aprovechar la amplia experiencia de éste y aumentaba su capacidad de razonamiento y deducción. El doctor Warren tenía a menudo la sensación de que hablar con ella era como consultar con un compañero de profesión especialmente sagaz y comprensivo. Invariablemente, las sugerencias o conclusiones de su mujer merecían toda su consideración. Más de una vez y tras reflexionar sobre ellas, había obtenido excelentes resultados. Una noche le hizo un comentario sobre el Caso Extraordinario que le sorprendió por su insólita agudeza.

–¿Es una mujer intelectual? –preguntó la señora Warren.

–Ni mucho menos. Una persona pródigamente brillante podría sentirse con derecho a llamarla tonta.

–¿Es muy habladora?

–Tampoco. Uno de sus encantos es el bonito respeto que al parecer tiene por la opinión de los demás.

–Y no se pone nerviosa con facilidad.

–Más bien al contrario. Si los nervios fueran una manifestación de viveza, ella sería aburrida.

–Comprendo. –Despacio–: ¿Has considerado la posibilidad de que sea víctima de una falsa ilusión?

Warren se volvió rápidamente y la miró.

–Eso que dices me parece extraordinariamente inteligente. ¿Una falsa ilusión? – Se puso en pie para sopesar la idea.

–¿Te acuerdas –dijo ella acudiendo en su ayuda– de las complicaciones que acarreó la huida de la joven señora Jerrold a Escocia en similares circunstancias? ¿Recuerdas que se ocultó en la cabaña de un pastor porque tenía la sensación de que su marido había contratado a unos detectives para que la siguieran? ¿Te acuerdas de lo encantadora que era y del miedo que le daba aquel pobre diablo?

–Sí, sí. El suyo fue otro Caso Extraordinario.

La señora Warren había entrado en calor.

–Pues ahora tenemos a una mujer que, como es obvio, se oculta del mundo en una pensión, una mujer que, como es obvio, tiene dinero, que tiene también una sortija con un rubí enorme, que recibe documentos que llevan sello nobiliario, que sólo sale de noche y que está preocupada por cierta carta que no acaba de llegar. Todo apunta en una dirección muy turbia y dolorosa. Por otra parte, a ti te da la impresión de que tiene los modales y la apariencia de una mujer en absoluto turbia y que, sencillamente, está inquieta por algo que una persona turbia se tomaría con total indiferencia. ¿No sería posible, pues, que sus nervios se hayan alterado de tal manera

que el peligro del que cree que tiene que ocultarse sea imaginario?

Naturalmente, el doctor Warren se tomó la idea muy en serio.

–Me ha dicho –reflexivo– que lo único importante es estar a salvo. «Quiero estar a salvo» fueron sus palabras exactas. Has estado muy perspicaz, Mary, como siempre. Mañana volveré a visitarla. Pero –como resultado de otro recuerdo–, ¿si vieras lo cuerda que *parece*!

El doctor pensaba al día siguiente en tal explicación al entrar en la casa de Mortimer Street y subir las escaleras. Eran las típicas de una casa de huéspedes, aunque no tan mugrientas, porque las Cupp habían tapado la raída moqueta original con otra de un color cálido. El amarillento papel pintado a imitación del mármol deprimía a todo el que lo miraba, el indeterminado color pardusco de la pintura llevaba años desafiando a la niebla. La casa tenía tan pocas cosas que sus propietarios debían de creer que bastaba con cambiar la decoración sólo de vez en cuando.

Jane, sin embargo, había hecho un gran esfuerzo para mejorar la sala donde la marquesa pasaba los días. Había ido introduciendo paliativos poco a poco y con discreción suficiente para no llamar la atención de vecinos poco acostumbrados a las camionetas de las tiendas de muebles y sus lujosas mercancías. Colocó una alfombra nueva y sustituyó gradualmente algunos objetos por otros más útiles y agradables a la vista. El doctor Warren, que había sido testigo de los cambios, tenía pruebas de que en la casa no faltaba el dinero. Además, la joven doncella no se limitaba a tratar a su señora con respeto y educación: también la atendía muy solícitamente y sentía por ella un afecto rayano en la adoración. Jane Cupp era garantía de decoro y estatus. Las jóvenes como ella evitaban exponerse a circunstancias cuestionables. Cuando Jane puso la mano en la puerta del cuarto de estar para anunciar al doctor Warren, éste pensó que esa misma tarde le diría a su esposa que era incontrovertible que, si la señora Jameson fuera la heroína de un drama doméstico poco convencional, Jane Cupp, una joven con sentido del deber, se habría sentido obligada a dejar aquella casa –«si no tiene inconveniente, señora»– hacía más de seis meses. Y, sin embargo, allí estaba, con su bonito vestido y su limpio delantal –detalle evidente de que apreciaba su trabajo–, y su joven y decente rostro, siempre dispuesta e interesada.

El día era frío y nublado, pero el cuarto de estar estaba caldeado gracias al fuego de la chimenea. La señora Jameson estaba sentada en su escritorio. Tenía delante unas cartas que había estado releendo. Había perdido su aspecto saludable y estaba un poco demacrada. Levantó la vista del escritorio y miró al médico con desconcierto.

«Ha sufrido alguna conmoción. ¡Pobre mujer!», pensó Warren, y se dirigió a ella con la amabilidad y la inteligencia que lo caracterizaban. Se preguntaba si su paciente no empezaría por fin a confiar en él, a hacerle confidencias. Al parecer, la conmoción sufrida –por la razón que fuera– la había dejado en la situación de una mujer que no sabe lo que está ocurriendo. Se notaba en su semblante ingenuo y angustiado. El

médico tenía la sensación de que se preguntaba qué debía hacer, y de que no era improbable que acabara por preguntárselo a él. No sería la primera vez, sólo que normalmente las mujeres añadían chocantes detalles acompañados de gimoteos y apelaban a su caballerosidad en busca de una ayuda imposible. A veces le imploraban que acudiera a ciertas personas, o que utilizara sus influencias.

Emily respondió a sus preguntas con el buen juicio de siempre. No se encontraba bien. Se había desmayado el día anterior.

—¿Por alguna razón en particular? ¿Estaba preocupada por algo? —se interesó el doctor Warren.

—Me desmayé porque... he sufrido una gran decepción —respondió Emily titubeando—. Ayer recibí una carta que... No era la carta que yo esperaba.

Razonaba como una mujer desesperada. No entendía nada. Era inexplicable que su carta, la que ella había escrito, no mereciera respuesta, que James ni siquiera la mencionara.

—No he dormido en toda la noche —añadió.

—Eso no se puede repetir.

—No podía dejar de darle vueltas a la cabeza —con nerviosismo.

—Me doy cuenta —respondió el doctor Warren.

Quizá, pensó Emily, tendría que atreverse a no decir nada. Tal vez fuera lo más seguro. Pero, si no corría el riesgo de pedir consejo, se sentiría mucho más sola, y eso la asustaba. La India estaba a muchos miles de kilómetros y las cartas tardaban una eternidad en ir y volver. Acabaría enferma de impaciencia antes de recibir la respuesta a una segunda carta. Tal vez, además, el pánico la dejara en una posición ridícula. ¿Cómo mandar a buscar a lady Maria y pedirle que fuera a Mortimer Street? ¿Qué explicación le daría? Era consciente también de que el sentido del humor de lady Maria le impedía confiar totalmente en ella.

La fuerte y amigable personalidad del doctor Warren, en cambio, le convenían, la ayudaban a pensar con claridad. Aun sin saberlo, sus temores, su simplicidad y la timorata adoración que sentía por su marido no le permitían razonar con lucidez. Había estado demasiado ansiosa y había tenido demasiado miedo.

El médico la observaba con gran interés y no poca curiosidad. Veía que su actitud no era la habitual. No parecía tan desgraciada como la pobre señora Jerrold, pero su estado no era normal.

Prolongó la visita a propósito. Cuando Jane sirvió el té, se quedó a tomarlo, quería dar tiempo a su paciente para que cobrara confianza. Cuando, finalmente, se levantó para marcharse, ella se levantó también. Parecía nerviosa, indecisa. Se dirigió a la puerta.

Emily se acercó impulsivamente.

—No, no se vaya —dijo—. No se vaya, por favor. Tengo que contarle una cosa.

El doctor Warren se volvió. Ojalá Mary estuviera allí. Emily lo miró esforzándose por sonreír, tan bonita como siempre, y, a pesar de su nerviosismo, con la misma y exquisita cortesía.

–Si no estuviera tan confusa... Si tuviera a *alguien* a quien recurrir –dijo–. Si usted pudiera aconsejarme... Tengo que... Tengo que seguir a salvo.

–¿Qué le preocupa? ¿Quiere que hablemos? –preguntó el doctor, con tranquilidad.

–Sí –respondió Emily–. Estoy muy nerviosa... y estoy segura de que no es bueno estar nerviosa a todas horas. Hasta ahora no me he atrevido a decírselo a nadie. No me llamo Jameson, doctor Warren. Me llamo... me llamo Emily Walderhurst, lady Walderhurst.

El doctor Warren no pudo evitar un sobresalto. Tenía que admitir que no esperaba algo así. Pero Mary estaba en lo cierto.

Emily se sonrojó hasta las orejas. El doctor no la creía.

–Pero *es* verdad –protestó–. *Es* verdad. Me casé el año pasado. Mi nombre de soltera es Emily Fox-Seton. Tal vez se acuerde.

No había reaccionado con desprecio ni indignación. Parecía igual de siempre, tal vez un poco más agitada. Lo miraba directamente a los ojos, sin dudar. ¡Cielo Santo! Y si...

Emily se acercó al escritorio y cogió algunas cartas. Todas llevaban el mismo sello. Se las ofreció casi con serenidad.

–Tendría que haber pensado que le parecería raro –dijo con su agradable voz–. Espero no equivocarme si se lo cuento y espero que usted no se preocupe demasiado, pero ya *no puedo* cargar con ello yo sola.

Después de lo cual, contó su historia.

Su amistad era tan franca y sin adornos que para el doctor Warren escucharla era algo de lo más extraordinario y la prefería a una persona más imaginativa. No dejaba de conmoverlo la evidente incapacidad de Emily para aceptar villanías y sucesos fuera de lo común, un rasgo que se combinaba con su decidida voluntad por diluirse del todo en el sincero afecto que sentía por el único objeto de su existencia. Pero un hombre de la experiencia del doctor Warren tampoco podía dejar de sonreír ante el escaso conocimiento del mundo de su paciente, tan indefensa en el terreno práctico. Ante tales muestras de exceso de humildad y candor, que la convertían en un drama en sí misma.

–Quizá me equivoqué al huir. Quizá sólo una mujer tan tonta como yo haría algo tan raro y poco convencional. Pero no se me ocurrió otra solución para mi seguridad mientras esperaba el consejo de lord Walderhurst. Así que ayer, cuando llegó su carta y... no decía nada de lo que yo le conté... –Se le quebró la voz.

–El capitán Osborn impidió que su carta llegara al correo. Lord Walderhurst no ha podido leerla.

Fue como volver a la vida. Era tal el desconcierto de Emily, estaba tan asustada, que había llegado a pensar que un hombre tan ocupado tal vez...

–No puede haber para un hombre de su posición una noticia más importante. Es lo más emocionante que...

–¿Lo dice *de verdad*? –preguntó Emily, levantando la cabeza con renovada valentía. Había recuperado el color.

–No puede ser de otra manera. Es, se lo aseguro, lady Walderhurst, *imposible* que sea de otra manera.

–Le estoy tan agradecida... –dijo con candor–, me alegro *tanto* de habérselo contado...

El doctor Warren no había visto en su vida nada tan atractivo ni tan conmovedor como aquellos hermosos ojos y aquella sonrisa de niña grande.

Capítulo XVII

La fiebre en principio ligera que atacó a lord Walderhurst cobró proporciones que su médico no había anticipado. Era molesto no poder cumplir con sus obligaciones y le fastidiaba enormemente. No era, de ningún modo, un buen paciente y, viendo su estado mental, al cabo de unas semanas los médicos tuvieron motivos para estar muy preocupados. Un día después de haber confesado sus inquietudes al doctor Warren, Emily recibió una carta del médico de su marido en la que le notificaba la situación: era necesario extremar los cuidados, había que evitar al marqués cualquier emoción. Cuanto la ciencia médica y la atención de las enfermeras pudieran hacer se haría. El autor de la carta pedía la colaboración de lady Walderhurst: había que procurar en lo posible que el enfermo no se viera alterado. Posiblemente y por algún tiempo, la lectura y escritura de correspondencia le estaría vedada, pero contribuiría a la favorable evolución del caso que, cuando pudiera reanudarse, lady Walderhurst no olvidara cuán importante era que el convaleciente estuviera tranquilo. Esta petición, acompañada de expresiones de aliento y promesas de que cabía esperar lo mejor, era lo esencial de la carta. Cuando llegó el doctor Warren, Emily se la enseñó y lo observó atentamente mientras la leía.

–Ya ve –dijo cuando terminó– que hice bien en contárselo todo. Ahora tendré que confiar en usted para todo. No habría podido cargar con *todo* yo sola, ¿no le parece?

–Tal vez no –pensándose–, aunque es usted muy valiente.

–No lo creo –pensándose a su vez–, pero parece que había cosas que *tenía* que hacer. Ahora, eso sí, podré contar con sus consejos.

Fue obediente como una niña, le contaría después el doctor a su esposa, y que una mujer de su porte y altura fuera tan obediente como cuando tenía seis años era digno de mención.

–Hará todo lo que le pida, irá donde le aconseje. Y le voy a aconsejar que se instale en la mansión de su marido en Berkeley Square, y tú y yo haremos guardia para que nadie la moleste. En realidad, todo es muy sencillo; lo habría sido desde el principio, al menos relativamente, si se hubiera atrevido a confiar en una persona más práctica que ella. Pero no estaba segura y temía un escándalo que pudiera importunar a su marido. Lo adora y está muy enamorada de él.

–Cuando una se da cuenta de lo poco que influyen las virtudes y los encantos en la creación de emociones tan tiernas, es inútil preguntarse el porqué. Y, sin embargo, una en el fondo se lo pregunta –sentenció la señora Warren.

–Pero no puede dar con la respuesta. Ahora bien, la devoción de esa bonita criatura merece todo mi respeto. Piensa dominar sus temores y no va a decir nada cuando escriba sus felices cartas, en cuanto le permitan escribirlas.

–¿No va a contarle nada a lord Walderhurst?

–Nada, hasta que se haya recuperado del todo. Ahora que me lo ha contado todo con total franqueza y se ha puesto en mis manos, creo que encuentra cierta satisfacción sentimental en la idea de guardar el secreto hasta que vuelva. He de confesarte, Mary, que creo que ha leído relatos de heroínas que hicieron algo parecido y que se siente identificada con ellas. No es que se considere una heroína, pero le encanta imaginar lo que lord Walderhurst dirá en cuanto llegue. Y está bien que lo haga. Le conviene mucho más que preocuparse. La experiencia me permite deducir de la carta de ese médico que su marido no está en condiciones de recibir noticias, ni malas ni buenas.

Reabrieron la casa de Berkeley. Lady Walderhurst se trasladó, según supo el servicio, desde algún balneario de Alemania. Jane y la señora Cupp se instalaron también. La mujer de su médico pasaba con ella mucho tiempo. Qué desgracia para milady que lord Walderhurst no pudiera volver de la India por culpa de una enfermedad.

Tras abrir las ventanas al mundo, la vida en la gran mansión siguió su curso como antes. Reinaban, sin embargo, el sigilo y la dignidad. Las doncellas se conducían con grave discreción. Sus tareas se habían vuelto confidenciales y más interesantes, sentían al realizarlas un íntimo orgullo. Ninguna se había librado, todas sentían afecto por lady Walderhurst.

Lejos de Palstre y de Mortimer Street, Emily fue aceptando la realidad poco a poco. Al fin y al cabo, todo era ahora mucho más sencillo. Las elegantes habitaciones daban impresión de orden, decoro y magnificencia. Cuando contemplaba los dignos sofás y los impresionantes candelabros, las tramas de melodrama desaparecían. Parecían ahora mucho más imposibles que cuando ya llegó a tal conclusión en sus habitaciones de la primera planta de Mortimer Street. Pensaba mucho en aquellos días de verano en Mallowe. Era extraordinario volver a vivirlos: la mañana en que subió al vagón de tercera clase rodeada de trabajadores con pantalones de pana, ese momento fugaz en que el hombre alto y de rasgos marcados pasó junto a la ventanilla y la miró, sin verla, directamente a los ojos. Sonrió con ternura al recordarlo, y al recordar también cómo ese hombre subió a su carruaje nada más llegar el tren, y el momento en que lady Maria dijo: «Ahí está Walderhurst», y el marqués apareció en el jardín con sus tranquilos andares. Tampoco entonces reparó en ella, ni la miró cuando los presentaron; de hecho, no pareció notar su presencia hasta la mañana que tropezó con ella mientras estaba cogiendo rosas y le habló de lady Agatha. Pero, en realidad, sí que reparó en ella desde el principio, aunque no fuera más que un poco; pensaba un poco en ella todo el tiempo. Qué lejos estaba Emily de imaginarlo cuando hablaba con lady Agatha, qué contenta estaba el día que lo encontró en la rosaleda y él sólo parecía interesado en su amiga. Lo que más le gustaba recordar, sin embargo, eran las pocas preguntas que le había hecho interesándose por ella. En su simplicidad,

Emily seguía fascinada por la forma en que la miró ese día, a través del monóculo, con ese delicioso aire de desapego, cuando ella le dijo:

–La gente es buena. Yo... Verá, yo no tengo nada que ofrecer, y tengo la impresión de estar siempre recibiendo.

Y él la miró tranquilamente y se limitó a señalar:

–¡Qué suerte!

En alguna ocasión Walderhurst le había dicho que en ese momento, entre otros, se le había pasado por la cabeza que podía gustarle casarse con ella, precisamente porque no era consciente de que daba a los demás mucho más de lo que recibía, de que tenía mucho que ofrecer y de que no sabía cuán grandes eran sus cualidades.

«A veces es tan *hermoso* lo que piensa de mí –era su reflexión favorita–, aunque dice las cosas con tanta tranquilidad... Pero, precisamente por eso, parece que lo que dice tiene *más valor*.»

Lo cierto es que esa tranquilidad para decir las cosas le parecía incomparable. Ni siquiera cuando, sin llegar a comprender que necesitaba algo de lo que carecía, tenía la sensación de que a su corazón le faltaba donde sostenerse, había dejado de admirar la completa libertad de Walderhurst, a quien no le preocupaba en lo más mínimo la opinión ajena. Cuando miraba a los demás a través de su monóculo, siempre perfectamente colocado, daba siempre la impresión de que lo importante era lo que opinara él y no al contrario. Parecía frío, impermeable, totalmente inmune al poder de la crítica. Lo que otras personas dijeran o pensaran de su fundada opinión sobre cualquier cosa era irrelevante; de hecho, ni siquiera existía; es más, eran las personas que rumiaban tales ideas las que dejaban de existir. Tenía un carácter inamovible. No despreciaba a las personas: cortaba el cordón de la comunicación mental con ellas y las dejaba en el aire. Para Emily esto equivalía a firmeza, discreción y dignidad, y le estremecía la posibilidad de equivocarse y de que él la dejara a la deriva. En los últimos meses, su mayor miedo había sido hacer algo que lo dejara en ridículo, dar pie a una publicidad indeseable que pudiera molestarlo.

Pero ahora ya no tenía miedos. Podía esperar desde una posición segura y vivir en paz de sus recuerdos y esperanzas. Hasta empezó a alimentar cierto coraje cuando pensaba en él.

El ambiente de la mansión de Berkeley Square le sentaba bien. Nunca había tenido tanta sensación de ser la esposa de lord Walderhurst. El servicio, de cuya existencia era el centro, que la servía con cuidado y satisfacción, y se tomaba su menor deseo o inclinación como una orden real, aumentaba la sensación de seguridad y poder. Los Warren, que comprendían la dignidad y el significado de detalles meramente terrenales que ella no entendía, aportaban sutileza a la ayuda que recibía. Poco a poco aprendió a confiar más en la señora Warren, que, a medida que la iba conociendo, la encontraba más extraordinaria que cuando la había visto envuelta en

un velo de ambigüedad y misterio.

–No puede ser más deliciosa –dijo la señora Warren a su marido–. Que esa adoración por otra persona siga existiendo en el siglo XIX es...

–Casi degenerado –dijo el doctor con una carcajada.

–Tal vez sea regenerado –reflexionando–. ¿Quién sabe? Nada terrenal o celestial me induciría a ponerlo en duda. Sentada frente a un retrato de su James, he escuchado lo que opina de él y no es consciente de lo que la menor de sus observaciones significa. No se da cuenta de que, cuando habla de otras cosas, lo incluye a él en la conversación. Aunque sea demasiado tímida para nombrarlo, hasta cuando respira se refiere a él. No hay nada que le guste más que entrar en sus habitaciones y ponerse a pensar en lo bueno que ha sido con ella.

Era cierto. Emily pasaba muchas y tranquilas horas en las dependencias donde estuvo el día que se despidió de su marido. Era muy feliz allí. Se le alegraba el alma por la gratitud y paz que había alcanzado. Los informes del médico de lord Walderhurst no eran alarmantes, sino en general esperanzadores. Pero sabía que debía pensar con cautela y que aún faltaba mucho para que su marido pudiera hacer frente a la travesía de regreso. Volvería tan pronto como pudiera. Entre tanto, el mundo le ofrecía cuanto podía desear menos a él.

Halló la vía para expresar sus emociones en el honrado y reverencial cumplimiento de sus tareas diarias. Leía muchos capítulos de la Biblia y se la veía con frecuencia plácidamente absorta en el estudio del Libro de Oraciones. Encontraba solaz y felicidad en tales distracciones, y pasaba las mañanas de los domingos, después del servicio religioso, sola en el estudio de Walderhurst, leyendo las Colectas y las Lecciones^[5]. La estancia estaba bellamente en paz; incluso Berkeley Square, a la hora de misa, sugería un devoto desapego de los asuntos de este mundo.

–Me siento delante de la ventana y me digo –le explicó a la señora Warren–: «Es tan bonito estar aquí»...

Escribía las cartas a la India en el estudio. Desconocía hasta qué punto su nueva y valerosa forma de pensar en su marido se manifestaba en ella. Cuando Walderhurst las leyó, sin embargo, tuvo la sensación de que algo había cambiado en su mujer. Muchas veces se dice de las mujeres que «brotan de forma asombrosa». El marqués intuía que, al menos en cierta medida, Emily estaba «brotando». Tal vez se debiera a que cada día se acostumbraba más a su nueva vida. Contaba más en sus cartas, y lo contaba de una manera más interesante. Quizá fuera señal de la evolución de una muchacha que estaba a punto de convertirse en una mujer maravillosa.

Tendido en su cama, más susceptible tal vez por la debilidad de su larga convalecencia, el marqués se daba cuenta de que había empezado a adquirir el hábito de leer las cartas de Emily varias veces y de pensar en ella cuando nunca en su vida había pensado en ninguna mujer. Cada vez estaba más pendiente de la llegada del

correo. Las cartas le levantaban el ánimo y tenían excelentes efectos en su organismo. El médico siempre lo encontraba bien después de haber tenido noticias de su mujer.

Tus cartas, mi querida Emily –escribió en cierta ocasión–, suponen una gran satisfacción para mí. Hoy eres exactamente igual a como eras en Mallowe: una criatura amable y feliz. Tu tranquilidad me estimula.

–¡Qué encanto, qué encanto! –exclamó Emily en el silencio del estudio, y besó la carta con apasionada euforia.

La siguiente epístola fue todavía más lejos. Decía claramente «cosas», y aludía a ese pasado al cual, con un secreto placer, Emily ofrecía libaciones. Cuando leía «los días de Mallowe» en mitad de una carta, sentía un arrebató que casi la asustaba. Hombres menos sentimentales solían utilizar esas expresiones en sus cartas, lo había leído y se lo habían contado. Era casi como decir «aquellos espléndidos días de Mallowe» o «los felices días de Mallowe», y eso la llevaba a un éxtasis casi insoportable.

No puedo evitar acordarme mientras estoy aquí acostado –leyó en otra carta– de todo lo que pensaba cuando fui por el páramo en tu busca. Llevaba días observándote. Siempre me gustaron particularmente tus ojos, grandes y claros. Recuerdo también que intenté describírmelos y me resultó difícil. Pensé que parecían los de un niño muy guapo y, al mismo tiempo, los de un precioso perro pastor. Es una comparación que quizá no parezca tan romántica como en realidad es.

Emily empezó a llorar suavemente, con ternura. Jamás habría podido imaginar nada más romántico.

No podía evitar pensar en ellos cuando atravesaba el brezal y no puedes hacerte idea de lo furioso que estaba con Maria. Me parecía que había abusado brutalmente de ti sólo por el placer de abusar de una mujer

con unos ojos tan bonitos. Estaba furioso y dolido al mismo tiempo, y encontrarte sentada al lado del camino, completamente agotada, con lágrimas en los ojos, me conmovió mucho más de lo que imaginaba que podía llegar a conmoverme. Y luego tú interpretaste mal lo que dije y te pusiste en pie, y con tus preciosos ojos me miraste con tanta ingenuidad, miedo y preocupación... No he olvidado esa mirada, querida, y nunca la olvidaré.

Estos sentimientos no parecían suyos, pero revelaban algo real, interesante y muy humano.

Emily estaba sola en el estudio. Se puso a dar vueltas por él igual que una madre alrededor de su hijo recién nacido. Sentía una trémula dicha, y, pensando con asombro y reverencia en los milagrosos y grandes acontecimientos que cada hora que pasaba estaban más próximos, se sentó y lloró de felicidad.

Por la tarde llegó lady Maria Bayne. Había estado en el extranjero, donde, según una moda nada aburrida, había seguido varias «curas» que consistían en beber agua mineral y pasearse por un jardín al son de los violines, para luego comparar síntomas con ingeniosas amigas con las que, al mismo tiempo, departía sobre todo tipo de cosas.

El doctor Warren era un viejo conocido suyo y estaba a punto de irse cuando lady Maria entró y le estrechó la mano.

—Qué infortunado para un hombre que una sólo se alegre de verlo en casa de algún enemigo —dijo la mujer—. Necesito saber qué hace usted aquí. No me creo que lady Walderhurst se haya asustado con alguna pamplina sólo porque a su marido le haya dado por contagiarse de unas fiebres en la India.

—No, lady Walderhurst se está portando maravillosamente en todos los aspectos. Lady Maria, ¿le importaría que hablásemos unos minutos antes de que entre a verla?

—Cuando alguien te solicita unos minutos para hablar es que tiene que contarte algo divertido o peculiar y sorprendente. Vamos al salón de las mañanas.

Fue delante entre el frufú de las enaguas y la promesa de nuevas sorpresas. Tenía la sensación de que el asunto sería más peculiar que divertido. ¡Gracias a Dios! Era imposible que Emily se hubiera metido en algún embrollo. ¡Con lo molesto que habría sido! Pero no una mujer así.

Cuando salió del salón unos veinte minutos después no parecía la misma. Su elegante sombrero no iba tan bien colocado sobre su delicado y pequeño rostro, y estaba inquieta, furiosa y satisfecha.

—Es ridículo que Walderhurst la dejara sola —decía—. Es ridículo que ella no le pidiera que volviese inmediatamente. Y es muy propio de ella, porque es encantadora

y ridícula.

A pesar de su agitación, al subir las escaleras para ir a ver a Emily la situación le pareció un tanto grotesca, porque estaba obligada a admitir que nunca en su vida había sentido tanta emoción y curiosidad. Así debían de sentirse las mujeres cuando se permitían compartir unas lágrimas de emoción. Ella no lloraba, pero, como solía decir, estaba «afectada».

Cuando se abrió la puerta, Emily, que estaba junto a la chimenea, se acercó lentamente a ella con una sonrisa extraña pero preciosa.

Lady Maria dio unos pasos y le cogió las manos.

–¡Mi buena Emily! –exclamó, y la besó–. ¡Mi excelente Emily! –otro beso–. Estoy consternada. En toda mi vida había oído una cosa igual. El doctor Warren me lo ha contado todo. Pero ¡esas criaturas están completamente locas!

–Ya terminó –respondió Emily–. Y ahora casi no puedo creer que fuera verdad.

Condujo a lady Maria hasta el sofá. La dama seguía inquieta, furiosa y satisfecha.

–Me quedo aquí –dijo con determinación–. Se acabaron las locuras. Pero debo decirte que han vuelto a la India, y que han tenido una niña.

–¿Una niña?

–Sí, mira qué cosa tan absurda.

–¡Ay! –suspiró Emily con pena–. Estoy *segura* de que Hester estaba *asustada* y por eso no me ha escrito.

–¡Pamplinas! –dijo lady Maria–. En todo caso y como te acabo de decir, me quedo hasta que vuelva Walderhurst. El hombre va a enloquecer, viendo su vanidad satisfecha, cuando sepa la noticia.

Capítulo XVIII

Lord Walderhurst llegó a Londres un día húmedo y triste. Cuando entró con su carruaje en Berkeley Square, iba arrebujado bajo unas mantas de viaje. Estaba pálido y más delgado. Le habría gustado que la ciudad lo recibiera con un semblante más alegre, pero tampoco él estaba alegre, sino más bien impaciente, como no recordaba haberlo estado nunca. La travesía se había hecho larga y apenas había gozado de un momento de tranquilidad. Quería ver a su mujer. ¡Qué bonito sería, al levantar la vista en la mesa y mirar enfrente, contemplar la sonrisa de sus felices ojos! Se pondría colorada de vergüenza, como una niña, cuando le dijera que la había echado de menos. Sentía curiosidad por comprobar los cambios que se adivinaban en sus cartas. Con tiempo y oportunidades para evolucionar, Emily podía convertirse en una compañera deliciosa. Había estado espléndida el día de su presentación en la corte. Por su altura y porte, tal vez impresionante. Era una mujer a la que podía incluir en sus planes.

Era consciente de que sentía más afecto por ella que antes. Al darse cuenta, y a causa de su desagrado por todo lo sentimental, sintió cierta vergüenza. Audrey, que era seca, vacua y extraordinariamente frívola, nunca le había inspirado un sentimiento profundo. Siempre pensó que fueron las familias las que la echaron en sus brazos con arteras maniobras. Pero no se tenían ningún aprecio. Había sido todo estúpidamente enojoso, y el niño que tuvieron no llegó a vivir ni una hora. Emily, en cambio, le gustó desde el principio, y era realmente cierto que empezó a sentir una ligera agitación en la región cardíaca en el mismo instante en que el coche pisó Berkeley Square. Sería agradable entrar en casa. Emily habría hecho algunos arreglos sutiles y la mansión tendría un aire festivo, acogedor. A ella la emocionaban los detalles bonitos, sin importancia y muy femeninos como las flores o un buen fuego. El marqués imaginó su rostro infantil cuando se encontraran en el salón.

Pero alguien estaba enfermo, muy enfermo, en Berkeley Square. Habían extendido una gruesa capa de paja a un lado de la fachada. Paja húmeda, triste y fresca. El carruaje rodó sobre ella sin hacer ruido.

Al abrir la portezuela se dio cuenta de que también había paja, y en abundancia, delante de la puerta de la casa. En cuanto el carruaje se detuvo, abrieron la puerta. Nada más cruzar el umbral, miró al criado que tenía más cerca. Parecía un mudo en un funeral, con una expresión que contrastaba tanto con el estado de ánimo del marqués que éste se detuvo, irritado. No tuvo, sin embargo, tiempo de decir una palabra. Un nuevo elemento captó su atención: cierto olor que se esparcía por toda la casa.

–Huele a hospital –dijo, molesto–. ¿Qué ocurre?

El criado no respondió. Volvió el rostro y miró con preocupación a su superior, un

mayordomo de más edad.

En las casas donde alguien agoniza o ha muerto sólo hay una cosa más indicativa que el ligero, acre y desagradable olor a limpio de los antisépticos, y es el rumor antinatural de los susurros. Lord Walderhurst, totalmente frío, se irguió: le parecía la postura idónea para escuchar, en consonancia con el tono de voz del criado, lo que tuvieran que decirle.

–La marquesa, señor, la marquesa... No se encuentra bien. Los médicos no la dejan sola ni un momento.

–¿La marquesa?

El mayordomo retrocedió respetuosamente. Se abrió una puerta y apareció lady Maria Bayne. Su habitual aire mundano y jovial había desaparecido. Aparentaba cien años. Casi parecía una desahuciada. Se diría que se habían soltado los resortes que mantenían su buen ánimo y la dotaban de una energía impropia de su edad.

–¡Ven! –lo llamó.

El marqués, asustado, entró en la estancia y cerró la puerta.

–Supongo que habría que decírtelo con más tacto, pero me niego –dijo. Estaba agitada–. Es mucho pedir para una mujer que ha pasado lo que yo he tenido que pasar los últimos tres días. La pobre se está muriendo. Puede que ya haya muerto.

Se sentó en el sofá y se limpió las lágrimas que manaban de sus ojos. Estaba pálida y su pañuelo, totalmente húmedo, tenía manchitas de carmín. Se había dado cuenta, pero le daba igual. Walderhurst, que observaba con perplejidad el aspecto macilento de su prima, se aclaró la garganta. No habría podido pronunciar una palabra sin haberlo hecho.

–¿Tendrás la bondad de explicarme –dijo con rigidez– de qué estás hablando?

–Estoy hablando de Emily Walderhurst –contestó lady Maria–. El niño nació ayer y, desde el momento de dar a luz, Emily no ha hecho más que empeorar. Es imposible que viva mucho más tiempo.

Walderhurst se sobresaltó. Estaba gris como la ceniza.

–¿Es... es imposible que viva mucho más tiempo... Emily?

La conmoción, el dolor, llegaron tan por sorpresa que alcanzaron esa parte de su ser donde los sentimientos estaban sepultados bajo convencionalismos inhumanos. Preguntó en primer lugar por Emily. Pensaba en ella antes que en su hijo.

Lady Maria seguía llorando sin contención.

–Tengo más de setenta años –dijo– y estos tres días he sufrido un castigo más que suficiente por todo lo que pueda haber hecho desde que nací. Yo también he pasado un infierno, James; y, cuando ella aún podía razonar, sólo pensaba en ti y en tu pobre hijo. Me parece inconcebible que una mujer pueda querer tanto a un hombre. Ha conseguido lo que quería... Se está muriendo por ti.

–¿Por qué no me habéis avisado? –preguntó Walderhurst, aún a merced de una

rara y pesada rigidez.

–Porque es una tonta y una sentimental y no quería molestarte. Tendría que haberte ordenado que volvieras y te pusieras a su disposición y bailaras a su alrededor como un loco.

Nadie habría censurado estas palabras con mayor severidad que la propia lady Maria, pero, después de los tres días que acababa de pasar, estaba histérica y había perdido por completo la cabeza.

–Sus cartas eran alegres, optimistas...

–Sus cartas habrían sido alegres aunque la hubieran metido en un caldero de aceite hirviendo, ésa es mi impresión –dijo, tajante, lady Maria–. Ha sufrido una enfermedad: han intentado matarla y no quería acusar a nadie por miedo a que a ti no te pareciera bien. Ya sabes lo *desagradable* que te pones, James, cuando crees que atentan contra tu dignidad.

Lord Walderhurst abría y cerraba los puños. Se negaba a creer que aún se resintiera de los largos días de fiebre, pero empezaba a dudar de su propia capacidad de raciocinio.

–Mi buena Maria –dijo–, no entiendo una palabra de lo que dices, pero tengo que verla ahora mismo.

–¿Es que quieres matarla? ¡Si no ha muerto todavía! Tú no te mueves de aquí. ¡Gracias a Dios! Ahí está el doctor Warren.

Se abrió la puerta y entró el médico. Bajaba del piso superior después de soltar la mano de una mujer moribunda, y un hombre como él no podía hacer algo así sin que se le notara en el rostro.

Cuando la muerte nos visita, hablamos entre susurros aunque el lecho del agonizante esté en el otro extremo de la casa.

–¿Resiste todavía? –preguntó lady Maria con voz ahogada.

–Sí –contestó Warren.

Walderhurst se acercó.

–¿Puedo verla?

–No, lord Walderhurst, todavía no.

–¿Significa eso que no ha llegado el último momento?

–Es evidente. Si lo hubiera hecho, lo habríamos llamado.

–¿Qué puedo hacer?

–Ahora no se puede hacer nada más que esperar. Brent, Forsythe y Blount están con ella.

–Acabo de llegar y no sé nada. Tiene que contarme lo que ha ocurrido. ¿Tiene tiempo?

Se dirigieron al estudio, refugio sagrado de Emily.

–A lady Walderhurst le encantaba encerrarse aquí a solas –dijo el doctor Warren.

Sobre el escritorio había una pluma, la pluma del marqués, y un cuaderno femenino. Walderhurst comprendió que desde allí debía de escribirle su mujer, y probablemente le gustara la idea, muy propia de ella, de hacerlo sentada en su sillón. Se estremeció al ver en una mesita un dedal y unas tijeras.

–Tendrían que habérmelo dicho –le dijo al médico.

El doctor Warren le explicó por qué no le habían escrito.

Mientras hablaba vio que lord Walderhurst cogía el cuaderno de Emily y lo abría y cerraba mecánicamente.

–Lo que quiero saber –dijo el marqués– es si voy a poder verla. Me gustaría hablar con ella.

–Es lo que más se desea en momentos así –respondió el doctor Warren sin prometer nada.

–¿Cree que me oirá?

–Lo siento mucho, pero es imposible saberlo.

–Es –despacio– muy doloroso para mí.

–Lord Walderhurst, tengo que decirle algo –dijo el doctor Warren, sopesando sus palabras. El marqués nunca le había inspirado grandes simpatías y se preguntaba si ciertas verdades lo conmoverían o lo dejarían impasible–. Antes de enfermar, lady Walderhurst fue muy clara conmigo y me dijo cuál era su único deseo. Me suplicó que le diera mi palabra, cosa que no podía hacer sin su permiso, señor, de que, si ocurría algo y era necesario sacrificar alguna vida, no dudásemos en que fuera la suya.

Un destello rojizo cruzó el rostro sombrío y ceniciento de Walderhurst.

–¿Eso le pidió?

–Sí. Y cuando llegó lo peor no cambió de opinión. Luego empezó a delirar y la oímos rezar. Nos dimos cuenta de que me rezaba a mí. Me tomaba por una deidad y me imploraba que no olvidase su deseo. Antes de perder la razón, se portó maravillosamente. Salvó a su hijo gracias a una resistencia sobrenatural.

–¿Quiere decir que, si hubiera pensado más en sí misma y menos en la seguridad del niño, no estaría como está?

Warren asintió.

Lord Walderhurst se puso el monóculo, que hasta ese momento colgaba lánguidamente del cordón, y miró al médico a los ojos. Fue un gesto firme, ágil, diestro. Pero le temblaban las manos.

–¡Dios mío! –exclamó–. Si yo hubiera estado aquí, no lo habría permitido. –Se levantó y sólo pudo sostenerse en pie agarrándose a la mesa. Las manos todavía le temblaban–. Creo que ni siquiera le habría importado que la descuartizaran en el potro con tal de darme lo que quería. Y ahora, ¡Dios del Cielo!, creo que habría estrangulado al niño con mis propias manos con tal de no perderla.

Y así, al parecer, un aristócrata entrado en años, estricto y encerrado en sí mismo, descubrió la emoción. Estaba transformado. Su rígida dignidad colgaba a su alrededor hecha harapos y jirones. Tenía la frente cubierta de un sudor frío y el rostro, crispado.

—Ahora mismo —prosiguió—. Me da igual el niño. La quiero *a ella*, lo demás no me importa. Quiero verla, quiero hablar con ella viva o muerta. Sé que, si aún le queda un aliento de vida, me oirá.

El doctor Warren lo miró sin saber qué decir. Conocía aspectos curiosos de la naturaleza humana, aspectos que la mayoría de sus compañeros de profesión desconocían. Sabía que la vida es un misterio y que hasta una llama agonizante puede a veces avivarse y renacer aventada por poderes sutiles que la ciencia ni siquiera considera. Conocía también perfectamente el estado de aquella mujer que se consumía en su lecho y comprendía que su divina e inocente pasión por un hombre incapaz de pensar en nadie más que en sí mismo había sido el alma de su vida. Porque había visto el torturado valor que brilló en sus ojos en sus horas de mortal agonía.

—No lo olvide, doctor —le había dicho—. Padre nuestro que estás en los Cielos, no permitas que nadie lo olvide. Santificado sea Tu nombre.

Walderhurst, que necesitaba apoyarse en sus temblorosas manos para no caerse, aguardaba abatido, atormentado. Nadie, ni sus allegados, habría podido reconocerlo.

—Quiero verla antes de que... nos deje —dijo con voz áspera, rota—. Quiero hablar con ella... Déjeme hacerlo.

El doctor Warren se levantó lentamente. Tal vez para Emily sólo hubiera una posibilidad entre mil: que, al oír la llamada de aquel hombre estricto y convencional, regresara a las costas de las que ya había partido. Nadie conoce qué milagros se pueden obrar en una criatura que ama, ni siquiera cuando se aflojan los grilletes y está a punto de quedar en libertad.

—Debo consultarlo con los demás médicos —dijo—. ¿Se ve capaz de contener toda manifestación externa de sentimiento?

—Sí.

Contiguo al dormitorio de lady Walderhurst había un tocador donde los médicos departían. Dos estaban junto a la ventana. Hablaban en susurros.

Prescindiendo de toda ceremonia, Walderhurst los saludó asintiendo con la cabeza y se acercó a la chimenea. El doctor Warren se unió a la pareja de la ventana. Lord Walderhurst sólo oyó un par de frases.

—Me temo que ahora ya no se puede hacer nada... En cualquier momento...

Quienes no conocen por experiencia lo que Walderhurst vio al entrar en el dormitorio tienen motivos para dar gracias a los poderes que los protegen.

Reinaban en el enorme dormitorio un orden y un silencio asfixiantes. Sólo se oía el crepitar del fuego. Más cerca de la cama, sin embargo, se oía otro ruido más débil

y tal vez más irregular. Se detenía por unos instantes y luego, tras un pequeño sobresalto, seguía. A los pies del lecho había una enfermera; al lado de la cama, en una silla, un hombre mayor. Escuchaba y consultaba el reloj. Tenía en la mano un objeto blanco e inerte: la mano inmóvil, cérea, de Emily Walderhurst. Un intenso olor a yodoformo impregnaba toda la habitación. Lord Walderhurst se acercó y, con una señal, indicó al médico y a la enfermera que no se movieran.

Emily estaba literalmente hundida en la almohada; su rostro, vuelto hacia un lado y exangüe como la cera. La sombra se cernía sobre ella y tocaba sus párpados cerrados, sus mejillas y las comisuras de los labios. Estaba lejos, muy lejos de allí.

Fue lo primero que advirtió Walderhurst: su extraña lejanía, su solitaria quietud. Estaba sola y a mucha distancia de donde él se encontraba, un lugar que tan familiar era para los dos. Y seguía alejándose, sola, mucho más allá. Observó sus ojos cerrados, preciosos, que con tan poco brillaban de felicidad, y eran esos ojos – cerrados para él y para todas las cosas y placeres prosaicos– los que más inspiraban su sensación de soledad. Pero no de su propia soledad, sino de la soledad de *ella*. No pensaba en él, sino en ella. Quería salvarla de esa soledad. Traerla de nuevo aquí.

Se arrodilló lentamente, sin hacer ruido, con sigilo, sin dejar de mirar el rostro extraño y distante de su mujer. Se atrevió a coger, muy despacio, la mano que reposaba en la colcha. Estaba ligeramente fría y húmeda... ligeramente fría.

Un poder, una fuerza que se oculta en todos los seres humanos y que la mayoría desconoce, crecía en su interior. Notaba su calidez y su aliento, se sentía más vivo. Cogió la fría mano de Emily. A través de la suya, su ser recién despierto le transmitió calor.

–Emily –susurró despacio, al oído–, Emily.

Ella seguía inmóvil, a mucha distancia. Su pecho apenas se movía, respiraba muy débilmente.

–¡Emily, Emily!

El médico levantó la vista y miró a Walderhurst. Había sido testigo de muchas escenas en otros lechos de muerte, pero aquélla tenía algo especial. Conocía a lord Walderhurst, sabía cuál era su forma habitual de comportarse, pero, por la singularidad del momento, quizá estuviera ocurriendo algo anormal. No tenía la flexibilidad mental del doctor Warren y no comprendía que las personas más normales e inflexibles pudieran vivir momentos especiales.

–¡Emily! ¡Emily!

El marqués no dejó de llamar a su mujer, con susurros tenues pero emotivos, durante al menos media hora. Siguió de rodillas y tan absorto que no reparaba en la presencia de las personas que se iban acercando.

No habría sabido explicar qué intentaba hacer ni qué esperaba. Era como si, con la mayor frialdad, quisiera apartar todo lo que no fuera mágico, oculto. Creía en los

hechos probados, en la ayuda profesional y en la abolición de la superchería. Pero ahora concentraba todo su ser en una sola cosa: quería devolver a la vida a aquella mujer. Quería hablar con ella.

Qué poder convocó de las profundidades sin saber cómo, qué exquisita solución encontró, sería imposible decirlo. Tal vez sólo se tratara de una recóndita y sutil inversión de la marea de la vida y de la muerte que por azar acudió en su auxilio.

–Emily –repitió por enésima vez.

En ese mismo instante, el doctor Warren cruzó una mirada con el médico que tomaba el pulso a lady Walderhurst.

–Parece un poco más enérgico –dijo el doctor Forsythe.

La respiración también se modificó ligeramente. Ahora era más profunda, menos irregular.

Lady Walderhurst se movió.

–No se aparte de donde está –le susurró el doctor Warren al marqués– y no deje de hablarle. Siga con el mismo tono. Siga.

Emily Walderhurst se dejaba arrastrar por las tranquilas aguas de un mar blanco e infinito, y se hundía suavemente, en paz y sin dolor, llevada por la corriente. El agua, fresca y agradable, rozaba sus labios, y sin miedo había entendido que pronto los cubriría, y también su sereno rostro, sepultándolo para siempre... y entonces oyó, en la distancia, al otro lado de la blancura en que flotaba, una débil voz que interrumpió la calma. Aunque no entendía qué decía. Se había alejado de todo hacía millones de años, de todo menos del silencio. Nada quedaba excepto el blanco y mudo mar, y el lento flotar a la deriva, y el alejarse e irse hundiendo. Era una paz más profunda que el sueño, porque no esperaba despertar en otra orilla.

Pero la voz distante llamaba sin cesar, con monotonía; aunque no entendía lo que decía. Estaba tan entregada al despacioso fluir de las aguas que ningún pensamiento podía pasarle por la cabeza. No pensaba en nada. En medio de la marea no era posible pensar, había dejado el pensamiento en la lejana costa de la que el blanco mar la había arrebatado. Se hundió suavemente un poco más y el agua tapó sus labios. Pero la llamada anónima continuaba; iba dirigida a otra persona y le pedía que regresara. Llamaba en voz baja, de un modo tan extraño, regular, persistente e íntegro que algo cambió y se detuvo. ¿El qué? ¿El mar, que la envolvía y arrastraba? ¿La marea, que disminuyó su ritmo? No pudo despertar para pensarlo. Deseaba seguir adelante. ¿El agua ya no rozaba sus labios? Tiempo atrás, millones de años atrás, antes de que el blanco mar se la hubiera llevado, habría entendido lo que estaba sucediendo.

–¡Emily, Emily, Emily!

Sí, antes, en la orilla, habría reconocido lo que quería decir aquella voz. Antes la habría entendido. Hace mucho tiempo. Las aguas, sin embargo, no eran las mismas.

Ya no salpicaban tan cerca de sus labios.

Ése fue el instante en que los médicos intercambiaron una mirada y lady Walderhurst se movió.

Walderhurst se apartó de la cama y el doctor Warren lo acompañó a su cuarto. Le dio una copa de brandy y llamó a su ayudante.

–No olvide –dijo al marqués– que usted también está enfermo.

–Creo... –se limitó a contestar Walderhurst frunciendo el ceño–. Creo que, por no sé qué medio misterioso, he conseguido que me oyera.

El doctor Warren lo miró con gravedad. Era un hombre profundamente interesado en su trabajo y tenía la sensación de haber asistido a un suceso casi incomprensible.

–Sí –respondió–, yo también lo creo.

Alrededor de una hora después, lord Walderhurst bajó al salón donde se encontraba lady Maria. Ésta seguía pareciendo muy avejentada, pero su doncella le había colocado la peluca en su sitio y dado un pañuelo que no estaba húmedo ni tenía manchas de carmín. Se dirigió a su primo con menos severidad pero, todavía, con la mirada de una persona inmerecidamente encadenada a un ser dañino. A lady Maria le resultaba complicado condenar sin ambages una situación espantosamente incómoda, pero su irritación no disminuía. El viaje a la India había contado con su beneplácito, así que no era fácil enumerar las muchas razones por las que, por edad y responsabilidades, Walderhurst tendría que haber comprendido que su deber era quedarse en su casa y cuidar de su esposa.

–Por increíble que parezca –dijo–, los médicos *creen* que se ha producido un mínimo cambio... a mejor.

–Sí –asintió Walderhurst. Se apoyó en la repisa de la chimenea y se quedó mirando el fuego–. Va a... volver –añadió, inexpresivo.

Lady Maria lo miró. Tenía la sensación de que empezaba a creer en la magia. ¡De todos los hombres de la tierra, Walderhurst, precisamente Walderhurst, empezaba a creer en la magia!

–¿Y adónde crees que se ha marchado? –preguntó con intención reprobatoria.

–¿Cómo saberlo? –con la rigidez de siempre–. Es imposible.

No tenía ganas de hablar de eso con una persona del carácter de lady Maria. Desconocía hacia qué lejana esfera había partido su mujer, pero era consciente de que la había seguido hasta donde un hombre vivo era capaz.

El mayordomo abrió la puerta.

–La enfermera jefe desea saber si lady Maria tendría la bondad de ir a ver a lord Oswyth antes de que se quede dormido –dijo en voz baja.

Walderhurst se quedó mirando al criado. Se había llevado una profunda impresión. Lord Oswyth era su hijo.

–Ahora voy a verlo –respondió lady Maria–. ¿Todavía no has ido a verlo? –

preguntó a Walderhurst.

–¿En qué momento?

–Pues ven conmigo. Si Emily se recupera y vive lo bastante para desear algo, querrá que le cuentes lo maravilloso que es su hijo. Lo menos que puedes hacer es acordarte de qué color tiene los ojos y el pelo, aunque creo que sólo tiene dos pelos. Es gordo como un tonel y tiene unos mofletes enormes. Te confieso que ayer, cuando lo vi tan orondo y satisfecho, me entraron ganas de darle una bofetada.

La descripción no era exacta, pero el bebé era fuerte y de buen tamaño, como Walderhurst comprobó al verlo.

Entre arrodillarse junto a una estatua exangüe, invocando al vacío en pos de un alma que no lo oía, y entrar en la soleada y perfumada habitación llena de flores donde la Vida acababa de comenzar, mediaba una gran distancia.

Detrás de la alta rejilla de latón de la chimenea ardía un fuego muy vivo. Cerca habían puesto a secar las sábanas de la cuna, que se mecía sujeta por cordones de seda. Al lado había una cesta con cajas doradas y plateadas, y esponjas y cepillos de terciopelo que el marqués no había visto nunca. Jamás había estado en un lugar parecido y se sentía incómodo, aunque también secreta y anormalmente conmovido, o a él al menos se lo parecía.

Dos mujeres estaban al cuidado de la habitación. Una de ellas tenía en brazos lo que el marqués había ido a ver. Se movía ligeramente dentro de su blanco manto. La mujer esperó respetuosamente a que lady Maria le descubriera la carita.

–Míralo –dijo, ocultando su alivio y su euforia bajo la ironía de siempre–. ¡Cómo te vas a relamer cuando Emily te diga que es igualito que tú! Aunque no sé qué pensar, por mucho que sea lo que yo haría en tus mismas circunstancias.

Walderhurst se puso el monóculo y contempló unos instantes el objeto que le mostraban. No sabía que, llegado el momento, los hombres experimentasen emociones tan curiosas e inexplicables.

Trató de dominarse.

–¿Quieres cogerlo? –le preguntó lady Maria, esforzándose en evitar cualquier asomo de ironía.

Lord Walderhurst retrocedió discretamente.

–No... no sé –dijo, y, al instante, se enfureció consigo mismo. Quería coger a aquel ser. Deseaba sentir su calor. No podía negarse que, si hubiera estado a solas con él, se habría quitado el monóculo y le habría rozado la mejilla con los labios.

Dos días más tarde estaba sentado al lado de la cama de su mujer, contemplando sus ojos cerrados, cuando advirtió que le temblaban los párpados y se movían lentamente hasta abrirse de par en par. En su anguloso y ceniciento rostro, los ojos parecían enormes. A medida que fueron habituándose a la luz, Emily pudo ver a su marido con mayor nitidez; a él y nada más que a él. Y no dejó de mirarlo ni un

instante. Walderhurst acercó la cabeza con cuidado, y le habló como le había hablado los días anteriores.

–¡Emily! –muy bajo–. ¡Emily!

La voz era un rumor muy leve, apenas un susurro. Pero Emily respondió.

–¡Eras... tú! –dijo.

Capítulo XIX

Cuando el capitán regresó a la India y se reintegró a su puesto, quienes no habían cortado ya o aflojado poco a poco los lazos que los unían a él pudieron comprobar que el período de permiso que había pasado en Inglaterra con algunos familiares no lo había mejorado en absoluto. Consumía sin ocultarlo enormes cantidades de brandy y, física y mentalmente, cada vez se encontraba más débil. Estaba más gordo y perdía a gran velocidad el dudoso atractivo que siempre lo había caracterizado. Su fuerte y joven mandíbula era cada día menos joven y más pronunciada, y su rostro expresaba un mal humor permanente.

–Es posible que se haya echado a perder por culpa de una decepción –comentó un anciano muy observador–, pero él también tiene mucha culpa. Para empezar, siempre ha ido por el mal camino.

Cuando los familiares de Hester corrieron a recibirla y ella les contó anécdotas de la lujosa vida inglesa, reaccionaron con consternación. Si Osborn había perdido su atractivo, ella no había sido menos. Tenía peor color, estaba ojerosa, y sus ojos parecían exageradamente grandes. Su mal carácter no había mejorado y respondía a las manifestaciones de efusión con una sonrisa seca y amarga. Había dado a luz a una niña fea y enclenque, y la enseñaba sin alegría a parientes y amigos.

–Se ha ahorrado una enorme decepción por ser niña –decía–. Sabe desde el momento de nacer que nadie la ha privado de la posibilidad de ser marqués de Walderhurst.

Corrían rumores de que en el bungalow de los Osborn sucedían cosas muy feas. Se sabía que marido y mujer montaban escenas que distaban mucho de las formas admitidas en la sociedad cultivada. Una tarde la señora Osborn se paseó tranquilamente por la avenida principal con su mejor vestido y su mejor sombrero, y un gran cardenal en la cara. Una mujer quiso saber qué le había ocurrido y ella se limitó a sonreír sin decir nada. A la bienintencionada curiosa le pareció una reacción chocante.

Se trataba de la mujer del coronel del regimiento, y cuando, la misma tarde del incidente, se lo contó a su marido, éste suspiró ruidosamente y resumió la situación en pocas palabras.

–Esa joven –dijo– pasa las veinticuatro horas del día en el infierno. Se le ve en los ojos hasta cuando, por pura formalidad, sonrío a ese bruto. Es horrible ver la sonrisa forzada que dirige una mujer al demonio al que está atada. Lo aborrece y lleva en el alma un mal que ni la sangre puede limpiar. ¡Qué asco! Una vez fui testigo de algo así y ahora veo lo mismo en ella. Esta historia no va a terminar bien.

Probablemente se habría producido, con ayuda de la ilimitada ingesta de brandy y de un rencor desenfrenado, algún estallido de violencia tan grave que las normas

sociales por las que se rigen los «oficiales y caballeros» no habrían podido pasar por alto. Pero el final llegó de forma inesperada, y Osborn se salvó de la total ignominia por culpa de un accidente.

Cierto día que había bebido mucho, tras encerrarse con Hester y someterla durante una hora a abusos y torturas que la postraron en el suelo retorciéndose de dolor y ahogándose en sollozos, fue a examinar unas armas de fuego que acababa de comprar. A los veinte minutos era él quien se retorció de dolor y de asfixia, y pocos minutos después era hombre muerto. Una pistola que creía descargada acabó con su vida.

Como todo el mundo sabía, lady Walderhurst era la mejor de las mujeres. Mandó a buscar a la señora Osborn y a su hija y fue con ellas la bondad personificada.

Hester llevaba en Inglaterra cuatro años y lord Oswyth tenía un hermano tan fuerte como él cuando, una espléndida tarde de verano y mientras las dos mujeres tomaban en el césped sus tacitas de té, Hester hizo una singular revelación sin mover un músculo de su pequeño rostro.

–Siempre he querido contártelo, Emily –empezó con calma–, y lo voy a hacer ahora.

–¿Qué, querida? –preguntó Emily ofreciéndole un platillo de bollos de mantequilla–. Pruébalos antes de que se enfríen.

–Gracias. –Hester cogió un bollo, pero no lo probó. Lo dejó sin tocarlo y paseó la mirada por las radiantes terrazas de flores que se extendían a sus pies–. Lo que quería contarte es lo siguiente: la pistola *no* estaba cargada cuando la dejó en la mesa... la pistola que mató a Alec.

Emily soltó la taza de té.

–Dos horas antes vi cómo la descargaba con mis propios ojos. Cuando entró, borracho y fuera de sí, y me empujó a la habitación, Amira estaba presente. Siempre se quedaba en la puerta, escuchando. Antes de marcharnos de la Granja de los Perros, el día que Alec me insultó y se rio de mí, y perdí la cabeza y le grité que te lo había contado todo y te había ayudado a escapar, me pegó y no se cansó de pegarme. Amira estaba escuchando. La escena se repitió otras veces, y Amira siempre estaba escuchando. Quería acabar con aquel tormento, pero no sabía cómo. Ese día lo vio borracho como una cuba y cargó el arma mientras estábamos en el bungaló. Sabía que Alec se pondría a revolver cosas sin ton ni son. Había hecho lo mismo en muchas ocasiones. Sé que fue ella quien cargó el arma. Nunca lo hemos hablado, pero estoy segura de que fue ella y de que sabe que lo sé. Antes de casarme con Alec no comprendía cómo es posible que un ser humano pueda matar a otro. Gracias a él, lo comprendí... lo comprendí muy bien. Pero no tuve el valor de hacerlo. Amira sí.

Y, mientras lady Walderhurst la miraba, pálida y boquiabierta, probó por fin el bollito de mantequilla.



FRANCES HODGSON BURNETT (Mánchester, Inglaterra, Reino Unido, 24 de noviembre de 1849 – Nueva York, Estados Unidos, 29 de octubre de 1924) fue una escritora estadounidense de origen británico.

La muerte de su padre precipitó a la familia a la ruina, que tuvo que emigrar a los Estados Unidos en 1865. Allí, Francés se fue ganando la vida escribiendo poemas y relatos cortos. A los veintitrés años contrajo matrimonio con el doctor P. Burnett, de quien tuvo dos hijos. En 1877 apareció su primera novela, *That Lass o' Lowrie's*, pero el éxito no le llegó hasta la publicación de *El pequeño lord* (1885), consolidándose posteriormente con *La princesita* (1905) y *El jardín secreto* (1910), que completan su trilogía para niños y niñas. Desde 1901, tras casarse con el doctor Swann M. Burnett, se divorció y se casó nuevamente con el doctor Stephen Townsend, quien nuevamente se divorció. Ya al divorciarse 2 veces y además la pérdida de su primogénito, residió en las Bermudas y en Long Island, dedicada a la jardinería, la teosofía y el espiritismo, hasta su muerte en 1924.

En sus obras ha estado siempre presente el recuerdo de las diferentes clases sociales y de los reveses de la fortuna.

Notas

[1] **Psique**, en griego, significaba tanto «alma» como «mariposa». También es el nombre de una heroína mitológica que enamoró a Eros. (*N. del T.*) <<

[2]*La historia de Henry Esmond*, (1852), novela histórica de William M. Thackeray.
(N. del T.) <<

[3]En el siglo XIX estuvo muy en boga la frenología, una pseudo-ciencia iniciada por el anatomista alemán Franz Joseph Gall (1758-1828) que relacionaba los rasgos de personalidad –especialmente en los criminales– con la forma del cráneo y las facciones del rostro. (*N. del T.*) <<

[4]Lady Castlewood, heroína de la ya citada *La historia de Henry Esmond*; Helen Pendennis, de *Pendennis* (1848-1850), y Amelia Sedley, de *La feria de las vanidades*(1848); todas ellas novelas de William M. Thackeray. (N. del T.) <<

[5] Tanto el Libro de Oraciones como las Colectas y las Lecciones son textos canónicos de la liturgia anglicana, recopilados –y en buena parte escritos– por el primer arzobispo de Canterbury, Thomas Cranmer (1489-1556). (*N. del T.*) <<